



Plataforma
Testimonio

MI CLAUSTRO ES EL MUNDO

Sor Lucía Caram

Mi claustro es el mundo

Sor Lucía Caram



Primera edición en esta colección: octubre de 2012

© Sor Lucía Caram O.P., 2012

© del prólogo, Pilar Rahola 2012

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2012

Plataforma Editorial

c/ Muntaner 231, 4-1B – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Diseño de portada:

Lola Rodríguez

Foto de portada cedida

por Gemma Miralda

Depósito Legal: B.32.467-2012

ISBN EPUB: 978-84-15750-19-2

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A mis padres, que me dieron la vida.
A mis hermanos, con quienes aprendí a compartirla.
A mis hermanas de comunidad, con quienes la celebro.
Y a la gran familia de la Fundación Rosa Oriol,
con la que comparto sueños, pasiones y compromiso.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo de Pilar Rahola

Introducción

1. De dónde vengo

2. Al convento siendo «una niña»

3. Me hice «monja de clausura»

4. España, un nuevo destino

5. Cataluña será mi patria

6. Nuevos retos, nuevos compromisos

7. Pasión y muerte de un pueblo empobrecido

8. Alto y claro: el Silencio y la Palabra se dan la mano

9. La crisis me cambió la vida

10. La salida del armario

11. Ligera de equipaje

A modo de epílogo

La opinión del lector

Prólogo

La fuerza de un alma libre

La primera vez que la vi tuve la impresión de que aquella mujer era una fuerza de la naturaleza. Su rotunda humanidad, enfundada en un pulcro hábito blanco, dominaba la estancia en la que nos conocimos, y desde el primer día noté su luz. Conocía algo de su compromiso social y el tamtan de su buena obra resonaba en las voces de quienes la presentaban. Pero aunque no hubiera sabido nada de ella y fuera la primera vez que escuchara su nombre, sor Lucía me habría causado la misma impresión. Podría decir que es una gran seductora, pero eso, siendo cierto, denotaría cierta artificialidad, como si supiera que lo es, como si utilizara sus dotes para atraernos. Y sin embargo lo más extraordinario de esta gran mujer es que nada en ella es artificial. Nada es impostado. Nada es recreado. De sus muchas virtudes, esta es la más extraordinaria, la naturalidad, casi la inocencia con la que va por la vida sacudiendo las entrañas del mundo, en una lucha infatigable por mejorarlo.

Y la alegría. Porque sor Lucía –na Llúcia, que decimos sus amigos catalanes– camina por la tierra vestida con un sonrisa eterna que nace de lo más profundo de su alma. Siempre pensé, en mi ignorancia, que detrás de esas grandes personas que daban su vida por los demás debía haber seres torturados que se proyectaban en los otros, porque quizás no habían sabido recoser su propia vida. Después conocí a algunas de estas almas con luz, y me desconcertó su intensidad de vida, su fuerza. Y ahora, con el libro de sor Lucía, lo he entendido finalmente. Su dedicación nace de la felicidad, y no del dolor, nace de la libertad más radical, y no de la esclavitud del dogma. Lo expresa a la perfección ella misma cuando, en un momento de su relato, utiliza esta expresión: «sedienta de libertad me fui tras las rejas». Y añade, hacia el final: «después de mucho caminar, intuí que la felicidad es una manera de ir por la vida, ligera de equipaje, sin nada que perder, porque todo ya lo había entregado».

Para alguien como yo que siempre cabalgó sobre caballos indómitos anhelando horizontes lejanos, este libro es toda una lección, porque la libertad de sor Lucía nace de su trascendencia interior, y es allí, en el interior, donde encuentra un universo de sueños. ¡Qué envidia le tengo! Porque detrás de su hábito y sus votos y sus luchas y sus dudas, detrás de las rejas, sor Lucía es la mujer más libre que he conocido nunca.

Dios es algo extraño para mí. Pero con el tiempo he aprendido a mirar de reojo ese Dios que late en el corazón de esas personas maravillosas que, con suerte, uno se

encuentra por el camino. Si alguien inteligente, fuerte, brillante como sor Lucía ha dedicado su vida a los demás gracias a esa idea profunda que trasciende su ser, ¿no debería aprender su gramática? Quizá Dios me haría mejor persona. Pero cada cual escribe su libro de la vida con el lápiz que puede, y el mío se resiste a todo aquello que no pase por el tamiz de la razón. Sin embargo, el Dios de sor Lucía me acompaña y nos acompaña, como si fuera una silenciosa presencia en la pesada mochila que llevamos. Personalmente, y a pesar de no conocerlo, ese Dios me tranquiliza.

No podría acabar estas líneas sin hablar de la sor Lucía luchadora. La crisis, dice, le cambió la vida. Pero leyendo sus primeras pulsaciones en su Tucumán natal, sus rebeldías antes los prejuicios *opusdeicos*, su enfrentamiento a las normas arcaicas o la rabia que sentía ante la doble moral de algunos servidores de la iglesia, no queda duda de que siempre fue una guerrillera. Una guerrillera de la bondad. Me impresionó leer, por ejemplo, su determinación adolescente, enfrentándose a la voluntad paterna con el único fin de seguir su camino. En las edades en las que muchos empiezan a hacerse preguntas sobre su destino, sor Lucía ya había conseguido algunas respuestas. Y si ahora dedica la vida a transformar su Dios interior en un ariete contra la injusticia, no es porque un día viera el hambre de los demás, sino porque siempre la conmovió el otro lado del espejo. «Expropiada para utilidad pública», dice de ella misma, porque su voto de castidad no la cierra al amor. Y gracias a esa «expropiación», el recorrido de su vida se ha convertido en una luminosa, brillante, extraordinaria lucha para el bien. Quizá sor Lucía no salva la tupida selva del Amazonas, pero riega cada día el jardín de su casa, y luego se monta en un vehículo cualquiera y va a regar del jardín de al lado, y luego nos busca por las esquinas y nos lleva a regar otros jardines, decenas, centenares, miles, y al final sus jardines ayudan a salvar el Amazonas. Si hay héroes en el mundo, tienen la piel, y el rostro, y el alma de esta mujer maravillosa.

Un apunte final algo más frívolo, o no sería un apunte sobre sor Lucía: su sentido del humor. Además de todo, es divertida. Y te explica tanto una anécdota jocosa de su Banco de alimentos como las chispas de una charla con Jordi Évole, y en todos sus relatos se ríe de ella y del mundo. Esa capacidad de ser siempre trascendente pero no imponer con la trascendencia, sino dulcificar, reír, cachondearse, jugar con la vida, es sencillamente deliciosa. Y ayuda a transitar por el camino de piedras que ella recorre como propia elección.

Acabo como empecé: seducida. Después de leer este libro, la conozco con más profundidad, la entiendo mejor y aún la admiro mucho más. He descubierto que bajo el hábito de ese torbellino de mujer late una niña que todavía se maravilla y se sorprende, que espera y sueña, y que, siendo fuerte en la lucha, es enormemente frágil en las emociones. Dije que era una mujer con luz, y es luz lo que hay en este libro, la luz de un

Dios que no vive en las tinieblas de la intolerancia, sino en el centro mismo del sol, brillando entre el miedo, la injusticia y el dolor, y sacudiéndolo todo. Si esto fuera una carta acabaría diciendo, «te queremos, Llúcia»... Porque fue en el amor donde la conocimos y es en el amor donde cada día la encontramos.

PILAR RAHOLA, periodista

Introducción

Con tozuda esperanza

«No tienen el pecho caliente.» Esta era la queja con sonido de rabia e impotencia de Lucas, mi sobrino de dieciocho años cuando Argentina fue descalificada en el partido contra Uruguay en la Copa de América 2011. Partido que, dicho sea de paso, se definió por penaltis y que nos dejó a todos desencantados, con un extraño sabor de boca.

Y continuaba diciendo: «Lo que pasa es que los jugadores no aman la camiseta. Ellos vienen a jugar y solo les importa la plata y la buena vida que se dan en sus equipos de Europa. Por eso no corren, no sufren, no se apasionan en la cancha».

Las expresiones no tienen desperdicio, más allá de si las comparto o no, y sin duda son portadoras del secreto del compromiso, del éxito, del trabajo y del sentido que damos a las cosas en el partido de la vida. Si no vivimos a tope, con pasión, «sudando la camiseta», poniendo toda la carne en el asador, la mediocridad nos ganará terreno y pasaremos por el mundo sin pena ni gloria.

Lucas definió perfectamente, desde su pasión argentino-futbolera, lo que siempre identifico con la pasión por la vida, con el fuego que llevamos en el corazón y que provoca que nuestras palabras y actitudes quemem y no dejen insensibles ni a los otros, ni a nosotros mismos; lo que nos da fuerza e ilusión, y lo que hace que nuestro entusiasmo sea contagioso.

Es seguramente lo mismo que decía «aquel Maestro de Nazaret» que vino a instaurar un nuevo orden en la humanidad cuando abrió su corazón y suspiró diciendo: «He venido a traer fuego a la tierra, y qué quiero, sino que arda».

Con el fuego del Espíritu que animaba a Jesús de Nazaret y cuya llama encendió la mía haciéndome hoy arder y entusiasmarme hasta el fondo por la vida y por la causa de la humanidad –que fue su causa–, escribo estas páginas, que quieren ser fuego que queme y que arda, y que, unido al de tantos y tantas compañeros y compañeras de camino, dé un poco de luz y de calor en la noche de este invierno de la humanidad.

Hoy escribo urgida por la necesidad de devolver todo lo que recibo cada día de las personas que creen en esta causa, la causa de las personas, la causa que yo identifico con la causa de Jesús y de su Evangelio y que se plasma en realidades que, aunque no están «bautizadas» con la marca de «cristianas», sin duda son una expresión de los trazos más humanos y divinos con los que se escribe la historia.

Quiero dejar que vengan a estas páginas, de forma espontánea, momentos, reflexiones,

vivencias y retos que han acontecido y acontecen en mi vida y que me definen como persona, como mujer, como «sor», es decir, como hermana de mis hermanos. Todo un entramado de vivencias en las que se entrecruzan desilusiones, esperanzas, fracasos, amistades, traiciones, apoyos, etc.; todo lo que hoy me hace vivir y amar la vida; todo lo que me enseña a apasionarme por el presente y me mueve a trabajar sin tregua por el cambio.

No fue fácil. Hubo momentos de vacilación, de vacío, hasta que mi fe fue madurando, hasta que aprendí a escuchar a mi corazón, dejé de creer por los otros y empecé a creer por mí. Tras años de estudiar Teología, descubrí que todo eso no tenía nada que ver con el Dios que me seducía.

Deseo que todo esto salga a la luz después de haberse abrevado en el silencio de mi corazón haciéndome compartir, perdonar, agradecer, bendecir. Y si compartiéndolo encontramos nuevas complicidades, que seamos muchos, cada vez más, los que apostemos de forma definitiva por la esperanza que nace del corazón y que nos hace avanzar. Que juntos sudemos la camiseta y juguemos el partido de la vida con el pecho bien templado y con la felicidad del que se lo juega todo hasta el final.

Habrán episodios que prefiero deslocalizar, para no dar pistas, no quisiera que nadie pueda sentirse mal por actitudes, decisiones, palabras o hechos del pasado; episodios que a la vez recojo porque en gran medida marcaron opciones o contribuyeron positivamente a mi crecimiento personal, y porque me permiten ver en perspectiva los cambios acaecidos en la Iglesia, en la sociedad y en la vida religiosa. Cambios que abren horizontes y que reclaman autenticidad y transparencia.

Dice Mamerto Menapace, monje benedictino argentino, que «en el monasterio, cuando desaparece el sentido del humor, comienza el campo de concentración». Dicho esto, intentaré que el humor esté presente en estas páginas como lo está en mi vida, porque resulta que nos tomamos las cosas tan a la tremenda que somos el hazmerreír del mundo, somos incapaces de relativizar las cosas y sin darnos cuenta repetimos con nuestros gestos y actitudes aquello de «la vida es triste, la hagamos peor», y encima nos extrañamos de que la gente no «nos tome en serio» porque en realidad somos unos plastas, profesionales de malas ondas. No. Me resisto a muerte a ello y por eso he optado por desengrasar el mal rollo apelando al sentido común, a la normalidad y a la sana espontaneidad, que es desde donde hoy escribo estas páginas.

Si tuviera que definir mi estado de ánimo, sin duda diría que es de una esperanza tozuda. Y lo es porque me niego en redondo a que las circunstancias adversas dobleguen mi voluntad para redireccionar el rumbo de las cosas y para avanzar superando el inmovilismo y el miedo de los que no se mueven porque se han instalado en la cómoda mediocridad del «todo está bien como está», o del «siempre se hizo así».

Los tiempos han cambiado de forma vertiginosa, y ya decía Jesús en el Evangelio que el vino nuevo requiere odres nuevos. Y en aquellos barriles añejados, no acababa de sentirme cómoda porque la evidencia cantaba: era y es necesario un cambio. Amo la tradición de la que vengo y todo lo que ella me aportó, también la sabiduría de ser fiel a lo que es esencial y que me lleva hoy a sentirme libre para vivir «al aire del Espíritu» y no encadenarme a formas, normas y prejuicios caducos, aunque estos se pronuncien en nombre del Evangelio, que es la norma de mi vida y mi camino de liberación personal.

Constato desde hace años que la pregunta por esos odres nuevos está matando la ilusión de muchas comunidades. Todos ven que es necesario este cambio; que hay que hacer algo para sintonizar, para ser significativos en nuestro mundo, para vivir lo que hemos profesado, para anunciar una Buena Noticia, pero en realidad no hay más creatividad que la que lleva a reeditar viejos sistemas, a poner remiendos «para ir tirando».

Me repugna el discurso fácil de los que dicen que los cristianos hoy estamos perseguidos en nuestra sociedad; y más aún el de aquellos que viven desde el victimismo. Lamentablemente, hoy no se nos escucha porque nuestra voz se ha vuelto irrelevante, porque nos hemos dedicado a dar soluciones a problemas que nadie tiene y a responder a preguntas que nadie se hace... Y encima nos creemos que somos el centro del mundo. Creo que más que repetir hasta la saciedad, como lo hacen desde ámbitos oficiales, que la gente se ha alejado de la comunidad, de la Iglesia, del Evangelio, hay que ser más humildes y aceptar que no pocas veces es la Iglesia quien se ha alejado de la realidad de las personas. Sin ir más lejos, en España, la Iglesia católica es una de las instituciones peor valoradas por la ciudadanía.

Es ilustrativo de lo ridículo y absurdo del narcisismo eclesial algo que me ocurrió hace algunos años. Salía yo de grabar un programa de radio cuando me llamó por teléfono Pilar, una joven de veintinueve años, economista, estudiante de Psicología, con un buen puesto de trabajo, una persona muy inquieta y comprometida con los más vulnerables. Al acabar el programa, me habían comunicado que los obispos reunidos en Añastro, la sede de la Conferencia Episcopal Española, habían elegido nuevo presidente, dejando fuera a quien ostentaba ese cargo hasta el momento, alguien de la línea más aperturista. Estaba disgustada (ahora me tomo las cosas de otra manera y he aprendido a pasar más de las administraciones eclesiales), ya que ingenuamente pensaba que podía haber un cambio. Pilar notó mi disgusto y me preguntó qué me pasaba. Le dije que estaba muy enfadada por la elección del nuevo presidente de la Conferencia Episcopal. Su respuesta fue: «No sé quién es ese señor, ni qué es la Conferencia Episcopal, pero si te puedo ayudar en algo, no dudes en decírmelo». Sin comentarios. Pensé: «Esa es la realidad. La gente hoy no está en contra de la Iglesia, es que sencillamente, como no tiene presencia,

la ignoran». Y pensar que se sigue funcionando como si todos fueran católicos fervorosos a los que hay que señalarles las leyes y organizarles las instituciones, dictaminarles la moral, y mandarles lo que deben creer y hacer.

La conciencia «martirial» y el síndrome de persecución que se denuncia desde la Iglesia, sobre todo cuando les cuesta asumir que su voz es una más en el concierto de la sociedad, y no la única ni la privilegiada, poco a poco fueron haciendo que me sintiera incómoda y que me preguntara hacia dónde vamos y hacia dónde nos quiere conducir el Espíritu. Intuyo que el único que estorba es el Espíritu y el mensaje de Jesús. Muchas veces me he preguntado: si Jesús viviera hoy, ¿cómo se le trataría desde Roma? ¿Se aceptaría su mensaje? ¿Nuestros pastores, los obispos, lo escucharían y promoverían el compromiso con su causa? Me temo que se lo condenaría y lo quitarían de en medio, porque Jesús vive hoy en la comunidad y de hecho fue condenado, por ejemplo, cuando un contemplativo como José Antonio Pagola nos habló de Él en su magnífico libro, *Jesús; aproximación histórica*. A Pagola no le perdonaron nunca su gran capacidad para dialogar con todos y su gran sensibilidad humana. Su libro fue censurado y retirado de las librerías católicas (aunque algunas lo siguieron vendiendo). Se inició un proceso canónico contra el autor que, como es lógico, hizo que el libro se hiciera más conocido y llegara a muchísimas personas.

La Iglesia condenó a Pagola y a tantos otros que nos presentaron a Jesús como un hombre libre ante la ley al que se cargaron por su compromiso sociopolítico, porque su predicación era una denuncia al sistema opresor imperante en la sociedad y en el mundo religioso.

Pero la realidad canta. Las personas hablan y sus vidas son un reclamo. La crisis ha dejado a mucha gente en el camino. El torno del convento en el que vivo fue el testigo silencioso de los primeros que venían a pedir algo para comer y también alguien que los escuchara; de los primeros que fueron expulsados de un sistema perverso, que mientras les necesitó, los utilizó para sus intereses como «mano de obra barata», pero que una vez cayó, se los quitó de encima y se lavó las manos. Aquel ventanuco, antiguo torno monástico de la portería del convento, fue el inicio de una aventura humana que nos está revelando, día a día, la grandeza del corazón de las personas, y también las miserias y los egoísmos de los que van dejando inescrupulosamente a tanta gente en la cuneta de la vida, sin caer en la cuenta de que todos somos humanos, hermanos, y que la suerte o desgracia de los otros no puede ser ajena a nadie que se precie de ser humano.

Algunos quizá preferirían que yo fuera una «monjita dócil» que dijera a todo «amén», que hablara poco y que no incomodara, en definitiva, que fuera una monja de clausura (¡como las de antes!), que cerrara mi blog y que mi voz se dejara de escuchar en la radio y en la televisión. Tal vez querrían que no funcionara lo que estamos haciendo para que

nadie cuestionara su trabajo social. Y, a la vez, cuántos amigos y apoyos estoy encontrando en aquellos que, inquietos por un mundo mejor, se arremangan sin ponerse ninguna etiqueta y se movilizan solo por la confianza de que entre todos podemos hacer algo más que quejarnos del sistema y dedicarnos a ser profetas de calamidades.

Me apunto con estos últimos, que me ayudan cada día a vivir la vida a tope, y me animan hoy a contar mi historia, no porque tenga nada de espectacular ni interesante, simplemente porque haciendo memoria, mirando de dónde vengo y la tradición que me acunó, quiero seguir avanzando con libertad por los caminos de una auténtica humanización.

No estoy dispuesta a claudicar porque no puedo renunciar a aquello que veo, siento y experimento, que es lo verdadero y lo auténtico en esta hora grave y hermosa en la que el reto es vivir el presente y construir un futuro de oportunidades para todos.

Hoy apuesto, una vez más y sin matices, por Aquel que es mi referente y que no vino a iniciar una nueva religión, sino a instaurar un nuevo orden y que nos invitó a acompañarlo a lo largo de la historia. Hoy apuesto por Jesús de Nazaret y hago mío su programa de vida, el que anunció en la sinagoga de su pueblo diciendo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y para anunciar un año de gracia». Lo que se sale de este anuncio y programa no tiene nada que ver con Él ni con su legado.

Hoy abro mi corazón, y lo hago tomando prestado del *Martín Fierro* de José Hernández, un clásico argentino, unas palabras de introducción-inspiración, que son un desafío a la libertad y un estímulo para no perder la memoria y para no dejar de vivir el presente, mirando también al futuro, eso sí, ¡con ilusión!

Aquí me pongo a cantar,
al compás de la vihuela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria
como el ave solitaria,
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia,
me refresquen la memoria

y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos
vengan todos en mi ayuda
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista.
Pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

[...] Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre,
que del vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra
el cantar mi gloria labra,
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

1. De dónde vengo

El clan de los Caram

Tener siete hermanos y una casa grande, abierta para acoger a amigos y primos, vecinos y gente muy diversa, fue la gran escuela en la que aprendí a compartir y a vivir con saludable apertura y naturalidad.

Mi padre era un reconocido cirujano que, entre otras cosas, era el médico de los curas y de las monjas de Tucumán, lo cual, en una sociedad clerical, era una especie de poder fáctico. En casa siempre había una sala de espera paralela para la consulta. Él era de la idea de que a los consagrados había que atenderlos primero, y me imagino que el resto de pacientes echarían venablos, pero no les quedaba otra; además, no eran ni uno ni dos, eran muchos los que se colaban por la puerta trasera. Mi madre, además de ser profesora del Colegio Nacional, era instrumentista, y le ayudaba en el quirófano mientras nosotros íbamos al colegio. Siempre los vi trabajar mucho. En casa se vivía con lo justo, éramos muchos, nunca nos faltó nada, tampoco se derrochaba. Podría decir que crecí entre curas y monjas, ya que estos formaban parte del paisaje familiar, pero no creo que eso fuera determinante a la hora de escoger mi camino.

Levantarse cada día era una aventura y una fiesta, porque incluso las disputas propias de niños y adolescentes formaban parte de la dinámica de nuestras historias. Existía entre todos un amor incondicional, «rabioso» diría, que nos hacía admirarnos mutuamente y estimularnos para compartir y competir sanamente; para defendernos unos a otros y para buscar siempre complicidades. Nuestra casa era como vivir de colonias: nos lo pasábamos muy bien, y éramos muy felices, muy hermanos, y sobre todo, muy amigos.

La fe era vivida en casa con familiar cotidianidad: sin traumas, sin presiones ni imposiciones, como algo que formaba parte de nuestra vida. Y esta normalidad hacía que nadie cuestionara determinados ritos que entraron a formar parte de nuestra vida, que no eran un estorbo y que en cierta manera también nos daban un estilo.

La misa dominical en familia tenía su protocolo y se dedicaba su tiempo para asistir a ella. Recuerdo que mi madre nos ayudaba a cada uno a hacer el examen de conciencia, para confesarnos y para hacer buenos propósitos. Cada domingo renovaba mis ganas de ser «buena», de no pelearme tanto con mis hermanos, y cada semana veía cómo mis compromisos eran débiles, pero no me traumatizaba, porque cada semana se podía volver a empezar.

Emulando a mi madre, que había explicado algo similar, en una de mis primeras

confesiones, en un confesionario en la iglesia de los franciscanos de Tucumán, un fraile que tenía fama de echar bronca a la gente y que, para más inri, había sido un profe de mi padre en la escuela primaria, me preguntó mi nombre. No sé qué me pasó, pero sé que con ocho años le dije: «Mi nombre no es pecado». Y me levanté y me fui. Yo tenía claro que la confesión era «para decir pecados, y nada más». Hoy, muchas cosas han cambiado en mi forma de pensar, y más allá de muchas estructuras, que en su tiempo me señalaron el camino, hoy creo en la misericordia y el amor incondicional de Dios, que se manifiesta cada día cuando nos disponemos a compartir la vida y a dar lo que somos y tenemos.

La bendición de la mesa no faltaba cada mediodía y tampoco el rezo del rosario, que se convirtió para mí y mis hermanos en un reto: debíamos librarnos de él como fuera. Esta costumbre no era de mis padres, sino de mi abuela paterna Faride. Después de cenar, llegaba el martirio. Cuando veíamos que la abuela buscaba su bolso, o cuando sentíamos el ruido de las cuentas de un gran rosario que nos llamaba a tan larga devoción, uno a uno buscábamos motivos para escurrir el bulto. El que lo conseguía era un héroe, un verdadero campeón. Muchas veces recuerdo que me pasaba la tarde pensando qué me podía inventar a esa hora para no estar presente. Una vez comenzado el rezo del rosario, lo interesante era ver cómo hacer, sin que la abuela Faride se diera cuenta, de que alguno soltara la risa. Y una vez acabado el rosario, no terminaba el ritual. Le seguían unas largas letanías y unas cuantas oraciones, entre ellas una interminable consagración al Sagrado Corazón.

Con el tiempo, mi padre, que tenía a su madre como un ídolo máximo, decidió comenzar también esta práctica. Y a quien le tocaba acompañarlo en el coche, ya sabía que había rosario y letanías en latín. Nos entró de golpe el deseo de ir a todos los sitios caminando.

Esto duró mientras vivió la abuela. Y cuando ya creía que había rezado suficientes rosarios en mi vida, a los tres meses de morir ella me fui al convento. Allí el rosario se rezaba en sus tres partes cada día. Aprendí a vivirlo como un tiempo de reflexión y de compañía, ¡no me quedaba otra! Hoy no es una práctica favorita, entre otras cosas, porque soy muy poco «piadosa», no soy nada rezadora, y que nadie se escandalice, porque siendo monja contemplativa, dedicada fundamentalmente a la oración, entiendo esta en la dinámica del silencio, de la acogida, de la escucha. Para mí, orar no es hablar, sino una escuela de silencio, de escucha, y por eso mi oración es más silenciosa. A lo mejor por eso después no callo. Sí, intento que sea un encuentro, y las palabras, cada vez más me sobran y distraen. Siempre digo que en la oración paso por el corazón y la mente lo vivido, lo amado, lo decidido, lo proyectado, y dejo que allí se abreen en el silencio, reposen y encuentren todo su lugar.

Esa forma personal de orar es la que descubrí y me llena. ¿Una cuestión de estilo? Tal

vez, es la mía. Es una forma de vivir la espiritualidad, y me alegro de que cada uno encuentre su propio camino, y celebraría que nadie intente imponer el suyo a los otros, como lamentablemente pasa en determinadas liturgias y rituales.

Perdida sin saberlo

En la Argentina, cuando en verano un niño se pierde en la playa, hay un ritual que es eficaz para ayudar a que sus padres o mayores lo encuentren: una persona que detecta que un menor está perdido, lo sube a los hombros y la gente comienza a aplaudir. Cuando esto ocurre la gente se va uniendo a este que lleva al menor en hombros, y así se forma una especie de comitiva en que todos van dando palmadas para llamar la atención. Esta procesión con un niño/a a los hombros recorre las playas e intenta reconstruir el trayecto del niño extraviado para dar con los suyos.

En mi infancia, y con seis hermanos más, yo era una auténtica campeona perdiéndome. Alguna vez escuché a un hermano dos años mayor que yo quejarse diciendo: «Siempre que salimos con Lucía, perdemos la mitad del tiempo buscándola». ¡Cuántas veces en los parques de diversiones anunciaban mi nombre por megafonía y describían mi aspecto para ver si mis padres me localizaban!

Cuando tenía cuatro o cinco años, creyendo que seguía a un primo, me perdí en una playa de Mar del Plata. Recuerdo que caminé durante toda una mañana hasta que alguien advirtió que estaba perdida. Al verme, me cargaron sobre los hombros de un joven que era alto y muy guapo, y la gente comenzó a seguirnos dando palmas. Yo pensé que me llevaban en andas y me aplaudían, y desde lo alto saludaba a todos: me sentía feliz y no sabía qué pasaba; de la emoción, hasta me había olvidado de que estaba perdida.

El recorrido fue muy largo, hasta que divisé a mi madre a lo lejos llorando de rodillas en la arena, y mi padre, hermanos y amigos «quemados por el sol» de tanto patearse las playas en mi búsqueda.

Al bajarme de los hombros todos me besaban y abrazaban, y yo seguía sin entender: me había perdido, me habían llevado en andas, me habían aplaudido y encima ¡qué recibimiento!, casi ya planeaba cómo perderme otro día.

Con los años comprendí la angustia de mis padres y todo lo que pasó por sus mentes en aquellas horas.

Muchas veces pienso que tenemos facilidad para despistarnos y vamos por caminos equivocados. Parece que la vida nos sonríe, y fácilmente nos acomodamos a los aplausos, a estar por encima de los otros, al reconocimiento, a andar errados y a creer que es una aventura. ¡Estamos perdidos y pensamos que nos aplauden!, y saludamos ufanos de nuestros logros.

Me apasiona esta hora en la que tenemos elementos suficientes para reconstruir nuestra historia, para saber de qué leño fuimos tallados, de dónde venimos y adónde vamos; esta hora en la que podemos reconstruir el camino recorrido para no volver a perder el rumbo.

La imagen de mi madre orando de rodillas en la arena me anima a bajarme de los hombros, y a recorrer con sencillez el camino de la vida, apoyada en la fe vivida que mis padres me transmitieron y que hoy me ayuda a mantenerme en el camino y a reconocer cuándo «estoy perdida» para volver a casa.

Inquieta y radical

«Había una vez una chica inquieta y radical en sus opciones. Su nombre no importa. Lo que sí importa es que en su corazón se está gestando algo que la desborda y nos hace estar a la expectativa.» Este era el encabezado de una carta que me envió una amiga monja cuando yo tenía doce años. Ella era testigo de mis búsquedas y de mis luchas y fracasos, también de mis deseos y rebeldías. Con esta «historia» pretendía definirme y responder a mis inquietudes e interrogantes. Lo único que consiguió fue agudizar mi lucha y radicalizar mis opciones.

Ya entonces me complicaba la vida –o me la simplificaba para no perder el tiempo– y recuerdo que la mediocridad y las injusticias me rebelaban y me revolucionaban por dentro.

No sé si por ser ingenua –como me decían– o por no tener malicia, o simplemente porque buscaba con ilusión, creía a los que con su vida me demostraban algo que valía la pena y eran coherentes hasta el final. El contacto directo con las personas en situación de pobreza y los recuerdos muy vivos de la lucha cruel que se vivió en Tucumán en tiempo de la dictadura militar me quemaban por dentro, y me preguntaba qué podía hacer yo para que la gente no se lo pasara tan mal. Creo que el sufrimiento de la gente era ya una herida abierta que aún hoy no he conseguido cauterizar.

Jugando con mis hermanos y primos en el Corte, Ernesto, mi hermano, encontró en una cisterna un arsenal de armas. Nos espantamos. Se avisó a la policía. Aquella noche, en las inmediaciones, un grupo de militares arrasaba con todos los miembros de una familia que vivía muy cerca de aquella cisterna, y por primera vez entendí que estábamos en guerra. A los pocos días, yendo a comprar a una librería cercana a mi casa unos libros, nos encontramos con las huellas de un atentado: un coche había volado y había restos humanos desparramados por la calle.

Imágenes y recuerdos que iba guardando en mi corazón, y que me hacían daño: ¿por

qué la guerra? ¿Por qué no nos amamos? ¿Por qué cada vez hay más personas excluidas, viviendo en pobreza, privadas de lo más esencial?

Un día, ante la inminente visita del general Videla, Antonio Domingo Bussi, que era el gobernador de Tucumán, hizo meter en un avión a todos los indigentes y enfermos de las calles y los hizo dejar abandonados en las calles de Salta. Había que limpiar la ciudad. Y como si fuera poco, hizo levantar unas grandes tapias rodeando las villas miserias de la provincia, para que no se viera a los más pobres. Eran auténticos paredones, blancos como la nieve, tan fríos como tantos muros que se han construido a lo largo de la historia.

Y en medio de eso, en la escuela nos hacían ir a los desfiles militares y organizaban visitas para ver a los dictadores. Los desfiles militares se multiplicaban, y nosotras con las banderitas para saludar a los represores. Todo un montaje de adoctrinamiento solapado que nos impedía ver la realidad y la gravedad del momento que vivíamos. Fue una época muy dura, en la que se jugó con vidas humanas y en la que imperó la ley del más fuerte. Solo con perspectiva pude hacerme cargo de lo que vivimos: entonces no.

Llegaba a tal grado el adoctrinamiento, que cantábamos a la bandera y decíamos de ella: «La bandera idolatrada», y cada día al entrar al colegio hacíamos una oración cuando la izaban con una formación de tipo militar. Decíamos: «Loado sea Dios, porque la bandera argentina jamás ha sido atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra». Eso nos hacía sentirnos fuertes y apoyar a pies juntillas a quienes arrasaban los derechos humanos y en nombre de Dios y de la patria, y en alianzas clamorosas con la Iglesia argentina, multiplicaban el número de los desaparecidos. Del otro bando no eran niños de pecho, y hubo también hechos muy sanguinarios en los que murieron civiles, niños inocentes y militares. Era una guerra.

Ya entonces me apasionaba la política y me proclamaba «peronista», para escándalo de mi madre, que era «anti» (entiéndase: «antiperonista»), pero como era en aquel entonces un partido popular, desde mi ingenuidad, apostaba por ellos. En un colegio pijo como el mío, eso estaba muy mal visto y me veían como un bicho raro. Me decían: «No podés ser de ese partido que está lleno de negros» o «No te pongas del lado de la negrada».^[1] Más me dolía, y más me radicalizaba.

Pero algo cuestionaba a mis compañeras, ya que por dos años consecutivos me escogieron como «mejor compañera», reconocimiento que comportaba por parte de ellas el valor del compromiso con las personas. Y eso también generaba enemigos, ya que al tercer año, una vez elegida nuevamente, las maestras mandaron repetir la votación alegando que no podía ser que por tercer año me escogieran a mí, ¡había que dar paso a otras!

Por entonces, mi única inmersión en el mundo de las personas excluidas la tenía

durante los meses de verano. Se daban dos momentos que recuerdo con mucho cariño. Uno, cuando por las tardes, después de las cabalgatas o jornadas en la piscina, todos íbamos a «La Canchita» a ver jugar al fútbol a nuestros equipos. Estaban los Halcones, que era el equipo de los primos Padilla, formado por mis hermanos y los otros primos por parte de mi madre; estaba el equipo del resto de veraneantes y finalmente el equipo de la gente del lugar, formado básicamente por jóvenes que vivían en «ranchitos» a la orilla del río y cuyos padres cuidaban durante el año de la casa de los veraneantes o bien trabajaban como jardineros en ellas. Y el otro momento, a la hora del atardecer, cuando llegaba el mes de febrero, en que celebrábamos por las casas la novena de la Virgen de Lourdes. Allí, sin diferencia de condición social, todos nos reuníamos para rezar juntos y para tener nuestras tertulias, que se prolongaban hasta estar entrada la noche.

Allí me pidieron comenzar un grupo de catecismo para la gente de la zona, y a pesar de mis «pocos años», catorce, acepté. Sin temor alguno, me adentré en sus ranchos y aprendí mucho de la sabiduría de esa gente tan buena, que sin tener nada, lo compartían todo. Conocí de cerca los gravísimos problemas del alcoholismo y sus consecuencias nefastas para tantas familias que, con los años, acababan destrozadas.

Hicimos grupos con los niños de seis y siete años. También se apuntaron los veraneantes. Así era más fácil, y yo en dos meses los preparaba y al final del verano todos hacían la primera comunión. Se ahorraban los dos años que se exigía en las parroquias, y yo daba una catequesis a mi aire. Hoy sé que son buenas personas y nos recordamos con cariño. Sus nombres y sus rostros están grabados en mi corazón, y son ellos los que me enseñaron lo que significa vivir de lo que es esencial: sin dogmas, sin normas excesivas y con un corazón limpio. Muchos de ellos, debido a la pobreza extrema en la que vivían, pero sobre todo al problema del alcohol –la droga y la malicia de la ciudad no les habían llegado aún–, tienen una vida y unas familias totalmente desestructuradas, y han sembrado de hijos los ranchos de la ribera del río. En casa, cuando hablan de mis catecúmenos y explican su situación actual, lo hacen llamándoles «los éxitos apostólicos de la Lucía». Todos me preguntan: ¿qué les enseñaste? Hace unos años, en mi primer viaje de regreso a la Argentina, uno de los catecúmenos llamado Corso, que con veinte años tenía un largo historial de fracasos amorosos, pero que ya era fecundo en hijos, me dijo: «Hermana Lucía, usted me enseñó que Dios nos ama y que siempre, siempre nos perdona, y gracias a eso soy feliz». Era lo único importante que pretendía enseñarles, y lo aprendió y se lo grabó a fuego.

Reconozco que me cuesta entender y aceptar que sean felices viviendo de forma tan primaria; tendré que cambiar de chip, porque no existe una sola manera de ser feliz y cada uno ha de encontrar la suya. Aquí también conozco a personas que no entiendo cómo pueden ser felices. Es el caso de Noa, a quien conocí a través de la Plataforma de

los alimentos de Manresa. Noa tiene veinticinco años y vive con su pareja y sus cinco hijos. La quiero de verdad y tenemos muchas complicidades. Sufre horrores, su pareja la golpea, no trae un duro a casa, porque lo que gana cuando trabaja se lo pule en el bar, no se hace cargo de los niños y ni siquiera la acompaña a buscar los alimentos. Cada embarazo suyo era un drama, y los intentos por ayudarla fracasaron sucesivamente. Cuando hace unos días me dijo, con temor y temblor, que estaba nuevamente embarazada, inmediatamente y antes de que yo reaccionara me dijo: «Mis hijos son mi única riqueza y los que de verdad me hacen feliz». Y si sobre gustos no hay nada escrito, sobre felicidad, tampoco.

Volviendo a mi experiencia en la catequesis, creo que hoy todo está muy organizado, pautado y reglado. No sé si así los catecúmenos aprenden más, sí sé que no hemos renovado el lenguaje y cuesta la continuidad. Algo falla en los planes catequéticos y en la pastoral: simplemente no se conecta con las personas.

Cuentan que un cura estaba muy preocupado porque la iglesia estaba llena de murciélagos y no había manera de sacarlos fuera. Alguien le propuso: «Padre, lo que tiene que hacer es confirmarlos, y así seguro que no vuelven más». Bromas aparte, es lo que está pasando, pero es que hoy ya casi ni se llega a la confirmación, porque la primera comunión coincide con la última, y si la gente vuelve a la iglesia es para un funeral, y con suerte para algún bautizo o primera comunión. Y todo eso ¿no nos cuestiona? Me temo que hemos hecho de la Buena Noticia del Evangelio una ideología o una religión que poco tiene que ver con la libertad, cuando seguramente lo único que pretendía Jesús era enseñarnos a estar en el mundo de una manera amable, desde la bondad, viviendo con libertad: como Él vivió.

Entonces ya lo pensaba, pero hoy tengo una certeza que es una verdad como una catedral o como un imperio: los cristianos somos unos pésimos vendedores de un gran producto.

Algo habrá que hacer... Mejor, solo hay que hacer una cosa: comenzar a vivir y escuchar el corazón, que no nos engaña.

El Opus Dei llegó a Tucumán

En el año 1978, cuando yo tenía doce años, vinieron desde Buenos Aires un grupo de sacerdotes y laicos a preparar el terreno para fundar el Opus Dei. Un hermano de mi padre, el tío Guillermo, que había vivido desde joven en España, era socio fundador del Opus y de ahí había referencia. Primero entró mi madre, luego mi padre, y nosotros fuimos poco a poco haciendo los «cursos de retiro». Recuerdo que me gustaba, y me lo

pasaba bien. Eso sí, yo quería seguir con mi grupo de acción católica y con mis compromisos y amistades. Eso no les cuadraba mucho y trataban de disuadirme diciéndome que mi camino era otro.

Ya por entonces me planteaba la vida religiosa, como un sueño o como una forma de servir a los más necesitados, y ese era otro argumento que era motivo de distancia. Me gustaba la radicalidad que proponían, el vivir el Evangelio en medio del mundo, pero yo amaba la libertad, y me sentía constreñida.

Desde los once años hacía yo de secretaria de mi padre en la consulta, y al mes me ganaba unos pesos. Mi sueldo se gastaba básicamente en algún número de lotería^[2] y en libros. Pero el año en que el Opus llegó a Tucumán, me convencieron de que pagara un confesionario portátil para llevar a los retiros. Acepté, pero me escandalicé cuando vi las normas con las que el carpintero debía construir este artefacto. Mi olfato me decía que algo olía mal y que no íbamos por buen camino. Se me ocurrió preguntar: ¿no pueden las mujeres confesarse cara a cara? El «no» fue rotundo, y los argumentos, trasnochados, por no decir enfermizos. Se exigía que el confesionario tuviera una rejilla doble, que no coincidieran los agujeros de una y de otra, y que en el medio se pusiera una tela color morado. (Ojo, eso no es prehistoria, aún hoy los usan así.) De esta forma se garantizaba la distancia total entre el sacerdote y las penitentes. Con los hombres era diferente, y cuando insinué en broma a una numeraria: «Y si el cura es gay y el que se confiesa también lo es, ¿no hay peligro de que pequen?». En esa época, poco se hablaba del tema, y era casi un pecado insinuarlo. Y claro, me echó una bronca que realmente me hizo sentir mal.

Peor me sentí al poco tiempo cuando supe los interrogatorios que hacían en las confesiones, y eso sí me pareció ya muy desagradable. Recuerdo que una mujer que tenía siete hijos fue interrogada en el confesionario acerca de por qué no había tenido más hijos, y cómo era su relación de pareja. Ella se levantó y se fue indignada. Tenía razón. Las numerarias defendían: el sacerdote tiene la obligación de aclarar conciencia antes de perdonar los pecados. Pero por lo visto, incluso si quien se confesaba no se refería al sexto y único mandamiento que parece importaba, él debía preguntar.

Poco a poco fui tomando distancia, y aquellas numerarias que me acompañaban creo que hoy ya no están, al menos muchas de ellas. El confesionario se hizo, me costó tres sueldos. Y nunca tuve la sensación tan horrible, como aquella vez, de haber tirado el dinero.

También aprendí mucho en aquellos años, pero reconozco que la libertad y espontaneidad en la vivencia de la fe en casa se fueron haciendo cada vez más rígidas. La mayoría de los hermanos tuvimos algún contacto con el Opus, pero ninguno a día de hoy lo frecuenta ni es simpatizante, solo mi madre, que es supernumeraria, a quien reconozco

le hace bien y la ayudan en su forma de vivir la fe, que por cierto, ¡no es la mía! Pero mi vieja (así llamamos cariñosamente los argentinos a la madre) es una santa, y si a ella le hace bien, lo celebro.

Como decía, la libertad en la vivencia de la fe en casa comenzó a acartonarse y a radicalizarse en determinadas posturas. Por ejemplo, quien estaba divorciado y se había vuelto a casar, no era bienvenido a mi casa, y mis padres tampoco iban a la suya. Pensaban que recibirlos era apoyarlos en su «pecado». No lo entendía ni lo entiendo; es más, me parece una auténtica aberración y negación del Evangelio. En todo caso, si lo tolero, es porque pienso que es una deformación mental fruto de una mala formación transmitida durante años de forma farisea y equivocada por la Iglesia.

Poco a poco comencé a ver que lo más grande que me habían dado mis padres era la vida y la fe, pero mi fe no era la de mis padres, porque ellos no creían por mí, y mi fe cada vez se distanciaba más de la de ellos. Como la fe que recibí en la Iglesia no es la fe de la Iglesia, porque nadie cree por mí. Pero a pesar de que la fe de mis padres no es la mía, y de que mi fe no es eclesial, porque la Iglesia no cree por mí, me fue posible encontrarme con Jesús en la Iglesia y en mi entorno familiar y quedarme enamorada de su proyecto de vida.

[1.](#) Forma despectiva de hablar de las clases populares en clara referencia al color de su piel.

[2.](#) Mi madre se preocupaba porque decía que tenía sangre de jugadores; de hecho, mi abuelo paterno murió después de una mesa de póquer, y por lo que explican, llevó a su familia a la gloria y a la ruina pasando por diversos estados a causa de su adicción al mismo.

2. Al convento siendo «una niña»

Me marché de casa

Mi salida de casa no fue fácil. Se supone que decir que me iba al convento, en una familia que era muy religiosa, habría sido celebrado. Pero no fue así.

Era el año 1984, estaba acabando la secundaria y como mis hermanos estaban fuera y ese día comían en casa, además de mis padres, mi abuela paterna, «la Faride», y la superiora de las carmelitas descalzas, que teniendo una hermana ingresada en un centro cercano tenía mi casa como cuartel general, aproveché para largarles que en febrero me iba al convento. Era el mes de octubre.

Acababan de saber que mi hermana María José, que era ya monja, había sido trasladada, creo que a Buenos Aires, todavía no hacía un año que mi hermana Cinta había entrado al Carmelo,^[3] y yo, que hasta ese momento les decía que estudiaría Medicina, de golpe y sin previo aviso les informaba de que me iba de monja.

Mi madre me dijo que esperara un poco, mi abuela se cerró en banda diciendo que eso era una locura y mi padre dijo que no me iba, y que si lo hacía, para él yo era hija muerta.

La situación les sobrepasó, y yo me cerré más aún y me puse más fuerte, seguramente para protegerme.

Tenía claro que quería irme al convento para poder ayudar a la gente. El Evangelio era mi libro de cabecera y me urgía liberarme para dedicarme cien por cien a las personas. En el colegio en el que estudiaba estaba la casa de formación, el postulante, y año tras año ingresaban entre siete y diez jóvenes. Tenían gancho y transmitían alegría.

A partir de ese momento mi padre me dijo que ya no trabajaría con él en la consulta. Le dije que si esto era así, debía pagarme los años que había estado trabajando, ya que si yo no podía pedirle nada, necesitaba algo de dinero.

El ambiente en casa era irrespirable. Mis hermanos, todos me apoyaban, y mi madre sufría en silencio. Trataba de disuadirme pidiéndome que esperase un año.

Pasado un mes, mi abuela, que vivía con nosotros, murió de forma repentina, y esto significó para todos, pero fundamentalmente para mi padre, un golpe durísimo. Siempre pensé que nunca había cortado el cordón umbilical con ella. Es más, creo que después de veintisiete años, aún no superó su muerte.

Yo salía de casa a las 5:50 de la mañana para ir a misa al colegio y para no encontrarme con mi padre, y prácticamente le veía solo por la noche. Buscaba mil motivos para no volver a casa porque me resultaba muy duro este rechazo. No lo entendía y me llevaba a

cuestionar la fe que profesaba.

Tuvo lugar entonces un proceso de descubrimiento personal y una opción libre. Por primera vez, sentía que era libre de verdad y que comenzaba a vivir la titularidad de mi fe y de mi vida. La fe dejó de ser una doctrina, para convertirse en una experiencia personal, en un encuentro con el misterio y con lo infinito, pero con una fuerza que me lanzaba de forma elocuente a la humanidad, al encuentro con las personas. Creo que fue allí donde mi fe comenzó a ser adulta.

Fernando Pessoa, en su *Libro del desasosiego*, hace un comentario que puede resultar interesante a la hora de captar la falta de sentido en la vivencia de la fe, o la ausencia de este proceso personal que ha conducido a muchos a vivir sin haber interiorizado la propia fe. Él decía: «Soy hijo de un tiempo en el que la mayoría de los jóvenes han perdido la fe en Dios por la misma razón por la que sus padres la habían tenido siempre: sin saber por qué».

Entendí entonces que todos necesitamos tener razones personales para alimentar la propia fe, sea la que sea; para fortalecer los vínculos con Dios, que lo es todo, pero que siendo un misterio se nos presenta con mucha frecuencia como un desconocido al que nos cuesta reconocerle. Es allí cuando la fe se hace madura y pasa de la intuición a la confianza, a la experiencia, y es cuando se hace convicción y motor.

Por entonces mi padre estaba flipado con el Opus Dei, para él lo era todo. Y me decidí a hablar con el padre Tomás Gibson, que era su director espiritual. Le llamé y me dijo que podíamos quedar para hablar en el confesionario de la catedral de Tucumán. Le dije que no me quería confesar, que quería hablar. Él, como es lógico, ya estaba al corriente de todo. Me propuso entonces que fuera acompañada con alguien y que pidiera un despacho en la catedral para poder hablar. Un sacerdote con una mujer a solas para ellos no era posible por lo que pudiera pensar la gente, y porque había que cuidarse. Me pareció absurdo y ridículo. Hoy lo pienso y no me escandaliza, ¡me da risa!, pero confieso que accedí, ya que era el último cartucho que tenía para conseguir algo de mi viejo.

Quedamos con el padre Tomás en la catedral en el despacho del rector, que era muy amigo mío. Me acompañaba la que años más tarde sería mi maestra de novicias. El padre Tomás me dijo que yo hiciera lo que tenía pensado y que mi padre tarde o temprano cedería. Que lo que él temía era que no cuajara y que, dada mi espontaneidad y espíritu libre, chocara y me pusieran en la calle. Me dijo que en dos semanas mi padre iba a un curso de retiro con él y que allí lo trabajaría. Estuvo muy correcto y le agradecí su apoyo, pero me repateó la forma: acompañada y con distancia, para «evitar cualquier comentario». Y para más ridiculez me dijo: «Es que no solo hay que ser santo, sino también hay que parecerlo». Un año más tarde supe que a otro padre del Opus que estaba en Tucumán le habían dicho que cuando fuera con su madre por la calle, no fuera

del brazo con ella, porque aunque era su madre, la gente podía no saberlo y escandalizarse viendo a un cura con una mujer del brazo.

Tal y como estaba previsto, mi padre se marchó de retiro, y a su regreso, recuerdo que estábamos todos en su habitación, y al entrar me dijo que me podía marchar. Tanto él como mi madre lloraron, y yo me sentí liberada.

El vacío dejado por la marcha de la abuela era grande, pero no podía retrasar mi marcha, me sentía urgida por dentro: ¡había tanto por hacer! Estaba feliz. Fue un regalo marchar de forma pacífica.

El postulanteado y mi adaptación a la estructura

Nos fuimos de vacaciones con toda la familia a Mar del Plata, y el 17 de febrero de 1985 ingresaba con un grupo de diez chicas más al postulanteado, que es el tiempo del discernimiento acerca de la propia vocación, un tiempo para ver si eso de ser monja va con una, pero también un año en el que te miran con lupa y ven si eres capaz de «adaptarte» a las normas y a un estilo de vida. No es que te lo digan así, pero con el tiempo pude ver que realmente iba de eso.

A los pocos meses de comenzar este tiempo de formación, se unieron tres chicas más. Éramos trece, y a día de hoy solo quedo yo, pero fuera de la congregación, en el monasterio. Por haberse marchado, hasta la maestra de postulantes se marchó y acabó siendo sexóloga.

Al despedirme de casa para ir al convento, recuerdo que mi padre me dijo: «Te doy ocho días dentro». Al día noveno le llamé para decirle: «Prueba superada: no me han echado».

Comenzó para mí un camino largo y duro. Estaba tan feliz del paso dado y de poder vivir lo que tanto había soñado, que sin darme cuenta me entregué con confianza ciega a lo que indicaban mis formadoras, y poco a poco, y sin percatarme de ello, sentí como si me metiera en la máquina del tiempo y me remontaran a años antiguos. Algo me chirriaba, ¡Dios mío!

Hoy seguramente no hubiera aguantado aquella disciplina y cómo se multiplicaban las estupideces y normas. Íbamos vestidas de color gris y blanco y parecíamos un ejército de huerfanitas. Llevábamos una vida medio monástica, y nuestros estudios eran, hoy lo veo, más tridentinos que otra cosa.

Estudiaba con pasión, me devoraba los libros, pero lo que más me gustaba es cuando íbamos a la universidad a estudiar. Allí el profesor Torres Nieto nos abría los horizontes y la teología se convertía en una pasión. Este profesor me gustaba mucho cómo

enseñaba. Había sido fraile y en su camino se enamoró de una mujer y se casó. Todo él era fuego, un fuego que se contagiaba. Muchas veces me pregunté por qué no podían casarse los curas, y cuando lo cuestioné en clase en el convento, me mandaron callar: había cosas que no se podían preguntar en público, eran así y punto.

Volver de la facultad a la comunidad y encontrarme con la *Teología moral* del padre Royo Marín, con la *Flor de la liturgia* del padre Azcárate y los mil y un libros piadosillos, me descolocaba, pero yo era muy dócil, o prudente, o lista: sabía que era verdad aquella balada de María Elena Walsh que tanto había cantado en mi adolescencia, y de forma silenciosa, se convirtió en mi música de fondo, iba a decir, en mi oración. Decía así:

En este mundo traidor
transigir es lo mejor.
El que diga basta
va a parar a la canasta,
y el que sea opositor
va a parar al asador.

En chimangos prepotentes
no malgastes los cartuchos.
Sonreíle a los de arriba
que son machos y son muchos.

Escalá el escalafón
trabajando de felpudo.
Es mejor que comas tierra
y no que te coman crudo.

A buen tiempo, mala cara:
da cartel de inteligente;
criticá todo con todos
menos con los dirigentes.

A pesar de mis recursos para sobrevivir, he de reconocer que me comieron el tarro. Poco a poco me hicieron a su imagen y semejanza, tal vez adaptarme era la única manera de sobrevivir, porque quien plantaba cara, era echada fuera.

Llegó un momento en que la música de órgano y de tubo era para mí lo más perfecto, y yo, que había promovido la misa con guitarras en la catedral, ahora criticaba aquello como modernista. Suerte que esta conversión me duró muy poco tiempo.

Poco a poco me fui alejando de la realidad y decía amén sin pensar a todo lo que era más oficial. Veía que no estaba permitido discrepar de la autoridad. Fue mi año «talibán». Yo decía frases hechas y casi no me reconocía a mí misma. Fue todo muy raro.

Por entonces en Tucumán había un obispo que tenía una timidez enfermiza y unos escrúpulos patológicos. Durante los años que estuvo en la diócesis se cargó la pastoral y se institucionalizaron los espías de las homilias y charlas. Las suspensiones *a divinis* eran el pan nuestro de cada día, y la división y el escándalo se habían instalado en una diócesis que estaba herida de muerte. Era el señor obispo, y tuviera razón o no, ¡había que defenderle! Esa era la consigna del convento y poco importaba que viéramos cómo los curas se iban desencantando y cómo sufrían por la situación que se había instalado en la Iglesia diocesana.

Notaba que cada vez me estaba distanciando más de la gente, pero yo era una postulante obediente, que pasaba por el aro en los mil caprichos de una maestra medio déspota a la que había que pedirle permiso hasta para ir a ducharse, y eso debía ser en las horas que a ella le parecía.

Comenzaron a desertar las compañeras, y a mí me daba miedo esa situación. Cuando una se marchaba, nos hablaban mal de ella, y se cortaba todo contacto. Esto me hacía daño, y confieso que nos metían miedo en el cuerpo. Me decía: «¿Y si me echan a mí?».

Comenzó a prepararse un capítulo general, y María José, mi hermana mayor, que era monja de la congregación, comenzó a venir a mi comunidad para reuniones. Empezaron a prohibirme hablar con ella y aquella «perfección» e idealismo que nos inculcaban comenzaba a desmoronarse. La confianza se iba erosionando. Quería con más fuerzas que nunca vivir mi vocación, pero no de esa manera.

Recuerdo que cuando alguna postulante rompía algo o hacía alguna cosa mal, debía presentarse ante toda la comunidad, decir a la superiora «he roto un vaso o un plato», y debía esperar la penitencia. Un día yo largué una carcajada, nunca había roto un plato. Pero pasaron pocos días, y llevando una bandeja de café con tazas y platos para toda la comunidad, rodé por la escalera, y el desastre fue total. La penitencia fue rezar cada día el vía crucis en una hora en la que me pudieran ver, de esta forma mi humillación sería mayor. Comencé con espíritu de obediencia, acabé jurando venganza de tanto machaque. Tampoco aquella priora que me impuso la penitencia hoy está en la vida religiosa.

Algo se estaba cocinando por lo bajo, y la gente joven que estaba en los primeros años de profesión metía presión. Estaban hartas del sistema infantilizante que había implantado, y yo comencé a abrir los ojos. Suerte que estaba acabando el postulantado, de lo contrario me hubieran mandado a casa.

Noviciado: dos años en el crisol

Me fui una semana de vacaciones a casa. Coincidí con mi hermana María José y participé de las reuniones extraoficiales que hacían fuera del convento las hermanas jóvenes que preparaban el capítulo de la congregación y que en él tenían voz y voto. Sin darme cuenta, me introduje en la política de los movimientos internos, y me dije a mí misma: «Aguanta, resiste, y una vez que profeses, vivirás con libertad». La broma que hacía era: «Voy a obedecer hasta que haga mi profesión solemne, y, en virtud de los votos, después haré solemnemente lo que me dé la gana, es decir, lo que me dé a entender mi conciencia que debo hacer». Tenía dieciocho años.

Resistí, aguanté y aproveché el ritmo monástico del noviciado para estudiar y para observar y formarme. Confieso que mis maestras de novicias eran en realidad las novicias del segundo año, todas mayores que yo, estaban de vuelta de muchas tonterías. Con ellas aprendí mucho y también con ellas me desahogaba. Todo el grupo era como una piña y la terapia conjunta para resistir era «ridiculizar» aquello que nos hacía sufrir. Íbamos de fuertes, o mejor, buscábamos desesperadamente argumentos para luchar por aquello que nos había convocado a la vida religiosa.

Me lo pasé fenomenal. Las reuniones nocturnas eran geniales y recuerdo que intercambiábamos libros de vida religiosa más abiertos, que por entonces estaban vetados, eso los hacía más interesantes. La línea de la vida religiosa de la CLAR,^[4] religiosos latinoamericanos y los libros del Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid eran los prohibidos, pero nos hicimos con ellos, y fueron mi auténtica escuela de formación. Cada día me enamoraba más de lo que hacía y, teniendo claro el fin, cargaba con alegría la cruz pesada de la estructura y la imposición. Sabía que esto pasaría y que era el peaje para luego poder dedicarnos libremente al servicio de las personas.

Las novicias me tomaban el pelo, ya que María José, mi hermana, estaba abriendo caminos, y su postura era considerada contestataria y resultaba incómoda para un sector en el que estaba la que era mi maestra de novicia, quien llevaba muy mal esta situación, y, claro, yo sentía esos recelos en mi persona. Intentaba sobrevivir, riéndome e ironizando con las de mi grupo, reconozco que no era la mejor actitud, pero era la única forma de sobrevivir al sistema. Reconozco que me pasé tres pueblos, y que de caridad cristiana eso no tenía nada, pero era sin duda la manera que tenía de resistir y superar el trance. Tengo mucho que agradecer de aquellos años. Aprendí un montón.

La crisis por el cambio la vivimos en la base; sin duda los superiores también veían que era necesario un cambio, pero tenían miedo. Hacía unos años, en el postconcilio, habían padecido una desbandada importante de hermanas, y eso les daba reparo. Estaban

desorientadas, y se les notaba. Entiendo la lucha que tenían: debían formar de repente a mucha gente joven y muy crítica, y no sabían ni cómo ni para dónde orientarnos.

Durante mi segundo año de noviciado, tuve dos experiencias interesantes: la visita del Papa a Argentina con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud que se celebraría en Buenos Aires, y la experiencia apostólica en la ciudad de Monteros, situada al sur de la provincia de Tucumán, en un colegio popular, pequeño y con una intensa vida parroquial y misionera.

El Papa visita Tucumán: ¿guerrillera o contemplativa?

Antes de marchar a la experiencia apostólica, en abril de 1987, con motivo del Domingo de Ramos, nos iríamos a Buenos Aires con todas las novicias. El Papa pasaría antes por Tucumán, pero nosotras no participaríamos del encuentro allí, estaríamos de camino a la capital. No obstante, se organizó unas semanas antes un acto multitudinario en la plaza de la Independencia, con el objetivo de preparar la visita papal. Me encargaron que hablara en nombre de los religiosos jóvenes y que dijera qué esperaba de la visita del Papa a la arquidiócesis.

Tenía muchas presiones para aprovechar el momento de gloria. Era un tiempo de bastante aislamiento, yo estaba enclaustrada y mi voz en gran medida aún era silenciosa; hoy, seguramente sería silenciada, que no es lo mismo. Así que en aquel acto, con gente por todas partes, aproveché para hablar. Había muy buen ambiente.

Mis padres se ubicaron en la mesa de un bar para seguir el acto. Confieso que comencé serena, pidiendo que cuando Juan Pablo II se marchara de Tucumán, dejara una Iglesia más unida, en la que existiera el diálogo y la pluralidad, en la que de una vez por todas se escuchara el clamor de los más pobres. Dije que soñaba con que por fin la Iglesia hiciera la opción preferencial por los pobres para que nuestra Iglesia fuera su Iglesia. Fui subiendo el tono y los pibes de las barriadas a los que conocía, y aquellos a los que había dado catecismo en los veranos, comenzaron a corear estribillos que me hicieron pasar una vergüenza terrible, pero que a ellos les nacían del corazón, y me veían como portadora de sus esperanzas.

El ambiente era festivo y popular. Me explicaron que unos que estaban cerca de la mesa de mis padres comentaron sin saber quiénes eran ellos: «¿Esta hermana quién será?, ¿de dónde ha salido? Parece la reencarnación de Eva Duarte de Perón». Mi padre, hundido de vergüenza, comentó: «Es mi hija».

La gente de las bases quedó contenta, los religiosos felices y la organización no lo sé. Sí recuerdo que al bajar del escenario el padre Miguel Chabrandó, el misionero que

animaba el acto, me dijo: «Tú acabarás, por la fuerza que tienes, o siendo una guerrillera, o siendo monja de clausura».

A los pocos días de aquel acto, estaba en Buenos Aires esperando celebrar la Jornada Mundial de la Juventud. Fueron jornadas maratónicas para ver y escuchar a Juan Pablo II, que por entonces estaba muy en forma.

La noche anterior a la misa central la pasamos guitarreando a la luz de la luna en plena avenida 9 de Julio. Al día siguiente estábamos reventadas, y la ironía de los medios de comunicación nos jugó una mala pasada. Dormidas sobre las vallas, nos hicieron una fotografía que sirvió de portada para el diario de mayor tirada nacional, con la nota al pie de la fotografía: «Religiosas siguen atentamente la homilía del Papa».

Fue una buena experiencia, pero reconozco que este tipo de acontecimientos masivos no son para mí. Alguien los definió como las olimpiadas del Papa. Yo reconozco que prefiero otra dinámica más constante y comprometida de trabajo y por eso nunca más me movilité para un evento así, pero también reconozco que hay gente a la que le va bien, y creo que hay que respetarlo.

De aquel encuentro me quedé con un testimonio: el de un joven minusválido que dijo que siempre se preguntaba: «¿Por qué, por qué a mí?». Hasta que un día decidió cambiar la pregunta y comenzó a preguntarse: «¿Para qué?». A partir de aquel momento su vida cambió y supo dar sentido a su situación. Fue impresionante.

Experiencia de misión

La estancia en Monteros de «experiencia apostólica», como le llamaban a aquel tiempo, fue para mí un auténtico regalo y un balón de oxígeno. Al poco tiempo nos hicimos con el pueblo y teníamos un grupo de jóvenes supermotivados que nos acompañaban en nuestras correrías misioneras.

Aproveché mi estancia allí para visitar a María, una gran mujer que nos había cuidado desde pequeños y que tenía su rancho a pocos kilómetros. Me iba a pasar unos días allí, y disfrutaba como un cosaco de la libertad de ser una entre la gente sencilla, que teniendo lo justo para vivir transmitían una gran paz y una fe significativa.

Me trasladaba a todos los sitios en una pequeña moto, y el día antes de marchar del pueblo, el alcalde me dio el carné de conducir: me llevó a un garaje del ayuntamiento, me hizo sacar un camión regador grande, y en línea recta regar una calle de trescientos metros. Concluido el trabajo, en el que no tuve ni que girar el volante, me entregó el carné de conducir de camión. Años más tarde, en Manresa, cuando comencé a conducir, me apunté a la autoescuela para aprender de verdad, para practicar, y para que en conciencia la renovación del mismo fuera legal, y para estar tranquila de haber hecho las

cosas bien.

En Monteros disfruté de mi vocación y de una pastoral cercana. Trabajábamos codo a codo con los laicos y juntos hacíamos cosas interesantes. Allí comprendí que la libertad interior no te la quita nadie.

A pesar mío regresé al noviciado, había que prepararse para la profesión y para el traslado. Quería estudiar Teología y que me enviaran a Buenos Aires, pero eso me lo tenía que ganar. Faltaban dos meses y tenía que «ser buena chica». Parece que lo fui, porque al entregarme el hábito, me dieron el destino. Fue un día feliz: estudiaría Teología en la Universidad Católica de Buenos Aires. Allí me esperaba una nueva tierra y unos horizontes insospechados.

No sé cómo explicar todas las sensaciones que vivía interiormente. Buscaba respuestas, quería abrir caminos, me parecía todo tan claro, ¡y lo hacían todo tan complicado!

Nos hemos olvidado de Dios

Hubo un hecho que en gran medida marcó la orientación de lo que vivía y sobre todo de lo que quería vivir. Los grandes momentos de mi vida estuvieron enmarcados en espacios de silencio y quietud, allá se fraguaron cosas interesantes, que tal vez en el momento no comprendía, pero que con el tiempo fueron una explosión de luz y claridad.

La víspera de mi profesión, o sea, de mis primeros votos y de la toma del hábito, me fui al monasterio benedictino del Siambón, en la montaña tucumana. Un sitio paradisíaco de silencio y quietud. Iba para charlar un rato con el padre José Veronessi, abad de la comunidad monástica.

Mientras le esperaba en la iglesia del monasterio, sentada a los pies del sagrario, que era un espacio delicioso ornamentado de forma rústica, se me presentó Juanito, un monje armenio, que después supe había perdido la cabeza. Se estaba desatando una tormenta con truenos y relámpagos y, siendo las cinco de la tarde, parecía noche cerrada. Juanito venía con su escoba y estaba barriendo. Con la escoba me invitó a salir, mejor dicho, casi me barrió a mí misma. Cuando le dije que esperaría en un rincón al padre abad, él solo dijo: «Los hombres nos hemos olvidado de Dios». Jo, dices esto y a mí me sacas a escobazos. No hubo manera, me sacó del sitio repitiendo la misma cantinela. Suerte que el padre José llegó en ese momento. Me dijo que Juanito no hacía más que repetir que el mundo estaba mal porque nos habíamos olvidado de Dios, y que estaba mal de la cabeza, pero que esa era su letanía.

Me quedé con la música y me dije: «Mañana yo me consagro, me voy a liberar para servir mejor a las personas, y como dice Juanito, si se han olvidado de Dios, yo les voy a

anunciar a Jesucristo y voy a intentar que su mensaje nos dé a todos un poco de luz».

«Los hombres nos hemos olvidado de Dios.» Con esta cantinela y reto, hice mis votos y me fui a Buenos Aires pasando por Rosario de Santa Fe, donde profesarían a los pocos días el resto de mis compañeras.

Vale la pena un pequeño excursus en el relato para narrar lo vivido en Rosario. Allí hacían sus votos perpetuos tres hermanas y dos su primera profesión. Celebraba el obispo de Santa Fe, monseñor Storni, y presidió una liturgia espectacular y cargada de formas ya caducas. Un personaje controvertido y conocido por su dogmatismo a ultranza. Su homilía fue de terror. Retó a las hermanas que hacían sus votos a no ser «mujerzuelas», utilizando este apelativo para señalar a las religiosas que van sin hábito. Habló con desprecio de la mujer y las invitó a rendirse a la autoridad de los obispos, únicos intérpretes de la voluntad de Dios.

El ambiente era infumable. Algo desentonaba de forma contundente. Años más tarde monseñor Storni, guardián de la ortodoxia, era denunciado por abuso de menores y retirado del ministerio.^[5] Este hecho significó un escándalo sin precedentes en la Iglesia argentina. A partir del inicio de la investigación, vivió en una casa que la diócesis le compró, y sobre sus espaldas llevó el haber arruinado la vida a muchos adolescentes y jovencitos. Fue apartado del ministerio pero continuó con libertad, supongo que por algún privilegio episcopal no se llegó al fondo. Con la que está cayendo hoy sobre el tema, creo que su situación hubiera sido más complicada, pero en su caso, casi casi, se corrió un tupido velo, y las víctimas, ¡a callar y a sufrir!

Lo peor era su discurso condenatorio, esgrimido, muy posiblemente, para disimular una moral y una conciencia enferma y atormentada. Normalmente desconfío de estas parafernalias litúrgicas en las que la dureza y lo impenetrable, «lo inmisericorde», no dejan un resquicio para la bondad y ternura desbordante del Dios de la vida. Cuando me presentan a un Dios implacable, sediento de sacrificios humanos, que reclama vorazmente reconocimiento, en el que la persona no cuenta y es «miserable y rastrera, ¡pecadora!» sin matices, siento una repugnancia extrema y se renueva en mí con gran fuerza la profunda convicción de que «eso no es Dios».

Sin duda el tema de la pedofilia, del abuso de menores, es uno de los asuntos en los que me cuesta más aplicar la tolerancia, posiblemente porque he visto muchos casos de personas a las que les han destrozado la vida siendo menores; personas a las que no las dejaron crecer y les robaron la infancia hipotecándoles la posibilidad de ser felices.

En estos años en los que parece que se ha levantado la veda y se han destapado tantos casos, he podido constatar que los casos de abuso por parte de sacerdotes y religiosos no son mayoría; hay muchísimos hombres que han abusado de menores y no tenían nada que ver con el estado religioso, pero es mucho más repugnante cuando se trata de

consagrados en quienes supuestamente se confía porque tienen un compromiso con el Evangelio y con unos valores determinados.

Decir que Dios es misericordioso, que perdona siempre, que ha venido a buscar lo que estaba perdido, es tan real como lo es la Palabra de Dios. Pero es Él quien perdona, acoge y regenera, y hoy por hoy, a mí me cuesta ver la manera de hacer que estas personas, en el marco de nuestra sociedad, encuentren el camino en el que, desde la justicia humana, se les corrija por el gravísimo daño que han causado.

Parece ser que en el tema de abusos de menores Benedicto XVI está siendo muy riguroso y está, aparentemente, dispuesto a hacer una limpieza a fondo en la Iglesia. Y esto es sin duda signo de la justicia, la misericordia y la compasión de Dios: hacia las víctimas, y también hacia los enfermos, degenerados y pervertidos, que siendo sacerdotes y/o religiosos han traicionado sus compromisos y la confianza de las personas, y han profanado el nombre de Dios y la dignidad de las personas, que son el templo del Espíritu, el espacio donde Dios habita.

En los últimos años se ha oído de todo en este tema, sobre todo en Holanda, Alemania, en el dramático y clamoroso caso de Marcial Maciel y los Legionarios de Cristo, etc. La mierda ha aparecido, se ha destapado y ha comenzado a apestar también en España y Latinoamérica. Los casos de corrupción y abuso han salido del armario, ¡mejor, se encontraron en él! Me causa dolor, repugnancia y mucha compasión hacia las víctimas.

Me gustaría que los obispos sean firmes en las decisiones: que retiren a tales personas corruptas del ministerio, que les den tratamiento psicológico, y que los alejen para siempre del trato con los menores y de la responsabilidad de anunciar el Evangelio. Hay muchas posibilidades para ayudarlas, pero desde luego lejos del ejercicio del ministerio.

Me gustaría que sean juzgadas sin privilegios ni recomendaciones, porque ser quienes eran –religiosos o sacerdotes– en este tipo de delitos es un agravante y nunca un atenuante, y por lo mismo no se ha de tener ninguna contemplación especial.

Seguro que una vez descubiertos se lo están pasando mal, y son dignos de lástima, pero la lástima no ha de hacer temblar la mano a quien ha de remediar una situación que ha dejado a muchas personas marcadas, heridas y deshechas para siempre. Y la mejor forma de ayudar a quien cometió estos actos de abuso es sin duda apartarlo, porque por él mismo seguramente volvería a caer.

«¡Ay de los que escandalizan a uno de estos mis hermanos más pequeños!», decía Jesús... Y su clamor hoy resuena entre nosotros con fuerza desgarradora. En el nombre del Dios de la vida, por el amor que profeso a la Iglesia de Jesús, y por mi amor a las personas, especialmente a los niños, a los pobres, a los más débiles e inocentes, pido, si me permiten la expresión, ¡TOLERANCIA CERO! Ya vendrá quien podrá curar y

perdonar, pero mientras peregrinamos en este mundo, como Pueblo de Dios, no podemos permitir que haya quienes se aprovechen de sus hermanos.

Que Dios los perdone, que sus obispos los ayuden a regenerarse, curarse y enmendarse, y que la Iglesia y la sociedad se vea libre de esta lacra que repugna, rebela y nos hace sentir impotencia, rabia y dolor, ¡mucho dolor!

Hay quienes dicen que eso ocurre por el voto de castidad o por el celibato. Es una locura tal afirmación, porque estamos ante un comportamiento patológico. Sé por experiencia que la castidad es y puede ser una opción libre y liberadora asumida y vivida por el Reino, y también sé que nunca puede ni debe ser impuesta. El celibato ha de ser siempre una opción libre, y por esta razón creo que no ha de ser una condición, por ejemplo, para ser sacerdote. Los primeros sacerdotes, los discípulos de Jesús, incluso Pedro, el primer Papa, tenían esposa, al menos el Evangelio nos dice que Jesús curó a su suegra. El celibato, o sea, la prohibición de casarse a los hombres para poder ser sacerdotes, creo que es revisable y que ha de cambiar, y no tengo duda de que con el tiempo cambiará. Pero eso nada tiene que ver con la pedofilia.

Vivir para ellos

Ya en Buenos Aires, tenía todo lo que quería y había soñado. Estudiar Teología y planificar mi vida para entregarme más y mejor a la gente.

Mi vida era una auténtica maratón, pero estaba feliz. A las cinco de la mañana me levantaba, tenía mi rato de oración, a las seis teníamos la misa con laudes, luego desayunábamos y me iba a clase al colegio. Comía a las doce del mediodía, y a la una de la tarde estaba subiéndome al autobús, ya que tenía clase a las tres y media en Devoto en la Facultad de Teología. A las ocho de la noche estaba de nuevo en el tren para llegar a casa a las diez y media, cenar, estudiar y dormir. Me pasaba cuatro horas en viaje. Los viernes empalmaba la universidad con la comunidad misionera y los sábados iba a un hospital oncológico a visitar mujeres en un servicio de ginecología, la mayoría de ellas en estado delicado debido a una mala praxis en abortos caseros, que padecían una soledad extrema. Solo me quedaban los domingos para descansar, estudiar, compartir con la comunidad.

Los estudios los llevaba muy bien, aunque el latín era mi penitencia insuperable. El ambiente universitario era fantástico, y veíamos la gran diferencia entre la disciplina de los religiosos y la estructura que se imponía a los seminaristas diocesanos, que dicho sea de paso, eran los menos estudiosos. Allí aprendí a frecuentar un espacio que para mí era todo un referente: la habitación que había ocupado Carlos Mujica, un cura del llamado

Movimiento del Tercer Mundo, que vivía y trabajaba en las villas miseria de la capital, al lado de los más pobres, y que fue asesinado en tiempos de la dictadura militar a causa de su compromiso con la clase trabajadora en las villas. La película *El elefante blanco*, protagonizada por Ricardo Darín, evoca su figura profética y comprometida. Él venía de una familia muy acomodada de cierto abolengo, pero, como tantos otros, decía que los pobres le habían enseñado a leer el Evangelio.

Allí aprendí a orar con una oración suya que hice muy mía, y que latía en mi corazón cada vez que recorría las villas de la misión o cuando entraba al hospital a ver a aquellas mujeres de las que tanto aprendí. Él decía:

Señor, perdóname,
me he acostumbrado a ir a las villas miseria,
sin embargo, yo puedo irme cuando quiero,
pero ellos no.

Señor, perdóname,
me he acostumbrado al olor de la basura,
sin embargo, yo puedo alejarme de allí,
y ellos no.

Señor, perdóname
pues yo puedo encender la luz,
pero me olvido de quienes
no lo pueden hacer.

Señor, perdóname,
yo puedo hacer una huelga de hambre,
pero ellos no,
porque están siempre hambrientos.

Señor, perdóname,
yo les tengo que decir
que el hombre no vive solo de pan,
pero no pongo todo mi empeño
para que ellos tengan el pan de cada día.

Señor, yo quiero amarlos,

sueño morir por ellos,
mas tú ayúdame a vivir para ellos,

Señor, yo quiero estar con ellos,
cuando llegue la hora de la luz.

Amarlos y vivir para ellos. Esta fue la clave de su vida. Carlitos murió y murió por no renunciar a sus compromisos. No los dejó en la estacada. Fue víctima de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), aunque en un primer momento se pensó que la autoría era del movimiento de los montoneros, de los que Carlitos había tomado distancia porque él se negaba a empuñar las armas. Con sentido bíblico apelaba a dejar las armas para empuñar los arados, como se repite en la liturgia: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra».

Carlos Mujica era para mí todo un referente. Y estudiar en las mismas aulas en que él estudió fue un estímulo y una confirmación de la vocación recibida y de la urgencia de plasmar el compromiso con Dios y con su pueblo. Se dibujaba claramente mi opción preferencial por los preferidos del Evangelio: los más pobres.

El cansancio y la inquietud: un cambio

Poco tiempo me quedaba para mí y cada vez me sentía más vacía. Buscaba momentos y espacios de oración, y cuanto más me daba y hacía, más vacía me sentía. Era una sensación extraña de plenitud y a la vez de vacío. Me hacía muchas preguntas y me angustiaba no encontrar respuestas. Veía las ingentes necesidades de la gente y la hora gravísima que vivía el país. El gobierno de Alfonsín comenzaba a hacer aguas y los saqueos de supermercados se multiplicaban. Los precios se disparaban, y los pobres aumentaban cada día. ¿Qué hacer? ¿Qué respuesta dar? ¿Cómo contagiar la pasión por el Reino y la Justicia de Jesús que corría por mis venas?

Estaba agotada. Mis notas eran muy buenas en la universidad, mejor que nunca, ya que eso de estudiar en mis tiempos de colegio se limitaba a lo mínimo indispensable para sacar los cursos. Recuerdo que devoraba los libros, y buscaba con inquietud referentes y testigos. Estaba sedienta, necesitaba más, me atormentaba la insatisfacción, la nostalgia, ¡había algo que anhelaba y no atinaba a encontrar qué era!

Casualmente por aquellos días sor Juana, una monja dominica del Monasterio de San Justo, enfermó gravemente. La trasladaron a una clínica cercana a mi comunidad que

estaba ubicada en el barrio de Constitución, y las monjas de su monasterio venían a dormir a la comunidad, una cada semana. Yo era dominica, pero de la rama dedicada a la enseñanza. Las que vivían en el monasterio era lo que conocíamos como las monjas de clausura, que siendo de la misma familia, se dedicaban fundamentalmente a la oración viviendo en el claustro. Entonces no sabía yo que acabaría siendo «monja de clausura».

Comencé a frecuentar el monasterio. Iba una vez al mes a pasar la noche en oración y de ahí empalmaba con mi ritmo cotidiano. Aquello me atraía y cuestionaba. Eran dominicas como yo, pero había algo que no me cuadraba. Las veía muy rígidas y llenas de normas, amén de oficialistas y papistas. Las hermanas hacíamos broma cada vez que se marchaban las monjas, ya que se las pasaban citando textos pontificios para reforzar sus tesis y conversaciones. Pero más allá de las formas, en la totalidad de sus vidas, algo me atraía o cuestionaba. Yo estaba, sin saberlo, en una búsqueda. Mi corazón estaba inquieto, y sin duda Dios me movilizaba, pero yo no acababa de poner nombre a mi inquietud, ¡me costó años!

Una noche de vigilia en el monasterio vino a mi mente Juanito, el monje del Siambón, y su sentencia: «Los hombres nos hemos olvidado de Dios». Y de repente me di cuenta de algo, que podía ser la respuesta a lo que yo estaba buscando y que era la causa de mi vacío: yo había cambiado inconscientemente una sola palabra de su frase, y esto sí no era casual. Yo decía: «Los hombres se han olvidado de Dios», y lo que él decía es «nos hemos olvidado de Dios». Muy ocupada en las cosas del Señor, me había olvidado del Señor de las cosas, y yendo de un lado para otro, en mil cosas, me había quedado vacía. El activismo, el hacer y hacer cada día más cosas, poco a poco me había llevado a vivir fuera, en un constante éxodo de mí misma y de mi centro, y poco a poco me había quedado vacía. Las urgencias y necesidades a veces nos apremian de tal forma, que uno entra en la vorágine de los reclamos, se cree indispensable, y tira demasiado de la cuerda, y pasan dos cosas: o la cuerda se tensa tanto que acaba por romperse, o el coche queda sin gasolina y ya no puede funcionar. La oración, los momentos de sosiego y reflexión, el «tener tiempo» para renovar la experiencia de Dios, cuando se aparcan, eso lleva a un vacío existencial y todo, absolutamente todo, pierde sentido. Y eso es lo que me había pasado.

La opción de vida que había escogido tenía un referente, y la persona de Jesucristo era sin duda lo que daba sentido a cada una de mis opciones, pero «la falta de tiempo» y las urgencias «apostólicas» y las necesidades de las personas me habían absorbido tanto, que «Aquel» que era mi referente y lo que llenaba mi corazón se me había hecho «un extraño». Sin duda, la vida interior necesita abrevarse en momentos de intimidad y reposo, pero estos nunca llegaban. Sentía una profunda nostalgia de Dios, de sentido. Me sentía vacía, y a pesar de creer que lo estaba dando todo, lo que había hecho había sido

vaciarme, pero sin opción para llenarme de lo que verdaderamente necesitaba. Nadie da lo que no tiene, y yo estaba vacía, y eso me tenía herida profundamente.

Fue un momento de gran oscuridad y tiniebla, de desolación –dirían los místicos–, pocas o ningunas certezas me sostenían, y vivir comenzaba a ser para mí un tormento. Experimentaba un dolor profundo en mi alma. Creía que todo lo que había vivido como una pasión y la fe que me había seducido eran un engaño y una quimera. La soledad me iba aislando de los otros, y cuanto me decían o compartían no lograba franquear la barrera de mi desazón y experimentaba el abandono más absoluto de Dios. Me resultaba muy difícil resistir y confiar, pero por otra parte me sentía incapaz de tirar la toalla.

No me reconocía a mí misma. Hacía unos meses me comía el mundo, me sentía la mujer más feliz del mundo, hacía lo que me gustaba, me entregaba a las personas, y hasta llegué a crearme imprescindible y genial, ¡estaba tan llena de mí misma y tan vacía de Dios y de sentido! Pero no lo sabía, poco a poco me había alejado de mi centro y andaba errante, lejos de mi propio corazón, lejos de mi tierra. Y así, errante y «abandonada», clamaba y reclamaba una tregua; la «presencia» que yo vivía como ausencia angustiosa, la cercanía de Dios.

Ya que lo que veía del monasterio me atraía, pregunté, medio inconsciente e impulsiva, si sería posible hacer una experiencia, estar por un tiempo en el monasterio para ver si allí encontraba lo que estaba buscando. Me dijeron que sí.

Años más tarde un fraile amigo me dijo: «Tú te fuiste al monasterio para que al menos Dios pudiera encontrarte». Eso no era tan así. Hoy, después de muchas búsquedas, anhelos, caminos recorridos y paisajes interiores andados, va conmigo, me anima y sostiene.

Tuve que arreglar con el padre Juan Carlos Macarone, decano de la Facultad de Teología, quien hacía un mes me había puesto un 9 en un examen de Teología Fundamental, el tema de mi ausencia de clase durante el mes que pasaría en el monasterio. Todo fueron facilidades y mucho ánimo.

Permítanme otro excursus para recordar a esta gran persona y excelente profesor que gozaba de gran estima por parte de sus colegas. Años más tarde le hicieron obispo y pasó a ser el ideólogo lúcido de la Conferencia Episcopal Argentina y un obispo de referencia a nivel latinoamericano. Pero en el año 2005, de forma precipitada, presentó su renuncia siendo obispo de Santiago del Estero. Había unas filmaciones íntimas con una relación homosexual con un joven de veintitrés años. Se especuló que era una venganza del gobernador de la provincia, pero los hechos cantaban, y parece ser que las imágenes también. Dicen que al hacerlo obispo él habló de su debilidad, pero no se tuvo en cuenta. No lo sé. Lo que sí sé es que a todos nos cayó como un balde de agua fría; Juan Carlos quedó apartado de su ministerio y todos nos vimos privados de su lucidez intelectual y de

su calidad humana. Imagino lo que habrá sufrido y sufrirá aún hoy con todo lo que suscitó este nuevo escándalo que salpicaba a la Iglesia y que ponía de manifiesto su debilidad.

Así pues, con la venia de Macarone y de mis superiores, me fui a pasar el mes de octubre al Monasterio de San Justo, una comunidad muy grande que acogía el noviciado federal de Argentina y Chile de la Federación de Monjas Dominicanas de Aragón.

En el monasterio me acogieron estupendamente, y fácilmente me adapté al ritmo, aunque las formas me chocaban mucho. Tenía la sensación de que estaba en una comunidad donde se fabricaban monjas en serie. Era una percepción personal y en esta afirmación no pretendo juzgar a nadie, simplemente así vivía yo las cosas. Las mismas frases hechas eran repetidas por unas y otras, el andar cansino y el movimiento de cabeza medio arqueado, la voz con la que leían. Se entraba y salía del coro en fila, se usaba una capa medieval, y las palabras de la priora eran casi como Palabra de Dios. Cuando una hermana entraba al recreo, las novicias debían ponerse de pie. Se hacían capítulos de culpa en los que cada monja se acusaba de faltas públicas y luego hacía una venia en el suelo mientras esperaba una penitencia. Pufff. Otra vez me sentía en el túnel del tiempo. Y a pesar de todo, sentía que eso, con variaciones, podía ser mi camino y que lo esencial estaba por vivirse.

Yo soñaba con un proyecto de vida como el vivido por Domingo de Guzmán en el sur de Francia y su comunidad formada por él y por un grupo de mujeres venidas del catarismo, que fueron las primeras monjas de la orden.

Expuse todos mis peros, pero me dijeron que eso eran tics de las hermanas, que cuando la gente fuera madurando las cosas cambiarían. Me aseguraron que podría continuar estudiando y que estaban en un proceso de cambio y apertura. Había más de veinte novicias de los diferentes monasterios de Argentina y Chile, pero durante la experiencia las veía casi exclusivamente en el coro, porque las novicias tenían prohibido hablar con las monjas, y hacerlo era motivo de acusación en capítulo. Era para alucinar pepinillos. Así y todo, al acabar octubre me fui del monasterio poniendo fecha para regresar.

[3.](#) Años más tarde salió del monasterio y hoy está casada, feliz y tiene dos hijos.

[4.](#) Conferencia Latinoamericana de Religiosos.

[5.](#) Al escribir estas páginas, supe de su muerte. DEP.

3. Me hice «monja de clausura»

Sedienta de libertad me fui tras las rejas

Las primeras vísperas del domingo de adviento del año 1989 ingresé al monasterio. Me acompañaban las hermanas de mi comunidad, mi hermana María José y los compañeros de la facultad. Recuerdo que el «Himno de vísperas» provocó la carcajada de mis acompañantes, yo entraba en clausura y este comenzaba diciendo: «Hoy rompe la clausura del surco empedernido...». Las hermanas dijeron: «¡Esta sí que rompe la clausura!». Me costó años, pero finalmente descubrí que mi claustro es el mundo, mi clausura no tiene límites, y menos se limita por unos muros.

Nada más entrar vi que las cosas no eran como cuando había hecho la experiencia en octubre. En lugar de ir a la comunidad de monjas, me mandaron al noviciado, y siendo el hábito que llevaba el mismo, me lo hicieron cambiar para que fuera consciente del cambio de vida.

Al entrar en mi celda y dejar mis cosas, recibí la visita de la submaestra, una buena monja, que además era de Tucumán. Venía con un papel y me pedía hiciera un listado de todo lo que llevaba conmigo. ¡Triste papel el suyo!, pero la norma era la norma y así funcionaba todo. Cuando dijo que debía apuntar todo, era literalmente «TODO». Contar los bolígrafos, la ropa interior, libros, camisas, etc. Pero cuál fue mi sorpresa que, una vez acabado el recuento, con el que me sentía invadida, ella me retiró de la celda el champú y los desodorantes, los jabones, porque me dijo que eran elementos superfluos y de lujo, ¡que eran mundanos! No solté una carcajada porque mi disgusto era espantoso, y no sabía cómo encajar tantas estupideces juntas. A cambio de los «productos de higiene lujosos», me dio unos tochos de jabón con un olor que apestaba. Uno marrón que era marca Federal y otro blanco que era Gran Federal.^[6] Ambos son utilizados para fregar la ropa, pero en el monasterio uno se usaba para la ropa y otro para la higiene personal. Pregunté si la marca de los jabones se debía a la pertenencia a una federación y a la devoción a la «Federal» –a quien no conocía–. La broma no se me entendió, y yo comencé a tragarme el olor a lavadero con el que apestaban las monjas; tufo desagradable, que a medida que pasaban las horas se hacía insufrible.

Era verano, y antes de las veinticuatro horas entendí y quise demostrar que no usar desodorante era una guarrada y que eso iba en contra de la salud, la normalidad y la convivencia. El coro apestaba y el ambiente era espesito.

A las pocas semanas tuvimos una celebración con la comunidad misionera itinerante a

la que yo pertenecía antes de entrar al monasterio y que estaba formada por matrimonios, jóvenes, hermanas y frailes dominicos. Estaban a punto de comenzar la misión en la diócesis y venían a orar con las monjas. Un fraile invitó a que monjas y misioneros traspasaran la reja de separación y nos diéramos un abrazo de paz. Acabada la celebración, el fraile me dijo, riéndose y con confianza: «¿Crees que podríamos regalar a las monjas desodorante?». Creí morir, pero no me lo callé, fui a los superiores y expliqué el hecho para ver si se convencían de la realidad y para que ellas también sintieran vergüenza, pero la respuesta fue más desconcertante aún: «Dios quiere que purifiquemos el olfato y estemos centradas en cosas superiores». Cada argumento que me daban me sofocaba más, y en lugar de intentar entender semejantes barbaridades, no hacía más que sentir lástima –mezclada con bronca e impotencia– y pensar que eran muy poco inteligentes: yo no quería vivir de forma tan limitada y con tantas contradicciones inútiles.

Recuerdo un diálogo con la maestra, que era valenciana. Le pedí que al menos me diera la razón en lo que era evidente. Ella no tuvo problema en dármele, es más, era muy consciente, pero creía que eso debía ser así. Y acabó diciéndome que diera gracias de que ya se había avanzado, porque en su tiempo era peor: «Mira, nosotras cuando entramos al convento íbamos todo el año con un hábito de lana, que no nos lo quitábamos ni para ir a trabajar a la huerta. Allá, bajo el sol, nos enfaldábamos. Imagínate la peste que hacíamos, tanto que mi hermana cuando venía al locutorio nos decía que apestábamos como si fuéramos zorrinos». Definitivamente, gracias a Dios no hubiera resistido en aquellos tiempos, pero en los presentes, aquello que nos tocaba me parecía igualmente irracional. Hoy, repito, se ha avanzado, al menos en los entornos en los que yo me muevo y que conozco directamente.

Muchas veces comprobé que cuando lo que es normal se prohíbe, se busca el gol desviando a córner los tiros desafortunados, y ya para entonces conseguí que alguien me suministrara desodorante y jabón decente de extranjs. Supe que las monjas callaban, pero se robaban de la enfermería el alcohol para mitigar la transpiración, como si fuera un perfume; ya dicen popularmente y en un latín inventado: «*Intellectum apretarum*, discurre que se las pela».

No sé si yo era muy fresca, creo que no, pero nunca tuve cargos de conciencia por saltarme la «norma» y los yugos impuestos, porque me parecía que lo obvio y normal no debía someterse en nombre de Dios y de la obediencia a ballenadas como estas. Y si explico que las monjas no usaban compresas desechables, sino que eran de las que se tenían que lavar, el asombro llega a lo inimaginable. Allí sí que la realidad superaba de lejos a la ficción. No obstante, yo estaba allí y creía que el proyecto de vida contemplativa de Santo Domingo era otro, y soñaba con poder vivirlo. Me apasionaba el sueño de

Prulla, aquellos inicios en los que Domingo con un grupo de mujeres introdujeron en la Iglesia todo un cambio, en el que la Palabra dejaba de estar encadenada en los palacios episcopales y echaba a correr por los caminos de la Europa medieval.

Hoy, después de muchas vueltas y años de trabajo, resistencia, búsqueda y mucha vida compartida, veo que el sueño de Domingo de Guzmán no solo es posible, sino que es ya una realidad. Algo nuevo está naciendo y sin duda hay algo caduco que está muriendo. La normalidad y el sentido común se imponen, y las estupideces y ñoñerías tienen que caer definitivamente, porque hay un sistema que ya no da para más, y porque el estilo de vida inaugurado por Jesús no tiene nada que ver con ese montaje que algunos se empeñan en mantener a cualquier precio.

Confieso que las clases del noviciado se me hacían infumables, y como me veían la cara de desconcierto y aburrimiento, cuando no de «incrédula» ante determinados conceptos, de un día para otro me dispensaron diciéndome que, como ya había estudiado Teología, no era necesario que fuera. Reconozco que quien daba las clases se las preparaba, pero las fuentes no habían superado el discurso medieval y necesitaban un fuerte reciclado y una puesta al día. Algo chirriaba, pero en unas semanas la mayoría de novicias se marchó a sus comunidades de origen y nos quedamos cuatro o cinco en el noviciado para pasar el verano, que por cierto, aquel año 1988-1989 fue insoportablemente caluroso y pesado. La temperatura exterior subía sin piedad y estaba en plena sintonía con la interior, ya que yo comenzaba a echar fuego y me resultaba muy difícil serenarme: ¿me había equivocado? ¿Era tan difícil la normalidad? Todo eso, ¿qué tenía que ver con el Evangelio y el proyecto de vida propuesto por Jesús? Eso sí que me parecía una adulteración de su mensaje, y mi lucha era por buscar la verdad e intentar ser fiel a lo que con fuerza latía en mi interior.

Supongo que la bondad de las monjas, que eran buena gente, contribuyó a que no me marchara sin responder a mis inquietudes, a que me tomara mi tiempo. Aprendí a quererlas, pero me costaba pensar que yo podía adaptarme a aquello. Sin duda, ellas, al escucharme y verme, también sufrían, incluso alguna me dijo: «En comunidad estamos orando por ti, para que el Señor te cambie el corazón y te haga dócil a la voz de tus superiores». «¡Socorro! –me decía para mí–, yo no quiero cambiar para ser una monja a imagen y semejanza de ideas, doctrinas y moldes, yo no quiero pensar ni vivir de esa manera, no quiero ver como normal lo que no lo es, ni acostumbrarme a cosas que me parecen irracionales.»

No había mala intención, simplemente una formación desfasada, y aunque teológicamente tenían muchas clases y los frailes las atendían bastante, la línea era una y no existía la confrontación con otros puntos de vista y con la realidad. Todo era muy monocolor y la teología de la liberación era considerada como subversiva y como la

encarnación del demonio, que de ninguna manera podía entrar en el convento. Los libros que me hacían llegar de teología los tenía todos forrados, para que no se viera la cubierta, y los escondía debajo del colchón. Intentaba que mis apuntes fueran ilegibles para los otros. Había decidido ser feliz, y las coyunturas presentes no barrarían mi camino.

Las monjas tenían prohibido hablar con las novicias, una norma que si se saltaba era motivo de acusación comunitaria: «Madre, me acuso de haber hablado con las monjas», era el mea culpa de las novicias. Y yo me decía: «Nos tendríamos que acusar si no nos hablamos entre hermanas».

Por aquellos días, me pidieron un artículo para la revista del noviciado *Promesas Latinoamericanas*, que titulé «Solo Dios es el Señor». No me lo publicaron, y es que yo reivindicaba a Aquel que es el Único Maestro.

Las monjas de la comunidad eran muy austeras, y eso me llamaba positivamente la atención, y en el monasterio todo se aprovechaba. Eran pobres de verdad y muy trabajadoras, pero a pesar del trabajo de confección de ornamentos litúrgicos y la fabricación de hostias para la eucaristía, el presupuesto no alcanzaba y recibían ayuda del Monasterio de Córdoba de Argentina y de la Federación de España.

Un gesto muy positivo de aquella comunidad venía dado por su capacidad de acogida y su discreción; de hecho fue una pieza clave en el diálogo político-social argentino. En el monasterio se celebraron encuentros secretos entre grandes personalidades del país, y sin duda algunos de los pactos sociales importantes en aquel momento se fraguaron en los muros monásticos. Las monjas no participaban de estos coloquios, ni estaban muy al día de los intrínquilis de la problemática política del país, pero acogerlos en su casa, y sobre todo guardar la confidencialidad, tenía su mérito.

Gestos como estos de las monjas, de confianza y acogida a quien parecía implicado en un momento delicado, no se improvisan, y son reveladores de que más allá de miserias humanas –que todos las tenemos– y de un estilo muy estructurado y, para mi gusto, excesivamente espiritualizado había una grandeza linda y un sentido de la justicia y de la hospitalidad muy evangélicos entre ellas, y eso era lo realmente importante.

Durante el rezo de la liturgia, tocaban muchas veces el timbre, y generalmente era gente que venía a pedir. En comunidad se decidió poner un cartel en la puerta que decía: «No molestar en los siguientes horarios». La gente no venía a molestar, venían a pedir comida. Pero como yo estaba tan sensible con la problemática social que padecía el país, no podía ni opinar. Creía que cabía una información a la gente y no la afrenta de un cartel tan frío y sin entrañas. Lo cierto es que el timbre seguía sonando y el cartel no hacía su efecto. Al comentar mi queja al padre Domingo Basso, entonces provincial de los dominicos de Argentina y buen amigo mío y de las monjas, con mucha sabiduría y

sentido del humor me dijo: «No sufras por el cartel. Los pobres que vienen aquí siguen tocando el timbre o ignorando el cartel, entre otras cosas, porque no saben leer». Me quedé más tranquila.

Tal vez yo tenía las gafas negras y por eso lo veía todo negro. Pero a pesar de todo, yo buscaba la paz, y no estaba dispuesta a claudicar tan fácilmente.

¡El derecho a la utopía!

Lo que a día de hoy me duele y preocupa es que existen en diversos órganos oficiales e internos de la Iglesia y de las comunidades auténticos *lobbies* de poder liderados por una derecha radical que dentro de la Iglesia se dedican a ejercer de martillo de herejes. Van buscando a quién denunciar, y lo peor de todo es que tienen en las curias interlocutores que dan crédito a sus obsesiones. Todo esto nos está haciendo perder credibilidad y una presencia significativa. Me pregunto si hoy podrían decir de nosotros aquello que se decía de las primeras comunidades a pesar de sus diferencias: «Mirad cómo se aman». Tengo la sensación de que algunos defensores de la ortodoxia a ultranza tienen como lema: «Mirad cómo me amo», porque la soberbia y la prepotencia rezuman en sus palabras, escritos y portales, en los que se ve se glorian y se deleitan en la condena inmisericorde a sus hermanos. Unos lo hacen firmando, y otros escondidos en el cobarde anonimato propio de los que tiran la piedra y esconden la mano.

Lo que digo no es nuevo. En estos meses están estallando muchos escándalos, filtraciones y situaciones que revelan escándalos de corrupción en la administración vaticana; hechos que hacen que Benedicto XVI tenga que cargar con una situación insoportable en la que difícilmente puede fiarse de muchos «pastores» que, como decía San Agustín, son devoradores del rebaño y no servidores del Evangelio.

Sueño con el día en que caigan los prejuicios y los deseos de excluir a los que piensan diferente. Sueño con que no nos empeñemos en ahogar la loca creatividad del Espíritu que es capaz de ensanchar los corazones y hermanarlos en la unidad querida, soñada y amada por Jesús. Que nadie pretenda escalar posiciones o ponerse medallas para ascender en el escalafón eclesiástico, y que siendo servidores los unos de los otros, entendamos de una vez por todas que en la Iglesia, o servimos a los hermanos, especialmente a los más pobres y necesitados, o no servimos para nada.

Deseo que arda en los corazones el deseo de simplificar la vida, las estructuras y el exceso de protagonismo. Que dejemos –como dijo Benedicto XVI– de devorarnos los unos a los otros, y que desde Roma no se escuche más a los que se empeñan en descalificar a sus hermanos con denuncias maquiavélicas. Que el león, la pantera, el

cabrito y el niño, como rezaba el Profeta,^[7] puedan volver a jugar juntos, y que entre todos nos arremanguemos para construir un nuevo orden: el del Evangelio, que no es otro que el de la justicia, la paz y la fraternidad.

Ya va siendo hora de que los cristianos vivamos lo más esencial y nos apuntemos a un humanismo comprometido; que anunciemos con la vida más que con las palabras que Dios no quiere una religión opresora, que todos estamos invitados al Banquete de la Vida y que todos somos bienvenidos a la mesa que nos sirve el Maestro.

Si la Iglesia no se apunta a este sueño como estructura, le quedan cuatro telediarios. Si por el contrario cree en la riqueza de la diversidad, en la igualdad, en la utopía del Reino de Jesús y en el respeto a todas las personas, sin hacer ninguna discriminación a causa de raza, credo, condición, sexo u orientación, tiene futuro y la unidad vendrá no por la uniformidad, por las normas, estilos o moralismos, sino por el amor y el respeto más profundo por el otro: por la persona humana.

Sal de tu tierra

Volviendo a mi estancia en el monasterio de la Argentina, se esperaba la visita de la madre federal que venía de Valencia, la llamada «visita canónica», según los cánones – eso sonaba a muy serio–, a la comunidad. Tengo que decir que sor Ana María Primo Yúfera, la madre federal, era una mujer muy sensible y cercana y, de entrada, eso ya me sorprendió.

La vi una mujer normal y ello me dio pie para, en el momento de hablar –todas debíamos hablar con ella–, compartir mis inquietudes y esperanza. Llevaba cuatro meses en el monasterio, el paso a la vida contemplativa lo tenía claro, pero había muchas cosas que no me cuadraban. No pretendía cambiar nada en una comunidad en la que las cosas estaban bien para sus integrantes, pero creía que ese no era mi lugar, más que nada por las formas y por la mentalidad –ni mejor ni peor, diferente–. Esta diferencia, a la larga, me llevaría a vivir en una constante contradicción y a herir la caridad y la convivencia, y eso sí que sería un serio problema para ellas y para mí misma.

Le insistí en mi identificación con un modelo de vida contemplativa dominicana diferente, en el que las inquietudes intelectuales y sociales tuvieran cabida; una vida contemplativa en la que hubiera más cercanía a la gente con una presencia más significativa, y en la que las monjas dentro de la Iglesia y de las diócesis ejerciéramos realmente nuestra mayoría de edad para pensar, para discrepar, para tomar decisiones y para no ser una especie híbrida, manejable por aquellos que en nombre de Dios ejercen el poder y que creen estar tocados por el Espíritu Santo para hacer su sacrosanta y egoísta

voluntad.

Le abrí mi corazón y ella con un gran respeto me escuchó y, sobre todo, me acogió sin ponerme etiquetas y sin mirarme como sospechosa. Me dijo que cuanto le planteaba era legítimo y que la Federación era grande, que había diversidad de modos de vivir esta vocación, y me ofreció irme a Valencia a realizar la formación durante cinco años. Me pidió que lo pensara y que esto podía significar para mí un paso importante para tomar distancia de muchas cosas y reelaborar mi proyecto de vida. Me animó mucho, y acepté su propuesta. Era una oportunidad, también un riesgo, pero creo que era el momento de dar un salto, de fiarme y de jugarme el todo por el todo.

Para no comerme el tarro, decidí hacer restricciones mentales, y una amiga me dejó un libro del cardenal Tarancón: *Recuerdos de juventud*, que me acompañó durante el tiempo que me quedaba antes de emprender mi viaje a España, antes de volar hacia lo que algunas veían como un destierro y otras como una gran oportunidad o un golpe de suerte. De la mano de Tarancón, un hombre inquieto y audaz, un hombre que marcó la historia de la transición española, la espera se me hizo más corta y pude entender la situación de España, la lacra del franquismo y cómo la Iglesia quedó tocada por su alianza con el poder.

Me cautivó la vitalidad de ese hombre y su clarividencia. Me quedaron grabadas unas expresiones suyas en las que encontré una gran sintonía con mi pensamiento en otro contexto. Él decía: «Fue una verdadera lástima, creo yo, que en plan diocesano y hasta nacional no se hiciese una reflexión seria y profunda de aquellos momentos que podían ser decisivos para el futuro del cristianismo en nuestra patria. Demasiado fácilmente nos acogimos a las seguridades que nos ofrecía la victoria militar». Y más adelante confesaba: «No supimos desprendernos de las connotaciones religioso-políticas de aquella época. La unidad católica, que prácticamente se convertía en lo que después se ha llamado el nacionalcatolicismo, pesaba mucho en nuestro ánimo. El carácter triunfalista y de dominio social del catolicismo lo considerábamos como una exigencia de la misma fe. Nos faltó a todos, principalmente a mí, la decisión necesaria para romper moldes y presentar horizontes nuevos que después han sido abiertos por el Concilio».

Encontrar un referente como Tarancón me liberó y me ayudó entre aquel 19 de marzo de 1989 en que hablé con la madre Ana María y decidí mi viaje y el día de mi marcha del país.

Una penitencia inesperada

Venían los días de Semana Santa y quería aprovecharlos para orar y serenarme; para ver las cosas desde una nueva perspectiva y con un nuevo horizonte un poco más clarificado,

o al menos con una nueva oportunidad.

En el monasterio se pasaba la noche del Jueves Santo al Viernes Santo en vigilia de oración. Las hermanas mayores hacían turnos, pero se esperaba de las más jóvenes y fuertes que aguantáramos el tipo toda la noche. Tenía ganas de rezar y estar, pero sin dormir toda la noche y en ayunas, eso me parecía imposible, y la verdad que me daba mucha pereza, ¡era un palo!

Planeamos una estrategia. Yo tenía unas hojas de coca que me había traído una amiga de Jujuy que me ayudaban a despertarme cada mañana cuando iba al coro a la oración a las 5:30. A aquellas horas inmorales, solo podía dormir, y con esta ayuda al menos podía intentar velar algo, o al menos evitar que se notaran mis cabezazos de sueño. Con estas hojas podía hacer un té para esa noche, y eso nos mantendría despiertas.^[8] Alguna hermana propuso mezclar la coca con café y con mate cocido, dos infusiones de mucho calado, con lo que hicimos un perol con todos estos ingredientes, y todo esto «cocinado en la clandestinidad», y nunca mejor dicho. Fuimos cinco las que bebimos este explosivo y nos fuimos felices al coro mirándonos de reojo en gesto de complicidad, convencidas de que velaríamos sin problema toda la noche, y que saldríamos victoriosas respecto a las otras, que seguramente lucharían con el sueño. Pero no pasaron ni treinta minutos que comenzamos a salir corriendo del coro. Todas, cada una de las cinco, nos pasamos la noche en vela, pero en el lavabo, con una diarrea que nos duró hasta el Domingo de Pascua, uno de los días señalados del año en los que en el monasterio se comía carne, y que a nosotras nos tocó comer arroz hervido para frenar aquel estado de emergencia. Sin duda, una vigilia muy alternativa y una Semana Santa muy dolorosa. Nadie se imaginaba los efectos secundarios de nuestro elixir ni podía atisbar dónde estaba el origen de esa diarrea tan extraña. La madre maestra y la priora hablaban de un virus, y nosotras callábamos como muertas. Decir allí que habíamos tomado «coca» hubiera servido para que nos pusieran la etiqueta de drogadictas, pero vistos los resultados, estaba claro que muy adictas no éramos ninguna de las cinco.

No me resisto a relatar otra anécdota de aquella cuaresma en el monasterio. El padre Domingo Basso venía a darnos clase. Un jueves por la noche llegó al monasterio y en el recreo de la noche todas estuvimos charlando con él. Venía de jugar al tenis con unos amigos. Quedamos que al día siguiente, que era el tercer viernes de cuaresma, yo le llevaría el desayuno y aprovecharíamos para hablar. Y así lo hice. Una vez acabada la misa, pasé por la cocina, busqué la bandeja y me dirigí al locutorio. Allí me esperaba él como un padrazo, que lo era. Y me dijo: «Mirá, ayer me han preparado la merienda para después del partido de tenis, y como he venido para aquí no me la he comido. ¿Por qué no te comés vos el sándwich?». Era de jamón, y tenía una pinta de muerte, mucho más cuando ya habíamos comenzado los ayunos cuaresmales, y yo acababa de desayunar

leche y un triste trozo de pan, porque en el locutorio estaba prohibido comer.

Estaba yo en animada conversación y en mi festín con aquel sándwich que me sabía a gloria, cuando entró la madre maestra y, al verme comiendo, y además «carne en viernes de cuaresma», se transformó o desfiguró su rostro. A los dos minutos me mandó salir del locutorio y estaba realmente atormentada. Yo estaba muy fresca y feliz, no sabía qué le pasaba. Como pudo me dijo: «Esto es muy grave, no sé cómo lo vamos a arreglar, intenta devolver». No entendía nada, ni qué tenía que devolver ni a quién. Insistió en que se refería al sándwich de jamón, de «carne». Imposible devolverlo, si ya me lo había comido. Y ahí vino lo inesperado: «Eso mismo, tienes que devolver, hacer el intento aunque te cueste». Con «devolver» se refería a vomitar: ¡con lo bueno que estaba! No se me ocurrió ni intenté devolver ni vomitar. ¡Eso sí hubiera sido un pecado! En mi tierra, «vomitar» no se asocia con «devolver», por eso no entendía.

Preparando mi destierro

Pasada la Semana Santa comencé los trámites para viajar: pasaporte, documento de la policía federal, visados, etc. Debí realizar varios viajes a la capital. No nos dejaban salir con gabardina, debíamos ponernos la capa, una capa medieval, muy elegante, decían, pero sin duda fuera de época, y la verdad que, aparte de ser poco práctica, me sentía fatal con una capa antigua al viento. Según qué monja me acompañaba, dejábamos la capa escondida entre los ligustros de las hermanas de la Misericordia, y al regreso la recogíamos para entrar al monasterio vestidas con la capa, como si nada hubiera pasado. Prefería pasar frío que pasar como un pingüino. En mi última salida, me robaron la capa. No sé qué explicación dimos, pero yo me quedé sin capa, aunque poco duró mi dicha, porque dada la inminencia de mi viaje decidieron hacerme una capa nueva para llevarme a Valencia.

Llegaba el día de la partida. Las hermanas de la comunidad no entendían mucho, pero aceptaron la decisión. Recordé la vocación de Abraham, quien debió dejar su tierra fiado en una promesa. El 31 de mayo, después de votar en las elecciones generales en Argentina, volé para Valencia a comenzar una nueva etapa. Antes de emprender vuelo fui a Tucumán a despedirme de mi familia, que, una vez más, no entendía nada de lo que hacía... ¡Ni yo lo entendía, como para que ellos lo entendieran!

Dejaba una Argentina convulsa. Había pequeños levantamientos militares, la situación socioeconómica era fatal, la pobreza aumentaba y la inseguridad se instalaba en las calles. Se cometían grandes saqueos en los supermercados y la pobreza aumentaba de la mano de la violencia callejera y de la inseguridad que se instalaba en cada esquina.

Tal era la situación, que la noche anterior a salir para España entraron a robar en el monasterio. Vi que el ladronzuelo huía por un locutorio donde había hecho sus necesidades, me colé por las rejas y le comencé a seguir. A los cinco minutos me encontré en noche cerrada, en medio de la villa, a oscuras, y tuve miedo. Regresé al monasterio pensando en mi insensatez: y si el ladrón se detenía y me plantaba cara, ¿qué hubiera hecho? No fue necesario. Siempre fui impulsiva y después, cuando veo lo que hice, tiemblo y me viene el miedo. Un miedo que me dura mucho tiempo, pero que llega tarde.

Al regresar al monasterio había un gran revuelo entre las monjas, y la madre maestra, tan buena como ingenua y legalista, en lugar de preguntarme si estaba bien, etc., me dijo: «¿Sabes que saliste de clausura sin permiso y eso es muy grave?». No quise reírme porque en doce horas estaba fuera y prefería ahorrarle el disgusto, pero me dio la risa y a la pobre le supo fatal.

[6.](#) Serían el equivalente al jabón Lagarto o al jabón llamado de trozo.

[7.](#) Isaías 11,6.

[8.](#) En Argentina, sobre todo en el norte, es muy común coquear, ponerse el acullico de coca en la boca para espabilarse, que se utiliza como en España se utiliza el café o una infusión sin más.

4. España, un nuevo destino

Un nuevo éxodo

Marcharme no fue fácil, aunque estaba convencida de que debía hacerlo. Creo que fue como una segunda llamada. Se trataba de luchar a muerte por la fidelidad a lo que veía era mi camino, y no era posible tirar la toalla. Mis padres no entendían nada, pero ya los tenía acostumbrados a vivir de sobresalto en sobresalto, y siempre los tuve a mi lado. Me preguntaba una y otra vez por qué en una estructura como la Iglesia tenemos tantas cosas raras y nos empeñamos en hacer difícil lo que es sencillo. ¡Viva la normalidad!

Estaba tan espantada con el viaje que, una vez colocada en el avión de Iberia, no me moví en todo el trayecto, ni para ir al lavabo. Hoy me asombro de mi aguante, pero estaba impresionada.

En Torrente, provincia de Valencia, me encontré con una comunidad muy grande y una maestra de novicias que, con treinta y seis años, ¡hasta parecía normal! La acogida fue fenomenal y la adaptación, progresiva. Era una comunidad muy alegre y un noviciado con bastante gente. Me sorprendió gratamente la normalidad, aunque a las jóvenes las veía demasiado «monjas». Por ejemplo, me pusieron una novicia que debía hacer las veces de ángel, o sea, acompañarme para enseñarme las cosas. Se lo cogió tan a pecho, que siempre me indicaba más de lo que tocaba y hasta me daba clases de «perfección».

Vi que nadie llevaba reloj de pulsera y que el convento estaba lleno de grandes relojes en las paredes. «Mi angelito» me dijo que esos hacían que no tuviéramos ninguna posesión y que eso era pobreza. Por tanto, me sugería dejar mi reloj, el de toda la vida. Como no me pareció, no lo di. También me hizo notar que no había espejos, para evitar la vanidad... Detalles que preferí dejar como anecdóticos. Tenía claro para lo que estaba allí, y me había hecho el propósito de ir más allá. En lugar del espejo hacía servir el cristal de la ventana, y santas pascuas. Y a los tres meses, para no tener que oírla más, entregué mi reloj, que me fue devuelto al venir para Manresa.

Allí estuve cinco años enteros. Y no estuve mal. Fueron años de estudio, de trabajo interior intenso, de trabajar el carácter. Fue sin duda el tiempo en el que mis convicciones se arraigaron más aún y en el que pude distinguir qué era lo realmente esencial.

Vivir en aquella casa, una casa de paso para tantas hermanas, pero con un ritmo serio de estudio y oración, me ayudó a explorar el mundo interior, me dio una gran libertad

que es la que hoy me hace, sin tanta estructura, avanzar y vivir.

Muchas veces he pensado en que los andamios, cuando se está construyendo una casa, son necesarios, pero una vez acabada la casa, se vuelven inservibles. ¿Por qué nos empeñamos en vivir eternamente con andamios que nos impiden mostrar lo que somos y nos aferramos a los andadores o muletas que nos impiden correr y caminar ligeros? Las estructuras nos asfixian, y sin darnos cuenta, nos van matando la vida y van ahogando el fuego, la pasión y la fuerza del Espíritu.

Casi cinco años en lo hondo del surco. Creo que fue un buen crisol donde me conocí y experimenté quién es y quién no es Dios. Cinco años en Torrente casi sin salir prácticamente para nada, o solo para ir al médico o para acompañar a alguna hermana. Pero no echaba en falta la calle ni las salidas. Supe aprovechar aquella experiencia de desierto y superar épocas de no poco sufrimiento y también de mucha soledad. Una soledad muchas veces acompañada y fecunda, y otras una soledad sola, con tristeza y sentimiento de abandono y fracaso, también de incompreensión. Una soledad que con el tiempo descubrí fue muy fecunda.

Imagino el esfuerzo que debieron hacer para entender mi mentalidad y forma de encarar la vida, y para «soportar» mi espontaneidad y libertad de expresión, sobre todo en temas teológicos, que es en uno de los puntos en los que más confrontábamos, y en temas de disciplina. Mi inquietud por el mundo de la marginación y por la causa de la justicia y la paz no se vivía con la radicalidad que yo esperaba, pero tampoco se la boicoteaba. A veces tenía la sensación de que nuestras conversaciones eran muy infantiles y mi inquietud intelectual y social reclamaba otra cosa, pero de todo aprendí.

Lo que antes me parecía ridículo, allí también, y lo de los capítulos de culpa y permisos y más permisos, no lo soportaba, pero los vivía como un mal menor, sin presentar batalla y punto. La forma de ser de las hermanas novicias también me costó. Había como un ansia de «perfección» que nunca entendí ni compartí, y esto hacía que me miraran con cierto desprecio y hasta falta de caridad en determinados momentos. Nunca entendí que se tuviera que «competir» para dar aspecto de santa o de penitente. Cuando hablaban de penitencias, de cilicios y cosas raras, me sentía fuera de juego y no entendía nada. Fue entonces cuando yo descubrí que no aspiraba a una vida de perfección, como decían que era la vida religiosa, sino que me conformaba con una vida de bondad, y solo de bondad.

¿Corrección fraterna o fratricida?

Nunca olvidaré una experiencia que creo es la que abrió una distancia con el grupo, y que posiblemente explica el porqué hoy, con las que fueron mis connovicias, prácticamente

no hay contacto.

Se le ocurrió a la maestra que podríamos hacer un ciclo de corrección fraterna en el que pudiéramos decirnos mutuamente lo bueno y lo malo de cada una, para potenciar lo bueno y corregir lo que estaba mal. No tenía nada en contra de nadie, y creí en la bondad de lo que se proponía.

Comenzada la primera rueda de lo que resultó ser una «corrección fratricida», me machacaron sin piedad. No se aceptaba mi mentalidad, mi inquietud por el mundo de los pobres. Una hermana me dijo que hablar tanto de la justicia era fruto de mi falta de fe en el poder de la oración. Tampoco se entendía mi libertad a la hora de intercambiar con las monjas mayores, mi amistad con la priora federal, ya que consideraban que era un privilegio, cuando en realidad era el apoyo de alguien que había apostado por mí. Llegaban a detalles inimaginables. Me pregunté si había algo que yo hiciera bien, porque allí no salió nada. Fue una auténtica sangría en la que se ponía en cuestión mi hacer, mi actuar y mi pensar. Lloré mucho. Sentí una gran tristeza, pero pude superarla; si no, hubiera enfermado. Encontré, en medio de la contradicción, una gran fuerza interior, que es la que a día de hoy me sigue manteniendo.

Fue entonces cuando descubrí que lo que yo construía desde dentro, nada ni nadie me lo podía quitar. Descubrí la doctrina de la celda interior de Santa Catalina de Siena, quien en la adversidad construyó en su corazón un espacio de intimidad y la oportunidad para vivir una relación más personal y verdadera con Jesucristo.

Fue una mala táctica y tuvo un peor desenlace. Alguna hermana con el tiempo me dijo que reconocía que conmigo se habían pasado tres pueblos porque alguna me tenía ganas, ya que me había vuelto incómoda, pues las monjas de la comunidad estaban muy bien conmigo, que en no pocas ocasiones era el centro con mis anécdotas e historias, etc. También me dijo algo que me resultó insólito: «Tienes que pensar que tu inquietud intelectual por lo teológico y tu amor al estudio es más para los frailes que tienen que enseñar y predicar que para las monjas, que ya tenemos bastante con orar y tener clases en el noviciado». Pensé: «Esta es tonta y no se da cuenta». Pero no tenía culpa, tenía apenas dieciocho o diecinueve años y había pasado del cole a la clausura.

Sin duda el golpe fue fuerte, pero me ayudó a afianzarme y a ver más allá. Tenía claro qué quería y qué no quería para mí. Confieso que sentí lástima por algunas novicias, y me dije: «Yo no quiero ser así».

Hace unos meses, haciendo limpieza de papeles encontré una carpeta con las misivas y análisis de aquellas hermanas. Esta vez no me hizo daño, es más, ni me acordaba de ello, pero sin duda hoy veo que dejó su huella.

Fue entonces cuando me dije: «Infantilismos no, servilismos, menos». Solo quería un poco de normalidad y respeto a la diversidad.

Muchas veces he pensado, viendo cómo funcionan los organismos más oficiales de la Iglesia, que lamentablemente casi siempre existe el idiota útil de turno, que es además un obsecuente con el que manda, al igual que aquellos que van con la cabeza del «enemigo» como un trofeo para ganarse méritos ante los superiores. Entendí lo malsano de la caza de brujas en la institución, y vi que eso es una deformación que hunde sus raíces precisamente en la falta de formación. Todas esas luchas internas se alimentan por la falta de contacto con la realidad y por la falta más absoluta de una fe adulta y madura. Creo que hemos caído en un espiritualismo vacío en el que nos hemos preocupado excesivamente por cultivar «mi relación con Dios» –la mía–, «mi salvación», «mi perfección», ignorando el entorno y sobre todo machacando a las personas a las que se pretendió manipular. Para hacerlas a imagen y semejanza de unos principios ya pasados.

Hubo algo muy bueno en ese tiempo. Comencé a conocer las comunidades de la Federación a través de las monjas que venían a la casa federal de los más de veinte monasterios de España, y de los casi ocho o nueve que había en Argentina y Chile. Hice buenas amistades con los frailes. Al respecto, recuerdo la obligación de pasar por el confesionario cada semana o cada quince días. Si no te confesabas, te miraban mal, sobre todo las novicias, y como ya entonces entendí el sabio consejo de Jesús de «ser mansos como palomas y astutos como serpientes», decidí ahorrarme que me perdonaran la vida señalándome como impenitente, y me lo monté muy bien: hablé con el padre Fabián, un dominico que era un buenazo y que era uno de los confesores al que le decían el «padre eterno» y le dije: «Si no paso por la ventanilla, soy mal vista. Vi cómo criticaban a una que no usa la confesión más que una vez al mes o cada dos meses; por lo tanto, yo pasaré para saludarte cada semana o cada quince días». Y así lo hacía. Fabián me esperaba en el confesionario con las últimas novedades del fútbol argentino y con noticias de mi país, y resultó que era la que más me demoraba en la confesión. Tanto que llegaron a pensar que Fabián era «mi padre espiritual». En este caso de padre nada, y de espiritual menos, era un mero instinto de supervivencia. Con Fabián hicimos una buena amistad, y ya en Manresa, al conocer su muerte, lloré.

El último año en Torrente fue más fácil. Vino un grupo de novicias más abiertas, modernas, llenas de ideas. Un grupo de gente que parecía muy normal, que poco habían frecuentado monasterios y ambientes piadosos y que estaban en un proceso de búsqueda y alguna de conversión. Se prohibió al grupo de las novicias mayores, visto lo desastroso de años anteriores y de los feudos de los «angelitos», poner veto a sus iniciativas, y se vio la necesidad de una adaptación progresiva. Yo me lo pasé fenomenal. Lo mejor es que había que dejar que las nuevas inquilinas de noviciado «fueran libres»: ¡por fin!

En clase podíamos discrepar en voz alta y tener apoyo mutuo. Recuerdo cuando nos querían vender «el negocio de las indulgencias», lo único que conseguían era que dejara

de tener credibilidad todo el discurso. ¡Como si con Dios pudiéramos negociar! Los que pasan de los cincuenta, ya saben qué es eso, porque les tocó padecerlo, porque haciendo determinadas prácticas «compraban» pasar menos tiempo en el purgatorio después de la muerte, o poder comer durante la cuaresma carne y otras cosas. Lo increíble es que aún hoy se hable en estos términos, como si alguien pudiera tener la «tienda de Dios». No era más creíble cuando nos daban teología moral y la profesora repetía en casos concretos: «y aquí no hay parvedad de materia». Y resulta que esa cantinela solo se agregaba a los postulados de moral sexual. Las caras y los comentarios en clase y fuera de clase no tenían desperdicio. Aquel grupo era gente muy sanota. La profesora era una santa mujer de quien guardo un buen recuerdo como monja y como persona, pero era muy difícil sintonizar con aquella «tribu» que tenía «tanto mundo encima», y –por qué no decirlo– tanto sentido común en materia divina y humana.

El tema de la clausura no era tan estridente como en la Argentina, pero era de telediario o de juzgado de guardia en algunos momentos. Salir al presbiterio de la iglesia sin permiso para ayudar a la sacristana que casi no podía andar, nos hizo en más de una oportunidad ganarnos una bronca. Por esta razón, recuerdo que algunas veces, por la tarde, cuando las monjas estaban reunidas, nos íbamos unas cuantas a la parte exterior de la iglesia, fuera de los límites de la clausura, a tomarnos un zumo o un café, por la satisfacción de hacer lo que estaba prohibido. Hoy en Torrente, como es lógico, las cosas han cambiado, ¡y mucho! Eran otros tiempos.

Un día nos robamos de la procuración del monasterio un jamón, una pata de cerdo enterita. A aquella procura solo tenían acceso una o dos monjas, y eso le daba más morbo. Bueno, en realidad, por nuestra mala coordinación y la falta de experiencia, acabamos robándonos tres jamones, y unos cuantos chorizos. Claro, la carne no la veíamos ni en pintura, y ¡la carne tiraba! Nos pescaron, nos hicieron devolver el botín. Y así lo hicimos, pero solo una parte, con la otra parte teníamos asegurada la merendola clandestina, y si era en día de abstinencia de carne, nos sabía a gloria bendita.

Al descubrir nuestro robo, nos llamaron al locutorio y nos dijeron: «Habéis robado dos jamones y los tenéis que devolver». Lo negamos, ya que en realidad habíamos robado tres. Finalmente reconocimos la culpa, y devolvimos los dos, que son los que habían echado en falta. Fue una hazaña ocultar aquella pata con la que nos quedamos en la vaquería del monasterio, donde íbamos a pintar un carro y aprovechábamos para hincar el diente.

En realidad, el tema del robo del jamón encerraba una frustración y malestar generalizado. Toda la carne y el embutido que entraba en el monasterio servían para los desayunos de los frailes que celebraban cada día la misa. La abstinencia de carne de todo el año, salvo alguna excepción, la llevaban bastante mal, con poca resignación y sin

ningún convencimiento. Digo la llevaban porque yo, siendo alérgica al pescado y al huevo, tenía el privilegio de ser «carnívora» y de poder practicarlo para envidia y codicia de las novicias, a quienes se les caía la baba cuando me traían mi comida.

Hoy, muchas cosas son diferentes, como es lógico, y creo que hemos ganado en normalidad. En otras queda un largo camino de adaptación a los tiempos actuales. Creo que con otra estructura en sus comunidades, muchas de mis compañeras de estos últimos años habrían cuajado, porque sus reclamos y necesidades eran muy normales, bien podrían haber sido el germen de una vida contemplativa nueva y renovada, con otro aire. Otras no, estaba claro que estaban allí fruto de un fervor de neoconvertas, pero una vez superado el mismo, se marcharon a casa y hoy son madres felices cargadas de niños y normalidad. Hay algún caso de compañeras que no encontraron su camino y otras a las que les perdí la pista. Es significativo que más del noventa por ciento de los ingresos hayan acabado en deserción. Todo un motivo de reflexión, autocrítica y tal vez puesta al día. Hace unos meses una de aquellas novicias que se marchó me dijo: «A nosotras nos faltó paciencia para esperar los cambios».

Muchas veces escucho cómo se habla de una nueva forma de vida religiosa, de la necesidad de dar paso a algo nuevo, pero lo cierto es que nadie o muy pocos quieren morir para que nazca algo nuevo. Y el que viene de fuera, o se adapta y mantiene las sacrosantas estructuras y modelos de lo que siempre se hizo, o ha de marcharse.

Hoy, difícilmente se puede ver como un signo de los tiempos nuevos estas inquietudes de los jóvenes que vienen con una información y una visión del mundo y de las cosas muy diferentes. Sí se acepta, por el contrario, y con mucha facilidad, el cambio que proponen aquellos y aquellas que reeditan modelos del pasado y que retroceden en el tiempo recuperando devociones caducas y formas antiguas. Y si no, miremos qué propugnan los nuevos movimientos que están naciendo en la Iglesia y que tienen todas las bendiciones apostólicas y cardenalicias. Habrá que esperar y ver con la perspectiva de los años en qué queda todo eso.

Los días se pasaban volando y más a mí, que unos meses antes de acabar el noviciado me fui a la Argentina. Querían que volviera a San Justo para ver si me reincorporaba a mi comunidad o bien debía elegir otra.

Me costó volar, incluso sabiendo que tenía billete de vuelta para acabar el curso de formación en Torrente, pero aproveché para ir unos días a ver a mi familia en Tucumán.

Un primer retorno

Después de cinco años aterricé en Buenos Aires. Había mucha expectativa por parte mía

y de las monjas de mi antigua comunidad. Creo que nada más entrar al monasterio, me di cuenta de que aquel no era mi sitio. En ellas había armonía y un estilo que no era ni el mío ni el que deseaba para mí. No obstante, intenté adaptarme para ver cómo iba, pero cada día lo tenía más claro.

El paso para mí sería fuerte. Marcharse de allí, sabiendo que esperaban mi regreso al acabar el noviciado, y saber que no estaba dispuesta a volver, no me hacía sentir bien. Pero creo que día a día fueron viendo que no estaba en mi sitio, que no vibraba con sus cosas, y sobre todo que me sentía muy agobiada. No era una cuestión de responsabilidad moral de nadie, era una cuestión de química, de honestidad y de coherencia: yo no quería vivir así toda mi vida.

No comulgaba ni con las formas ni con la doctrina tan radical. Me espantaba pensar que yo podía llegar a asumir un estilo de vida contemplativa como aquel, no porque fuera malo, sino porque yo veía que no era el mío y porque me costaba descubrirle sentido estando tan alejado de la realidad, según me parecía a mí.

Siempre me gustó pensar que Santo Domingo quiso que las comunidades de hermanos y hermanas estuvieran en el centro de las ciudades, y no en las afueras. Se trataba de constituir casas de acogida y predicación. De hecho, aunque la Iglesia a las casas de todos los contemplativos les pone el nombre de monasterios, Domingo nunca fundó monasterios, sino conventos, comunidades de hermanos o hermanas viviendo en vida común. En los monasterios viven los solitarios, *monos*, *monacus*; en los conventos los hermanos y hermanas que comparten la vida, disciernen caminos y son enviados por la comunidad. En la orden, de hecho, solo hubo un abad, que duró poco y al que Santo Domingo destituyó. El prior o priora es el primero entre iguales. A pesar de esto, yo veía muy arraigada, en el estilo de Argentina, la imagen de la priora que me figuraba más a la de una abadesa que a la de una hermana. Y no tengo nada contra los abades, ¡es una cuestión de estilos y vocación!: monástica o conventual.

Estuve a gusto con las hermanas, pero me sentía fuera de lugar. Quería marcharme, acabar la formación y de una vez por todas comenzar a vivir mi vida de monja en una comunidad con un estilo abierto, libre, normal. Siempre digo que me saqué el máster de novicia y formanda: en las dominicas tucumanas un año de postulante y dos de noviciado, más uno de profesión temporal, y en el monasterio cinco años más de formación en régimen de noviciado, y la verdad es que ya estaba saturada.

Prueba de mi aburrimiento final fue que los últimos meses de mi estancia en Torrente cogí el tocho del catecismo de la Iglesia católica, que más parecía un ladrillo que un libro apetecible, y viendo que era inmasticable, decidí buscarle la vuelta. Lo comencé a poner en solfa, a explicarlo y a hacer entretenimientos y crucigramas con cada capítulo. Al finalizar el noviciado, se publicó como libro, con el título *Vive tu fe*, y ¿sabéis quién era el

autor a pesar de haberlo escrito yo enterito? Pues el noviciado federal de Torrente. ¿Y sabéis por qué? Porque para el nuevo equipo de gobierno que entraba en la Federación, me podía entrar la soberbia el hecho de publicar un libro, y así me bajaban los humos, al estilo de los cartujos, que nunca firman nada de lo que escriben.

El libro fue un éxito, y estando en Manresa una editorial lo reeditó, pero esta vez poniendo no mi nombre, sino «L. Caram». La nueva priora federal no me autorizaba a poner mi nombre. Hasta que me harté y comencé a publicar firmando lo que yo misma había escrito. Hice con los Evangelios lo mismo que con el catecismo, de lo que resultaron los libros *El Evangelio en crucigramas* y *Los pasatiempos con el Evangelio*, que se siguen editando y utilizando. Hoy no acometería semejante empresa; entonces fue una satisfacción, un ejercicio de paciencia y una buena manera de pasar el tiempo trabajando, estudiando, orando ¡y pasándomelo bien!, pero eran otros tiempos y otros reclamos.

Fue en Torrente donde aprendí a serenarme, a elaborar mi pensamiento. Allí creo que se forjó mi personalidad, y allí, por encima de las dificultades, aprendí a ser y a pensar, y se me descubrió la fe como una aventura y como una fuente de libertad.

El balance de aquellos años es fantástico, y mi mochila está llena de nombres y de rostros, de vivencias que son para mí un tesoro y un baluarte. Allí conviví con grandes mujeres, hoy ya mayores, sin duda un referente que llevo en mi corazón.

Antes de regresar a Valencia, me fui una semana a Tucumán a ver a mis padres. En aquellos tiempos, no se acostumbraba ir a casa, por lo que este viaje no fue bien visto, razón por la que se me dijo que debía ir a dormir cada día al Monasterio de Concepción, que estaba en etapa fundacional y que distaba unos sesenta kilómetros de la casa de mis padres. Me pareció ridículo, pero no me quedaba más remedio. Así, cada día o yo o mis padres y hermanos debíamos hacer el viaje. Todo en nombre de la clausura, sin tener en cuenta que hacía cinco años que no los veía y que dormir en mi casa no era ningún pecado. Claro, las monjas en la Argentina, y hasta entonces en España, no iban a sus casas para nada, incluso algunas solo salían a cuidar a sus padres en caso de gravedad, pero no si los enfermos eran los hermanos. Eran otros tiempos, y para algunos son los que viven; en todo caso, cada uno elige cómo quiere vivir, y yo elegí. Ahora, como es lógico, cada vez que voy a la Argentina voy a casa de mis padres y hago vida absolutamente normal. Porque siendo monja no dejo de ser hija, hermana, familia.

Hoy la mayoría de las monjas, por regla general, siguen sin ir de vacaciones a sus casas.

Prohibido quitarse la cabeza

Viendo en perspectiva mis años de formación y a mi regreso de la Argentina, pude

comenzar a elaborar mi propio proyecto de vida. Lo tenía muy claro.

Decía Chesterton que «la iglesia nos pide que al entrar en ella nos quitemos el sombrero, no la cabeza». Con su genialidad y humor inglés, el sabio escritor alerta sobre uno de los grandes peligros que corren aquellos que «queriendo ser más papistas que el Papa» se niegan a utilizar la inteligencia y se conforman con una fe infantil que se resiste a crecer y a madurar.

La fe del carbonero no está mal, pues nadie le pedirá a otro más de lo que puede –¡y mucho menos Dios!–, pero si se nos han dado unas capacidades, son para utilizarlas y sobre todo para ponerlas al servicio de los otros, al tiempo que nos llevan a la propia realización y al desarrollo humano y cristiano.

El «*fides quaerens intellectum*» –la fe que busca entender– era la consigna o el principio que se nos inculcaba por activa y por pasiva en las clases de Teología Fundamental, invitándonos a «pensar la fe», y advirtiéndonos de que a la hora de los exámenes los listillos que quisieran disimular su falta de estudio con argumentos «piadosillos» ¡lo tendrían claro! Había que aprender a razonar y a dar razones de la fe y de la esperanza.

Digo esto porque la teología, que algunos definen como la fe de los «que piensan», no es un arma desestabilizadora cuando va más allá de lo «que siempre se nos ha dicho». Su reflexión nunca ha de ser una reflexión al margen de la fe ni contraria a la razón, y por lo mismo no es «peligrosa», ni lo es el avanzar por los caminos de la fe de su mano. Eso sí, es muy exigente y abre los horizontes y exige coherencia. La teología y la búsqueda de la verdad ponen en cuestión lo que no es sólido, y no lo es la ñoñería ni la piedad de las ratas de sacristía, con el perdón de las ratas y de las sacristías.

San Anselmo, que de «sospechoso de hereje» no tenía nada, nos regaló una auténtica perla que vale la pena tener presente cuando legítimamente nos preguntamos por la fe que se nos ha dado, y que libremente hemos acogido: «Señor, yo no pretendo penetrar en tu profundidad, ¿cómo iba a comparar mi inteligencia con tu misterio? Pero deseo comprender de algún modo esa verdad que creo y que mi corazón ama. No busco comprender para creer, esto es, no busco comprender de antemano, por la razón, lo que haya de creer después, sino que creo primero, para esforzarme luego en comprender. Porque creo una cosa: si no empiezo por creer, no comprenderé jamás».^[9]

Hoy quiero una vez más insistir en que la razón ilumina la fe en sintonía con la Buena Nueva del Evangelio, y que no pocas veces este diálogo entre fe y razón pone «patas arriba» la fe que nos transmitieron, en la que todo era «incuestionable». Baste recordar el catecismo del padre Astete que formó a tantas generaciones en el infantilismo más absoluto y en la negación de la razonabilidad de la fe y de la vida, sobre todo con aquella respuesta famosa que muchos aún esgrimen como argumento de autoridad. No me

resisto a copiar tan infausto texto:

Pregunta: Además del Credo y los Artículos, ¿creéis otras cosas?

Respuesta: Sí, Padre, todo lo que está en la Sagrada Escritura y cuanto Dios tiene revelado a su Iglesia.

Pregunta: ¿Qué cosas son esas?

Respuesta: Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que lo sabrán responder.

Maestro: Bien decís que a los doctores conviene, y no a vosotros, dar cuenta por extenso de las cosas de la Fe; a vosotros bástaos darla de los Artículos, como se contienen en el Credo.

La crítica no hace un mal servicio a la verdad, al contrario, la garantiza, y seguramente tener una fe que se deja iluminar por la razón, y una inteligencia que es humilde para abrirse al misterio, hará que la verdad del Evangelio se anuncie como un mensaje acorde, también hoy, para nuestros contemporáneos.

Necesitamos razones personales para alimentar nuestra fe y dar razones de ella, para fortalecer nuestros lazos y vínculos con Dios que lo es todo, pero que siendo un misterio inabarcable, siempre nos puede sorprender revelándonos algo que está más allá de lo establecido, formulado y creído.

Por eso, por favor, no nos quitemos la cabeza cuando entremos en la iglesia, ni cuando asumamos, como es el caso, un camino de consagración; ni pensemos que «es más perfecto el que calla y asiente sin pensar».

«*Fides quaerens intellectum*», un latinajo que tiene mucha miga y que abre la puerta al pan de la Verdad, que es muy sabroso y que podemos degustar con la mente y el corazón.

Pensar la fe es el primer paso para vivir con convicción y para abrirse al misterio que nos lleva a vivir con pasión y compromiso con Dios y con las personas en el tiempo presente.

El legado de Torrente

Regresé a Torrente para emprender mi última etapa de formación. Pasados unos meses, se incorporó a la comunidad Juana Mari, una hermana de las dominicas de la enseñanza, que acababa de pasarse de la congregación al monasterio, a la vida contemplativa, haciendo el mismo paso que había hecho yo hacía unos años. Había hecho el mismo proceso también sor Pilar, la priora de la comunidad de Manresa de ese momento, y

ambas habían sido connovicias en sus años más jóvenes.

Con ella nos entendimos inmediatamente y tuvimos una gran afinidad a pesar de ser muy diferentes. Me sentía en sintonía con ella y con las noticias que me llegaban de Manresa. Una comunidad en la que las monjas se implicaban mucho y que además cada mes preparaban unas vigiliias de oración con jóvenes, que eran toda una innovación respecto a lo que se hacía o no hacía en los otros monasterios hasta ese momento. También me llamó mucho la atención saber que en Manresa siempre se acogía a los pobres y que tenían como lema que nadie que necesitara se marchara del torno del monasterio sin haber sido escuchado y sin haber comido si era el caso. De esta manera, Manresa comenzaba a dibujarse en mi horizonte como mi comunidad de destino.

Me costó mucho marcharme de Torrente. La comunidad de monjas de Torrente era realmente excepcional. Mujeres entregadas, alegres y serviciales, acostumbradas a ser una comunidad de acogida, y la disponibilidad y sensibilidad en el trato eran exquisitas. Guardo de mi estancia allí durante cinco años, gracias a aquellas mujeres, un gran recuerdo, tanto que en gran parte puedo decir que lo que soy se lo debo a ellas. Llegamos a querernos de verdad, y en mis luchas y momentos difíciles, siempre desde la discreción que les imponía la disciplina de los tiempos que corrían, me mostraron una gran complicidad, cercanía y cariño sincero. Una vez más pude descubrir que aquello que decía Voltaire de la vida religiosa de «entran sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse» estaba muy lejos de la realidad, porque en el deseo de vivir la fidelidad a un ideal de vida todas, cada una a su manera, intentaban superar las diferencias para vivir la caridad. Por eso marcharme de Valencia no fue fácil. Aunque hoy creo que no volvería, los tiempos han cambiado, mi patria es Cataluña y mi tierra, Manresa.

Claro que en todos los sitios se cuecen habas, y en los monasterios, a calderadas. Eso no es un pecado, sino un signo más de que todos estamos hechos con el mismo barro, marca Adán. Y aquí no hay diferencias ni clases, ¡ni para las monjas contemplativas!, que no pocas veces nos dormimos en los laureles diciéndonos: ¡hemos elegido la mejor parte! Y algunas ¡encima se lo creen! También las monjas podemos adoptar posturas sibilinas que hacen mucho daño. Pero sobre esto voy a volver cuando hable de los nuevos retos y de aquello que creo hoy nos pide el Espíritu y que no siempre acaban de entender «las cuñadas», como dice una monja mayor para referirse a «las parientas del esposo».

De las muchas cosas positivas que me llevé de Torrente, una significativa fueron las clases con la comunidad y la formación teológica recibida de grandes amigos dominicos como Martín Gelabert, Gerardo Sánchez, Emilio Barceló y Sebastián Fuster, todos frailes de los que aprendí francamente mucho. Allí se fraguó mi amistad con el padre Juanjo Gallego, un auténtico hermano que hoy tiene encomendado el oficio de exorcista de la arquidiócesis de Barcelona, oficio que no entiendo, pero desde el que estoy segura que

Juanjo, por ser tan buena persona y tan hermano, está ayudando a muchas personas que se lo pasan francamente mal.

Hubo otros frailes y maestros, alguno que incluso con su mente un poco obtusa también nos abrió la mente para decir: «Eso no puede ser así, eso no puede ser de Dios por más que lo bauticen de católico, apostólico y romano». Porque entonces había – ahora menos– algunos hermanos que pensaban que las mujeres en la Iglesia estábamos para escucharlos, lavarles la ropa y callarnos en la iglesia. Más de lo mismo que en otros ámbitos sociales, eclesiales y políticos. No nos pensemos que la minusvaloración de la mujer es patente exclusiva de la Iglesia católica, lo es de la sociedad civil y de los ámbitos más diversos religiosos, culturales, políticos, etc.

Dejé Torrente con el sabor agridulce de muchas experiencias compartidas, de todo lo que allí se me dio como un regalo, y con el dolor de marcharme en un momento de crisis institucional en el que veía que las personas que quería estaban sufriendo y adaptándose a las exigencias del presente y de quienes asumían el gobierno de la Federación. Muchas veces me pregunté por qué unas y otras sufrían tanto, si todas eran buena gente. La respuesta me la dio sin saberlo mosén Escós en una clase de Sagrada Escritura. Él nos dijo: «El demonio es el mal que nos hacemos entre los buenos sin darnos cuenta». Eso es el demonio y no el de cuernos y rabos que va con el trincho en la mano buscando cazar presas incautas.

[9](#). *Proslogion* 1: PL 158,227.

5. Cataluña será mi patria

Manresa: un buen destino

Una vez que comuniqué que me marchaba a Manresa, a la primera que se lo quise decir fue a sor Juana Mari. Ella se alegró muchísimo y me dijo: «¿Puedo darte un abrazo?». Esa es Juana Mari, una hermana muy entrañable que es todo acogida y bondad. ¡Claro que le di un abrazo!, y desde entonces nuestra amistad y fraternidad fue en aumento. Hoy es la priora de mi comunidad y una auténtica bendición para cada una de las hermanas.

Fina y Pascual, unos amigos que durante mis años de noviciado hicieron como de padres, nos llevaron a sor Juana Mari y a mí a Manresa, previo paso por Montserrat a saludar a la Moreneta.

Antes de llegar a Manresa, me llamó la atención una inscripción que había incrustada en la pared de la montaña en la que se leía con caligrafía clara, grande y agresiva: «No a todo». Digo se leía, porque hoy ya no está, ha sido borrada.

No suelo detenerme en el paisaje cuando voy en el coche, ya que si miro demasiado, suelo marearme. Pero he de confesar que esta llamativa inscripción me sorprendió y generó en mí un sinfín de reflexiones: ¿protesta?, ¿autoafirmación?, ¿anarquía?, ¿desestabilización?, ¿rebelde sin causa?, o tal vez ¿con causa?, ¿qué causa puede ser la oposición sistemática sin diálogo y a priori? Y un largo etcétera. Tal vez una buena reflexión para una inconformista, sedienta, buscadora como yo, a quien se le abría una nueva etapa en su vida, pero en la que no estaba dispuesta a vivir la «negación por sistema», sino la afirmación y la apertura a una gran oportunidad para construir.

Sea cual sea la motivación de «los artistas» de semejante «atentado a la montaña», lo que estaba claro es que en él, o en ellos, había un profundo malestar, angustia o insatisfacción, tal vez una frustración, o simplemente una inmadurez adolescente de la que tanto abunda en nuestra sociedad, y no exclusivamente en aquellos a los que por edad les «toca».

Comenzaba yo una nueva etapa y quería soñar con que el respeto y la escucha tendrían un espacio de realización en el seno de mi nueva comunidad de hermanas, y he de decir que con sus más y sus menos es lo que encontré y lo que vivimos cada día.

Y, puesta a soñar, me decía que sería ¡de fábula! si en la Iglesia y en la sociedad los humanos, en lugar de descalificar sistemáticamente a los otros, nos volviéramos capaces de vivir una sana pluralidad en la que también el «sí», el «también» o el «tal vez tengas razón» puedan ser pronunciados con los labios, el corazón y las actitudes.

Desposada con Manresa

Una de las cosas que me llamó profundamente la atención al llegar a la comunidad de Manresa fue la coherencia de las monjas y su gran capacidad para compartir con libertad y espontaneidad lo que son y tienen. Sencillez y normalidad. Acogida y alegría: ¿qué más podía pedir?

El hecho de ser minoría, es decir, de necesitar ayuda de monjas de otras casas, les hizo aprender a ceder y adaptarse. Con los años eso hizo de las monjas unas mujeres muy libres, abiertas para acoger lo que venían a ofrecer de fuera y fáciles para adaptarse y para intentar discernir qué era realmente importante y qué no lo era.

Sor Neus, que hoy tiene noventa y seis años, es hija de Sant Pere Salavinera, una monja cuya lengua siempre fue el catalán. Al llegar la ayuda de la Federación a la comunidad de Manresa, se les prohibió rezar en catalán y hablarlo. Le pregunté a ella cómo hacía, cómo hablaba en la oración, y cómo se las arreglaba para obedecer semejante mandato. Con su sabiduría y corazón limpio, y desde la bondad que transpira, me explicó: *Jo al bon Jesús li parlo amb el cor i amb la llengua que sé, en català. Per fora jo anava repetint en castellà, pero per dintre, cap problema.*^[10]

Cuando llegamos a la comunidad con sor Juana Mari en el año 1994, y se planteaba quitar la reja de separación de los visitantes en los locutorios, propia de los monasterios de clausura, sor Pilar propuso, para buscar un consenso, quitar la reja de dos locutorios, y que quedara uno con reja por si alguna hermana se sentía más cómoda, ya que siempre la habían tenido. Por unanimidad votaron favorablemente la propuesta, incluso sor Neus y sor Maria Dolors, que eran del grupo de las mayores y a quienes, en principio, más les costaba el cambio.

Pasada una semana y con dos rejas fuera, sor Neus recibió visita de sus hermanos. Al decirle que los pasábamos al locutorio de las rejas dijo: «De ninguna manera, yo voté que las rejas fuera y voy al que no tiene rejas».

Ellas mismas se decían: «Sacaron las rejas y no pasó nada: ¿cómo pudimos ver como normal tantos años la reja?».

La verdad es que yo llevaba muy mal lo de las rejas. Estando en Torrente recuerdo que un día vinieron de un colegio, y al vernos detrás de esos hierros infernales, cual monitos de exposición, uno de los jóvenes dijo: «¿Tan peligrosas sois que necesitáis rejas?». Y en Manresa, un exdrogadicto que venía a misa con el capellán, nada más entrar al locutorio exclamó: «¿Y vosotras qué habéis hecho para estar aquí?». Para él las rejas representaban la cárcel en la que él había estado, eran signo de un castigo a una mala conducta. Sin duda, cuando un signo se vuelve antisigno o pierde su significación hay que quitarlo,

porque lo que hace es confundir, poner distancias y hacer poco comprensible el mensaje y la vida. ¡Y pensar que hay monjas que hoy usan todavía no una, sino las dos rejas, y con pinchos! Todavía hay sectores oficiales que ven en este signo la mayor muestra del espíritu contemplativo. ¡Menos mal que hay gustos para todos!

Tuve un gran aliado en mi opción por Cataluña. Recuerdo que buscaban disuadirme de mi decisión de ir a Manresa, incluida la que habían elegido como priora federal, sor Inmaculada Franco, quien me insistió en que ella no autorizaría mi traslado porque en Cataluña me estrellaría. Tuve una conversación con ella en la que me describió el nacionalismo catalán casi, casi como un pecado que incluso «ha infectado a la Iglesia». No entendía demasiado de lo que me hablaba, pero no le di la más mínima importancia. Hoy, sin duda, tendría argumentos para responder. Finalmente escribí al padre Timothy Radclife, maestro de la Orden de Predicadores, a Roma,^[11] quien me dijo que podía elegir el monasterio que yo quisiera.

También tengo que agradecer el apoyo de mi amigo el padre Juanjo Gallego, leonés de pura cepa y enamorado de Cataluña. Él me dijo: «Lucía, en Manresa vas a estar muy bien. Cataluña es una tierra generosa y acogedora y los catalanes/as son muy inteligentes. Solo te pido dos cosas ahora que vas a dar un paso tan importante en el que te juegas mucho: cree en Dios más que nunca y aprende el catalán». Los dos consejos me los tomé a pecho, y ocupé mis primeros meses en Manresa para orar y aprender, con el método *Digui, digui*, el catalán. No me fue mal, y hoy Cataluña es mi patria y mi fe, mi fortaleza.

Mi espíritu inquieto encontró en Manresa su hábitat y la verdad es que me sentía como pez en el agua. Las monjas me respetaban y querían mucho, y tenían un gran sentido del humor. Me lo pasaba francamente bien.

Allí las puertas para acoger y escuchar estaban siempre abiertas, y el monasterio era desde hacía muchos años un sitio de oración de la ciudad. Cada mes las monjas preparaban unas vigiliass de oración, que aún continúan, y que sin dogmatismos ni grandes estructuras se han convertido en un espacio acogedor para compartir y celebrar la fe en el que nos damos cita muchas personas de diversas sensibilidades, pero que buscamos juntas construir un mundo según el corazón de Dios.

Las monjas habían pasado unos años de mucha penuria. En el año 1988 un tornado dejó prácticamente en ruinas el monasterio. Supe que las monjas vivían en una situación de gran precariedad, pero en medio de su pobreza eran una comunidad unida y muy fraterna.

Mi adaptación fue rápida, y a los pocos días dicen que estaba como si hubiera estado toda la vida. Cada mañana procuraba estar bien despierta en la misa, para aprender lo más que pudiera el catalán. Me llamó la atención una frase que salía frecuentemente en el

Evangelio de la misa en la que Jesús decía: *No tingueu por.*^[12] En castellano no había caído en la cuenta, pero eso me hizo pensar. Si Jesús repetía tanto esa frase, seguramente es porque sabía que con frecuencia el miedo nos paraliza. Repetirme *No tinguis por* [No tengas miedo] me daba seguridad y confianza.

Las siestas de mucho calor las pasaba en la escalera de la entrada del monasterio repasando las lecciones del *Digui, digui* con los auriculares. A los dos meses comencé unas clases con la hermana Josefina, de las misioneras de la Inmaculada Concepción, y eso me ayudó a soltarme. Tenía una dificultad. La gente, al oír mi acento, inmediatamente se pasaba al castellano, y eso es verdad que lo hacían como un gesto de cortesía, pero a mí me fastidiaba, ¡yo quería aprender el catalán y necesitaba que me lo hablaran! Además, aquello en el fondo me ofendía, porque me estaban diciendo que no lo hablaba bien.

Cataluña me acogió con los brazos abiertos, y no tardé en dejarme adoptar por esta tierra fantástica que es, sin duda, mi patria de adopción. Una tierra con vocación de libertad, como yo; una tierra que lucha por sus derechos y que sabe lo que es y lo que quiere ser: como yo, una tierra de trabajo serio, tenaz y creador.

Hace unos meses, en una visita medio oficial, se me insinuó que con frecuencia asumía un papel que «sonaba a nacionalista» y que eso no era «propio de una monja». No sé lo que es propio de una monja, lo que sí sé es que defender y amar la libertad, la identidad y las raíces de un pueblo, defender sus derechos, es evangélico, y a esto yo me apunto. Jesús se encarnó en una historia y en un pueblo concreto, y los hizo pueblo suyo. Nosotros no podemos dejar de hacer lo mismo. A Él se lo cargaron por su compromiso sociopolítico que hacía peligrar el imperio y la religión imperantes, y que tenían dejes opresores. Y nosotros: ¿vamos a huir de este compromiso que es un compromiso con las personas, con el pueblo, y que va íntimamente unido a la defensa de sus libertades? Por ahí no paso. Amo a Cataluña, me identifico con esta tierra, y eso no me hace rechazar a nadie, simplemente aceptar unos derechos y una identidad, y vivir libremente mi fe aquí.

Compromiso con Dios y con su pueblo

Estaba realmente feliz. Me sentía respetada, podía estudiar, trabajar, escribir, etc. Iba a la huerta, intenté aprender a trabajar la tierra, y descubrí que el trabajo en el campo me gustaba mucho y que aprendía con solo contemplar el ritmo de la naturaleza. Hoy añoro tener esos espacios y tiempos de trabajo contemplativo, y espero, en un futuro no lejano, agarrar de nuevo la azada y poder cocinar llevando la verdura del huerto a la cocina.

Comencé a preparar mi profesión. Al año de vivir en Manresa, ya podía hacer mis

votos definitivos o profesión solemne, y lo tenía clarísimo. Es lo mejor que hice en mi vida y no lo cambiaría. Creo que fue el acto más libre que jamás hice y fue sin duda la confirmación definitiva de mi vocación. Puedo hablar sin ningún tipo de vergüenza o falso pudor de que significó un paso de Dios por mi vida, una experiencia muy profunda y casi sensible de su existencia, de su cercanía y de su bondad. Me cambió la vida.

Vinieron a mi profesión desde la Argentina mi papá y mi hermana María José. Preparamos la liturgia con las hermanas dominicas de la Anunciata y con un grupo de amigos que incluso hoy animan y acompañan las plegarias de cada mes. Tuve la libertad de preparar la celebración a mi gusto, reelaborando las oraciones de la misa, y haciendo que toda la liturgia fuera una acción de gracias por todo lo que Dios me había regalado a lo largo de mi vida: mi familia, mis amigos, la formación, las oportunidades, el trabajo con los más empobrecidos, etc. De esta manera, ni las oraciones desentonaban en la liturgia, y la liturgia fue realmente una fiesta para celebrar la vida que se me daba y que estaba viviendo como un espacio de felicidad y plenitud.

Fue para mí muy significativo que, a pesar del cambio horario, los amigos más íntimos de mi mamá la acompañaron en Tucumán, a la misma hora de la celebración en Manresa, a misa, y después la invitaron a celebrarlo. Con mi vieja siempre hubo una gran sintonía, más allá de nuestras diferencias ideológicas. Siempre le digo que ella es talibán en la vivencia de su fe, pero que igual nos entendemos. Ella es miembro del Opus Dei, y sin duda es muy coherente, es su camino y le hace mucho bien. Celebro que se encuentre a gusto y veo, una vez más, en eso la riqueza y la variedad de la Iglesia. Para mí, la «vieja» es lo más sagrado que tengo.

Y aprovechando esta mención a mi madre y al Opus, me permito explicar una anécdota que viví con ella hace tres años. Estaba yo en Tucumán el día 26 de junio, día en que se celebra a San Josemaría. Me pidió que la acompañara a misa a la catedral, ya que el Opus Dei de Tucumán celebraba la misa en honor «del Padre». Al proclamar el Evangelio propio de la misa del santo, me entró la risa. ¿Por qué? Era el Evangelio de la pesca milagrosa que cuenta que los discípulos habían estado pescando toda la noche y no habían pescado nada. Se acerca Jesús a la barca y les dice que tiren las redes a la derecha, y tuvieron una pesca espectacular. ¿Por qué mi ataque de risa? ¡Jesús sabía que los peces gordos, siempre están a la derecha! Suelo hacer bromas a mi madre diciéndole que el Opus es la derecha y los peces gordos son sus militantes. Lo que no sabía es que ese Evangelio era el escogido como propio para la misa del santo.

Mi profesión solemne fue el día 1 de julio de 1995, y no me resisto a explicar una anécdota de los días previos, fruto del vocabulario argentino y español.

Mi papá llegó a Manresa para acompañarme en mi profesión unos días antes que mi hermana María José. Decidió ir a esperarla al aeropuerto, y sor Pilar se dispuso a

explicarle cómo llegar allí. Aclaro que sor Pilar es una monja a la que jamás oí decir un taco o tener una expresión desagradable, y que mi padre, siendo mucho de la broma, cuando no conoce es muy respetuoso y cuida mucho las formas.

Sor Pilar le dijo: «Usted va a Renfe de Manresa y coge el tren hasta Sants. Llega allá a las 9:35 y, si tiene suerte, cambiando de andén podrá pillar el tren que va al aeropuerto». Mi padre se quedó mudo y me miró con cara de póquer y sin saber si reír o ponerse serio, y solo atinó a responderle: «Mire, madre, si yo cojo un tren, le aseguro que no podré pillar nada».^[13]

Volviendo a mi profesión, la verdad es que fue una auténtica fiesta. La iglesia del convento estaba abarrotada de amigos de la comunidad y una decena de sacerdotes concelebrando. Como es lógico, presidía mi amigo el padre Juanjo.

Quise que todos los cantos de la celebración fueran en catalán, venían algunos argentinos que no entendían el catalán y por esta razón la misa se celebró en castellano. Pero quise hacer mi profesión en catalán, la lengua del lugar que me acogía, y esto me costó alguna discusión con mi padre, que finalmente lo entendió o no, pero no le quedó más remedio.

En el recordatorio de mi profesión quise poner una imagen de la Virgen de Montserrat, ella desde la montaña santa acompañaría mi caminar, y siendo la madre del pueblo que me acogía, era también mi madre y compañera. Y puse dos frases que definirían el caminar de mi consagración. Una la tomé del libro de Ruth,^[14] donde esta dice a su suegra Noemí, que le sugiere cuando ella se marcha quedarse para tener un futuro mejor: «Donde vayas, iré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios». De esta manera asumía yo mi compromiso de vivir mi consagración desde un pueblo y una identidad concreta; desde una realidad encarnada, como lo hizo Jesús asumiendo un pueblo, una cultura y una lengua. La otra frase la tomé del libro de los Gálatas 2,10, y fue para mí todo un signo. En la primera comunidad, San Pablo tuvo sus más y sus menos con Pedro, Santiago y Juan, que eran considerados columnas de la Iglesia. Ellos tendieron a Pablo, que había recibido la vocación de ir a los gentiles, a los de fuera, a los no judíos, una mano, y le hicieron una única recomendación: «que no se olvidara de los pobres en su ministerio». Y Pablo dirá más tarde que «es algo que he procurado tener siempre presente».

¿Y por qué eso era tan significativo para mí? Al salir de Torrente, habían elegido de priora federal a sor Inmaculada Franco. Ella no entendía mi apertura ni mi deseo de una vida contemplativa más abierta, más inserta y en contacto con la gente. Con los años fue cambiando, pero recuerdo que me decía que nosotras teníamos demasiada libertad. Apelaba en su discurso a sus tiempos jóvenes y me explicaba que cuando iban de

excursión, siendo jóvenes, sus padres ponían personas que las cuidaran y controlaran. Al oír eso me parecía cosa de extraterrestres y me decía a mí misma: mujeres mayores de edad, que hicimos una opción de vida, que hemos dejado nuestra tierra y nuestros padres, muchos proyectos por un ideal, y que se nos quieran cortar las alas, y que encima me digan que teníamos demasiada libertad, y que lo hiciera apelando a su educación del año 36... ¡me parecía intolerable!

No obstante, ella, que era una gran mujer de fe, que quería sinceramente ser fiel, y que aunque estaba en las antípodas de mi pensamiento y de mis opciones tenía una sensibilidad por el mundo de los más pobres, al despedirnos de Torrente, me dijo: «No te olvides nunca de los pobres». Y es algo que he procurado hacer y son mi opción y mi obsesión. Ella me dijo, sin embargo, que a los pobres debía atenderlos «solo desde el recuerdo orante». Yo siempre entendí que la vida es oración y que esta lleva a la praxis, o no es cristiana. Yo no debo, no quiero ni me puedo permitir acallar el imperativo del Evangelio de servir a quien lo necesita. Y sigo sin entender por qué siempre la respuesta directa está estigmatizada para algunos «orantes de profesión».

Y este recuerdo de los pobres, encomendado en otra clave, es el que hoy me sigue acompañando y animando en mi camino cotidiano, es la espina que llevo clavada y que me inquieta y moviliza.

La celebración fue una inyección de vitalidad en mi camino y la sensación de que por fin había encontrado lo que buscaba: un camino contemplativo de libertad, una comunidad comprometida y una vida al servicio de las personas.

Una cruz de uno setenta marca el rumbo

Eso de pronunciar bien las vocales y las consonantes tiene su utilidad. Hablar bien reporta beneficios, y no vocalizar puede regalarnos algunas sorpresas, y a mí me trajo una ¡y muy pesada! Eso de que los argentinos nos comamos las «s» cuando hablamos se presta a serias confusiones.

En mi celda (habitación) de Manresa tenía un Cristo de bronce en la cabecera de mi cama. Quería yo algo más rústico, de troncos, y buscaba cómo conseguirlo.

Así las cosas, un sábado, cuando el hermano Sebastián –un hermano de San Juan de Dios que venía a ayudarnos con el huerto– vino al monasterio, le expliqué que buscaba unos troncos para hacerme una cruz. Me dijo: «Tengo un amigo en Sant Boi que te puede ayudar a hacerla, o tal vez él mismo te la hará y estará encantado. Lo vamos a llamar». Le llamó, le explicó mis inquietudes y me pasó el teléfono para que le explicara lo que quería. Le expliqué que buscaba algo rústico, y José Luis, que así se llama, me dijo: «¿De

qué medida la quieres?». Le respondí en argentino: «De unos sesenta o setenta centímetros». Quedamos entendidos –eso creía yo– y me dijo que en una semana me la traería.

Pasados los ocho días José Luis estaba en Manresa. Al atenderlo por el interfono me dijo que abriera la puerta grande para que entrara la cruz. Me temí que había un malentendio... ¡Y lo había! Todo a causa de una «s» que él no había oído, y que seguramente yo me había tragado: traía una cruz de «uno sesenta» y no de «unos sesenta» centímetros.

Hoy continúo con la cruz a cuestas, y con la de bronce encima de mi cama. No me he querido desprender de ella, que me recuerda que hay cruces y situaciones que tenemos que cargar, y que no son más que fruto de los malos entendidos... ¡Y vaya si esta cruz, esta carga y este peso pesan y te salen frecuentemente en el camino! En estas páginas sale de forma implícita esta cruz, que a veces me machaca, otras me da risa, y que siempre intento echarme a la espalda, y que es sin duda la de querer optar por una vida religiosa más inserta, más comprometida, más cercana a la gente, y que no siempre se entiende, o que a veces se interpreta como opción incómoda, inquieta y desestabilizadora.

A través de José Luis, conocí a su hijo Alberto, y junto a otros jóvenes hicimos un grupo del Movimiento Juvenil Dominicano. Era gente que tenía ganas de hacer cosas, gente inquieta y movida, y nos apuntamos para ir a un encuentro internacional de jóvenes que se celebraría en León en agosto del año siguiente, 1996.

Primer campanazo

Mis hermanas de comunidad me apoyaban y estaban contentas con el grupo de jóvenes que se reunían en el monasterio y que daban vida a las *vetlles de pregària* [veladas de plegaria] de cada mes, a la liturgia participada cuando estaban, etc. Juntos preparábamos el viaje a León, al encuentro juvenil, como una oportunidad de conocer la orden a nivel mundial y como una buena ocasión para profundizar en la espiritualidad y el compromiso. El padre Juanjo Gallego, que ese año era el provincial de los dominicos de Aragón, nos dejó su coche, y algunos otros pusieron el suyo. Organizamos un periplo previo a León que incluía un encuentro en Zaragoza con las monjas de los monasterios de Santa Inés y de La Esperanza, y para el viaje de regreso otros encuentros monásticos en Vitoria y Caleruega.

Los organizadores del encuentro de León me pidieron que preparara una charla-taller sobre Santa Catalina de Siena y sobre el papel de la mujer en la Iglesia a partir de su figura, que resultó muy participada y enriquecedora. También me pidieron que hiciera

un álbum que incluyera un mensaje de cada monasterio de la orden en España para el encuentro, en el que participarían seiscientos jóvenes de todo el mundo. Sería la manera de que las monjas se hicieran presentes en el encuentro y que se conociera la presencia contemplativa en España.

Escribí una carta a los monasterios de dominicas de toda España –que creo recordar eran más de setenta– invitándolas a enviar sus mensajes y muchas comunidades secundaron la iniciativa. Pero como no podía ser de otra manera, a alguna priora le dio la vena de la ortodoxia y quiso demostrar su fidelidad a la clausura y a sus principios. Mandó una carta a la organización del encuentro y pidió que se leyera, y envió varias copias a diversas personas para que tuvieran constancia de su parecer respecto a las monjas dominicas y a mi presencia allí. Por citar solo un breve fragmento de su carta: «La misión de las monjas es orar en la clausura, sería una traición a nuestra vocación asistir a un encuentro como este. Las monjas de la orden os acompañamos de corazón y repudiamos que alguien, saliendo de clausura, traicione el carisma. No dudéis de nuestro afecto, y tened por seguro que oramos por los jóvenes que sois el futuro de la orden».

Muchas monjas me mandaron cartas de apoyo, otras se rasgaron las vestiduras. A más de una le hubiera gustado ir, pero eso estaba vetado a las «claustrales». Comencé a ver que eso de estar tan «encerradas» y «enclaustradas» conseguía generar en algunas hermanas actitudes antisociales y con poca caridad y calidad cristiana y humana.

Al acabar el encuentro pasamos por Caleruega, cuna de la orden, y por el monasterio de Vitoria, donde compartimos una vigilia de oración con los jóvenes vascos, y ya que estábamos por allí pasamos por La Rioja, donde tuve el gustazo de visitar a la familia de sor Pilar de mi comunidad en Ábalos. Allí visité unas cuantas bodegas grandes, pero me enamoró la bodega de ellos, una pequeña bodega familiar, Peña la Rosa, donde elaboran un vino que es de lo mejor que probé en mi vida, y que es uno de los placeres de los que no me privo, con moderación, siempre que puedo. Mi falta de cultura alcohólica hizo que a la segunda copita el pulso me temblara, razón por la que regresé a Manresa con el hábito con evidentes signos del paso por la bodega. Cuando cumplí cuarenta años, estaba muy cansada y me fui a aquel paraíso a descansar. No sabía lo que me esperaba en estos años, pero aquella estancia me renovó y alegró el corazón, y no solo por el buen vino que paladeaba diariamente muy cerca del viñedo.

Con este encuentro en León, había dado un primer paso y poco a poco comencé a dar algunas charlas en la geografía española sobre Santa Catalina, carisma dominicano, vida religiosa. Los límites de la clausura se iban ensanchando a lo largo y a lo ancho de la Península y en cada viaje me iba cargada de reflexiones para compartir y regresaba llena de experiencias y vivencias que poco a poco me fueron haciendo más universal y libre, etc.

Combinaba mi vida contemplativa con la escritura. Publiqué por entonces unos cuantos libros y formamos una fraternidad de dominicos seculares en torno al monasterio.

Junto a José Moratiel, un buen dominico, pusimos en Manresa la sede de la Escuela del Silencio fundada por él, desde donde salían las cartas y preparábamos sus libros, que a día de hoy, y a pesar de que él ya nos dejó, siguen vendiéndose y cuyos grupos de silencio siguen creciendo en número y en perseverancia.

Moratiel fue un maestro, un amigo y un hermano. Me dio mucha seguridad y siempre me decía: «Lucía, escucha tu corazón y no tengas miedo. En el silencio irás descubriendo qué hacer en cada momento». Moratiel fue además un gran apoyo para las hermanas de mi comunidad y sin duda un referente en la libertad que siempre les ha caracterizado.

La Escuela del Silencio: un camino de libertad

Con Moratiel nos planteábamos escribir algo juntos, queríamos abrir el corazón y manifestar, desde la libertad y la intuición interior, cómo entendíamos el camino de la oración, el espacio del encuentro con Dios y con uno mismo, con el cosmos y con la humanidad.

Cuando él escuchaba mis quejas respecto a la liturgia que tenemos, que a menudo se hace pesada y con un lenguaje que repugna a la bondad de Dios y a la verdadera humanidad, y que pese a las reformas y adaptaciones del Vaticano II no acaba de sintonizar con nuestros anhelos, ni con nuestro lenguaje, y mucho menos facilita o invita a la plegaria silenciosa y contemplativa, me decía: «Lucía, nuestro libro tiene que tener por título: *El Silencio, oración no oficial*». Porque la Liturgia de las Horas es lo que se denomina «la oración oficial de la Iglesia». ¡Hasta en la vida interior pretenden meter la oficialidad!

Moratiel entró en el silencio y se marchó sin que pudiéramos escribir ese libro, pero en mí quedó la inquietud compartida y el proyecto inacabado. Siempre he estado buscando la manera de que nuestra liturgia y nuestras celebraciones estén en la línea de la vida y que sean lo que significan: una celebración.

En la última conversación que mantuve con este hermano sabio, me dijo: «Cuando uno ingresa en la vida religiosa, te dan los cuatro volúmenes de la Liturgia de las Horas, te ponen el horario de oración personal y comunitaria en la que nos pasamos el rato repitiendo fórmulas, salmos y oraciones muy bien estructuradas en las que frecuentemente nos cuesta encontrar el gusto y la bondad. Nos presentan el plan de clases, entre las que no faltan las diversas introducciones a las formas de orar. Y si haces todo lo que te dicen y cumples, sobre todo en la asistencia al coro, a la liturgia, “que es la

oración oficial”, ya eres un buen religioso. Lo demás no cuenta, o cuenta poco. Y cómo vives o quieres vivir tu relación con Dios, tampoco. Y las exigencias del Espíritu, menos. Solo el cumplimiento, que a veces acaba siendo “cumplido y mentado”, porque nuestro corazón está en otro lado, aunque físicamente estemos en el coro. Fíjate, Lucía, frecuentemente nuestra liturgia es “de cuerpo presente” y nada más». Hasta aquí las palabras y reflexiones de Pepe Moratiel.

A menudo he vuelto sobre esta idea, y mucho más los últimos años, cuando veo que nuestra plegaria litúrgica no convoca ni entusiasmo a la gente de hoy, y en la que a menudo parece que estamos más dispersos que «recogidos» en un momento de intimidad o que nos disponga para el silencio.

Y me acuerdo mucho de estas conversaciones ante las grandes y pomposas celebraciones litúrgicas llenas de una belleza lejana y de misterio envuelto en incienso, pero en las que la austeridad o el silencio no tienen cabida, solo el esplendor de las formas y los suntuosos ornamentos. Al menos, eso es lo que a mí me parece.

He de reconocer que hay personas a las que eso les va y les gusta, y seguramente es muy legítimo, y no seré yo quien juzgue a nadie. Por ejemplo, en mi comunidad, las dos hermanas mayores, sor Dolors, de ochenta y seis, y sor Neus, de noventa y seis años, disfrutan con la celebración de la misa y siguen por televisión todas las que pueden. Y si hay celebraciones vaticanas o grandes ceremonias, les encanta. Aun cuando siguen una misa por televisión la viven tanto, que hasta abren la boca en el momento de la comunión. Pero todo eso, sin duda, responde a una época y a unas formas en las que se insistía en la majestad, el esplendor, el poder y las virtudes todopoderosas de Dios; un Dios sin duda muy lejano y hasta ajeno a las alegrías y esperanzas de la humanidad.

Tengo la impresión de que el uso y el abuso de las rúbricas y grandes ornamentaciones, ritos y normas, frecuentemente ponen coto a la libertad del Espíritu, que está más allá de cualquier forma o encasillamiento litúrgico o formal, en el que todo está pautado, medido e incluso ¡vigilado!

Hace falta una gran simplificación; adentrarnos en un camino más sencillo, más cercano, en el que la bondad, la calma, la liberación se respire y nos respire, y seamos capaces de vivir al aire y al ritmo de la libertad de los hijos de Dios, sabiendo que nada puede contener la inmensidad y la sabiduría de un Dios que por ser inalcanzable, infinito, se ha hecho niño, hombre, Palabra... «uno de tantos»; se ha hecho corazón y nos habita, y nos vive, y nos anima, y nos sostiene.

De Moratiel aprendí que el silencio es un espacio de libertad y armonía, pero también lo es de la gran revolución y de la anarquía de lo establecido, los moldes, los prototipos y los cánones interminables. En el silencio, la vida simplemente fluye, y Dios se toma la libertad de sugerir, hablar, mostrar, iluminar: lanzarnos a la aventura de vivir a fondo y

posibilitar que los otros también vivan. Cuando uno se remansa, se vuelve como un árbol frondoso que ofrece a los otros la sombra amiga que les invita al sosiego y a la paz.

Teníamos en preparación un libro sobre todo esto... pero no pudo ser.

Haciendo amigos

En el mes de julio de 2010, tras haber presentado un libro con reflexiones de Moratiel, que publicó Claret en catalán, *El Silenci, un camí de llibertat*, en el que además presentábamos con la hermana Vinyet Estalella, dominica de la enseñanza de Vic, un CD con los textos de mi programa *El punt de trobada* de la SER de la Cataluña Central, escribí un artículo para un semanario religioso, pero no lo quisieron publicar. No porque quien me lo encargaba no estuviera de acuerdo, sino porque sus superiores, dependientes de organismos oficiales de una diócesis, lo censurarían. La responsable me pidió mil disculpas por no poder publicarlo y me pidió escribiera otra cosa más «aceptable» por los censores. Una vez más experimenté que en la Iglesia no siempre existe la libertad, o lo que es peor, existe el miedo. Todo ha de estar controlado y debe ser «vigilado», no sea que el personal abra los ojos, se dé cuenta de muchos engaños y mentiras, comience a pensar y se marche, como de hecho ha pasado y sigue pasando, o deje de tragarse todo lo que le dan masticado.

Pero como el artículo era fruto de mi fe, que cada día iba madurando más, y –por qué no decirlo– de lo que vivo frecuentemente cuando voy a la liturgia, me lancé a publicarlo en el blog, y allí cayó de todo: la inquisición de los intolerantes, las espadas afiladas de los apologetas, y más de uno y de dos me mandó al infierno, a esa hoguera sin piedad que han creado los que se han quedado sin argumentos para debatir y apelan a lo irracional y al miedo para ocultar su ignorancia y sus muchas inseguridades.

En el artículo decía que muchas veces voy a la liturgia como si fuera a un campo de batalla. Posiblemente el título suene a provocación, pero con tristeza puedo asegurar que no lo es: «¿Blasfemamos en la liturgia?». Así se titulaba.

Esa pregunta refleja el sentimiento que me surge algunas veces cuando en la liturgia repetimos, no sé si inconscientemente, de forma automática, o haciendo restricción mental, determinados disparates que pondrían en evidencia, ante cualquiera que nos escuchara desde fuera, que no creemos en el Dios Jesucristo, en el Dios del Nuevo Testamento, sino que somos hombres y mujeres atemorizados por un dios tirano que nos oprime y que está sediento de sacrificios humanos para reparar su dignidad ofendida. ¡Y al tanto, que son textos de rezo «oficiales», que representan a la «oración oficial de la Iglesia»! Y yo me pregunto: ¿vale la «oficialidad» en un terreno intangible, inabarcable,

íntimo?, ¿vale el imperativo legal de repetir lo que repugna a la bondad de Dios?

Por ejemplo, en el libro de rezo, un día viernes, el de la cuarta semana –está dividido en cuatro semanas–, en el rezo de vísperas tengo la impresión de que los cristianos no nos creemos que realmente estamos salvados y que nuestra fe es liberadora. Y lo digo, breviario en mano, porque nuestro lenguaje se ha quedado en el Antiguo Testamento, donde «el Señor de los ejércitos» estaba siempre observando la tierra para castigar a los mortales.

Y la verdad, esto me da tristeza, y ¡hasta me escandaliza! Si hay alguien, sobre todo joven, que escucha determinadas afirmaciones alienantes de nuestra liturgia, ¿cómo decirles después que tenemos una Buena Noticia de liberación, si lo que decimos con los labios ¡es para echar a correr!?. No entiendo cómo nos sorprende que los jóvenes no vengan, cuando en realidad llevamos años «espantando al personal».

Y ahora me limito a transcribir, por ejemplo, las preces del breviario de ese viernes, pero insisto, podría ser de cualquier otro día. Refiriéndose a Dios, a quien se invoca, dice textualmente el libro:

1. «... dínate sostener con tu gracia nuestra fragilidad siempre inclinada al pecado...»

¿Siempre? Creo que lo de «siempre» es una exageración o una mentira: ¿no nos sentimos generalmente inclinados al bien, la bondad y la belleza? ¿No nos seduce y atrae nunca la ternura, la justicia, el deseo de hacer el bien y la posibilidad de hacerlo y vivirlo?

2. «... que los que por nuestra debilidad estamos inclinados al mal, por tu misericordia obtengamos tu perdón.»

No me invento nada. Volvemos a fijarnos en nosotros más que en Dios. ¿Tan baja autoestima tenemos? ¿Tan débiles y malos somos? No me lo creo.

Y en la preza que sigue, una ya no entiende nada, y si repite lo que dice, creo que blasfema porque atribuimos a Dios lo que no tiene nada que ver con Él. Dice:

3. «Señor, a quien ofende el pecado y aplaca la penitencia, aparta el azote de tu ira, merecido por nuestros pecados.»

¿Podemos hablar del azote de la ira de Dios? ¿Cabe en el que es el Amor la ira? Y ¿cabe un azote?, ¿no decimos que el amor de Dios es infinito, misericordioso y que siempre está dispuesto a perdonar? Sencillamente, o hemos perdido la fe o estamos locos para seguir repitiendo tales barbaridades.

¿Pero no habíamos quedado en que los méritos son de Jesús y que ya estamos salvados, que somos personas libres llamadas a conquistar esa libertad? En el salmo 144 que se reza esa misma tarde se dice: «El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones... El Señor guarda a los que van a caer... Cerca está el Señor de los que lo invocan...». ¡Eso sí es Palabra de Dios y palabra que puede ser orada, repetida y que nos reconforta! Con esto, el corazón se dilata, y a uno le entran unas ganas de vivir al amparo de este Dios, que hasta nos transforma y da fuerzas. Un salmo del Antiguo Testamento que nos esponja el corazón y la vida.

Sin duda aún nos queda mucho camino por recorrer y eso exige una conversión real, un cambio de mentalidad, para convencernos de que el hombre viejo ya ha pasado y que somos criaturas reconciliadas, nuevas. Que tenemos vocación de libertad.

Decía Nietzsche que «los discípulos de Jesús deberíamos parecer más redimidos. De lo contrario –insistía–, vamos a resultar más convincentes que un adicto al sofá ensalzando los beneficios del ejercicio físico».

Me temo que es algo más que un problema de lenguaje; en todo caso, yo apuesto por la victoria de la cruz, por el Reino que ya ha comenzado, y no me quedo en el viernes de Pasión: Jesús ya ha resucitado y vive. Yo me apunto a la Buena Noticia del Evangelio, y lo demás me sobra bastante.

[10.](#) Yo a Jesús le hablo con el corazón y con la lengua que sé que es el catalán. Por fuera, yo iba repitiendo en castellano, pero por dentro, no tenía problema.

[11.](#) Superior general de los dominicos.

[12.](#) No tengáis miedo.

[13.](#) En Argentina «coger» es sinónimo de «joder» y «pillar» es «orinar».

[14.](#) Ruth 2,2.

6. Nuevos retos, nuevos compromisos

Ser originales: volver a los orígenes. Mosaic

En el año 1999 se celebró en Manresa el Día Mundial de la Salud Mental. Los miembros de la Asociación de Familiares de Enfermos Mentales del Bages, liderados por el señor Graell y Juliana Santamaria, pidieron más recursos para atender la cuestión más social de la problemática de las familias. Se constataba que la atención sanitaria era de mucha calidad, pero que una vez dados de alta del ingreso o del hospital de día, se hacía muy difícil continuar con el tratamiento ya que los recursos intermedios eran muy escasos. La parte sanitaria estaba muy bien cubierta, pero era necesario reforzar la dimensión más social.

El doctor Pere Bonet, en aquel momento jefe del servicio de psiquiatría de Sant Joan de Déu, hoy Fundación Althaia, con una gran clarividencia, buscaba caminos para cubrir estas lagunas y para ayudar a las personas y a las familias de los enfermos. No lo tenía fácil. La psiquiatría siempre fue la hermana pobre de la medicina, y muchos no acaban de tomarla en serio. ¡Se piensan que es cosa de locos!

Las monjas nos preparábamos para celebrar los 400 años de presencia en Manresa y, pensando en cómo celebrarlo, decidimos que el mejor gesto sería hacer una cesión del edificio modernista contiguo al monasterio para acoger este proyecto que daría respuesta a un sector muy importante y estigmatizado de la sociedad: las personas con enfermedades mentales y sus familiares. Nos iluminó en este proceso de discernimiento una frase de Antoni Gaudí, en la que él decía que ser originales es ser capaces de volver a los orígenes. Él apelaba a esta idea para explicar su obra y por qué él iba hacia los orígenes mismos de la creación y a la naturaleza para inspirarse y construir, para crear.

Los tiempos nuevos sin duda reclamaban creatividad, y nos preguntábamos a qué orígenes debíamos remontarnos. Y descubrimos que en los orígenes de nuestro monasterio había una leprosería junto a la ermita de Sant Bai y Sant Llätzer que son hoy nuestra iglesia y nave gótica. Sobre esa edificación se construiría más tarde el monasterio, primero con monjas clarisas y luego, desde 1602, con las dominicas venidas del Monasterio dels Àngels de Barcelona. Se trataba de acoger, como al principio, a quienes eran los excluidos de la sociedad. Entonces eran los leprosos, hoy las personas con enfermedades mentales que representan un mundo oscuro para muchos y que fácilmente son estigmatizados. Dentro del proyecto se incluía también la atención a personas con adicciones, etc.

Dimos el paso y nos implicamos. El hecho de estar presentes el hospital y los hermanos de Sant Joan de Déu nos daba mucha seguridad. La comunidad delegó en mí la presencia en el proyecto, de forma que pasé a integrar el equipo gestor, encargado de ponerlo en marcha. Con el tiempo mi implicación fue siendo menor de forma directa, pero el compromiso, desde el Comité de Dirección, una vez consolidado el proyecto, fue cada vez más consciente y mayor.

El proyecto naciente tenía el nombre de Mosaic, inspirado en una asociación italiana, Il Mosaico, que se dedicaba al trabajo con personas con enfermedades mentales y a su reinserción en el entorno familiar, laboral, etc. Había una relación con ellos y la idea era trabajar conjuntamente en algunos proyectos. La idea de Mosaico viene dada porque la suma de diferentes piezas o baldosas ayuda a configurar una realidad, o a darle rostro. Las baldosas, en este caso, eran cada una de las instituciones que formaban parte del proyecto aportando cada una su especificidad. Así, el hospital aportaría su asistencia profesional, los hermanos la acogida a las personas y también la inversión para adaptar el edificio, y nosotras el edificio y el apoyo de la vecindad. Evidentemente también nuestro aporte y soporte desde la plegaria cotidiana.

El proyecto echó a andar y hoy es un referente que sigue, a pesar de la crisis, creciendo. Hay un gran equipo de profesionales, y sin duda fue este un gesto y un compromiso que personalmente me aportó mucho, me vinculó con muchas personas y conocí un mundo que desconocía. Gracias a esta iniciativa la gente de Moltacté vino a Manresa y hoy hay dos tiendas de venta de ropa en las que trabajan nuestros usuarios. Y suma y sigue. Esto crece y se continúa a día de hoy con la restauración de una planta más del edificio para responder a la gran demanda de usuarios, dado que el espacio siempre es insuficiente.

Las familias, los usuarios, los profesionales, el conocer y dar a conocer esta realidad a la ciudadanía han marcado una etapa importante de mi vida en la que pude comprobar que sumando complicidades es posible construir, tal vez más despacio de lo que uno desearía, nuevas oportunidades para las personas. Comprendí que hoy lo que no se explica no existe, y explicando una realidad pudimos y podemos trabajar para mejorar sus perspectivas y para que la sociedad se implique en la integración de las personas con una enfermedad mental o con una adicción.

Formo parte del Comité de Dirección y sin duda debo mucho a Mosaic y tiene robada una parte de mi corazón. He descubierto qué es el estigma del que tanto se habla respecto a las enfermedades mentales, me hice cargo de cómo es el día a día de una persona con una enfermedad mental severa y de lo que viven sus familiares. Es un mundo muy desconocido, hemos avanzado mucho, pero sin duda aún podemos hacer más.

En el Monumento a la Salud Mental inaugurado en la rotonda que hay delante del monasterio hay una frase que expresa el sentido y la misión del Proyecto Mosaic y que

dice así:

Descubrir y conocer el mundo cerrado y oscuro de la enfermedad mental pide el esfuerzo de caminar hacia él, de querer aproximarse. Un mundo que podrá irse iluminando y aclarando a medida que nos acercamos desde una decidida búsqueda humana y científica.

Mi gran satisfacción es que hoy compartimos edificio, aunque de forma independiente, con un proyecto al servicio de las personas, es haber dado vida a las piedras de un edificio emblemático, en que lo que más importan son las piedras vivas: aquellos que tienen derecho a vivir integrados en la sociedad, con medios adecuados a su realidad. Creo que ha sido un acto de justicia, y estoy segura de que si somos capaces de compartir nuestras grandes edificaciones de forma gratuita, saldremos ganando. No entiendo que haya tantos espacios muertos de monasterios, iglesias, antiguas rectorías, etc. Espacios muertos que un día acogieron a comunidades y proyectos eclesiales y que hoy deberían ser, según la exigencia de los signos de los tiempos, espacios de humanización, acogida y vida.

Clama al cielo que, habiendo tantas cosas para hacer y tanta necesidad de hospitalidad, haya quienes prefieran especular o esperar a tiempos mejores para sacarles mejor precio y poder así asegurarse el futuro o vivir de renta, con unos beneficios obtenidos gracias a algo que no sudamos y que se nos dio como herencia. Supongo que si los recibimos como un don, hemos de compartirlo y ponerlo al servicio de las personas, de lo contrario somos usurpadores y ladrones de lo que no es nuestro: ¿no hicimos un voto de pobreza? ¿No tenemos los cristianos un compromiso de austeridad que nos obliga moralmente a no acumular y a compartir? ¿No decimos que creemos en la providencia, en que Dios provee y que a cada día le basta su propio agobio?

Lo tengo claro: somos administradoras y no propietarias, aunque la documentación nos acredite como tales. Tenemos un voto de pobreza, y si somos coherentes, debemos confiar más allá de las seguridades económicas y estructurales: es una cuestión de fe, una cuestión de vida o muerte de las comunidades. Y me temo que si agonizan, tal vez tendremos que preguntarnos por la fe, por el abandono, por la confianza y por la generosidad. Ser pobres implica no solo no tener nada, sino saber compartir lo que somos y aquello que administramos. Significa correr el riesgo de vivir a la intemperie, asumir con ilusión la aventura de abrir caminos y de generar oportunidades. Ser pobres según la pobreza que profesamos los religiosos significa desinstalarnos y descubrir que es mucho más feliz el que da que el que recibe.

Jesús llamó bienaventurados a los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos. Si

somos pobres de verdad experimentaremos que el Reino, el nuevo orden querido por Jesús, ya ha comenzado y sabremos qué es la felicidad. Si nos empeñamos en retener y «asegurarnos el presente y el futuro» conoceremos lo contrario a la felicidad. Yo quiero optar por la bienaventuranza, por vivir sin retener, por confiar.

Un paso más allá del ecumenismo

Siempre me metí en fregados, y no acabo de salir de uno, que ya me meto en otro. ¡Lo reconozco, y aunque siempre me prometo a mí misma no liarme más de la cuenta, siempre acabo cediendo, y la lío cada vez más gorda!

Si te abres a la gente, si escuchas, si sintonizas con sus esperanzas y sus angustias, ¡pero de verdad!, no quedas inmune, y necesitas moverte y dar respuesta. Si abres la puerta, la gente entra, y la casa y el corazón han de ser grandes, han de tener las dimensiones infinitas del corazón de Dios: ¿podemos limitar la entrega si un día dijimos que lo dejábamos todo para vivir al servicio de una causa?

El genio de Chesterton decía que «mientras las cosas son realmente esperanzadoras, la esperanza es un nuevo halago vulgar: solo cuando todo es desesperado la esperanza empieza a ser completamente una fuerza». Los momentos oscuros en los que sufrí –¡y mucho!– pensando que lo que veía tan claro era motivo de inquietud para los otros fueron amargos, pero nunca los viví como un ataque personal. La conciencia no me acusaba de nada y no podía menos que ser fiel a ella. Aquellas dificultades superadas son también las que hoy me dan fuerza para seguir creyendo y apostando por esta vía. En todo este proceso de apertura han sido clave los momentos de oración y silencio cotidianos. Aquellos espacios privilegiados en los que es posible ordenar el corazón y la mente y dejar que Dios sea Dios en mi interior. He experimentado lo que es vivir urgida por el Espíritu y reconocer la voz y la exigencia del Dios de la vida que me empuja a darme sin medida. He comprobado que la fraternidad y el amor compartido con mis hermanas de comunidad han creado unos vínculos que son más fuertes que los de la sangre.

Dicho esto, voy a remitirme a algo que marcó profundamente mi rumbo y que en gran medida ensanchó mi perspectiva y dilató mi comprensión de la fe, de la vida, de Dios. Fue lo que me llevó a descubrir de verdad –lo que repito hasta la saciedad–: ¡que Dios es el más y mejor, el que no tiene nombre porque los tiene todos: es el inencontrable y el entrañable! No claudico de mi fe –que nadie se escandalice– sino que he descubierto una dimensión liberadora y universal de ella. Una dimensión que la hace fecunda y la abre a ser fecundada por la fe y por la experiencia espiritual de los otros.

En enero de 1997 se celebraba la semana de oración por la unidad de los cristianos, y nos pidieron acoger, en la nave gótica del monasterio, una oración ecuménica. Dijimos que sí, y el espacio se llenó. Éramos más de 300 personas entre católicos y evangélicos.

En Manresa ya había tradición en la celebración de estos encuentros ecuménicos, y la gente estaba muy sensibilizada, pero ahora querían hacerlo en un lugar de oración, y por eso vinieron a casa.

Al acabar me tocó cerrar el acto y la oración y dije que no habíamos podido negarnos a acoger este encuentro porque era un signo de que habían entendido nuestra misión en la comunidad. Citando a Mamerto Menapace dije que: «Si la gente viene al monasterio pidiéndonos dinero, quiere decir que somos ricos; si viene a pedirnos influencias, quiere decir que somos poderosos. Pero si nos piden un espacio para orar y para compartir el deseo de la unidad, eso significa que han entendido nuestra misión», porque tal vez lo único necesario a día de hoy es trabajar por la unidad, no solo de los cristianos, sino de la humanidad.

No se marcharon más. A partir de aquel día, el monasterio comenzó a acoger año tras año esta plegaria. Pero se dio un paso adelante en este proceso inclusivo de apertura y diálogo.

La inmigración crecía cada día en Manresa, en Cataluña y en España. En Manresa abundaba la inmigración de Marruecos y con ello crecía el número de musulmanes. Pero también crecía la inmigración latinoamericana, y con ella el número de personas evangélicas o protestantes. De hecho, pasamos de tener en la ciudad un templo de la Iglesia bautista, a tener hoy al menos cinco o seis templos evangélicos, incluida la Iglesia de Filadelfia, formada fundamentalmente por personas de raza gitana.

Si a esta oleada de inmigrantes, la mayoría llegados en busca de trabajo y de mejor suerte que en sus países de origen, y en situación de pobreza o precariedad, sumamos la normalización del hecho plurirreligioso y la llegada de corrientes espirituales de Oriente y la presencia de un centro budista –ahora hay dos–, una comunidad Bahai y una de Brhama Kumaris, tenemos que el mapa religioso de Manresa necesitaba nuevas respuestas y nos presentaba nuevos retos.

Nos planteamos, concretamente a raíz de algún enfrentamiento bélico en algún lugar del mundo, juntarnos para orar por la paz, pero no solo los cristianos, como se hacía hasta ese momento, sino invitando a todas las religiones y tradiciones espirituales presentes en nuestro entorno.

¡Qué has dicho! Comenzaron a sacarse las espadas, y en la reunión previa a dicho encuentro miembros de una de las comunidades evangélicas de Manresa nos advirtieron de que ellos no participarían. Que debía mantenerse el carácter ecuménico, o sea, de diálogo entre cristianos, y no juntarnos con los infieles. Que el único camino de la

salvación era Jesucristo, y que si nos salíamos de esto, ellos se retiraban. El grupo fue unánime en responder: «Nos duele vuestra marcha, pero no podemos dejar pasar la oportunidad de lograr nuevas complicidades por el bien de todos». Nadie dudó ni un instante, había que seguir esta línea, y la plegaria se organizó nuevamente en la nave gótica del monasterio, que una vez más se quedó pequeña para la respuesta de tantas personas sensibles con el tema. La causa de la paz nos urgía y nos ofrecía la oportunidad de estrechar vínculos fraternos para construirla desde nuestro propio entorno.

Imposible cerrar los ojos a esta evidencia: era necesario y urgente, a partir de la experiencia de Dios de cada uno, y de su fe, avanzar en puntos de interés común. Y sin duda, la paz era el gran punto de comunión, era la causa que nos hermanaba. Y no solo por los conflictos mundiales, sino para poder superar los conflictos locales que comenzaban a generarse ante el incremento de personas de otras culturas, costumbres y religiones.

Se anunció por todos los medios posibles la vigilia interreligiosa de oración por la paz, y los medios se hicieron eco. La plegaria fue muy bien, muy concurrida y variopinta. Se respiraba un ambiente de normalidad y convivencia interesante, de sorpresa y de apertura para ver cómo oraban los hermanos y qué nos ofrecían, cómo latían sus corazones y qué rumores nos llegaban de lo alto de la cumbre de la experiencia de Dios y de la trascendencia de cada uno. Hubo una presencia considerable de budistas, que nos ofrecieron unas reflexiones que aún hoy recordamos con emoción. La representación musulmana era muy reducida, porque quien lideraba la comunidad en Manresa en aquellos momentos no acababa de verlo claro y ponía demasiadas condiciones: que ninguna mujer se pusiera a su lado, que no hubiera cantos cuando él interviniera, que las mujeres no le dieran la mano, y un largo etcétera complicado, pero que aceptamos para facilitarles el paso, y para que vieran que eran bienvenidos y que no nos comíamos a nadie, al contrario. Era una primera experiencia y valía la pena no ahorrar esfuerzos.

Algo nuevo estaba naciendo, y veíamos claro que había que avanzar. Decidimos potenciar este trabajo y nació un grupo de diálogo interreligioso que comenzó a crecer y a consolidarse.

Pero esto no podía pasar desapercibido a intereses ajenos, y recibimos una visita que quería ser fraterna, pero que sin duda marcó de forma tajante una distancia, lamentablemente, a día de hoy, todavía insalvable. Los pastores de unas comunidades evangélicas sacaron una carta en el diario desmarcándose de nuestro encuentro y acusándonos. Llegaron a decir «que era mentira que hubiera presencia evangélica aquella noche en el Convento de Santa Clara» porque ellos estaban en contra. Sin duda, sus comunidades no estaban, pero había una significativa presencia de cristianos evangélicos de otras comunidades. El tono de la carta y las formas nos dolieron mucho. ¡Cuánto

duele la falta de unidad y amor real entre los cristianos!

A los pocos días vinieron al monasterio dichos pastores; los recibí con miembros del grupo interreligioso. Nos dejaron una carta, y al marcharse nos quedamos flipando en colores. Su carta decía que Jesús es el único camino, que fuera de Él no hay salvación, y que juntarnos con los infieles a orar era profanar la religión. Que ellos querían dejar clara su postura y que nos pedían no solo que no les invitáramos más si seguíamos en esta línea, sino que no invitáramos a comunidades evangélicas a participar de este tipo de actos. Eso sí, la carta que nos traían tenía floritas y mensajes de amor a todo color. Tenían buena intención y se les veía realmente preocupados.

¡Uffff! Mirad cómo se aman, se decía de las primeras comunidades. Igual que en este caso, pero amar significa aceptar la pluralidad y dejar que «el otro sea libre».

Evidentemente seguimos avanzando, siguieron viniendo las otras confesiones cristianas, ¡y cada vez más!, ya que en los últimos años, con la inmigración de otros países de África, hay muchos evangélicos que con naturalidad y sin tantas manías se suman, celebran, cantan y bailan junto a todos, sin barreras.

Dialogar es posible y urgente

Recibí una llamada de alguien que no conozco y que trabaja en diálogo ecuménico. Había leído algo mío y le preocupaba si yo realmente «creía que es posible el diálogo interreligioso» y «cuál es el camino». «Porque –me decía– en el diálogo entre cristianos tenemos serias dificultades, cuánto más será en el diálogo con aquellos que no aceptan o no conocen a Jesús y hay menos en común.»

Le dije que yo creo en el diálogo entre personas y entre creyentes de diferentes religiones, o incluso sin ninguna religión. El tema de lo interreligioso no es un obstáculo, muchas veces es precisamente una puerta que nos abre a otra dimensión, es una «mística» que nos anima, o unas intuiciones o convicciones de fe que nos hacen abrirnos a otros puntos de vista, a otras realidades, a la parte de la «verdad» que todos tenemos. Una dificultad muy grande para el diálogo, en cualquier ámbito, es pretender imponer al otro «mi verdad», «mi punto de vista», «mis dogmas», y ¡hasta mis manías!, que todos las tenemos.

Al diálogo se ha de ir «desnudos», sin corazas, porque no tenemos nada que perder y siempre mucho por ganar y aprender. Y eso no quiere decir claudicar de las propias convicciones y de la fe que a cada uno le hace vivir, ¡todo lo contrario!, ni hacer un sofrito tomando un poco de cada una hasta ejercer una especie de sincretismo práctico. No. Se trata simplemente de compartir, de enriquecernos mutuamente y de confirmar o

redescubrir que Dios está más allá de nuestro micromundo y de nuestros esquemas, y que no podemos encasillarlo o limitarlo de forma terminante en nada: ni en dogmas, ni en normas, ni en formas, ¡ni en leches!

Santo Tomás dedicó toda su vida a escribir y enseñar. Su gran obra fue la *Suma Teológica*, y en ella intenta dialogar y dar respuesta a los interrogantes de sus contemporáneos. Al final de su vida tuvo una experiencia de Dios y «vio» o «gustó». Y ¿sabéis qué quiso hacer? Nada más y nada menos que quemar sus obras, porque eso «¡era paja!», eso «no era Dios»... Dios era mucho más y se había quedado corto con todo lo que había escrito y enseñado. Y dicho sea de paso, lo que Tomás quiso quemar, «porque no era Dios, porque era paja», es lo que hoy la Iglesia nos propone como materia de fe y como referencia de lo que hemos de creer. Yo alucino con todo esto. Y creo lo que puedo, y amo siempre e intento que Dios me dé su luz para creer más y mejor, para que esta fe me ayude a vivir y a posibilitar que los otros también vivan. Y punto. Y vivan aunque no crean en lo mismo que yo. Eso no es cosa mía: Dios tiene sus planes, sus formas y sus caminos, y es tan rico y tan inabarcable, que puede crear –y de hecho es así– inimaginables caminos para llegar a Él. Dicho esto, creo que ninguna religión agota, expresa ni abarca al que realmente es Dios. En el momento en que lo hiciera, este dejaría de ser dios para ser una idea, un mito, una quimera.

Valga la experiencia de mi hermano Santo Tomás –para algo los dos somos dominicos– para aprender a dialogar, compartir, enriquecernos mutuamente y trabajar junto a los otros por el proyecto de la humanidad, de la nueva humanidad, de la humanidad reconciliada querida por Dios e inscrita en cada persona de forma única y maravillosa.

Francesc Torralba, hablando del diálogo interreligioso afirma: «No estoy muy seguro de que pueda funcionar el diálogo entre religiones, a pesar de que se deben realizar todos los esfuerzos posibles para que sea una realidad. Existe demasiado miedo, demasiadas inercias del pasado, todavía demasiado hermetismo. En el terreno dogmático, creo que será formalmente imposible llegar a acuerdos, pero en el campo ético y en el campo místico es posible hallar experiencias comunes, lugares de intersección. Como sugiere Hans Küng, existen unos valores genuinamente humanos compartidos por las grandes tradiciones religiosas. Sobre este fondo común se puede edificar la convivencia y la ética global».

No es un camino fácil, pero sin duda, desde la espiritualidad, desde la mística, desde la experiencia de Dios y desde la base llegaremos mucho más lejos y avanzaremos más que cualquier diálogo oficial o institucional. Tal vez, en la vida cotidiana, uno se da cuenta de que ¡gracias a Dios, estamos condenados a entendernos y a dialogar!

Un camino con dificultades y logros: la mezquita de Manresa

Sin duda, el problema para el diálogo en el día a día y ante el nuevo panorama humano de inmigración que tenemos no es la religión de los otros, sino la realidad de pobreza y marginación en la que se encuentran aquellos que han venido de lejos y que comparten nuestros espacios, ciudades, escuelas, centros sanitarios, etc. Cuando todos señalan al «islam» como una amenaza, y ponen en el mismo saco a todos, entramos en un terreno peligroso. El problema en la convivencia en nuestras ciudades y barrios no es que el otro sea «musulmán» –que tendrá sus connotaciones–, sino que es una persona vulnerable, en situación de pobreza y necesitada. De hecho, nadie se cuestiona la presencia de los jeques árabes en Marbella ni la de Abidal en el Barça: estos son musulmanes, pero es gente con un nivel económico que no nos afecta ni presenta ningún reto, y que más bien generan ingresos al país o algún beneficio para nuestros intereses.

Por esta razón, si bien reconozco las bondades del diálogo interreligioso teológico, yo opto por el diálogo de base, en el que conjugamos espacios y momentos de diálogo, de oración, pero sobre todo el acercamiento mutuo, la búsqueda de intereses comunes, y la defensa de los derechos de los otros, cuando siendo minoría fácilmente pueden ser acallados o ignorados. Y es la complicidad en esos intereses la que nos hace conocernos y ganar en confianza; es lo que abre puertas y derriba muros infranqueables.

La dificultad para acercarse a las mezquitas de Manresa era grande. Una de ellas estaba liderada por gente muy mayor, la mayoría analfabetos o con escasa formación, y con una religiosidad muy cerrada. Pero eran gente de paz que no significaban un problema para nadie, pero que tampoco se integraban. Sus mujeres no se relacionaban con el entorno y nos encontramos hoy con que muchas de ellas después de vivir diez, quince o veinte años en Cataluña no hablan el castellano, ¡ni qué decir del catalán!

La otra mezquita, que estaba en la calle Urgell, estaba liderada por un presidente muy rudo, un comerciante, persona de carácter y con unas actitudes muy integristas. Este hacía las veces de adoctrinador y líder paternalista, y tenía un grupo de incondicionales que le apoyaban y que entorpecían cualquier intento de diálogo. Intentar dialogar con él era muy difícil, un hombre impenetrable y mal educado. Las veces que hablé con él tuve que aguantar sus impertinencias. De hecho, cuando él perdió las elecciones de la asociación cultural que presidía, hubo un giro de 180° en las relaciones y en la apertura a la ciudad.

Dos hechos importantes marcaron el acercamiento a la comunidad musulmana, y los dos fueron gestos de confianza y aproximación cordial. Es verdad que fuimos nosotros los que dimos el primer paso y tendimos la mano, pero este gesto fue eficaz porque había corazones disponibles y gente con buena voluntad. Alguien tiene que tener la iniciativa, y

en este caso nos tocó a nosotros, pero puedo afirmar que yo misma he sido testigo de pasos de ellos hacia nosotros no menos significativos, incluso sufriendo la incomprensión de sus mismas comunidades.

Era el año 2004. La Asociación Cultural Islámica del Bages quería comprar un local para construir su mezquita, y hubo muchas presiones para que ello no ocurriera. Tenían nuevo presidente, y se notaba. Por una parte existía en el entorno una trama inmobiliaria: el barrio había sido degradado deliberadamente durante unos años, especulando la caída de precios de las viviendas, algunos se habían hecho con varias propiedades, y esperaban las inyecciones de dinero para rehabilitarlas. Eso significaba, a la larga, una inversión importante, porque arreglada la zona antigua de la ciudad, esta se revalorizaría.

Pero si de repente se construía allí una mezquita, eso atraería a mucha gente, pero como dije, en su mayoría personas empobrecidas, que han salido de sus países a causa de la pobreza y buscando mejor suerte, en este caso la mayoría marroquíes. Claro, estos vecinos, con espacio propio y derechos adquiridos, significaban una amenaza no intencionada a unos intereses creados. Abrir una mezquita en el barrio tendría sus efectos colaterales. Por tanto, un grupo de vecinos se puso en pie de guerra para impedir esa compra. Y se hizo jugando todo tipo de cartas, incluso por parte de algún partido político, que prefiero no identificar, jugando sucio, mintiendo, y escondiendo algunas estrategias.

Bien, el día en que a pesar de todo la compra se realizó, desde la comunidad y con el grupo de diálogo interreligioso hicimos un comunicado de apoyo en el que decíamos: «Celebramos que la comunidad musulmana de Manresa pueda tener un espacio para celebrar y vivir su fe con dignidad». El día en que se publicó esa misiva en el diario, no estaban ni la priora ni la subpriora en casa, estaban de viaje, y yo estaba de responsable de la comunidad, y ¡nos prendieron fuego en la tapia del convento!

Pasamos miedo, mucho miedo, sobre todo porque en esa zona había muchos coches aparcados. En una hora el fuego quedó sofocado, y el miedo nos dejó espantadas, pero no paralizadas.

Luego he de reconocer que me enfadé mucho, y convoqué una reunión de emergencia: organizaríamos una fiesta en la explanada del convento para celebrar esta compra. Nadie podía intimidarnos con gestos como este. Ahora era yo la que jugaba con fuego, pero no podía permitir que alguien pretendiera amedrentarnos.

Eso sí, llegado el domingo en que celebraríamos la fiesta en la explanada del monasterio, estábamos rodeados de cuerpos de seguridad de todo tipo. Y entre todos hicimos una fiesta en la que los pasteles árabes eran las delicias de los participantes. No faltó la música y el buen rollo. Fue un gesto que derribó muchos muros. Creo que era el

primer gesto del nuevo presidente de la asociación, Abdellah Hammouch, con quien hoy me une una gran amistad.

Parece mentira, pero nunca más, por parte de la ciudadanía, hubo un manifiesto público en contra, y la campaña que se había lanzado contra la compra de la mezquita se acalló por completo. Hubo en estos meses, febrero de 2012, algún intento por parte de regidores de Plataforma per Catalunya de reavivar algún fuego, pero no prosperó y echaron ellos mismos marcha atrás.

Yo creo que en un Estado aconfesional no debe haber privilegios para nadie, pero sí debe garantizarse el respeto y el ejercicio de la libertad de todos a vivir y a profesar sus creencias respetando las normas del país y aportando lo que cada tradición es y tiene para aportar.

Alguien me preguntó en aquellos días si tenía miedo. Creo que era una inconsciente, pero si lo tenía, sí sé que no era capaz de inmovilizarme y menos de mutilar mi deseo imperioso de justicia y respeto para todos. Es más, a mí misma me sorprendía lo que hacía, pero sin duda apoyarme en tanta gente que se estaba implicando me daba mucha seguridad y confianza. Otra cosa eran las noches, cuando pensaba, calibraba y me espantaba de las consecuencias que podían tener determinados gestos, pero eso era un rato, ¡hasta que me dormía, cosa que ocurría bastante rápido!

Atentados en Madrid y su impacto entre nosotros

Los atentados de Madrid no dejaron indiferente a nadie. Fueron horas y días de terror, inseguridad, desconfianza. De repente, es como si el 11-S se reviviera y entre nosotros se despertaran sentimientos encontrados. Estábamos desorientados y las noticias no ayudaban a aclarar nada. El juego político hizo también su parte.

En el monasterio, desde hace muchos años, los segundos sábados de mes se organizan unas vigilias de oración, y el sábado siguiente al 11 de marzo tocaba esta vigilia. Suele ser un momento de oración muy libre en el que entre cantos y silencios se proclama la Palabra, o poemas, o reflexiones, y se dejan espacios de silencio, de oración, o para algún signo. La verdad es que este espacio se ha consolidado y es a día de hoy un referente que se mantiene muy vivo y que es esperado y vivido con interés.

De repente la voz se corrió diciendo que ese sábado todos estaban invitados a nuestra oración, y decidimos que haríamos una oración por los difíciles momentos que se estaban viviendo. No hicieron falta grandes convocatorias, la gravedad del momento que vivíamos es lo que nos movilizó de forma espontánea.

Nuestra iglesia se llenó a tope. Había gente de todas las religiones, personas no

creyentes y muchos políticos. La idea era después de la oración salir a la explanada del monasterio y leer un manifiesto por la paz.

A la hora de distribuir las intervenciones pedí al alcalde, Jordi Valls, que leyera algo. Me dijo que él venía como un ciudadano más. Finalmente accedió a hablar en el manifiesto que se leería al acabar la plegaria. Su discreción y apoyo fue para todos algo muy significativo durante todo su mandato. Un hombre cercano, inteligente y con una gran visión de presente y de futuro.

Habíamos cuidado mucho el texto y los momentos de oración, y lógicamente, en un momento de tanta confusión, una actitud cristiana serena era la de orar también por aquellos que habían perpetrado esta barbarie. Cada oración iba acompañada del gesto de una rosa colocada en el centro de la celebración, y un momento de silencio. Seguramente el momento más difícil fue cuando leímos el texto de la pregunta de Dios a Caín en el Génesis: «¿Dónde está tu hermano? Su sangre ha subido hasta mí», seguido del texto evangélico en el que Jesús nos invita a «amar a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen». Era el momento de orar por los asesinos y los culpables, que como Caín se escondían y eran buscados.

En ese momento pedimos también tener un corazón reconciliado para perdonar. ¡Qué difícil conjugar este verbo en circunstancias como estas! Y no quiero ni pensar lo que eso podría significar para alguien a quien le habían arrancado de forma violenta, injusta e inesperada a un ser querido.

Durante ese silencio, que nos pareció más largo de lo que realmente fue, comenzamos a sentir un murmullo en la calle. Clara Solà, una de las grandes promotoras del diálogo interreligioso en Manresa, salió y volvió a entrar y, dirigiéndose a todos, nos dijo: «Fuera está la comunidad musulmana de Manresa. Hay muchos hombres. No tengáis miedo. Esperan a que acabemos». Acabamos como pudimos y mientras cantábamos suavemente, salimos a la explanada del convento.

En aquella noche fría impresionaba ver a tantos hombres musulmanes con sus hijos, que con cara de dolor y angustia sostenían unas pancartas en las que abogaban por la paz y se unían a nuestro dolor.

Después de leer un manifiesto por la paz, aquel bloque de hombres comenzó a confundirse con los asistentes a la plegaria, en un elocuente abrazo de paz, en el que unos y otros nos fuimos mezclando.

Venían a decirnos que tenían miedo. Que nuestro dolor era el suyo y que ellos también repudiaban aquella barbarie. No era justo lo que estábamos viviendo, pero tampoco lo era el hecho de que de repente se criminalizase a todos los musulmanes como si todos fueran terroristas o fanáticos. Y ellos se sentían por todos lados acusados, observados y mirados con desconfianza.

Maimon, un amigo de Marruecos que ahora vive en Bélgica, me dijo: «Lucía, te juro que esto me duele infinitamente. Además, tenemos la sensación de que todo lo que habíamos avanzado en diálogo, convivencia y respeto, para muchos es como si se hubiera borrado. Llevamos dos días en los que a cada paso se nos pide la documentación, y no es que no la quieras enseñar, pero te duele que sea porque piensan que tal vez tú eres uno de ellos». También me confesó que muchos no querían venir por miedo a no ser bienvenidos, y que al marcharse esos mismos confesaron que tomaban nota y agradecían lo vivido.

Nos quedaba un largo camino por recorrer; mejor dicho, aún nos queda. Y sin duda la tolerancia, el respeto y la aceptación del otro son un don y una tarea, porque a veces es tan frágil la confianza y la aceptación real, que a la mínima se puede romper. No podemos bajar la guardia, y tenemos que tejer lazos fuertes que nos ayuden a mirar todos en la misma dirección y a remar con el mismo entusiasmo.

Un acontecimiento histórico

Unos meses más tarde invité a la directora general de Asuntos Religiosos de la Generalitat de Cataluña a una celebración del Ramadán, al *trencament del dejuni* [fin del ayuno], y Montserrat Coll vino a Manresa. La idea era visitar las obras de la futura mezquita, participar en la oración y cenar con ellos.

Mientras la directora general dialogaba con la comunidad, se presentó un político de la ciudad para decirle que ella, como miembro de un gobierno laico, no podía participar en una plegaria. Ella lo escuchó, y le hizo saber que su advertencia y el tono no eran los adecuados, y que precisamente el cargo que tenía era el que la validaba para estar presente, acompañar y visitar a todas las comunidades del país que la invitaran, porque el gobierno no podía ignorar a ninguna confesión, tampoco identificarse con ninguna en concreto.

Me enfadé con este señor porque consideré su presencia y sus reclamos una intromisión en mi casa y porque su discurso, habitualmente progre, denotaba un tono dictatorial que no se correspondía con un Estado democrático. Una cosa es la laicidad y otra el laicismo militante, intolerante y dictatorial. Después de escucharle y de ignorar sus postulados, seguimos con el guión previsto y bajamos a la visita de obras y a la celebración.

Al llegar al espacio donde se celebraría la Salat nos encontramos con muchas cámaras de televisión. Estábamos asistiendo, en el año 2005, a un acto de normalidad que no era frecuente en el resto de las mezquitas del Estado español, y la comitiva de gente de todas

las religiones presentes en Manresa era realmente importante.

Fue un momento entrañable, novedoso y en el que mutuamente íbamos rompiendo desconfianzas y abriéndonos, desde el respeto al otro. Acabada la oración, intuí un momento de tensión ajeno a los organizadores y a los que estábamos allí para celebrar la fe de los hermanos en su mes sagrado. Era el momento en el que se servía la cena a las personas más empobrecidas de la comunidad.

Durante el Ramadán, un aspecto fundamental es el compartir con los más pobres, y precisamente en aquel momento «este político inoportuno» quiso, de forma desesperada, impedir a la prensa que registrara el espacio y el momento. Saqué toda mi mala leche e hice pasar a los medios, y al increparle por su radicalismo e impertinencia, simplemente me dijo: «No puede ser que en un lugar tan cutre se dé de comer a la gente, se les puede denunciar por la precariedad de todo, y encima los medios lo registrarán». Sin duda sus tics, a pesar de su deseo de ser progre, eran de un sectario no exento de fanatismo.

Le dejé hablando solo, me dio mucha pena, no era capaz de ver el magnífico gesto que estaban realizando, compartiendo desde su pobreza con aquellos que tenían menos. Pero las imágenes fueron elocuentes y salieron por muchísimos medios de comunicación. Y, como es lógico, a nadie se le ocurrió criticar la precariedad y la pobreza del espacio.

Hoy los anarquistas y algunos miembros de asambleas populares se ceban con pintadas y campañas con las que pretenden amedrentarnos. Ni me quitan el sueño, ni pienso perder energías enfrentándome a ellos. No hacen más que hablar, criticar, llenarse la boca de buenas propuestas, pero a la hora de la verdad, cobran su sueldo y no hacen nada por la gente. Y lo peor de todo es que son los que encabezan las manifestaciones «antitodo», pero bien que cuidan su poltrona, utilizan sus privilegios y se van luego a casa de «papá y mamá» a vivir como burgueses.

Tiene gracia: en la Iglesia más oficial o jerárquica incomodo porque me consideran de izquierda, y estos grupos «radicaloides» de izquierda me consideran clerical y de derechas. Suerte que lo que dicen unos y otros me resbala, y a unos y a otros les invito para que vengan a ayudarnos, para que den su tiempo y se impliquen gratuitamente como lo hago yo y mi equipo; que nos echen una mano, pero parece que el trabajo los espanta.

Pocos meses después, y con complicidades conseguidas, organizamos unas jornadas de puertas abiertas en la mezquita de Manresa, que precederían a su inauguración y que resultaron ser las primeras jornadas de estas características en España. Prepararlas codo a codo con ellos fue una buena experiencia, y mucho más los frutos. Unas dos mil quinientas personas pasaron por las instalaciones, muchos por curiosidad, otros porque era una experiencia nueva, y los más, porque les invitamos explícitamente sabiendo que era importante que todos los sectores de la ciudadanía estuvieran presentes.

El día de la inauguración, cuando todos estaban dentro de la mezquita para comenzar los parlamentos, yo me encontraba en la calle acogiendo y saludando a la gente que venía de fuera de Manresa. Hasta que vino a buscarme, y casi a arrastrarme para que entrara, Maimon, diciéndome: «Te esperan para comenzar». Fue todo un detalle, que confieso me emocionó, y Maimon me susurró al oído: «Tú eres como nuestra madre. Además, por tu apellido, veo que eres paisana nuestra, no pueden empezar sin ti». ¡Y allí fui!

A veces pienso que los talibanes son los progres que van de liberales y los que se niegan a entender las razones de los otros, y a medida que pasa el tiempo, me voy convenciendo de que no me faltan razones para creerlo.

Con la Junta de la mezquita decidimos que haríamos las jornadas de puertas abiertas dos días antes de la inauguración, y que el acto inaugural sería el que cerraría los «festejos». La razón era muy clara: no todos en la comunidad musulmana veían bien unas jornadas de puertas abiertas, y otros pensaban que si la mezquita ya estaba inaugurada, había que poner algunas «normas» para entrar en ella como lugar sagrado de la comunidad. Si simplemente se hacían unas visitas antes, no era necesario poner ninguna norma. Incluso para aquellos que no quisieran descalzarse al entrar, se les ofrecían unas polainas de quirófano para que no ensuciaran la alfombra, y a las mujeres tampoco se les exigiría que se cubrieran la cabeza. Todo esto era para poder «negociar de cara al interior de la comunidad» y dar pasos, pequeños, pero firmes. Bien, para el amigo político, que ya era mi pesadilla, eso era absurdo, y aunque nadie le pedía consejo, él se atribuía «derecho» a meterse en la casa de los otros. Hizo que me llamaran de protocolo del ayuntamiento para decirme que lo lógico era hacer primero la inauguración y luego las puertas abiertas. Les dijimos que no estaban en su casa, y que si no les gustaba, que no vinieran. Jordi Valls, el alcalde, me dijo: «No hagas caso y haced lo que tengáis que hacer, que yo iré de todos modos».

Después de la inauguración tuvimos un buen pica-pica y por la tarde una plegaria interreligiosa muy concurrida. Algo nuevo estaba gestándose en Manresa, y eso era innegable y sin duda era un motivo de alegría y de esperanza. En Manresa iniciábamos un camino que luego iría extendiéndose en otros sitios como ondas concéntricas. El concejal de Cultura de aquel momento, Ramon Fontdevila, de Esquerra Republicana, me dijo: «Os felicito, esto es un triunfo del diálogo de las religiones, los políticos no habríamos conseguido lo que hoy estamos celebrando». Agradecí su presencia y su sinceridad.

Todavía había algunas voces que por lo bajo decían: «La monja protege a los moros». Estos todavía no habían entendido nada de lo que estábamos haciendo y por su mente obtusa se estaban perdiendo una oportunidad de disfrutar de la sensatez y la cordura que supone trabajar por la integración y la amistad de las personas y grupos.

Las relaciones comenzaron a ser más fluidas, y nació una amistad de verdad entre ellos y nosotros. La comunidad islámica se integró de forma plena y entusiasta en el grupo de diálogo interreligioso, y eso tuvo su eco y sus frutos, y se nos pidió que organizáramos el II Parlamento Catalán de las Religiones de Cataluña.

Era la primera vez que el gobierno de la Generalitat participaba tan activamente en la inauguración de una mezquita en el país. Y el presidente de las Comunidades Islámicas de España, Riay Tatary, afirmó que este era un hecho inédito en España y que esperaba que fuera un modelo para el resto del país.

Diálogo interreligioso: llamar a Dios como cada uno sabe

Llevo casi quince años trabajando en el diálogo interreligioso, aunque confieso que este diálogo es el que me trabajó a mí, y en cierta medida me cambió y me abrió bastante la mente.

Hoy amanece una nueva conciencia planetaria, un nuevo humanismo, un hambre de espiritualidad que traen consigo un nuevo talante, una forma de concebir la vida más flexible. El diálogo desde la vida y la convivencia nos pide ampliar nuestra propia mirada abriéndola a una nueva perspectiva que nos permite mirar más allá de lo propio, ya que considera a la humanidad como una familia, en su diversidad y en sus comunes aspiraciones.

La realidad de un «Dios bueno, amigo de la vida» va más allá de cualquier formulación teórica y nos invita a unos y otros a practicar la religión como justicia, servicio y compañía. Es la hora de andar juntos el camino de la reciprocidad.

No he renunciado a lo que creo y que libremente asumí al considerarlo un don. Todo lo contrario. Para mí el Evangelio y la persona de Jesús son cada vez más mi referente, mi estilo y mi pasión, y posiblemente por eso no me caso con muchas cosas que me parecen una perversión de la fe y del cristianismo impuesto o propuesto en nombre de Dios.

En estos años aprendí a escuchar; a ponerme en el sitio del otro y a ver su parte de verdad que tal vez yo desconocía. Me abrí a otros puntos de vista, a lo que informa la fe de los que tienen un credo diferente al mío, y a conocer qué implica en su vida lo que creen, y por qué viven como viven. La experiencia espiritual de los hermanos siempre es un manantial de sabiduría y una fuente de enriquecimiento mutuo.

El diálogo interreligioso ha sido y es para mí una riqueza y me ha regalado, además, buenos amigos con los que comparto sueños, utopías y esperanzas.

Nunca entendí este diálogo como un espacio para «dejar de creer» lo que creo, y menos para claudicar de lo que soy como cristiana. Creo que gracias a este diálogo,

intercambio y conocimiento soy ahora más cristiana que nunca, y entiendo que Dios, además, es mucho más de lo que yo puedo creer o conceptualizar: es lo más, lo Otro, lo mejor. Cuántas veces me dije: «¡Gracias a Dios eso que hasta ahora hemos predicado, no es Dios!».

De ahí a que en mi oración llame a Dios con el nombre de Alá, como sugiere el obispo holandés monseñor Tiny Muskens, hay un paso que no creo ni que favorezca el diálogo interreligioso, ni que me ayude a vivir mi fe, simplemente porque aprendí a llamar a Dios, por ejemplo, con el nombre de Padre, Abba, cosa que en el islam es impensable. Y entiendo y respeto que para mis hermanos y amigos musulmanes sea impensable llamar a Dios Padre, y sin embargo le llamen con el nombre de Alá. Cada uno llama a los que ama con el nombre que resuena en su corazón, y esto también es legítimo en el misterioso y revelador mundo de la espiritualidad y de las religiones.

Creo que hay un único Dios al que llamamos de muchas maneras, pero eso no implica renegar ni que tengamos que «hacer todos lo mismo». A mí, el Dios de Jesucristo me ha revelado una serie de valores que hoy por hoy no han descubierto otras religiones, o los viven de otra forma y con otros nombres y matices; y posiblemente ellos tienen algunos valores y realidades que hoy no hemos asumido los cristianos. Jesús poco a poco fue abriéndose a esta realidad. Él tenía claro que había sido enviado a «las ovejas del pueblo de Israel», y sin embargo en el diálogo con la mujer siro-fenicia entiende que el mensaje y la salvación ha de ser para todos, y que con todos hemos de dialogar. Cuando dije que Jesús entendió su misión gracias a esta mujer, alguno se escandalizó, pero sin duda cuando Jesús le dice a esta mujer, que con fe le pide que cure a su hija, que no ha encontrado en el pueblo de Israel una fe tan grande como la suya no sólo estaba legitimando su fe, sino que estaba siendo para Él, que era un israelita convencido, una fuente de revelación: «Dios venía para todos».

Contemplando a Jesús en esta imagen, e intentando profundizar en este diálogo, entiendo que no es legítimo hablar de «un pueblo elegido por Dios», porque todos los pueblos y todas las personas son elegidas y amadas por Dios. Y esta mujer se lo hizo ver, y Jesús alabó su fe.

Hace un par de años, en la reunión del grupo de diálogo interreligioso alguien propuso que como grupo podíamos ir a cada centro y orar como lo hacen los anfitriones de cada confesión, asumiendo «por unos momentos la fe de los otros, haciendo lo que ellos hacen, y llamando a Dios como ellos le llaman». La propuesta era «hacernos por un momento musulmanes, budistas o de la fe Bahai». Coincidimos en que eso era empobrecernos: no tenemos que renunciar a nuestra manera de orar, ni forzarnos a aquello que no hemos asumido como propio. La riqueza nos la da también la diversidad y el ser capaces de «respetar» los espacios y modos de los otros, y a la vez de orar juntos

llamando a Dios como cada uno sabe, cree, siente y puede. El diálogo interreligioso no es sincretismo ni asimilación, es algo mucho más profundo y rico: es comunión. En la Trinidad, nos dice la teología, son tres, y siendo los tres «Dios» no se confunden, cada uno es quien es; y es con los otros.

Pero no quiero ponerme teológica, simplemente quiero constatar que el diálogo interreligioso nos beneficia de forma insospechada, aumenta nuestra capacidad de asombro y de admiración, nos abre al misterio, y al mismo tiempo nos humaniza. Pero dejar de ser lo que cada uno es, y aparcar las convicciones de la fe, creo que es una pobreza.

Jesucristo me hace universal y me abre a todos, sin excepción, pero me siento identificada con su modo de orar tal como nos lo enseñó, llamando a Dios «Abba, Padre».

Una cosa es «descalzarse» para orar en una mezquita, como lo hizo Benedicto XVI, y como en alguna ocasión lo hice yo misma, y otra muy diferente que yo como cristiana diga a Dios Alá, o Shiva u otro nombre. No porque menosprecie o considere erróneos esos nombres, simplemente porque en este ámbito la oración nace del corazón y va más allá, y se expresa desde lo que somos y no desde otra realidad.

Dicho todo esto, respeto a los que lo ven de otra manera, y creo en su sinceridad y honestidad cuando lo hacen: yo aún no llegué a ese punto. ¿Llegaré? Creo que no es mi ideal.

No quiero pasar a otro frente sin reconocer y sentir un profundo dolor por constatar que con frecuencia el diálogo intrarreligioso, el diálogo, el respeto y la comprensión dentro de las propias comunidades o Iglesia es mucho más difícil, más intolerante y menos rico.

En este ámbito desgraciadamente tengo muchas experiencias dolorosas de incompreensión y censura respecto al diálogo y a las celebraciones interreligiosas, pero creo que no es momento de explicarlas porque sin duda podría reabrir heridas que sé que en muchos aún no están cerradas; y lo que es peor, podría suscitar malestar en quienes ven como una afrenta los pasos dados. Prefiero gastar mis fuerzas, mis energías y mi pasión construyendo, andando caminos nuevos y universales, que perder la vida discutiendo con quienes no quieren o no pueden ver que «no solo en la Iglesia católica hay salvación», como se les inculcaba antes y como muchos de ellos creen.

Tal vez un día los tiempos estén más maduros y yo tenga más libertad para hablar sin herir, para perdonar y para recordar sin que eso me haga daño.

7. Pasión y muerte de un pueblo empobrecido

Un duro choque con la realidad

En agosto de 2002, fui a la Argentina a visitar a mi familia. Tenía pensado descansar con ellos después de dos años de no haberlos visto a todos juntos. Los meses precedentes a mi viaje resultaron particularmente duros para el país, que había sido noticia mundial por el eco de los tristemente famosos «cacerolazos», expresión elocuente, para el mundo entero, del drama que sufría día a día la Argentina y que llevaba años de gobiernos intrínsecamente corruptos enquistados en el poder.

El país padecía una gran sangría provocada por la huida masiva de ciudadanos al extranjero. Este éxodo imparable de argentinos se había convertido para mí en una auténtica opresión: huían sin horizontes y aprisa, muchos habiendo vendido lo poco o mucho que tenían, y otros con lo puesto y unos pocos dólares en el bolsillo. Eran jóvenes profesionales, familias enteras, personas mayores, unos y otros lanzados a la desesperada, con la única ilusión de ganarse la vida honradamente y forjarse un futuro con mejores augurios y un poco más de estabilidad.

Las llamadas y los emails de amigos, conocidos, amigos de amigos y parientes de conocidos se sucedían diariamente con un SOS angustioso pidiendo que les sirviera de bisagra para tener algún contacto que les facilitase trámites consulares, trabajo, etc., en España. Muchos me decían, recordando tiempos antiguos de la «Argentina clerical», que mi condición de monja les abriría muchas puertas, ¡y nada más lejos de la realidad! Me sentía muy impotente y con mucha presión.

La situación de la inmigración, cuando no hay papeles para acceder al mundo laboral, está blindada, y eso bien lo sabía yo. De ahí mi incapacidad para hacer nada: me sentía con las manos atadas y el corazón deshecho. Confieso que me costaba atender el teléfono cuando me decían que era algún argentino: ¿cómo hacerlos comprender que poco y nada podía hacer por ellos?

Esa impotencia hacia el dolor humano y la opresión de las personas ha ido en aumento en mí en estos años cuando veo a diario, a causa de esta maldita crisis, cómo las situaciones de miseria y humillación se multiplican de forma escandalosa. No puedo quedarme cruzada de brazos, y menos cuando, por ejemplo, contemplo en estos momentos que a los más pobres y vulnerables los humillan más aún, cuando por ejemplo pretenden cerrarles el acceso a la sanidad pública y a los servicios sociales que hasta ahora garantizaban el Estado de bienestar para todos los que vivían en este país.

Es verdad que en aquellas horas difíciles pudimos establecer algunos contactos y brindar algunas ayudas puntuales, que aliviaban la angustia del momento, pero servía de poco más que para salir al paso por un tiempo.

Sufrí muy mal toda aquella situación. La angustia personal contenida y la amargura de los «recién llegados» me hicieron palpar categóricamente la más absoluta impotencia y el más triste y amargo dolor que hubiera sufrido hasta entonces. Tenía muchos interrogantes y mis dudas eran cada vez mayores, tanto, que llegaron en algún momento a quitarme la paz. La fe y la experiencia misteriosa y discreta de que Dios no nos abandona salieron a mi encuentro para ponerme de pie y negarme a claudicar de la posibilidad de hacer algo con los otros para garantizar la justicia y el derecho.

Con la emigración masiva, pude oír las confidencias y los lamentos de muchos. Todos coincidían en decir con angustia y decepción: «Nos han echado de nuestro país a patadas». Confieso –porque lo he visto muy de cerca– que las lágrimas y la angustia del destierro forzado son tan amargas, que se vuelven insoportables, más aún porque no se veía nada claro en el horizonte; porque nada hacía presagiar un porvenir más venturoso y feliz.

La inmensa mayoría de inmigrantes argentinos y de otros países venían dejando atrás a los seres queridos, sumidos en el más absoluto caos, sabiendo que la separación era una fuente de sufrimientos sobreañadida, y que fuera las cosas tampoco serían fáciles, como de hecho no lo estaban siendo ni lo están siendo hoy tampoco, porque España, y otros países europeos, de alguna manera comenzaban a sentir los efectos de una crisis que hoy es profunda y grave.

En España, y en Europa, a los inmigrantes les costaba abrirse camino, porque tampoco les resultaba del todo fácil a los que habían nacido en el viejo continente, donde el paro comenzaba a ser alto y donde no había una ley de extranjería ni un control migratorio organizado ni loable.

Ir a Argentina en aquellas circunstancias significaba para mí un choque frontal con la realidad, tan fuerte, que dejó en mí una huella indeleble y creo que ya no volví a ser la misma. Desde entonces experimento el aguijón de la injusticia incrustado en mi carne, y eso es fuente de insomnio, de compromiso, de trabajo, y deseo que sea también de confianza y de esperanza.

¡Argentina me duele!

La llegada a Ezeiza con las consabidas esperas para los equipajes y el acoso de los taxistas y los «remiseros», que nada más salir del recinto del aeropuerto te pretendían,

literalmente, «obligar a realizar el viaje con ellos», eran todo un signo del estado en que se desarrollaban las cosas. Permanecí en Buenos Aires un día y medio, y fue un buen preámbulo para adentrarme en el drama del pueblo argentino y en su angustia por el pánico generalizado, que en esos días iba en aumento a causa de la inseguridad, no solo por los robos, sino, fundamentalmente, por el secuestro de los niños, en los que pedían rescates tan miserables como lo eran los secuestradores, que habían encontrado en las víctimas indefensas la manera más rápida de conseguir en pocas horas el dinero que querían.

Esto estaba siendo una nefasta moda que se imponía velozmente entre los matones argentinos, y que iba generalizándose, desde Buenos Aires hasta el interior del país. Algunos secuestros de niños no llegaban a unas horas, en que los liberaban tras el mísero o suculento botín del rescate.

Me contaron que los niños, cuando querían conseguir algo de sus padres, los amenazaban con organizarles un «cacerolazo», y lo que era más preocupante, en el colegio de una de mis sobrinas, era que las niñas mayores, de once o doce años, entraban en las clases de las más pequeñas, las secuestraban y les quitaban los chupa chups y las chucherías. Se imponía en el ámbito doméstico el caos social que se vivía, y eso generaba serios conflictos en la educación. Es eso lo que diariamente veían en la tele y oían en sus casas, y eso es lo que precisamente estaban aprendiendo. Supe de algunos colegios que convocaron a los padres y se les pedía que no se hablara del drama provincial delante de los niños, que se redujeran las horas de televisión, y que se fomentaran las salidas al campo y la vida familiar, para contrarrestar la tensión tremenda a que estaban sometidos y que les estaba robando la infancia.

El reencuentro con los míos fue reconfortante y cargado de emotividad, sobre todo por los acontecimientos que se habían vivido y que aún vivía el país. Habían sufrido mucho, aún estaban sufriendo, y lo más triste es que no se veía nada claro en qué acabaría la desgracia imperante.

El jardín de la República ¡está destrozado!

¡Este no es mi Tucumán, que me lo han destrozado! Realmente era para llorar. No reconocía a mi provincia natal, la tierra de mis amores: basura en las calles, el asfalto levantado, falta de alumbrado público, los coches rotos, perros y gatos por todas las esquinas. Había que circular por la ciudad con mucha habilidad para no quedar ensuciado con los excrementos de los animales. El olor a los neumáticos quemados era persistente e insoportable. En la ciudad había un polvo insufrible provocado por los

largos meses de sequía que azotaba a la población, y para colmo de males, los ingenios quemaban la caña de azúcar para pagar menos mano de obra. La contaminación y suciedad cubrían el cielo azul tucumano de una nube negra permanente que se pegaba y lo ensuciaba todo. Encontré un Tucumán empobrecido, en el que las enfermedades respiratorias a causa de la contaminación iban en aumento desenfrenado.

Circular por el microcentro de Tucumán era realmente imposible, a no ser que uno tuviera la suficiente destreza como para superar los obstáculos de los manifestantes docentes, agricultores, sanitarios, etc., etc., que con bombas de estruendo, grandes bombos y megafonía en mano arengaban a los de sus gremios para alzar la voz en señal de protesta desesperada, dando una serenata continua a la que los tucumanos parece que ya estaban habituados.

Eso sí, la casa de gobierno y la cámara legislativa estaban blindadas con rejas, policías antidisturbios y fuertes dispositivos de seguridad, garantes solo de una cosa: de contener a las «masas» enardecidas y evitar el linchamiento de algún político o gobernante.

Y es que en Tucumán los legisladores cobraban, además de sus millonarios sueldos, sumas astronómicas de gastos reservados, que constituían una auténtica bofetada al hambre de la gente y al sudor de los trabajadores honrados que solo reclamaban lo que les correspondía. Algo similar a lo que ocurre hoy entre nosotros en España, y que está consiguiendo que la clase política, cada vez más desprestigiada, se vea obligada a replantearse actitudes y privilegios que son un insulto a una ciudadanía cada vez más rebotada y en pie de guerra.

El ambiente era espeso, inseguro y deprimente, había mucha tensión, desesperación y caras angustiadas. Después de las diez de la noche, solo se veía en las penumbras perros y niños, unos y otros con idéntica suerte: el abandono, el hambre y la búsqueda de algún cobijo, aunque fuera en las basuras que removían para buscar algo que llevar a sus estómagos, y tal vez algún cartón sucio para protegerse y poder pasar la noche.

Me pellizcaba porque creía que era una pesadilla: ¿es posible que esto sea el jardín de la República? Recordaba que, en la entrada a mi provincia, el año que yo salí rumbo a España había aún un monumento con una leyenda de bienvenida que rezaba así: «Bienvenidos a Tucumán, el jardín de la República, la cuna de la independencia y el sepulcro de la subversión»... ¡Glorias del pasado y lacras enaltecidas y traídas a la memoria para hacernos creer que cuando había mano dura, éramos «alguien»!

En medio de una ciudad hecha un caos, en la que sentía la extraña sensación de estar ante una bomba de tiempo, me hacía perfectamente cargo, pero con mucho dolor, de la angustia y la depresión en que estaban sumergidos tantos amigos y conocidos a los que veía patéticamente desesperados, hundidos. A otros los veía rebelados y con mucha rabia –¡con bronca!–, y a muchos más en pie de guerra, dispuestos a trabajar, a mojarse y a

hacer algo para darle un pretexto a la desesperanza para seguir luchando por un mundo mejor contra todo augurio de solución o mejora. Vi a una gran cantidad de tucumanos que hasta hace unos años gozaban de una posición desahogada, y que ahora estaban realmente preocupados, ya que no sabían cómo estirar el sueldo para llegar a fin de mes, intentando, además, sobrevivir con la sensación de fracaso y frustración a las espaldas. Si esto era así para ellos, ¿cómo se lo estarían pasando los pobres de solemnidad, los de toda la vida! Algo similar experimenté años más tarde con el movimiento 15-M en España, y es que esto de la aldea global nos hace cada vez más evidente que el drama de todos los humanos en las diferentes latitudes es más o menos similar.

Al precio de los niños

Una mañana salí al centro con mi madre. Creo que nunca había visto a mi provincia de esta manera: sucia, insegura y dejada de la mano de todo estamento que pudiera poner orden y concierto en aquel caos, que bien parecía un mercado invadido por vendedores ambulantes que, con sus lonas tendidas en el asfalto, no te permitían circular de ningún modo. Aquello estaba no sé si decir roñoso o inmundo, porque no le cabía ni más basura, ni más olor: los desperdicios estaban desparramados por doquier, el griterío de las ofertas era ensordecedor, y en medio de todo, lo más triste: una nutrida e incontable cantidad de niños pidiendo. Desde los que estaban llenos de mocos y con sus caritas sucias en los brazos de su madre, los que gateaban o daban sus primeros pasos, hasta los adolescentes que parecían niños de siete u ocho años porque estaban realmente desnutridos.

Madres que eran auténticas niñas-adolescentes de trece años en adelante cargadas de críos, marcadas por el dolor y pidiendo con insistencia, con contundencia, a veces con formas violentas y otras con cariño y ternura. Todo esto denotaba una gran desesperación. De todo había en aquel espectáculo dantesco, de una ciudad que se había convertido en un auténtico suplicio.

Las madres precoces iban «religiosamente» con una prescripción médica en sus manos en la que se dejaba constancia de la necesidad de algún medicamento para los niños. Con este documento te acosaban para que les dieras unos pesos, y si querías comprarles el medicamento, se escabullían: ¡a ellas las mandaban a pedir platita!, y los que las «utilizaban» no les perdonaban si no la llevaban al final del día.

Aún llevo grabada la mirada de niños preciosos con sus miradas pícaras y alegres, también tristes, que esperaban mucho de uno. Esas miradas son las que a mí me mantienen en vela y en lucha, las que me despertaron y me hicieron recuperar mi pasión por la justicia, por el Reino querido por Jesús.

Todo un cuadro que se convirtió para mí en un auténtico reclamo, y que ponía ante mí muchos interrogantes, que no lograba responder. Se reabrían viejas heridas por la pobreza que tanto mal me hacía cuando la veía en la calle durante mi infancia y adolescencia, y que son las que un día me movilizaron para escoger la vida religiosa como un estilo de vida para servir a mi pueblo, que es el Pueblo del Dios de la Vida, el que me urgía interiormente a hacer algo por ellos.

Estas heridas fueron desde entonces un nuevo reclamo y una nueva llamada. No sé si algún día cicatrizarán, sí sé que desde entonces se convirtieron para mí, con más fuerza que nunca, en la fuerza que me sostiene y en la razón de mi lucha y de mi entrega.

No era posible la mediocridad. Esta cruda realidad me exigía y me exige ser coherente y no descansar hasta que no haga todo lo que esté a mi alcance, para que alguno de los míos, alguno de estos innumerables –que no innominados– rostros de Tucumán, o de cualquier parte del mundo, pueda estar, aunque sea, ¡un poquito mejor!

Recuerdo que cuando era novicia, cuando tenía solo diecinueve años, me regalaron una tarjeta con dos frases de monseñor De Nevares que rezaban así: «Una fe que no abre el bolsillo no ha rozado el corazón», y la otra que con elocuentes palabras sentenciaba: «Solo en la medida en que un argentino haga todo lo posible para que otro argentino esté mejor, la esperanza no podrá fallar».

Todo un programa de vida: darme a fondo perdido y apostar a muerte por la vida, por la esperanza.

La brecha en mi corazón estaba abierta. Tucumán la había reabierto, ahora no tiene fronteras. Comprendí la fuerza de mi fe y que «ante los crucificados de nuestro tiempo, no cabe la resignación ni el olvido, sino la rebeldía, la lucha y la esperanza».

Rafael Aguirre, citando a Debraym, un autor agnóstico, decía que: «En nuestras sociedades centradas en el propio yo de cada cual, monjes y monjas representan, en medio de nuestras prisas ambiciosas y egoístas, los últimos rebeldes».

La rebeldía, desde la vida contemplativa, es un imperativo del Dios de la vida que nos ha convocado a trabajar por su Reino, un Reino que no dudo ha comenzado y que está pronto a despuntar en los corazones.

El hambre mata a los niños: la crisis estalla en los medios

En noviembre de 2002, de la noche a la mañana, Tucumán se hizo tristemente famosa en el mundo entero. Las fotos de los niños que morían desnutridos en el Hospital del Niño Jesús de Tucumán dieron la vuelta al mundo. Hacía tiempo que Tucumán ardía en llamas y que los niños se morían, pero bastó que un político se autoinculpara para que el

fuego comenzara a arder a la vista de todos.

El 14 de noviembre, el ministro argentino de Producción, Aníbal Fernández, había dicho que situaciones como estas ocurrían «porque Argentina tiene una sociedad enferma y un grupo que gobierna que son unos hijos de puta». Preguntado sobre quiénes integraban ese «grupo», Fernández precisó sin matices: «Todos, los que gobiernan y los que gobernamos, y yo no me excluyo».

A continuación, y mientras todo el país se frotaba los ojos y se pellizcaba para saber si esto que veía y escuchaba era real o era parte de un sueño, el ministro aseguraba que el hambre «es un problema estructural, crónico y acumulativo» e insistía diciendo que estaba más preocupado por la grave situación económica y social que vivía la provincia de Tucumán, donde morían los niños de hambre, que por las negociaciones que mantenía el gobierno argentino con el Fondo Monetario Internacional.

Las muertes de los cuatro niños, que no eran ni mucho menos las únicas ni las primeras, se habían hecho públicas unas horas antes, y el mundo no cesaba de preguntarse si era posible que ocurriera esto en una provincia tan rica y en un país que era uno de los grandes productores y exportadores mundiales de alimentos.

La gran mayoría de periódicos de España se hicieron eco del drama argentino, y las cifras escalofriantes de la desnutrición y muerte de niños por esta causa consiguieron movilizar a la ciudadanía. Muchas ONG de España y gente de buena voluntad de todo el mundo se movilizaron para intentar paliar la situación, que resultaba escandalosa.

Un SOS nos moviliza

Comencé a recibir emails y mensajes de SOS, y desde la distancia comenzamos, junto a mi comunidad y con el apoyo incondicional de los medios de comunicación de Manresa y la ciudadanía, a movilizarnos.

Y la gente escuchó nuestro reclamo, y las conciencias se movilizaron. La respuesta no se hizo esperar, y puedo asegurar que lejos de la «patria chica» el cariño, el interés y la solidaridad hacen que la esperanza crezca y que uno tenga fuerzas para trabajar y dar ánimo a los que día a día han de sudar la realidad tormentosa que les toca padecer.

Sin darnos cuenta, y sin proponérselo, ya estábamos embarcados. No podíamos bajarnos del barco, porque esta vez sí teníamos algo importante por hacer.

Recuerdo que Nieves Herrero me entrevistó la noche de Navidad en Radio Nacional de España. Se estableció con ella una muy buena sintonía, en la que fue una gran facilitadora y mostró una sensibilidad que nunca olvidaré. Después de hablar de la cruda realidad que se vivía en Tucumán tuve una gratísima sorpresa. Al día siguiente se

presentó en el torno del monasterio un señor. Me dijo que era de Navarcles, un pueblo cercano a Manresa, y que venía porque había oído la entrevista de la noche anterior y había comprendido que él tenía que hacer algo. Con pocas palabras, me abrió un sinfín de puertas: las de su casa, las de su pueblo y las de Cáritas de su parroquia. Desde entonces, con Jaume Matamala, Lola, su mujer, y con Enriqueta Prunés, la presidenta de Cáritas de Navarcles, hemos hecho un buen equipo de trabajo. Con ellos empezó la movida solidaria fuerte, y comenzamos a trabajar sin darnos tregua durante muchos meses.

Era un grupo de personas mayores que tenían una gran tenacidad y sabían implicar a mucha gente. Lo que se proponían lo conseguían. Jaume y Lola me adoptaron como hija y desde entonces no hemos dejado de meternos en mil frentes y de trabajar. Siempre decimos que la mayor felicidad que uno puede tener es ayudar y entregarse a la gente: eso ¡no tiene precio!

Un día Jaume me enseñó algo que no tiene valor, me dijo que había descubierto que la manera de ser feliz para él era vivir para los demás. A su lado me di cuenta de que la felicidad es amar la vida y compartirla generosamente.

Los medios de comunicación dieron vuelta de página, y pasaron a otra cosa. Así como Tucumán fue noticia de impacto, dejó de serlo, pero no porque la situación hubiera cambiado. Pero de eso viven muchos «medios», y así funcionan, y lo que es peor: ¡así nos hacen funcionar! Nuestra capacidad de asombro no da para tanto, y pasando de una cosa a otra parece que nos vamos inmunizando o acostumbrando a todo, a lo dramático y a lo morboso, y a fuerza de estímulos repetitivos nos vamos volviendo escépticos, cuando no superficiales y pesimistas. Pero cuando sigues el hilo de un acontecimiento, cuando este te toca de cerca, y cuando has logrado que muchos sintonicen con el drama de un pueblo, con rostros concretos, es muy difícil olvidarte y pasar página.

Pienso que fue el tiempo más duro que viví desde mi salida de Argentina, y no porque lo que me llegaba fuera nuevo para mí. No lo era. El hambre y la miseria hacía tiempo que habían dejado de ser para nosotros una novedad –la veíamos a la vuelta de la esquina–. Fue más bien por mi grado de conciencia y el sentimiento de responsabilidad: y yo, ¿qué puedo hacer?

A pesar de las circunstancias, y los móviles que hicieron estallar el escándalo, gracias a Dios esto salió a la luz y el mundo pudo ver cómo viven y cómo mueren en Argentina: muertos de hambre, en el granero del mundo, y –por qué no decirlo– en el banco de alimentos mundial, tal vez el más rico en carne vacuna, en pesca, en agricultura.

La pregunta que nos hacíamos todos era: ¿y después qué? No podíamos esperar que el escándalo hiciera que los políticos cambiaran de actitud, teníamos que asumir cada uno nuestros propios compromisos y responsabilidades para ayudar a los más necesitados

porque ellos seguirían sin hacer absolutamente nada, ni por el bien común, ni por la justicia. Personalmente me preguntaba una y otra vez: «Y yo, ¿qué puedo hacer?».

Febrero de 2003: el impacto del retorno y la esperanza de la solidaridad

La situación argentina, con la experiencia del famoso «corralito financiero», no aconsejaba que la ayuda que había recogido en España fuera enviada más que en persona. Me pagaron el viaje, y a principios de febrero salía, por ocho días, para Tucumán. Allí terminaría de concretar algunos proyectos y vería las obras que en esos días se ponían en marcha de un comedor de niños y ancianos y otros planes pendientes.

Tucumán, en cinco meses, que son los que habían transcurrido desde mi último viaje, «era una auténtica ruina». ¡Cuánto había cambiado! Parecía que había pasado una aplanadora destrozando todo a su paso y dejando los desperdicios a derecha e izquierda, y el resultado era realmente siniestro.

Hipólito, un niño que, sin hablar, nos movilizó

Una de mis grandes expectativas y deseos era conocer a Polito, un niño ciego, sordo, mudo y epiléptico, para quien nos habían pedido unos meses antes carbamazepina. Fue un impacto grande.

Llegar a su casa no estuvo exento de ciertos temores. A medida que el coche que me trasladaba se internaba en la villa en la que él vivía, la tensión aumentaba. Al ver la gente que entrábamos en la casa de Polito, cambiaron los rostros, y sus miradas, hasta ese momento de desconfianza ante los intrusos que llegaban al barrio, se tornaron cordiales y sonrientes. Estábamos en una de las zonas catalogadas como de mayor riesgo de la provincia.

Polito estaba en un sillón viejo y destartado –pero muy limpio, como toda su humilde casita–, con un trapo en la mano que iba girando sistemáticamente en movimientos circulares. Me explicaron que le ponían este trapo en las manos para evitar que se arrancara el cabello. Su único medio de contacto con el mundo exterior era el tacto. Sus ojos invidentes transmitían mucha luz y mucha paz. Me conmovió el cariño de su madre y de su hermano, para quienes Polito era y es una bendición.

Salimos de su casa mudas, sin poder articular palabra. Impresionadas por el amor que allí se respiraba: ¡allí sí que eran ricos en medio de la miseria más absoluta: tenían amor y mucha paz! Hipólito tenía, además, algo muy importante: una madre que le amaba a

fondo perdido, y por eso, con una delicadeza infinita, le cuidaba y suplicaba una ayuda para que su hijo pudiera de alguna manera rehabilitarse.

Me costó recuperarme del impacto, pero di gracias a la amiga que me llevó a visitarlo. Tuve por mucho tiempo, como fondo de pantalla en mi PC, unas fotos tuyas, que me recordaron durante mucho tiempo que el Evangelio dice una gran verdad que yo, hasta el día que le conocí, no había entendido: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos».

¿Lograré que quienes lean estas páginas lejos de Tucumán comprendan lo que significa caminar por las calles de la ciudad que te vio nacer y crecer sintiendo auténtico pánico? ¿Podrán entenderme cuando digo que es muy difícil conciliar el sueño después de ver las calles pobladas de niños que por activa y por pasiva te piden caridad? ¿Podré transmitir la tristeza que leía en la mirada de tantas madres llenas de niños suplicando una ayuda? ¿Podrán mis lectores imaginarse, solo por un momento, lo que es oler todo el día a neumático quemado, sintiendo el estruendo de las bombas de protesta con las calles cortadas y llenas de gente gritando y pidiendo justas reivindicaciones? Bien, eso era Tucumán en aquellos días. Un caos y una tristeza, que aún no ha acabado y a la que dudo que los tucumanos se hayan acostumbrado, porque la miseria duele. Sin embargo, tengo que confesar que la fe de los tucumanos me impresionó. Es lo que los mantiene firmes en la lucha, seguros de que hay UNO, solo UNO que no falla, y ese es el Dios de la vida que les da fuerzas para seguir luchando por revertir la situación, esperando la anhelada llegada del Reino de la justicia y la paz. Esta fe es la que hace florecer, día tras día, nuevas iniciativas de solidaridad entre la gente de base y en el seno de las diversas comunidades.

Un dirigente piquetero con quien comparto ideas, aunque no del todo sus procedimientos, decía por aquellos días: «Es irritante que en un país productor de alimentos los perros de los ricos coman mejor que los hijos de los pobres».

Aquello que viví en Tucumán llevo tres años reviviéndolo en Manresa. La crisis nos duele y la situación de pobreza se multiplica de forma escandalosa.

La solidaridad toma forma

A raíz de mis intervenciones en los medios explicando lo que pasaba en Tucumán, y por la movida solidaria que estábamos llevando a cabo, un día me llamó por teléfono una persona de Barcelona que me había escuchado concretamente en el programa *Signes dels temps* de TV3. Simplemente me preguntó: «¿Qué puedo hacer para ayudar?». Era Elías Laloux, director general de Makingoff, una empresa muy bien situada en el mundo de la imagen, una productora de vídeos. Le dije: «Si quieres ayudar, vente a Argentina, conoce

la realidad y después vemos cómo avanzar».

Mi acción tenía tres frentes: el primero era, a través de los medios, explicar y denunciar. Especial impacto tuvo una carta abierta al juez Baltasar Garzón en la que le felicitaba por juzgar a los militares de la dictadura militar argentina, pero le decía que debía sentar en el banquillo a los gobernantes de mi provincia que cometían un delito de lesa humanidad por omisión y por corrupción, cosa que los convertía en asesinos. Esta carta tuvo mucho eco tanto en medios de España como de Argentina. Tenía toda mi mala leche concentrada y no quería escatimar medios y plataformas para gritar y que el mundo oyera. No menos fuerte fue la carta dirigida a Néstor Kirchner, que no tuvo respuesta, pero sí consiguió que esta se reenviara y publicara en diversos medios.

Además de la denuncia y la sensibilización por los medios estaba la parte más práctica, que consistía en el contacto directo con la gente de Tucumán que elaboraba «proyectos» y los llevaba adelante, y mi trabajo en Manresa preparando los contenedores de ayuda humanitaria.

Y el tercer frente era sin duda «mi laboratorio personal»: mis espacios diarios de oración y silencio. Los momentos en los que me dedico a «estar» y a procesar; a pasar por la mente y el corazón todo lo vivido, dejando que repose y que la fuerza del Dios de la vida me sostenga, ilumine y anime. No sé cómo explicarlo, pero esos espacios y tiempos, esa experiencia cotidiana de paz, es el motor de todo lo que hago. Y puedo asegurar que es eficaz y es el espacio en el que me reencuentro con rostros, historias y vidas, que hago más y que dibujan en el horizonte de mi existencia un deseo de felicidad inexplicable y como una urgencia de intercesión. En esos espacios comprendí que solo tenemos lo que damos, y que es mucho lo que he recibido, por eso debo compartir: lo que soy y lo que recibo.

Es el espacio en el que todo se vuelve diáfano, y donde misteriosamente mi corazón se dispone para un éxodo constante: para salir, para ponerme en camino hacia las realidades y personas en las que Dios me convoca. Dios y la vida me salen al encuentro y me acogen, y en silencio acojo el don de la vida, y me siento convocada a compartirla y a darla.

Me paso la vida golpeando puertas y reclamando ayuda y solidaridad, compromiso. En la oración es donde me hago mendiga, ante quien no me niega lo que pido, incluso sin verbalizar, para quienes lo necesitan. Ahí radica, y no en otro sitio, la eficacia real de las obras que crecen y las ayudas que se multiplican. Sin esos momentos de luz y de búsqueda no soy nadie, y si ando errante y dispersa la oración y el encuentro con el silencio me devuelven al quehacer cotidiano pacificada.

Esos oasis de silencio son espacios de «éxtasis», no porque levite –¡qué va!–, sino porque es donde experimento la necesidad de «salir de mí».^[15] Cuando uno se centra y

deja que todo repose, no puede menos que irradiar la claridad que recibe.

Nace SOS Tucumán

Con Elías y Núria, su mujer, con Jaume y Lola Matamala, y con María Jesús y Julia, a quienes había conocido en León, nos fuimos a Tucumán. Se unió a nosotros Cristina, una enfermera del Ayuntamiento de Manresa que venía para acompañar a un grupo de jóvenes voluntarios del barrio en el que estaba el comedor y donde daría clases de sexualidad, ya que era uno de los reclamos que se nos habían hecho, debido a la precariedad en la que se vivía, los embarazos no deseados, la prostitución, etc. Visitamos los sitios a los que estábamos ayudando, conocimos a los responsables de cada centro, visitamos el comedor que ayudamos a construir en Villa 9 de Julio.

Fueron diez días maratónicos, en los que Elías iba registrando imágenes que luego tomarían la forma de un reportaje que nos ayudó a visualizar, para quienes nos ayudaban, lo que se estaba viviendo.

Viendo la situación, y ya que todo había surgido con un SOS, Elías, al constituir la Fundación, propuso que esta tuviera el nombre de SOS Tucumán. En realidad era una filial de la fundación que se había creado en Tucumán con el apoyo de un grupo de catalanes y que tenía el nombre de Fundació Mare de Déu de Montserrat.

En los meses siguientes comenzamos con los amigos del Rotary Club de Manresa una campaña a nivel nacional llamada «+Cultura» por la que recogíamos libros en toda España para llevar a América Latina. La empresa MRW ponía todas sus franquicias a disposición nuestra como puntos de recogida. Luego se unieron los amigos de Llibre Viu de Mataró, que hicieron la campaña más grande y sólida, ayudándonos a llegar a otros sitios de América Latina con contenedores de libros.

La respuesta fue impresionante, y habiendo pensado recoger unos veinte mil libros, la campaña consiguió enviar más de dos millones. Fue un éxito, y también una pesadilla. Dedicaba muchas horas a clasificar los libros, y cada semana llegaban camiones. De noche me despertaba rodeada de montañas de libros. Solo en Tucumán se hicieron cuarenta y siete bibliotecas.

Cuando hicimos el primer folleto de SOS Tucumán poníamos: «Tucumán, la provincia más pequeña de la Argentina y una de las más empobrecidas». Después de enviar tantos libros la broma que hacían allí y aquí era: «Tucumán, la provincia más pequeña de la Argentina y la más culta».

De aquella campaña aprendí mucho, hice buenos amigos en Rotary y gané un gran amigo a quien admiro, que es Francisco Martín Frías, fundador de MRW y un referente

mundial en responsabilidad social. Y de aquellos años me quedo con dos fotos: una, la huerta del monasterio invadida por contenedores llenos de libros en los que pasaba los fines de semana clasificando material. La otra, el rostro de los niños de mi tierra que clamaban y reclamaban en mi corazón que no nos olvidáramos de ellos.

Un hecho que no quiero silenciar

Como mujer de fe, como creyente convencida, y como contemplativa del paso de Dios por la historia, puedo dar fe de cómo, a pesar de las situaciones coyunturales dramáticas, Dios camina con su pueblo, y no lo deja. Se vale de la conversión de los corazones y de personas que cada vez se vuelven más sensibles ante el dolor y el sufrimiento, y que constituyen una alternativa poderosa contra los desaprensivos que se ceban con los más débiles.

El milagro de la solidaridad agudiza la creatividad para ayudar al que tiene menos, y el milagro de cómo comparten los pobres lo que son y poseen da sobrada muestra de que el cambio es posible, real y auténtico, aunque sea más lento, desde un trabajo silencioso pero hecho con amor y a conciencia.

Nunca he sido providencialista, aunque siempre me ha gustado fiarme de Dios, y confieso que nunca he quedado defraudada. Quisiera relatar algo que me ocurrió por entonces y que demuestra cómo Dios mueve los corazones.

El día 7 de julio de 2001 estaba en Navarcles preparando un contenedor con ayuda humanitaria para enviar a la Argentina. Este era muy grande, y a pesar de que habíamos metido en él muchísimas cajas, aún nos quedaba medio contenedor vacío. Decidimos esperar unos meses antes de enviarlo. Jaume Matamala –el promotor del envío– me dijo que para él sería un fracaso no poder llenarlo, y que lo era no poder enviarlo antes del verano.

Esa noche, repasando unas fotografías de los niños del Hospital de Niños de Tucumán, experimenté una gran pena e impotencia al ver tantos niños con hidrocefalia y tantísimos niños desnutridos. Estaba en esas cuando entró en mi correo un mensaje en el que me pedían de forma urgente amoxicilina para los más pobres.

Era el 8 de julio de 2001. Me explicaban que ni en los centros de atención primaria ni en los hospitales había antibióticos, y que era urgente conseguirlos. Me dio mucha rabia, y una vez más sentí que este mundo va a la deriva y que la guerra y el hambre, la muerte de estos inocentes son el gran fracaso de la humanidad. Esa noche casi no dormí dando vueltas y pensando qué podíamos hacer y cómo podía conseguir antibióticos.

Al día siguiente, al salir de misa, a las 8:30 encontré un mensaje en el contestador del

monasterio de una persona que no conocía y de una empresa farmacéutica de Madrid. El mensaje –que me quedó grabado en el corazón– decía: «*Mi nombre es Ruth Maqueda, soy de laboratorios Ratiopharm y quiero decirle que tenemos 63 palets de amoxicilina para Tucumán, ¿os los podemos enviar? ¿Los necesitáis? Por favor, llámeme*».

Me quedé de piedra, unas horas antes me decían que ese antibiótico, precisamente ese, es el que no tenían en los hospitales y necesitaban. Creo que es bastante evidente que no estamos solos. Los milagros, los signos, o los guiños de Dios existen, y yo los he visto y experimentado en más de una ocasión, y posiblemente esta evidencia es la que hace que para mí, lo que para otros serían grandes problemas, intento mirarlos como «dificultades» o tal vez como retos.

Llamé inmediatamente a Jaume Matamala y él mismo se encargó de agilizar el envío de los antibióticos desde Madrid y de convocar a la gente para la descarga y acondicionamiento de los medicamentos en el contenedor, que tres días más tarde salía para Tucumán.

Pero no acabó ahí. Era el primer contenedor que enviábamos, y no teníamos mucha idea de los trámites. No sabíamos que para enviar medicamentos necesitábamos un permiso especial, que seguramente no nos hubieran dado. Y una vez lista la carga, pusimos una talla de la Mare de Déu de Montserrat, donada por el padre abad Josep Maria Soler para la Fundación en Tucumán.

Sin duda la Moreneta protegió el envío, ya que es el único de muchos que enviamos después que llegó sin ninguna complicación, y que antes de un mes estaba en su destino, permitiendo que las 10.000 cajas de antibiótico pudieran repartirse en todos los hospitales y centros de atención primaria de la provincia. El problema vino luego cuando los laboratorios se enteraron y pretendieron hacer problema porque les afectaría en sus ventas –si los pobres no podían comprarlos, ¿cómo les iba a afectar?–, pero ya era tarde, porque ya todo estaba repartido y bien aprovechado.

¹⁵. «Éxtasis», viene de *ek-stasis*, y literalmente quiere decir «salir de sí».

8. Alto y claro: el Silencio y la Palabra se dan la mano

No encadenéis la libertad

Tengo vocación de libertad y mi identificación con el Evangelio de Jesús se debe precisamente a esa libertad que animó su vida y que se ha convertido para mí en un referente, un acicate y un estímulo; mejor dicho: ¡en una pasión, en una vocación!

Nos dicen de Él los Evangelios que pasó haciendo el bien y compadeciéndose de los que sufrían, y que no se amedrentó ante el orden establecido, ni político ni religioso, para anunciar con libertad el mensaje liberador de Dios, que no era otro que la instauración de un nuevo orden. Pero me temo que esa libertad anda entre sus discípulos timorata con un bozal.

No sé qué nos pasa, pero parece que tenemos miedo a la libertad, y queriendo tenerlo todo controlado, nos privamos de ese viaje maravilloso y de la sorpresa del camino de los que sin amarras se aventuran a vivir en el instante presente, en el paraíso de la fraternidad sin fisuras y de la confianza en los hermanos y hermanas.

Cuando ponemos tantas cadenas al Espíritu, tantos límites, y cuando se quiere controlar lo incontrolable del mundo interior, de las intuiciones, de la pasión por cambiar las cosas, creo que es porque tenemos una asignatura pendiente, y es la del silencio. En la Iglesia no sabemos hacer silencio. Y la falta de experiencia profunda de lo esencial, de aquello que nos permite ver de forma diáfana la vida y relativizar lo que no merece la pena, nos está pasando factura y hemos caído en una superficialidad que me atrevería a calificar de alarmante.

En la aplicación del derecho canónico, en las grandes administraciones curiales y no curiales, en las celebraciones litúrgicas, en las prédicas, falta el espacio del silencio en el que las cosas reposen y adquieran la nitidez y la transparencia de lo primordial. Tenemos demasiadas palabras y con ellas ahogamos la única Palabra liberadora que se nos puede revelar. Tenemos demasiados recursos opresores y medidas disciplinarias con las que se acalla a los profetas, se margina a los que son «políticamente incorrectos» y se excluye arbitrariamente a quienes son diferentes o representan un cambio «para lo que siempre se dijo, hizo y consideró “normal”».

Lamentablemente, esas medidas disciplinarias «canónicas» no se aplicaron con el rigor que se hubiera esperado, para condenar las abominaciones asquerosas, repugnantes y escandalosas de los abusos a menores, como tampoco cuando de forma sistemática se violó la justicia y el derecho de los trabajadores de los más pobres, o cuando la Iglesia y

sus ministros se aliaron con dictaduras totalitarias y opresoras. Si hubieran escuchado en el silencio el grito y el clamor de los inocentes se habrían movilizado y tendrían una autoridad y un prestigio del que lamentablemente carecen y que tanto daño han hecho a la Iglesia y a los cristianos.

Siento que, a pesar de que se habla y predica la libertad, esta es una quimera en los fueros más internos de la Iglesia. Prefiero no entrar en luchas internas ni en explicaciones de hechos ya pasados, porque más de uno podría ponerse nervioso y no creo que valga la pena abrir heridas ni remover los desechos.

Me juré a mí misma no hacerme más mala sangre y tomar distancia de todo lo que me hiciera daño, y como la Iglesia me duele en sus luchas internas, he decidido no explicar ni tomar partido en ellas, porque me parece una negación del Evangelio que quiero vivir y del proyecto de vida que he abrazado. Tal vez sea cobardía, tal vez miedo, o tal vez, lo más seguro, dedicarme a vivir de lo que realmente importa sin perder energías de forma inútil.

San Juan de la Cruz me da la clave en una de sus afirmaciones nacidas de una fuerte experiencia de Dios y de lo esencial: *«Oh almas criadas para las alturas: ¿qué hacéis, en qué os entretenéis?»*. Cada vez veo más claro que dentro de la Iglesia hay bandos y que unos y otros se devoran, haciendo gala de su intolerancia; siento que nos hace mal, y no me interesa. Y entre luchas intestinas y disputas de poder, «el uno por el otro, y la casa sin barrer», el Evangelio sin estrenarse y lo que es peor: tergiversándose.

Hace dos años, una religiosa que llevaba más de veintidós años trabajando en una parroquia por la que había dado su vida vio cómo un rector recién llegado «ejecutando órdenes superiores, de golpe, de improviso, y sin aviso», literalmente la echó de la parroquia. Allí había formado a generaciones de niños y jóvenes, y había conseguido tener una comunidad muy viva y comprometida. El disgusto fue enorme, y a la semana se le reactivaba un cáncer, que en nueve meses la llevó a la tumba. Bien, al saber de su enfermedad, la llamé para darle mi apoyo, y como siempre para ofrecerle mi amistad y ayuda. Me dijo algo que he procurado cumplir, y que sin duda es su testamento vital: «Sor Lucía, no dejes que te hagan mal. Si eres libre irán a por ti, les incomodarás como yo. Haz lo que tengas que hacer, pero toma distancia, lo que tenemos entre manos es muy grande y sagrado como para que alguien o algo nos quite la ilusión o nos haga perder el tiempo sufriendo inútilmente. No dejes que en nombre de Dios te aparten como lo pretendieron hacer conmigo».

Ella había decidido no ofrecer resistencia ni guardar rencor. Murió a la semana de celebrarse las primeras comuniones de los niños a los que impartió catequesis desde su lecho de enfermedad. Se dijo a sí misma: «Misión cumplida». Murió perdonando, no se la oyó murmurar, sabía que Dios no condena y ella tampoco quería hacerlo.

Esa Iglesia y esos testimonios, ¡hasta dar la vida!, me enamoran y sostienen: ¿cómo marcharme de la Iglesia y privarme del don de estos testimonios vivos que me gritan que el Evangelio y el proyecto de Jesús tienen futuro? No, nunca podría abandonar a los hermanos y hermanas, a los amigos con los que comparto la pasión por Jesús, el amigo de Nazaret.

Me quedo con su mensaje: «No dejes que te hagan mal, haz lo que tengas que hacer, pero toma distancia».

Estoy ocupada y abocada a las personas que «nos necesitan»; nutro mi vida de la experiencia de Dios, pero cada día me siento más lejos de determinadas formas «institucionales» de vivir o celebrar la fe. Me siento en profunda comunión con la Iglesia, y prefiero construirla dando mi vida en las fronteras, yendo más allá de lo institucional, y amando a fondo perdido a unos y otros.

Tal vez por eso, para no herir la caridad ni la fraternidad, prefiero callar, orar y hacer mía la oración que Jesús hizo antes de marcharse de este mundo, cuando veía que a los suyos les costaba amarse, y que se peleaban por los primeros puestos y los privilegios – igual que pasa hoy entre sus discípulos–: «Padre, que sean uno, como tú y yo. Que sean uno para que el mundo crea». Y si hoy el mundo no cree, es porque no somos uno, y porque estamos divididos.

La clave está en el amor. Y este es el objetivo, el motor y la razón. Lo demás, ¡pamplinas, pan pintado y música celestial!

El silencio y la libertad del corazón

Hace falta en la vida de los creyentes crear un espacio de silencio para interiorizar, para dejarse interpelar por la realidad, por la maravilla del diálogo interreligioso y de la espiritualidad; por la gran riqueza de voces diferentes que resuenan en nuestro mundo, por el clamor de los más empobrecidos que reclaman justicia y solidaridad. Hace falta un espacio para hacernos cargo del mundo de las personas, de sus intereses, desazones y esperanzas.

A veces la realidad es tan dura, que necesitamos tiempo para digerirla, silencio para filtrarla. En una sociedad donde todos vamos acelerados para llegar, no sabemos adónde, hace falta pararse, pensar, reconciliarnos con el silencio y dejar que la palabra sea madurada en él.

El silencio es el espacio de las grandes manifestaciones. El Silencio es, como titulé mi último libro, «un compañero de camino».

El silencio ha sido el hábitat en el que he intentado vivir mi fe, y que ha fecundado

todos los proyectos que no he buscado, que me han salido al paso, y que hoy tengo entre manos, porque los acepté con gozo y alegría.

El Silencio es la fuente que fecunda nuestra vida y nos hace dar frutos y una buena sombra a los que buscan paz y reposo a nuestro lado.

Hace un año, durante una nevada inesperada, tuve una experiencia muy entrañable que me ayudó a valorar el silencio y la contemplación como la verdadera fuente de la vida.

Un hombre vino a la Plataforma de los alimentos tirando con dificultad de su carro. Estaba totalmente mojado, y me dijo: «Desde hace unos años, cada martes espero el espacio de silencio de su programa de radio en la Cadena SER. Me da mucha paz, y en medio de mi miseria me ayuda a no desesperar».

«De verdad –continuó diciendo– es para mí, aquel momento de silencio y pausa, la fuerza y el ánimo que no me puede dar nadie, porque estoy solo en este mundo. He descubierto en el silencio al que me invitáis y que me ofrecéis una voz amiga que me dice: Josep, no te desanimes, en tu corazón tienes un tesoro.»

Este testimonio, de un hombre bueno y sencillo, ha significado para mí un gran descubrimiento de lo que es y significa el silencio, un silencio elocuente: el espacio donde Dios habla silenciosamente al corazón y donde todo se hace nuevo.

Me gusta recordar la voz amiga que habla en el silencio y que me dice como al Josep de Manresa: «No te desanimes, en tu corazón tienes un tesoro».

El silencio es un camino sencillo en el que la libertad nos respira y somos capaces de vivir al aire y al ritmo de la libertad de los hijos de Dios. Un Dios que nos habita y nos ama como somos; un Dios que es inabarcable, infinito, pero que se ha hecho niño, hombre, Palabra, «uno de tantos». Un Dios que se ha hecho voz que habla al corazón; un Dios que nos habita, que nos vive, que nos anima y nos sostiene.

El Silencio es el espacio de la gran armonía, pero también lo es de la gran revolución y de «la anarquía de las formas», las pautas, las normas. En el silencio, simplemente la vida fluye, y Dios se toma la libertad de hablar, mostrar, iluminar... Y nada puede poner límites a su manera libre de amar, sugerir, conducir.

El silencio es, sin dudas, un camino y un espacio de libertad.

Radio y televisión: una ventana al mundo

Pertenezco a la Orden de Predicadores, más conocidos como los dominicos. Hoy hablar de predicación, a nivel social, de entrada no suena bien, inmediatamente se asocia a homilía, curas, adoctrinamiento, etc., aunque no sea esto lo que significa propiamente la

palabra, pero sin duda tiene una connotación religiosa que a muchos les da alergia.

En realidad, hoy se entiende más y mejor que eso de «predicar», lo de «comunicar». En la era de las comunicaciones, esa comunicación que quiere ser, además, portadora de vida y de buenas noticias sería lo que define a la «predicación» de los dominicos. Por eso, no tiene por qué sorprender que una monja de esta orden «predique» o «comunique» con los medios de hoy. Sin duda los púlpitos antiguos hoy han sido reemplazados por las redes sociales y por los medios de comunicación en sus diversas formas.

Pero comunicar en clave «predicadora», o en clave evangélica, es un reto. Si hay medios nuevos, odres nuevos, hace falta un vino nuevo, un anuncio renovado que sea portador de un buen Espíritu.

Tuve el privilegio y la inconsciencia –todo hay que decirlo–, hace ya diez años, de meterme en una aventura de comunicación que nunca me hubiera imaginado, pero en la que tengo antecedentes familiares muy cercanos, y la verdad que hasta en eso ¡la sangre tira!: un programa de radio, y después uno de televisión. Muchos hubieran querido tener esta oportunidad, y a mí se me presentaba en bandeja: la oportunidad de comunicar y de entrar en sintonía con las personas.

Ferran Debant, propietario del Grup Taelus de comunicación, y Pilar Goñi, directora de Cadena SER en Manresa, que pertenece a este grupo, me propusieron comenzar un programa de radio de cincuenta minutos semanales.

Un programa de radio semanal era toda una provocación para una a la que le cuesta poco complicarse la vida, y que tiene la virtud o la osadía de apasionarse cuando ve una posibilidad para implicarse y para implicar a la gente. Era un bombón atractivo, pero yo no tuve presente que soy alérgica al chocolate, y decidí comérmelo. Y a pesar de mi inconsciencia, de no ser periodista y de no tener gran experiencia en los medios, me sentó muy bien, ¡hasta me volví golosa!

En menos de una semana me hicieron la propuesta, y en diez días se decidió presentarlo. Le puse como nombre «El punt de trobada» [El punto de encuentro], porque quería que las ondas del programa fueran ondas que ayudaran a crear sintonía, una sintonía, como digo en cada programa, ¡cordial y solidaria!

Tuve el privilegio de que viniera expresamente a presentar y apadrinar mi programa el expresidente de la Generalitat Jordi Pujol. Fue en un acto entrañable y multitudinario en el Hospital de Sant Andreu de Manresa. Él y Marta Ferrusola estuvieron muy cercanos y amigos. Les agradecí mucho su presencia y su apoyo.

Luego vino el programa de televisión, que fue otra escuela de aprendizaje y una fuente de enriquecimiento personal. Disfruté y aprendí mucho. Hasta que por causas ajenas a mi voluntad, y con pocas explicaciones, en el mes de mayo de 2012 me invitaron a dejar ambos programas: radio y televisión. Confieso que me costó porque no me dieron

demasiadas explicaciones. No fue fácil encajarlo, pero en realidad me hicieron un favor. Yo misma comuniqué a los patrocinadores la decisión de la casa, que no dejó de sorprenderlos. Sin duda la crisis tuvo mucho que ver con la decisión, o al menos es lo que prefiero pensar para cerrar aquella etapa de forma pacífica y sin reproches.

Este despido me sirvió de trampolín y mientras publico este libro doy mis primeros pasos en Radio Nacional de España, Radio 4, y he tenido algunas propuestas muy interesantes, pero tengo tiempo para valorarlo y decidir.

Agradezco lo aprendido, y sobre todo la sintonía con la gente y su apoyo a los proyectos que desde las ondas expliqué durante casi diez años.

Pastoral con jóvenes: una experiencia determinante

El 7 y 8 de noviembre de 2008 se celebró en Madrid el primer Fórum de Pastoral con Jóvenes organizado por los escolapios de España para celebrar los cincuenta años de la *Revista de Pastoral Juvenil* que ellos editan, y para impulsar, a partir de este acontecimiento, un trabajo en red junto a aquellos que en toda España están dedicados a la pastoral en el ámbito juvenil. Este acontecimiento se celebró en el Palacio de Congresos de Madrid, y le precedió una preparación muy cuidada, creativa y muy pensada. Allí se darían cita unas dos mil personas, todas ellas referentes en sus diócesis, parroquias, asociaciones, colegios y congregaciones religiosas en el trabajo con jóvenes.

Álvaro Chordi, un cura de las comunidades Adsis, que en aquel momento era el responsable de la pastoral con jóvenes de la diócesis de Vitoria, me invitó a participar del Fórum, del que él era uno de los promotores. El reto era muy interesante. Se trataba de un encuentro en el que, entre otras actividades, habría dos momentos centrales, uno protagonizado por los jóvenes, al que se llamó «Tomamos la palabra», y en el que se les proponía decir cómo veían a la Iglesia y cómo se sentían en ella, desde sus respectivas realidades. Este momento tendría un eco en otro momento llamado «Os tomamos la palabra», en el que tres personas responderían a sus inquietudes. A mí me invitaban a «tomar la palabra» a los jóvenes junto a Agustín del Agua, un cura de Valladolid, director del Departamento de Pastoral Universitaria de la Conferencia Episcopal, y a Pedro José Gómez Serrano, profesor de Economía Internacional y Desarrollo de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la comunidad cristiana de base del barrio Pan Bendito.

Era un ejercicio muy sano. Escuchar a los jóvenes, dejar que sus voces resonaran en nuestros corazones y responderles. De ahí que, para nuestra intervención, no podíamos ir con respuestas preparadas o escritos teledirigidos o programados: se trataba de

responder desde el corazón, porque las preguntas nacían de forma cordial y sincera de los auténticos protagonistas: los jóvenes. No hubiera sido honesto escucharles y después responder a preguntas que no se hacían o hacerlo con tópicos que no les sirvieran para la vida.

Hubo un detalle interesante: a Agustín del Agua lo llamaron a último momento y aceptó participar con mucha generosidad de su parte, sabía que era un plato de segunda, ya que le tocó reemplazar a quien el cardenal Rouco había nombrado para ser «la voz» oficial, a Pablo Domínguez Prieto, un cura madrileño que entonces era el decano de la Facultad de Teología de San Dámaso y que tres meses más tarde, en febrero de 2009, moría escalando el Moncayo junto a una amiga. Pablo ya no se había presentado a la jornada de preparación que realizamos en Madrid y a la que fui explícitamente desde Manresa. Supongo que le resultaba incómodo, porque siendo inteligente como era, sabía que allí saldrían los auténticos interrogantes de los jóvenes, y sería muy difícil eludirlos. Lo cierto es que en el último momento el cardenal, ante la ausencia de Pablo, envió a Agustín, un hombre muy intelectual, pero muy cercano y amable. Una persona honesta y muy trabajadora.

Lo que ocurrió en aquellas dos jornadas fue determinante para mí: tomé conciencia de una manera muy clara de que lo esencial no admite engaños. La verdad exige valentía y jugárnosla.

¿Quiénes fueron los jóvenes que tomaron la palabra y a qué sector representaban? Sin duda la selección había sido muy acertada, y la franqueza con la que hablaban nos revelaba el rostro real de las inquietudes y realidades de la inmensa mayoría de los jóvenes cristianos. Y al decir de la inmensa mayoría, también me refiero a los que viven su fe con convicción, y no solo a los que no salen de las sacristías o son guiados como borregos. Era un muestreo auténtico de la realidad.

Pensé que estábamos viviendo un momento histórico, y por un instante me vino un ataque de esperanza. Los jóvenes en la Iglesia tomarían la palabra en un escenario por el que todos pasaríamos para dejarnos interpelar por sus anhelos y sus realidades, que no nos son tan ajenas, aunque a veces no las conozcamos más que en la teoría o de oídas. Lo harían en el marco de una entrevista en la que se combinarían la expresión artística, el respeto y la acogida.

Y tomaron la palabra siete realidades, que me atrevo a traer a estas páginas, porque son las que inspiraron mi respuesta y mi forma más profunda de sentirme Iglesia en comunión, y también en disidencia. Me di cuenta de que hay otras formas de ver la realidad y que somos muchos, muchísimos los que queremos cambiar las cosas, y si no nos dejan, queremos vivirlas de otra manera, con libertad y al aire del Espíritu.

La primera en hablar fue Rosalía, una universitaria, estudiante de Historia del Arte,

que manifestó que la sociedad va muy rápido y que se vive un ritmo frenético. Manifestó sentirse parte de la Iglesia y corresponsable de ella y de su vida, y constató la percepción social de que la Iglesia está muy alejada de la sociedad, más de lo que le gustaría, apelando a trabajar por una Iglesia más acogedora, sin miedos, mucho más clara en su opción por los más pobres. Y lanzando un clamor por la unidad, Rosalía pidió «una Iglesia en la que todos tengan su lugar, y sobre todo una Iglesia que sea menos poderosa». Pidió que la Iglesia sepa dar esperanza, y que los cristianos seamos portadores de esta.

Un joven inmigrante de origen camerunés que llevaba cuatro años en España explicó que trabajaba en una organización que ayuda a inmigrantes y que estudiaba Derecho en la UNED. Para él, el recuerdo de su tierra era un recuerdo en el que sobresalía la solidaridad y la alegría en las celebraciones. La Iglesia en su país, explicó, era un punto de encuentro, incluso para los jóvenes. Fue interesante escuchar cómo constataba que aquí vivimos muy deprisa, y en África «las cosas suceden de forma lenta». Dicho esto, afirmó que le llamaba la atención que aquí, en la misa, por ejemplo, todo el mundo mira el reloj, pero para ellos no había tiempo. Acabó su intervención con algo muy importante: la Iglesia en España fue el único sitio en el que había encontrado un espacio, acogida y calor: «La Iglesia me abrió sus puertas, y los cristianos, las personas, me han ayudado, y por eso les estoy muy agradecido». Al preguntársele cuál era su deseo respondió: «¡Que el sueño español sea una realidad!». Hacía unos días había sido proclamado presidente de EE.UU. Barack Obama, y se hablaba mucho del sueño americano de Luther King.

En tercer lugar le tocó el turno a Carol, una joven lesbiana, hija de padre español y madre americana. Carol manifestó mucha valentía para hablar en aquel ambiente y contexto, y recordó que había sido educada en un colegio de la Iglesia católica. Como tantos, tantísimos jóvenes, dijo estar «alejada» de la «institución eclesial», y que el hecho de tener que participar en el Fórum la hizo buscar y leer sobre la Iglesia, y allí constató que la Iglesia debía renovar su lenguaje, porque lo tiene muy arcaico, y porque no es fácil de entender, para quien no está en su dinámica o en el día a día de su acción. Dijo, con mucha sinceridad, algo que es un clamor, pero que fue bueno oírlo: «Creo que la Iglesia tiene que repensar su lenguaje para el joven de hoy. De buenas a primeras, oír hablar de la Iglesia me hace ver que ella agrede mis derechos y me pone etiquetas, y hasta me discrimina por mi condición sexual». Pensé: «¡Qué pena, pero cuánta verdad, y cuánto sufrimiento!». Aunque nos empeñemos en negarlo, aún nos queda mucho camino por recorrer. Entiendo que para mucha gente, por formación o «deformación», no les resulte fácil y les suponga mucho esfuerzo de superación y aceptación de la realidad, pero no entiendo que en nombre de Jesús y de su Evangelio nos sigamos atreviendo a encasillar a las personas y a limitar su acceso en plenitud a la vida de la comunidad.

Preguntada sobre qué pediría a la Iglesia, dijo que ella no menoscaba la institución del

matrimonio, pero que le pedía a la Iglesia que ampliara su horizonte, que abriera su mente y su corazón para entender que hay otras formas de amar.

Quedaron flotando en el ambiente estas palabras: «otras formas de amar», y es que el amor no se puede limitar a una forma: el amor es creativo, universal, variopinto, incluyente, etc., y las razones del corazón van más allá de toda lógica «dogmática». Finalmente expresó un deseo: que se pudiera celebrar el amor en todas sus formas; y sobre todo, que el respeto fuera una realidad.

Recibió el calor de una asamblea muy entregada, y sin duda sus palabras fueron portadoras de un rumor clamoroso de la sociedad que no deja de avanzar aceptando la diversidad y reclamando igualdad de oportunidades para todos.

Un joven del País Vasco que se definió como heavy metal nos hizo oír algo de su música. Hablaba de la fe, pero con pena manifestaba que en misa no le dejaban expresarse con la música que llevaba en su sangre porque para muchos «lo heavy es incompatible con la fe». Citó al padre Jony, que también hace rock y música heavy, identificándose con él ya que la música le permite explicar y vivir muchas emociones, y es una manera de sacar la energía que lleva dentro, «una energía que fluye, y que a veces se manifiesta de forma agresiva, pero que en el fondo reclama la paz».

Pidió a la Iglesia y a la sociedad que sean menos frívolas y que no les juzguen por sus apariencias, y acabó con una bendición que fue un reclamo brutal para todos: «Feliz tú, porque eres sensible, y el Señor sale a tu encuentro».

Todo era muy intenso, aquí no había solo palabras, había vivencias muy profundas, muy creíbles. Una riqueza de personas y visiones que nos daba una perspectiva impresionante. No había teorías: había vidas, reclamos, compromiso, pasión.

Tomó la palabra un trabajador que confesó no llegaba a mileurista. Nos lo presentaron como un currante. Comenzó manifestando su compromiso con la comunidad cristiana, a la que quería aportarle ilusión y a la que pedía se integrara más con los jóvenes en sus diversos contextos, dejando sobre la mesa un gran vacío: en el trabajo con los jóvenes se ignora la realidad de los jóvenes trabajadores, diciendo que generalmente la pastoral juvenil se dirige a los estudiantes. Interrogado sobre qué pediría a la Iglesia y a sus pastores, dijo que anhelaba que tuvieran en cuenta la voz de los trabajadores, y que se hiciera una opción por los jóvenes trabajadores desde la pastoral juvenil, y que se implicaran en la defensa de sus derechos como lo hacían en otros ámbitos: «Ese ha de ser un imperativo moral. La JOC, Juventud Obrera Católica, tiene cada vez menos voz y menos espacio en la pastoral con jóvenes, y no es menos importante».

Íbamos llegando al final. Nos faltaban dos testimonios no menos interesantes. El de Susana, una cristiana comprometida, que venía de una familia con raíces cristianas, y Juan, un joven que venía con su silla de ruedas.

Susana a los dieciocho años había descubierto una comunidad de referencia, y decidió parar un poco, alejarse del ritmo frenético de la sociedad y del continuo hacer de los cristianos comprometidos, preguntarse por qué hacía las cosas, y poco a poco tratar de integrar la Palabra y la vida. Agradeció mucho que se acompañara su proceso personal de transformación. Dijo que su vida se diferenciaba de la de otros jóvenes en la dirección: todos buscan la felicidad, pero la fe te da un sentido más hondo. Y con mucho sentimiento y no menos nostalgia pidió casi a gritos a la Iglesia un «retroceso a la Palabra de Dios. Siempre pedimos un avance –dijo–, yo le pido que vuelva y nos ayude a volver a la Palabra, y que nos dejemos de tantas cosas accidentales. Le pido que vaya más al fondo y que no se quede tanto en las formas: que así llegará más y mejor a las personas».

Concluyó las intervenciones Juan. Dijo que él no era de un colectivo específico, porque decir que era un discapacitado o plantear su persona en un término de discapacidad le parecía que sonaba a peyorativo y reduccionista. Pidió se utilicen términos positivos para ayudar a salir adelante a las personas. Nos regaló una frase portadora de una gran verdad: «Todos somos diferentes, y yo solo tengo una diferencia funcional». Dijo que le gustaría que la Iglesia acepte esa diferencia e incorpore a los que son diferentes en ella. Le marcó negativamente que a un amigo suyo, por tener una minusvalía –por ser diferente–, se le negara ingresar en el seminario para ser sacerdote. Juan dijo que el motor de su vida era querer ser feliz, y suplicó a la Iglesia «que no hiciera nada para los jóvenes sin tenerles presentes, sin contar con ellos».

Hubo un gran aplauso en la sala, con el que se evidenciaba la sintonía, respeto y acogida de la Palabra que cada uno/a pronunció con sinceridad y sencillez desde su corazón.

La pelota ahora quedaba en nuestro tejado. Pedro José, Agustín y yo al día siguiente debíamos «tomarles la palabra», y creo que no éramos conscientes de nuestra responsabilidad ni de la que se nos venía encima.

Una de cal y una de arena: un premio y un desafío

Aquella tarde-noche pasaron muchas cosas por mi cabeza y por mi corazón. La gente nos animaba a «tomarles la palabra» a los jóvenes con valentía. No valían las evasivas ni tirar pelotas fuera.

Nos hicieron saber que había algunas presiones a los organizadores por parte de algunos de los obispos presentes, y por cierto, algunos de ellos muy incómodos y decididos a hacer valer su «autoridad», intentaban que no se hablara de lo que para ellos era incómodo. Parece que querían seguir caminando con la piedra en el calzado y se

negaban a subirse al tren que estaba pasando. Tal vez se pensaban que compartir con los jóvenes dos días era tocar la guitarra, pasarlo bien y poco más, pero los jóvenes se habían tomado muy en serio las consignas y allí estaban porque querían una Iglesia más humana, cercana y con un lenguaje más accesible.

Sabía que debía ser fiel a mi compromiso. Me indignaba que a los jóvenes se les prometiera el futuro y se les negara el presente acallando sus voces. Ellos nos habían interpelado y yo no estaba dispuesta a perder el tiempo. No les podíamos fallar.

Estábamos en esta situación cuando recibí una llamada inesperada. Era el padre Joan Botam, un capuchino catalán que, además de ser una persona intelectualmente brillante, era un pionero en todo el movimiento ecuménico, interreligioso y en su compromiso con las causas justas. Me llamaba desde el Ayuntamiento de Sant Cugat, donde estaban reunidos con la gente de la Universidad Internacional de la Paz y me pedían que aceptara un premio, el Memorial Joan XXIII por la Paz, que es un reconocimiento a la promoción de la paz en diversos ámbitos a través del testimonio de vida y la actuación sencilla y efectiva de personas implicadas en la sociedad. Me sorprendió absolutamente. Este es un premio muy significativo, y antes que yo lo habían recibido personalidades muy interesantes a las que yo admiro, como Dom Hélder Câmara, Lluís Maria Xirinacs, Pilar Malla, Pere Casaldàliga o Raimon Panikkar, entre otros.

Por una parte sentía algunas voces que me presionaban a «ser prudente», más bien diría hipócrita, y a evadir temas espinosos, y por otra, con esta llamada y con el ánimo de los jóvenes a hablar claro se estaba valorando mi compromiso.

Esa noche estaba desconcertada. Casi dos mil jóvenes sintonizando con las inquietudes, anhelos y realidades presentadas durante el día, todos ellos esperando una respuesta y compañeros de camino. Deseosos de escuchar una palabra que acogiera sus reclamos y anhelos y que comprendiera sus desesperanzas e interrogantes. Los tres que les debíamos tomar la palabra éramos bien conscientes de que lo que ellos habían expresado era lo que latía en nuestros corazones y que revelaba también nuestra tristeza por una Iglesia a la que a veces le falta valentía y coraje para acompañar y acoger realidades y retos de los tiempos modernos o posmodernos. Y por otra parte me dolía la resistencia de los que se sentían heridos o provocados por la verdad dicha en voz alta y que intentaban que eludiéramos algunos temas.

Habíamos tomado nota de lo que los siete jóvenes nos habían dicho y de sus realidades, y habíamos jurado responderles y no fallarles. Los tres, Agustín, Pedro José y yo, coincidíamos en que era un signo de madurez, impensable hace unos años, el hablar y no esconder los temas espinosos. Pero la presencia de Carol y del mundo gay había colapsado a los obispos, que decían que eso era una provocación, y una voz que no debía oírse en un fórum eclesial, y menos abrirle esperanzas, ya que lo que reclamaba era

«moralmente malo». «Reivindicar “otras formas de amar” –decía uno de los obispos presentes– y dar la voz a una lesbiana en un foro como este es “legitimar” lo que de por sí es ilegítimo.» Definitivamente para ellos eso era un pecado o una desviación y nos mandaban el mensaje de «no tocar el tema», lo que equivalía a ignorarla. Y eso sí me parecía una afrenta en la que yo no sería cómplice.

La Iglesia de Madrid y de España necesitaba a todos los allí presentes para movilizar a los jóvenes para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid que se celebraría en agosto de 2011. Por tanto, debían evitar la confrontación y guardar las formas porque necesitaban el poder de convocatoria de los allí presentes.

Aquella noche oré con confianza y con serenidad. Dejé que pasaran por mi mente y mi corazón cada una de las palabras de los jóvenes y cada uno de los mensajes de la jornada. Y los dejé reposar en silencio hasta muy entrada la madrugada.

Tenía una certeza que venía dada por la fuerza de la Palabra de Dios: «No temáis, el Espíritu hablará por vosotros».

Y amaneció el domingo, un nuevo día con una nueva oportunidad para estrenar fidelidades.

Los tres constatamos, y así lo transmitimos, que era una gran riqueza haber podido escuchar a los jóvenes, que desde sus realidades hablaban con libertad a la Iglesia, y la mayoría de ellos, desde la Iglesia. Que sentíamos que estábamos ante una experiencia de comunión importante, y ante una puerta abierta a la vivencia de una riqueza que es fruto de escucharnos mutuamente y respetarnos: lo más positivo es que este «Fórum era un lugar de encuentro eclesial», les dijimos. Estábamos ante una experiencia viva y esperanzadora.

Les tomé la palabra

A cada uno de los tres se nos pidió que nos situáramos en el escenario «escenificando» nuestra propia realidad, para visualizar desde dónde hablamos. Yo, como contemplativa, estaba ante un cirio encendido y la Palabra de Dios abierta, y me encontraba en actitud orante, sentada en una banqueta como la que utilizo diariamente para la oración. Agustín del Agua, como teólogo y profesor universitario, se ubicó en una mesa llena de libros, y Pedro José, en un sillón con una pizarra atrás, para situarlo como laico, profesor y padre de familia.

Yo comencé diciendo que hablaba desde un sitio en el que dedicamos muchas horas al silencio y a la oración, a la «escucha de la Palabra de Dios». Y dije: «Hoy hablaré desde la libertad que me da el ser monja contemplativa:

- Somos pobres de verdad: no tenemos nada que perder.
- No tenemos ámbitos de poder.
- No tenemos privilegios.
- No tenemos que defender ni custodiar «dogmas» ni imponer moral a nadie: simplemente vivir el Evangelio. Otros tienen ese cometido o se lo atribuyen.
- Somos ese grupo que está abierto a la experiencia de Dios, y el místico, el orante, ve, intuye, está enamorado, y el enamorado es muy libre para decir: por eso, que después de que yo os hable, que vengan los teólogos, interpreten o intenten ordenar, si no les queda claro lo que digo: hablo desde el amor, y el amor es locamente libre y espontáneo».

Y compartí una imagen que es inspiradora de mi vida: «Me gusta identificar la vida contemplativa con la imagen de la zarza que arde y no se consume, la experiencia de Moisés en el libro del Éxodo: descalzas nos acercamos diariamente al “misterio”; a Dios que nos habla y se nos revela; y cuando lo hace, no nos habla de “normas”, “obligaciones”, “gobierno”, “modelos de matrimonios”, etc. Simplemente como a Moisés nos dice que Dios oye los clamores de su pueblo, que ve su opresión, que no los puede soportar y que por eso nos quiere enviar. Y si hoy estoy aquí, y hablo, es porque nuestro Dios nos está diciendo –ayer habló por los jóvenes– que ha visto que muchos se han marchado decepcionados de la Iglesia; que otros se sienten invitados pero no son acogidos, y Él quiere que todos vivamos como hijos suyos y hermanos: ese es un derecho de Dios, y como contemplativa creo que es el derecho por el que tenemos que orar y trabajar».

No pude dejar de remarcar que hoy «oficialmente» se habla de «los alejados», pero que yo creía que no era el momento de preguntar quién se alejó de quién, ¿los jóvenes de la Iglesia o la Iglesia de los jóvenes?, ¿la Iglesia de la sociedad, o la sociedad de la Iglesia?, sino más bien de trabajar juntos para acortar distancias: «¡Estamos condenados a entendernos y acogernos, porque el banquete está listo, todos hemos sido invitados, y tenemos que salir a los caminos a invitar a los noventa y nueve que se marcharon, porque de las cien ovejas de las que habla el Evangelio, solo una está dentro de las sacristías y estructuras».

También quise subrayar que la Iglesia sí es acogedora en muchas ocasiones, porque de hecho el joven inmigrante manifestó que solo en la Iglesia encontró acogida, amistad y una mano tendida.

Les hablé del reto de la Iglesia de ser una comunidad fraterna y acogedora: «Tal vez eso llegue cuando como Iglesia sepamos escuchar a los pequeños, a los jóvenes. Cuando los escuchemos, dejaremos de dar respuestas a preguntas que nadie se hace o soluciones

a problemas que nadie tiene».

Pedí a los obispos y al que estaba allí presente, monseñor Munilla, en primera fila –y notablemente incómodo–, que transmitieran a sus hermanos en el episcopado, a nuestros obispos, lo que habían visto y oído en el Fórum, como un don del Espíritu. Que les dijeran que los jóvenes y los religiosos también amamos a Jesús y a su Iglesia, y que pueden darnos un voto de confianza: «Somos gente de fiar, y no somos mala gente», como a veces nos hacen sentir.

Dije que me gustaría que todos los que se acercaban a la Iglesia recibieran de ella – como había ocurrido con cada realidad de jóvenes, el día anterior– una bendición, y que nadie sintiera que la Iglesia «no le bendecía o dejaba de bendecir su vida y su forma de amar».

Hablaba con el corazón, y resultaba difícil no ser interrumpida por los aplausos: los jóvenes vibraban y lo manifestaban. Había una sintonía muy profunda.

Finalmente la moderadora nos provocó diciéndonos que dijéramos cuál era nuestro sueño de Iglesia. Y movida por la confianza y la acogida incondicional, y por lo que aquella asamblea me inspiraba, lo hice. Lo transcribo tal cual, ya que aquellos que siempre están con las espadas desenfundadas lo subieron a Youtube como una «condena inmisericorde» a mis palabras, lo que hizo correr mucha tinta. Hubo algún llamado de atención a los organizadores, a los que pidieron me retractara de mis palabras. Ellos no accedieron a «desautorizarme» y con sentido evangélico respondieron a los «pastores» que «si en la Iglesia no estaba permitido soñar, ya podíamos cerrar».

Este era –y es– mi sueño:

«Yo tengo solo un sueño: sueño con una Iglesia en comunión, donde la comunión se dé en la caridad, en el amor, porque muchas veces pedimos la comunión en la verdad y eso sirve para separarnos, porque la verdad la aportamos todos, y la verdad es Jesús.

»Sueño, porque la esperanza del Evangelio me permite soñar, con una Iglesia que no tenga nunca más forma vertical, sino que sea una Iglesia en la que nos sentemos alrededor de una mesa circular, donde nos presida Jesús. Una mesa de hermanos para compartir el Pan y la Palabra, donde la única condición, la única condición para sentarnos en ella, sea la que puso Jesús: la de lavarnos los pies mutuamente.

»Sin servicio entre iguales, entre hermanos, no existe la Iglesia, y no existe la Eucaristía».

Durante mucho tiempo sufrí una especie de «acoso» cibernético de los «martillos de herejes» de los que se creen poseedores absolutos de la verdad y que pretenden discriminar quién se sentará a la mesa de Jesús y quién no. Hoy lo he superado, y si al principio me mordía la lengua para no atizar el fuego, hoy gozo de la libertad que me da el saber que no traicioné al Evangelio, y de la fuerza que me dio aquella Iglesia joven y

viva para comprometerme más aún en la acogida a todos.

Supe luego que el cardenal Rouco estaba contento del Fórum –sería un apoyo para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2011– y por eso no prosperaron los reclamos recriminatorios de sus hermanos en el episcopado.

Nadie cree por mí: vivir de convicciones

Hace poco más de un año, concretamente en un Viernes Santo, los salesianos me invitaron a compartir mi experiencia de fe con un grupo de jóvenes que celebraban la Pascua en Castellnou de Bages. Allí fui y con libertad compartí mi experiencia de «la pasión» de Jesús, que es lo que celebrábamos en aquel Viernes Santo: su muerte provocada por los líderes religiosos y políticos del momento, porque su mensaje era portador de una gran liberación, del inicio de la era, la de los adoradores en espíritu y verdad.

Poco a poco fui compartiendo mi fe y explicando como si fuera una parábola cómo Dios se manifestaba en los acontecimientos de cada día. Cómo nació una Plataforma de alimentos y una Fundación al servicio de las personas, de una comunidad de vida contemplativa. Cómo, en nombre de Dios y de la «clausura», algunos intentaron disuadirme de que «eso no era del Espíritu», y en nombre de Dios quisieron amordazar un proyecto liberador. Y cómo la pasión de Jesús se prolonga hoy en tantos hombres y mujeres que hemos hecho nuestra su pasión por las personas.

Hubo una gran sintonía y se respiraba entusiasmo, apoyo, libertad. Alguno de los jóvenes agradeció el aire fresco, otro me dijo que esa era su fe y que muchas veces «la Iglesia» oficial le hacía sentirse fuera. Y un tercero me dijo: «¿Cómo es que sigues dentro de la Iglesia, si tu fe y tu vida se parecen más a las de Jesús que a las de la Iglesia?».

¿Por qué he de marcharme? ¿Han de marcharse ellos? No. Hay sitio para todos, si hay respeto, si hay sinceridad, y si hay apertura al Espíritu. Lo importante es que unos a otros no nos hagamos daño. Que cada uno anuncie y viva el Evangelio, y sobre todo, que seamos sinceros.

Aquella tarde regresé al monasterio para celebrar con la comunidad aquello de lo que había hablado con los jóvenes: la Pasión del Señor. La pregunta me machacaba por dentro, y me di cuenta de que la Iglesia me duele. Y que, poco a poco, algunos han conseguido que cada vez me sienta menos en sintonía con lo que un obispo amigo llama «la administración vaticana», que nada tiene que ver con la Iglesia de Jesús. Con esta sí me siento cómoda. Y esta me reta a no excluir a nadie: a amar a todos, también a los que, pensando que dan gloria a Dios, ponen palos a la rueda con su mejor buena voluntad.

Llevo en mi vida muchas heridas provocadas por «la institución», por aquellos que en nombre de Dios se dedican a cargar cruces sobre sus hermanos, cuando lo que Jesús hizo fue liberar de las cruces cargando él con la de todos. No quisiera ser yo una carga ni una cruz para otros, que a lo mejor, desde su postura de guardianes de la ortodoxia o desde sus convicciones, también sufren por mis opciones y puntos de vista.

Me duele la Iglesia y suscita en mí sentimientos encontrados. No pocas veces me han preguntado: «¿Has tenido problemas con la jerarquía?». Claro que sí. Y cada uno de ellos ha sido fruto de la intolerancia y la falta de diálogo. No estamos aún maduros para amarnos en la diferencia, y experimento que en lugar de aceptar la polifonía del Espíritu, se ve en cada voz diferente una amenaza y no una oportunidad. ¡Cuántas veces he sentido que en esta Iglesia el único que estorba es Jesús y los que creemos en el sueño del Reino, de un nuevo orden!

¿Por qué sigues? Porque yo no vine por ellos, y por tanto, no me iré por ellos. Yo vine atraída por un ideal de vida y por la persona de Jesús y por su causa, y solo eso podría hacerme desistir. Y resulta que cada día me convence más, y más, y más. Y en esta línea estoy «condenada» –o mejor, destinada– a comprometerme cada vez más y mejor, más a fondo con las personas y con aquellos que se me han dado como hermanos para recorrer el camino de la vida.

Cada vez me parece más apropiada la imagen que utiliza Joan Torra, un amigo cura, de los buenos de verdad, para hablar de la Iglesia, y que bien podríamos aplicar a la humanidad. «La Iglesia es como un abanico. Las varillas van de un extremo a otro, pasando por un centro y desplegándose armoniosamente. No importa que unas estén alejadas de las otras, porque en realidad todas están unidas en la base, en un centro, que es lo esencial.» Si nos unimos en lo esencial, seguramente dejaremos de empobrecer lo que tenemos entre manos y podremos disfrutar de la perspectiva de los otros.

Hay otra expresión que sé que hiere los oídos y las sensibilidades más refinadas, pero que tiene mucha fuerza, sobre todo por haber sido dicha desde una perspectiva diferente. Es de Pedro Meca, un dominico que vive en las calles de París con los sin techo. Él define a la Iglesia como «una casa de putas, donde aprendí a hacer el amor». Que no se escandalicen los puritanos, y que entiendan la grandeza del sentido profundo de sus palabras. En la Iglesia de Jesús, hemos recibido el don de la fe, la urgencia del amor, el don del Espíritu, el regalo de los hermanos y la comunidad, la tradición, etc., y esto a pesar de las mediaciones humanas, que cada vez se presentan como un don envuelto en papel de periódico en el que cuesta descubrir al Dios de la vida. En la Iglesia recibimos a los hermanos y aprendimos a amarnos, «a pesar de sus miserias, que son las de cada uno».

No me marché, porque en la Iglesia aprendí a amar. Porque en ella se me reveló el

Evangelio, y porque lo mejor que me ha ocurrido ha sido en su seno, tener una comunidad de hermanas con las que cada día comparto el gozo de vivir la pasión por la humanidad. Todo lo otro pasa a un segundo plano y prefiero no juzgar.

Me sorprende y me preocupa que en los ámbitos eclesiásticos no pocas veces veamos cómo se entra en esta dinámica superficial de vivir en el escaparate, rodeándose de halagos y cerrando los ojos a la verdad; haciendo «amigos» que les digan lo que quieren escuchar, y no la verdad. Y eso, a la larga, ¡pasa factura!

Recuerdo que el obispo de Vic, Josep Maria Guix, comentaba cómo, cuando pidió a mosén Joan Torra que fuera su vicario episcopal, este le dijo: «Si usted quiere que yo le diga lo que quiere oír, olvídense de mí. Si acepto será para decirle siempre la verdad». El obispo Guix siempre agradeció esta lealtad porque quería vivir en la verdad.

Hoy pido que la sencillez de Aquel que siendo rico se hizo pobre para compartir nuestra debilidad nos ayude a vivir en la verdad; y que no nos pase como a aquellas personas «presumiblemente sabias» que se pasan la vida sin saber de verdad lo que es la confianza, el abandono, la sencillez: sin haber gustado de la verdadera «sabiduría» que nos trajo Jesús, el Dios hecho hombre, el Emmanuel.

¿Qué es un santo?

La maestra en la clase preguntó a los niños: «¿Alguno de vosotros sabe qué es un santo?». Un niño levantó la mano y dijo: «Sí, un santo es una persona que quiere ir al cielo y no para de hacer cosas para ganárselo. Es uno que quiere que todo sea perfecto». «Muy bien –dijo la señorita–, y ¿alguno sabe lo que es un mártir?» «Sí –respondió otro niño–, ¡el que vive con un santo!»

Hasta aquí un cuento de Luis Landriscina, un buen humorista argentino, que con su sano sentido del humor hoy me trajo a la memoria una historia que quiero compartir con los lectores, porque creo que tanto se ha insistido en que la vida «cristiana» y concretamente la «vida religiosa» era una vida «de perfección», que parece ser que nos olvidamos de que también era –¡y es!– una vida de bondad. Al fin y al cabo, ser «santo» no es otra cosa que ser «bueno» como Jesús, que era «Bueno» y pasó haciendo el bien. Tal vez estar tan aferrados a la «perfección» nos llevó al «perfeccionismo» y acabó haciéndonos insufribles, y ganarnos a pulso y con méritos la fama de que «los cristianos no somos precisamente la alegría de la huerta», sino más bien los aguafiestas, los que tenemos el carácter agrio o los que siempre estamos a la defensiva.

Cuentan de una persona que lo tenía todo controlado, todo lo sabía y era poseedora absoluta de la razón y la ortodoxia de la fe. Hablaba de las maravillas de la unión con

Dios y explicaba lo más inexplicable de la fe. Era muy exigente consigo misma y con los otros. Soñaba con altos ideales, y se apuntaba a cuanto proyecto difícil y arriesgado se presentaba: ¡tenía que aspirar a lo más perfecto! Sin embargo, nunca llegaba a término ninguno.

Hablaba y hablaba del poder de la oración, de lo felices que eran los que habían escogido «la mejor parte», pero nunca estaba conforme, satisfecha ni serena. Hablaba de felicidad, pero transpiraba amargura a su alrededor. Era muy difícil tener la fiesta en paz mientras estaba presente: siempre había que hacer, ¡y ella era la que más hacía!, se relamía contando lo cansada que estaba porque trabajaba todo el día y hacía lo que los otros no veían o no querían ver.

Cuando murió, los que vivían con ella hicieron una reunión para ver qué ponían en su lápida, porque era de caridad cristiana dejar constancia de su fe. El texto salió rápido y por unanimidad: «¡Por fin todos descansamos!».

Sin duda esta persona quería ¡ser santa! Seguramente, por la misericordia de Dios, gozará eternamente del cielo, y no es menos seguro que todos los que la rodeaban se llevaron la palma del martirio, y también, por la misericordia de Dios, gozarán de la Vida verdadera.

Pasar haciendo el bien, sembrando la bondad, abiertos a la salvación, con la sonrisa en los labios y el fuego en el corazón; dispuestos a ver las cosas como las ven los otros y a aceptar con gozo la diversidad y las dificultades: así es como entiendo aquí y ahora la vocación y la misión de los cristianos.

No es tan complicado, el camino es el que indican las bienaventuranzas.

Por favor, quitemos crispación a esta hora tan difícil, y si queremos ser santos, ¡no hagamos a los que nos rodean de cerca o de lejos mártires! Que mientras hacemos el bien, a los otros les dé ganas de apuntarse, y que viéndonos felices, quieran serlo con nosotros.

El sueño de la comunidad cristiana: «¡Mirad cómo se aman!»

Todo podría ser más sencillo si de verdad viviéramos al aire del Espíritu; si lo que nos animara a todos los que nos decimos cristianos fuera la búsqueda del Reino, su anuncio y la justicia, y no las añadiduras.

Todos podríamos vivir mejor la comunión si nos escucháramos mutuamente; si creyéramos de verdad que el Espíritu sopla donde quiere, y si el amor gratuito limpiara nuestros ojos y purificara nuestros corazones para ver y acoger lo bueno que hay en cada uno, incluso en los que son diferentes o vemos como «enemigos» –si es que los hay.

Si nos amáramos de verdad, nos alegraría la diferencia, y no la veríamos como una amenaza, como un peligro. Si creyéramos que la Buena Noticia del Evangelio de Jesús es para TODOS, y que Dios no hace acepción de personas, estoy segura de que nuestro gozo sería grande y nuestra alegría contagiosa; nuestro compromiso sería más generoso y nuestra libertad nos permitiría volar. Se ampliaría entonces nuestro horizonte, nos haríamos más universales, y dejaríamos de arrastrar la vida como si fuera una carga pesada. ¡Dejaríamos de avergonzarnos de nuestros hermanos en la fe, de aquellos que se autoproclaman defensores únicos de la «verdad», y de los que pasan de conceptos lejanos para dar paso a la vida vivida con libertad y en plenitud!

Si cultiváramos el silencio y la oración para auscultar el corazón de Dios, nos llegarían diáfanos los clamores de los pobres y oprimidos, los gritos a veces silenciosos de los que sufren por cualquier causa y no ven salida a tanto sufrimiento... ¡Y no podríamos soportar la injusticia...! ¡Y nos sentiríamos enviados a defender los derechos de nuestro Dios que quiere que todos sus hijos vivan con dignidad, que a todos se les respete y que todos reconozcan sus derechos!

Si hiciéramos el ejercicio de entrar en la habitación, cerrar la puerta y orar al Padre de forma más frecuente, pronto nos descubriríamos recorriendo el camino que nos lleva a la reconciliación y a la paz; el camino que nos devuelve a nuestro corazón, donde mora Dios. Y allí, en el silencio de nuestra casa, de nuestra celda íntima, asistiríamos al encuentro con nosotros mismos, con nuestra verdad y con el Dios de la vida; y allí, sin afán de retener, controlar ni manipular, el ego daría paso a la más auténtica armonía y sin duda se gestaría una fraternidad sin fisuras.

En el silencio, cara a cara con el Dios que nos ama y nos envía, desnudos, tal como somos, sin poder que perder, sin espacios que controlar, sin imagen que vender, comenzaríamos a dejar que Dios sea Dios, y de esta manera comenzaríamos a vivir como hermanos, y posibilitaríamos que la gente pudiera decir «mirad cómo se aman». Entonces, los cristianos podríamos comenzar a hablar con autoridad, con aquella autoridad que brota de la vida que se da y que no espera nada a cambio.

Cuando esto ocurra, la gente nos mirará con respeto y tendrá interés en escuchar nuestro mensaje; ya no necesitaremos justificarnos ni intentar convencer a nadie, porque la vida sería nuestro aval.

El rédito personal de cortar cabezas

Nunca entendí el deporte de los que se dedican a cortar cabezas, o de los que ejercen las veinticuatro horas del día de martillo de herejes. Si tan esencial fuera la tarea inquisitorial

que se atribuyen, al menos deberían tener presente aquello de que el trigo y la cizaña crecen juntos, y que ya habrá quien separe lo uno de lo otro a su debido tiempo, porque esa tarea no nos toca a nosotros.

Tanto celo por ir a la caza de heterodoxos me hace pensar dos cosas: o que quien a ello se dedica es un poco morboso y se deleita amargando la vida a su prójimo, o que tiene intereses creados. A veces estos intereses tienen algo que ver con el hecho de dar titulares radicales, para que aumenten las visitas, y así corra el contador, se sume la publicidad, y al final uno acabe viviendo de eso...

Leemos en Mateo 18,15-19 que Jesús dijo: «Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un gentil o un publicano...». El proceso es largo... Y si no se hace, no se obra ni con espíritu evangélico ni con rectitud de intención.

Y hablando de cortar cabezas, la liturgia nos regala el texto en el que la hija de Herodías pide la cabeza de Juan el Bautista. Timothy Radcliffe, con el gran sentido del humor que le caracteriza, en su libro *¿Por qué hay que ir a la Iglesia?* comenta el sentido de la danza durante el ofertorio en la eucaristía, y allí explica una anécdota muy buena: «George Patrick Dwyer, arzobispo de Birmingham, estaba sentado al lado del párroco mientras una mujer subía al altar danzando con los dones. El arzobispo se volvió al párroco y le dijo: “Si me pide tu cabeza en una bandeja, se la pienso dar”».

Bien, ha pasado el tiempo y continúa habiendo hombres y mujeres que como Salomé, hija de Herodías, piden cabezas. El que quiera oír que oiga..., el que quiera entenderlo ¡que lo entienda!, y el que sienta que debe coger vela ¡que la coja y que esta le ilumine!

Soy del Barça y no lo puedo remediar: pasión culé

Al venir a Manresa alguien me dijo: «En Cataluña hay dos grandes santuarios: el de Montserrat y el Camp Nou». Pensé que era una exageración, aunque reconozco que siempre fui una apasionada por el fútbol, con un pequeño «lapsus» durante los años que estuve en Torrente. Pero allí, en el año 1990, cuando se jugaba la final del Mundial de fútbol entre Alemania y Argentina, tanta era mi insistencia que me dejaron ver, como una gran condescendencia, el partido. Algunas se rasgaban las vestiduras, y más porque esta coincidía con la hora del rezo de vísperas.

Montserrat es un símbolo para los catalanes, creyentes y no creyentes. La Moreneta y la fuerza que irradia la montaña santa son un punto de atracción y encuentro, de fe, de

peregrinación, de país. Allí han ocurrido y ocurren cosas muy interesantes, y sin duda ha sido y es un referente, con su comunidad de monjes, de la identidad de un pueblo con vocación de libertad, de independencia; de un pueblo que tiene una lengua, una cultura y una identidad propias.

¿Y el Barça? Mis primeros años en España yo vibraba con el fútbol argentino. Poco o nada me decían, por desconocimiento, los equipos españoles. Además, estando en el ritmo del noviciado, era muy difícil estar al corriente. Tanto, que «mis connovicias» manifestaron que valoraban positivamente ya como un signo de «madurez» que después de la final de aquel Mundial del 90 no volviera a pedir de forma tan insistente seguir el fútbol. Casi al final de los cinco años de Torrente me hice con una radio. Por las noches más de una vez seguía los partidos. Al día siguiente era difícil madrugar, pero así saciaba mi pasión futbolera.

Por esas fechas Marito Kempes estaba en Valencia y me entusiasmaba oír hablar de él. Hasta me emocioné un día que salí al dentista y me encontré delante de una tienda de deportes suya. Le di la mano, y después estuve una semana sin querérmela ni lavar. Recuerdo que en el año 1993 le rindieron un homenaje en el estadio de Mestalla, pude seguirlo por radio y allí metió no sé si dos o tres goles.

En Manresa la cosa cambió, y fue *in crescendo*. Comprendí aquello del santuario del Camp Nou y por qué era un símbolo y una fuerza el Barça, que sin duda es más que un club, y cómo la «fe» en este fenómeno mueve multitudes y despierta auténticas pasiones. Como la piña que sostiene el niño de la Moreneta, también los catalanes con el Barça hacen piña, y hacen país. El Barça es un espacio y una oportunidad para cantar, gritar, celebrar, con este gran equipo que nos tiene mal acostumbrados a «ser los mejores del mundo».

Hace poco más de un año que tengo una amistad con Gerard Guiu, que es el jefe de gabinete de Sandro Rosell, presidente del Fútbol Club Barcelona, una gran persona y amigo incondicional, pero he de reconocer que creo que yo soy más culé que él. Nuestra amistad ha conseguido que esté más cercana al club. De hecho, cuando hay partidos complicados, nos intercambiamos mensajes, y él desde la *llotja*, el palco presidencial del Camp Nou, me manda SOS para que «recemos más fuerte». Es muy divertido, porque en estos años he conseguido que sor Neus, que tiene noventa y seis años, nos apoye. Al principio, cuando iba a pedirle que rezara por el Barça me decía: «¿Quién es ese señor?». Ahora ya lo sabe, y con su bondad, hasta canta los goles por adelantado. Un día le dijimos a Pep Guardiola que parte de su mérito se lo debía a sor Neus, y los amigos culés no dejan de mandarle mensajes.

Cuando llevaba en Manresa unos meses, Juana Mari y yo fuimos al consulado para hacer unos trámites de mi pasaporte y después nos fuimos por las Ramblas. Entramos en

una tienda muy grande, y vimos unos llaveros que parecían pastilleros y que tenían los colores del Barça. Agarramos dos, uno para sor Teresa, una hermana que estaba por esas temporadas en la comunidad y que era una fan absoluta del Barça, y el otro para mí. Cuando fuimos a pagar el chico que estaba en la caja se desternillaba de la risa, no se podía contener. Nos dimos cuenta entonces de que eran dos cajitas-llaveros con preservativos. Superamos el bochorno como pudimos y regresamos a Manresa.

Una semana más tarde entramos en una tienda de Manresa. Allí vimos un *ninot* del Barça con una trompeta larga. Lo pusimos en la cesta de la compra entre los otros artículos que habíamos comprado. Después de pagar, nos fuimos al autobús, y mientras estábamos en la cola esperando que llegara el que nos llevaría hasta el monasterio, comenzamos a jugar con el *ninot*. Esta vez la vergüenza fue mayor aún. Supuestamente había que apretar la panza del muñeco de goma y la trompeta sonaría. Como de hecho ocurrió, pero además, al apretar, salía un pene que no esperábamos. Creo que de la vergüenza que pasamos acabamos castrando al pobre e inocente *ninot*.

Poco puedo ver al Barça, porque no siempre se transmiten los partidos en abierto. Intento seguirlo por Internet –que no es lo mismo– o por el relato twitero que hace de cada partido Marina Geli, la exconsellera de Sanitat de la Generalitat de Cataluña y buena amiga, que hace unos comentarios ¡que ni el mejor comentarista deportivo sería capaz de hacer! Sea como sea, ver al Barça es un hobby muy sano, que ayuda a desconectar, a activar la circulación y a despertar y mantener viva la pasión por Cataluña.

Es que mi claustro es el mundo, con fútbol incluido.

9. La crisis me cambió la vida

A quien llama, se le abre

Hace unos seis años comenzó a venir un chaval, Tonio, a pedir comida. Su aspecto era muy malo y se evidenciaba su adicción a la droga. Cada día se le preparaba una bolsa con alimento, y cada día la hermana que estaba en el turno aprovechaba para charlar con él un rato.

Nos pusimos en contacto con los profesionales del centro de salud mental al que iba por la metadona, y nos dijeron que aunque por medio de la obra social de los hermanos de San Juan de Dios se le podía facilitar un tique de comida, el hecho de tener alguien con quien hablar lo estaba ayudando y que venir a buscar la comida era una buena excusa para que alguien hablara con él y lo escuchara. La asistente social nos advirtió de que Juan José –otro chaval que también venía– tenía más números para salir, pero que Tonio era «zorro viejo» y que cualquier día nos la pegaría. Sin embargo, algo nos hacía creer que esta vez Tonio se tomaba las cosas muy en serio y que estaba al borde del abismo, con una angustia terrible, y eso le urgía a querer cambiar.

Venía cada día. Una tarde se presentó con unas macetas y la hermana que lo atendió le preguntó: «¿De dónde las sacaste?». Él le dijo que él las cuidaba, que le encantaban las plantas, que entendía que de una persona como él no se fiara, pero que esas plantas no las había robado: eran suyas y ahora nuestras. La hermana hasta el día de hoy recuerda su desconfianza con dolor y mil veces le pidió disculpas por aquel hecho.

A los pocos días nos trajo algunas cosas de madera hechas por él: una banqueta, un cofre y alguna otra cosa que no recuerdo. Nos explicó que vivía en una *roulotte*, y que le habían concedido ir a un centro para desintoxicarse y que quería dejarnos lo que tenía como agradecimiento. Desde hacía unos años tenía orden de alejamiento de casa de su madre por el estado en el que él había llegado a estar, y porque se había pasado con ella robándole y maltratándola. Quería dejar esta vida y se marchaba a un centro para rehabilitarse.

No perdimos su pista. Nos escribía contándonos sus luchas, pidiéndonos la Biblia, luego algún libro de poesía, y las hermanas, entre otras cosas, le explicábamos que las plantas estaban florecidas, y que nos hablaban de él.

Pasó el tiempo y Tonio pasó a otro centro como monitor, y tomó mucho cariño a los jóvenes que se le encomendaban, y pronto se convirtió en un buen educador.

En una de sus visitas al monasterio lo detuvieron: los Mossos d'Esquadra tuvieron

noticia de que estaba por Manresa y como tenía una causa pendiente –de ¡cuando era más joven, de antes de su proceso de recuperación!–, vinieron a buscarlo y de aquí se fue al calabozo. Allí fui a verlo y animarlo hasta que todo se aclaró y lo pusieron en libertad. Con motivo de su detención, que se realizó en el monasterio, me discutí con un mosso. Minutos después me negaba verlo; yo sufría por él, por su madre, por el centro al que debía regresar. Así que entré por el tejado. Llamé a un jefe de la región y me dejaron visitarlo unos momentos. Lo tranquilicé y el lunes ya estaba nuevamente en libertad.

Al poco tiempo vino a vernos con uno de los compañeros que hizo idéntico proceso que el suyo. Ahora viven cuatro en un piso en un pueblo de Cantabria. Entre ellos se ayudan y animan, y ya hacen proyectos para montar una empresa. Trabajan todo el día y su lema es: «Pudimos salir de lo peor, no podemos caer, pero además tenemos que ayudar a que los jóvenes no caigan en el peor de los infiernos que es la droga».

Aquel que era considerado un «zorro viejo», lleno de adicciones y maltrecho por su currículum; aquel que no podía cambiar, hoy es un hombre de bien que lucha por ayudar a los que están como él estuvo, que está enamorado y tiene una novia a la que respeta y ama con locura. Y lo que más me impresiona de él es que nunca se olvida de aquellos que le dimos una mano cuando estaba en la cuneta de la vida.

Nunca podemos desesperar de las personas, todos tenemos nuestro tiempo, y es preciso saber acompañar, esperar y no juzgar. Tal vez sea esta la mejor medicina. Aprendí muchísimo de Tonio.

En una carta en la que compartía sus luchas me decía: «Ya sé que no puedo cambiar la dirección del viento, pero sí puedo ajustar mis velas para llegar a mi destino». Gracias, Tonio, ojalá todos sepamos ajustar nuestras velas y sobre todo no desesperar de nadie, así seguro que todos llegamos a destino.

Tonio, que estuvo en la calle y supo superarse, que tuvo alguna recaída y salió de ella porque confiaba en nosotras y se dejó ayudar –para no ir al centro a recoger la metadona, yo misma, previa autorización de los médicos, se la administraba cada día–, me hizo abrir los ojos y los brazos para comenzar a acoger otras historias como la suya, y también otras diferentes que comenzaron a llamar a nuestra puerta.

Nace algo nuevo

A Tonio, a Juan José, a Pepe, a Paco y a José les fueron siguiendo otros que venían cada día a pedir algo para comer. Eran aquellos «pobres crónicos», los de toda la vida, los que estaban entre la calle o en alguna habitación de mala muerte. Aquel grupo de personas a las que si no se las acompaña y quiere, una vez que pase la crisis continuarán en la misma

situación, porque cuando «no hay perspectivas de mejora», desde la administración no siempre se sienten obligados a ayudarles, ya que prefieren invertir los pocos recursos existentes en quien puede progresar. No lo entiendo, ¡precisamente a quien no tiene perspectivas de superación hemos de creárnoslas y ofrecerle oportunidades! A ese grupo de gente es a la que queremos ayudar.

Dos hechos determinantes dieron un nuevo rumbo a lo que hoy es la Fundación Rosa Oriol, o una plataforma de ayuda y apoyo a las personas que están más jodidas en la sociedad. Por una parte, la acogida y la atención a estos visitantes cotidianos al monasterio en busca de cariño, comida, escucha, y por otra, la llegada de Pilar Izquierdo a mi comunidad.

En el mes de julio-agosto de 2007 el programa de televisión de TV3 *Signes dels temps* reemitió una entrevista que me habían hecho hacía un año con motivo de los 800 años de fundación de las monjas de la Orden de Predicadores por parte de Santo Domingo en el sur de Francia. Yo hacía memoria de nuestras raíces y recordaba que los «cátaros», los grandes olvidados a los que la historia no les hizo justicia, son precisamente los que provocaron un cambio en la predicación en el sur de Francia. Allí Domingo de Guzmán y su obispo, Diego de Acebes, constataron que la Iglesia, o cambiaba su forma prepotente de predicación y predicaba desde la pobreza y la austeridad con la que lo hacían los cátaros, o no tenían nada que decir. Eso hizo que la predicación echara a andar por los caminos de la mendicación y que Domingo, con un grupo de cátaras, iniciara un proyecto que es hoy la Orden de Predicadores.

Pilar estaba leyendo un libro sobre los cátaros cuando vio esta entrevista. Pasado un tiempo, me llamó para venir a conocernos. Justo por esas fechas estábamos organizando un retiro de discernimiento vocacional, que además estaba anunciado en la página del monasterio. Pilar lo vio y le interesó. Claro, el lenguaje era «muy eclesial» y demasiado pastoral, con lo que los que están en otra órbita no lo entienden, como de hecho ocurrió.

Allí decíamos algo así como «si estás buscando tu lugar en la sociedad, y si quieres discernir qué hacer con tu vida, te ofrecemos un espacio de oración, discernimiento, acompañamiento, etc., en el marco de una comunidad de vida contemplativa». Y algo más. Era una consigna vocacional bastante explícita orientada a presentar los estados de vida, también la opción de la vida religiosa. Pilar lo vio y pensó: «Yo quiero cambiar el rumbo de mi vida. Sé que la vida es mucho más que lo que estoy haciendo ahora». Y quedamos que vendría. Al final decidimos suspender el retiro por falta de quórum, y Pilar dijo que vendría igual.

Pasó dos días con nosotras. Nos causó muy buena impresión, era una chica inquieta, y que claramente estaba buscando, tenía grandes nostalgias de otro estilo de vida, pero no sabía el qué.

Pasaron unos meses en los que no tuvimos más contacto, hasta que para Navidad nos mandó un ramo de flores. Como venía de Mataró, supusimos que era ella, porque la tarjeta no decía nada más. La llamamos, y se apuntó para hacer ocho días de ejercicio con la comunidad, que predicaba el padre Cassià Maria Just, exabad de Montserrat.

Pilar venía cada mes a las *vetlles de pregària*. Por esas fechas a mí me habían operado, tuve que suspender un viaje a la Argentina, y la verdad es que estuve muy mal. Me sacaron la matriz, unas piedras y la vesícula. Una vez repuesta, emprendí mi viaje y Pilar se apuntó. La verdad es que lo pasamos muy bien y compartimos muchas inquietudes. Nos unía el deseo de cambiar el mundo y de trabajar por las personas, pero no sabíamos cómo ni qué. Experimentábamos, cada una a su manera, una urgencia interior, pero decíamos que Dios y el tiempo nos harían ver por dónde iba el cambio y qué se nos estaba pidiendo.

Al regresar de la Argentina, Pilar decidió dejar el trabajo, continuar estudiando Psicología a distancia y venirse por unos meses al monasterio. Necesitaba un ambiente de paz y serenidad para discernir. Aquí, después de un año, se dio cuenta de qué era eso del retiro de discernimiento vocacional, y evidentemente ni se le había pasado por la cabeza la vida religiosa ni lo había relacionado con lo que en ámbitos religiosos se entiende por discernimiento vocacional. A día de hoy nos seguimos riendo de la diferencia de lenguajes, y sin duda me hace ser más consciente de que a veces la gente de misa tenemos un lenguaje en el que los otros no saben qué decimos, tal vez por eso han dejado de interesarse por la voz de la Iglesia o de los cristianos.

Los meses de Pilar se han convertido ya en cuatro años, y la vida nos cambió de forma radical.

Una Plataforma de alimentos

Siempre en mi comunidad, incluso mucho antes de que yo viniera a Manresa, las monjas tenían claro que nadie que viniera a pedir para comer se marcharía sin haber saciado su hambre. Compartir y no acumular, vivir desde la generosidad, es la expresión del voto de pobreza de mis hermanas.

En el mes de noviembre de 2008, comenzamos a notar cómo se incrementaba el número de personas que venían a pedir para comer. Además de los «de siempre», comenzaban a venir inmigrantes, los primeros expulsados del sistema al comenzar a sentir los efectos de una crisis que ha ido creciendo de forma alarmante y vertiginosa, y que todavía no nos hace percibir hasta dónde llegaremos. También venían algunos jóvenes que dormían en sus coches, alguno al frente mismo del monasterio. Estos tenían

su hipoteca, su trabajo, su vida montada. Al quedarse sin este medio de vida, no podían pagar la hipoteca ni regresar a casa, o porque ya había regresado algún otro hermano por idénticas razones, o los padres no les podían acoger por falta de espacio, recursos o simplemente porque no había buenos vínculos familiares.

También venían mujeres con hijos. A cada uno se le daba un bocata, una fruta y un yogur, además de los lotes que desde hacía tiempo se daban a algunas familias. Hasta la fecha, María José, mi hermana que estaba viviendo con nosotras mientras escribía su tesis de doctorado en Teología, es la que, por las noches, preparaba las bolsas de alimento para entregar al día siguiente, tarea que continuó Pilar una vez que se marchó María José. Hay que decir que quien abrió más la puerta es sor Juana Mari, una mujer con una gran sensibilidad, que no tiene un «no» para nadie y que es la encarnación de la hospitalidad y la dulzura. También es verdad que es tan rebuena que se la pegan, pero ella no deja de confiar.

Al regresar del Fórum de Pastoral con Jóvenes de Madrid, donde había visto de forma rotunda que «o somos coherentes, consecuentes y radicales» para vivir el Evangelio o seremos unos eternos mediocres, me impliqué de lleno, con Pilar, en la acogida a las personas.

Me juré a mí misma que mi «sueño», en el que todos pudiéramos compartir la única mesa a la que Jesús nos invita –para mí ese es el sentido verdadero de la Eucaristía–, estaba en mis manos que se hiciera realidad. La Iglesia y mi vida, o se centraban en el servicio –el gesto de lavarnos mutuamente los pies que nos dejó Jesús–, o no tenían sentido. La fe se verifica en el servicio y se nutre de la oración y del trato con los hermanos.

Pasamos de atender a siete, ocho, nueve o diez personas a atender en abril de 2009 a cuarenta y cinco diarias. Hablamos con Cáritas para ver si querían que unificáramos y juntos distribuyéramos alimentos. En aquel momento no lo veían claro, apelaban a otro tipo de recursos, y seguimos buscando complicidades. Desde Servicios Sociales tenían también sus reticencias, y los que siempre se dedicaron a este trabajo de ayuda a los más necesitados nos daban lecciones, llenas de buena voluntad, pero sin duda sin demasiadas ganas de cambiar la forma de funcionamiento, que estaba haciendo aguas por todos lados porque la situación era nueva. Terminé hasta el moño del argumento tan trillado de: «Hay que dar la caña y enseñar a pescar, y no dar el pescado». No entendía que no vieran que, si no se les daba de comer, tendríamos pescadores muertos de hambre con cañas en las manos, porque lo que no había era trabajo, o sea, posibilidad de pescar.

Así las cosas, el 3 de abril de 2009, Domingo de Ramos, con el apoyo de la comunidad de los jesuitas de la Cueva, los hermanos de Sant Joan de Déu, la Asociación Cultural Argentina, las hermanas dominicas de la Anunciata y la Asociación Cultural la Xarxa de

Manresa, organizamos una recogida de alimentos a la hora en la que la gente iba a la bendición de la palma.

Fue un éxito rotundo, que nos sorprendió gratamente. Visto lo visto, la regidora de Serveis Socials nos convocó a una reunión y acordamos que se nos derivarían las personas y familias en situación más precaria, aquellas a las que desde el ayuntamiento no se podía ayudar. Comenzamos a trabajar juntos.

Con todos los apoyos que teníamos de instituciones y con el gran soporte de los medios de comunicación local, constituimos una plataforma ciudadana de solidaridad. Desde la red sanitaria de la ciudad se nos comenzaron a hacer derivaciones, principalmente desde la Fundación Althaia, con quien llegamos a tener un importante nivel de complicidad. Entregábamos unos lotes de alimento a las personas que venían con la carta de derivación cada lunes. Esto suponía recoger alimentos toda la semana, que el timbre del monasterio sonara a cada rato por la gente que venía a traer su ayuda. Esto alteró bastante el ritmo y la calma de la comunidad, pero nunca hubo una queja ni un reproche. Sin embargo, todas veíamos que había que buscar un espacio más adecuado. Los locutorios del convento eran el almacén y el sitio de acogida, y la entrada principal era el espacio en el que los domingos por la noche, hasta entrada la madrugada, entre todas preparábamos los lotes que debíamos entregar al día siguiente.

Buscaba un espacio y no lo conseguía, y no entendía cómo desde la administración no nos facilitaban uno. Finalmente se lo pedí al presidente de Caixa Manresa, Valentí Roqueta. Me consta que se implicó y se movilizó. En un primer momento me dijo que no tenían nada. Pero yo seguí insistiendo de forma hasta pesada. En quince días un trabajador de la entidad nos entregaba las llaves de un local en el casco antiguo de la ciudad. Fui a rogar ayuda al alcalde, Josep Camprubí, y se comprometió a hacer los arreglos pertinentes. Costaba seis mil euros la adecuación del mismo, no era la muerte de nadie, pero tuvo la valentía de dar el ok, aunque después más de uno se le tiró encima. Así las cosas, cuando ya éramos casi treinta y cinco voluntarios y atendíamos a unas noventa familias, nos trasladamos a un local muy pequeño, a la calle Sobrerroca, pero con espacios en unos bajos para apilar la mercancía.

Trabajábamos mucho. Con Pilar pensábamos y buscábamos fórmulas para paliar la situación, y la verdad es que yo comencé a experimentar una gran impotencia ante el aumento de personas en situación límite. Por las noches no dormía, me despertaba con historias escuchadas durante el día, y me preguntaba una y otra vez ¿por qué?, ¿hasta cuándo?

Socialmente todavía no había tanta conciencia de la crisis y de la gravedad de lo que se nos estaba viniendo encima, pero nosotros le tomábamos el pulso a la ciudadanía y no parábamos de movernos y de movilizar a la gente. Los medios locales eran nuestros

grandes aliados, y me consta que llegamos a la gente con nuestro mensaje.

La profecía de los niños

Dejadme que os cuente una historia de esos días, la historia de Joan, un niño que por entonces tenía ocho años y que vivía en un barrio de las afueras de Manresa. Él, con toda la sencillez del mundo, me dio una gran lección que hoy quiero poner en off, porque sigue siendo cierto que a los niños hay que escucharlos. Francesco Tonucci habla de la «profecía de los niños» y creo que tiene mucha razón.

Bien, Joan se había enterado, porque lo había visto en la tele y en el diario, porque en el súper había una «cesta» para recoger alimentos para las familias necesitadas, que en Manresa había un grupo de gente que hacían campaña para que en la ciudad nadie se quedara sin poder comer, y para que entre todos les ayudaran. Y él, con sus pocos años, quiso colaborar. Fue a la hucha de su habitación, hizo un recuento de sus ahorros destinados a comprarse una Wii y los puso en un sobre. Después fue a hablar con sus padres y les dijo: «Este año no quiero regalos de Reyes, por lo tanto en mi carta a los Reyes les pido que podamos comprar alimentos para los que no tienen que comer».

Mientras sus padres no salían del asombro, Joan llamó a sus abuelos y les dijo lo que ponía en su carta a los Reyes. La abuela se disgustó. El abuelo se quedó pensando, y luego ambos lo celebraron, y decidieron colaborar.

A los dos días padres y abuelos tomaban idéntica decisión que Joan. Les emocionaba el gesto, pero no sabían cómo el niño había tomado esta decisión, ni si alguien le había influenciado. A la abuela le vino un ataque de «ternura» y dijo: «Compraremos alimentos, pero igualmente le haremos los regalos: se lo merece, y para él será una sorpresa».

Bien, esta semana vinieron con una furgoneta llena de alimentos. El padre de Joan me explicó lo ocurrido, mientras Joan descargaba el coche. Le dije al niño que el lunes, cuando entregáramos los alimentos, diríamos que era de parte de «Joan». Él se alegró, y le dijo a su padre: «Ah, y que quede claro que este es mi regalo, ni se os ocurra regalarme nada más, porque conozco a la abuela y se enfadará porque no los aceptaré». Lo tenía claro.

Vi al niño muy decidido, y me consta que su padre no lo tuvo fácil para convencer a la familia de que Joan no quería regalos. Es más, les dijo que si le hacían algún regalo «por ternura», Joan se llevaría un disgusto. Y la buena de la abuela tuvo que aceptar y respetar.

Celebré el gesto de Joan, y eso me animó a creer que los niños pueden ayudarnos a cambiar el mundo. Me dio mucha esperanza y me dije: «¡El mundo tiene futuro, estos

niños serán nuestros líderes, de hecho ya lo son!». Ellos nos ayudan a abrir los ojos a la realidad: no puede ser que estemos en una burbuja, mientras la gente se lo pasa mal. Ellos saben comprometerse, no hay que sobreprotegerlos tanto, porque como Joan, los niños pueden seguir dándonos lecciones de vida.

Yo quiero ser cristiano

Pero en esos días pasó algo con otro niño. Este de siete años, musulmán y que cada semana al pasar por el convento tocaba el timbre y preguntaba: «¿Está la Lucía?».

En una ocasión me pidió que rezara por su abuelo que había muerto en Marruecos, y en otra, cuando llamó a la hora de vísperas, le dije que no era hora, que estábamos en la capilla orando. «Ah –me dijo–, estáis en vuestra mezquita.»

Una tarde, además de saludarme me dijo que teníamos que hablar. Por el tono serio de su demanda lo hice pasar, le serví una taza de chocolate y me dispuse a escucharlo.

Con voz solemne me dijo: «¿Qué es ser cristiano?». Antes de darme tiempo a responder a tan inesperada pregunta, me soltó otra: «¿Qué debo hacer para ser cristiano? Porque este año, si yo soy cristiano, tendré regalos para Navidad».

Me dejó de piedra y le dije: «Suliman, ¿quién te ha dicho esto?». «Mira, Lucía –me respondió–, en el colegio me dijeron los otros niños que a los musulmanes no se les trae regalos porque no creemos en los Reyes Magos ni en Jesús. Como yo no les creía le pregunté a mi padre, que me dijo que yo no tendría regalos porque él no tenía dinero.» Pero la cosa no quedó ahí, mi amigo continuó su razonamiento: «Si yo soy cristiano, además de regalos, seré rico y podré comprar regalos no para mí, sino para los niños que hoy son pobres como yo».

Mucho me hizo pensar mi pequeño amigo musulmán, y muchas veces me he preguntado: «Si quitamos los regalos, la gran cena y todo el montaje del consumismo: ¿qué les queda a nuestros niños de la Navidad? Son cristianos –de nombre–, pero ellos tampoco saben qué celebramos en Navidad».

A los pocos días de este suceso, tuve la oportunidad de comentarlo con el papá de mi pretendido «catecúmeno», que me dijo: «Sor, a veces me pregunto: si nosotros quitamos el ayuno del que tanto se habla en el Ramadán, ¿qué queda de este tiempo de gracia para los musulmanes?, ¿cuántos musulmanes son consecuentes con lo que celebran en el Ramadán, y cuántos hacemos las oraciones simplemente porque están mandadas? A veces estamos enfilados rezando en la mezquita, uno al lado del otro, pero nuestros corazones están divididos, distanciados, y además, aún no sabemos ser solidarios con los que se lo están pasando mal».

«¡Yo quiero ser cristiano!» Yo, por ahora, pido el don de la fe para todos los que buscan la verdad, el bien, la bondad, la felicidad; pero no una fe de dogmas o de religiones, la fe que nace del corazón y que nos mueve a ser más humanos, que es una forma de ser más divinos.

«¡Yo quiero ser cristiana!» porque así tendré el regalo de la fe en Jesús; porque recordar que se hizo hombre me humaniza; porque saber que se hizo pobre me enriquece, y porque creo que en Él he encontrado un tesoro y una manera de vivir con libertad.

La pobreza en nuestras ciudades y barrios tiene cara y ojos

A medida que pasaban los días y las semanas, crecía en mí la certeza de que la pobreza tenía el rostro de tantos jóvenes rotos y con sentimiento de fracaso, por no poder pagar un alquiler, por haber sido engañados por los bancos, por haber tenido que dejar de estudiar, porque se les bloqueó el acceso a una vida digna.

Tenía, y tiene cada vez más, la cara gastada de los hombres que viven en la calle, y a los que el sol, el frío y la soledad han ido envejeciendo más deprisa. Ellos dicen: «Estamos en la puta calle y sin posibilidad de salir de ella».

Pero también la pobreza se vestía del dolor de madres con hijos a los que no tenían ni tienen qué darles de comer y que además les han cortado la luz, el agua y el gas por falta de pago.

La pobreza tiene hoy muchas, muchísimas caras, de gentes que están en el paro, de gentes que de un día para otro han sido despedidas; de jubilados a los que la paga no les alcanza, de ancianos que esperan una residencia y no tienen quien les cuide, etc.

Y a causa de la crisis, los pobres son más pobres, y han surgido, de la noche a la mañana, nuevos pobres con diversos rostros y realidades. La pobreza se va extendiendo, y la crisis no es un tópico, es una realidad: una triste y dura realidad.

Y nadie puede decir «esto no es mi problema». Porque la crisis y la pobreza es un problema de todos. Y si no damos respuesta a las necesidades más urgentes, como son la comida, la salud, la luz, la vivienda, pronto tendremos realmente no un problema, sino un grave problema, porque todo el mundo –también los más empobrecidos– debe comer, y si no tienen para comer, lo tienen que conseguir. Y ya entraremos en una rueda más complicada.

Pasamos de la atención de los «crónicos» a tener un noventa por ciento de inmigrantes, y a día de hoy a atender cada vez a más gente del país.

De ahí que con el equipo con el que estábamos intentando dar respuesta quisiéramos

agudizar nuestra imaginación para ver qué podíamos hacer para aliviar esta situación y este dolor de tantas personas; pero sobre todo para crear un sistema nuevo, porque el existente, montado en las subvenciones y en las ayudas infinitas de «papá Estado», ya no da para más, sencillamente ha fracasado, por abuso de unos y por negligencia de otros; por falta de profesionalidad y acompañamiento de las personas o por desidia de la administración.

«¡Seguro que algo podemos hacer!», nos repetíamos cada día, no conformándonos con paliar una situación.

Nuevas formas de pobreza

La bonanza económica de los últimos años en Europa ha ido gestando en sus entrañas una gran crisis, fruto de la trampa y del engaño de un sistema capitalista sin escrúpulos, construido sobre la especulación, que utilizaba a las personas para conseguir el enriquecimiento de unos pocos a partir de la explotación y de una nueva forma de esclavitud: los créditos indiscriminados y las hipotecas de fácil acceso y de eterna duración. La letra pequeña era la trampa de las entidades financieras y fueron muchas las víctimas atrapadas por los tentáculos de este sistema.

Cuando se veía que algo no funcionaba, hace un par de años, la inmigración a gran escala era vista con ojos no benévolos por muchos que decían ver amenazados sus puestos de trabajo o las posibilidades para acceder a ellos, cuando en realidad la gran mayoría de los inmigrantes hacían el trabajo que nadie quería o el trabajo más marginal y precario.

Hasta ahora el objetivo de muchos era llegar a ser funcionarios para garantizar su estabilidad, el de otros era el de trabajar en la profesión escogida.

Las facilidades dadas por los bancos habían hecho subir el nivel de vida de muchos hasta niveles insospechados; personas que pese a la aparente estabilidad económica estaban ya hipotecadas de por vida.

Pero de repente parece que el sistema ha hecho un crac y a nivel mundial se habla de una gran crisis económica. La crisis se ha globalizado y con ella han salido a la superficie nuevas formas de pobreza –nuevos pobres– en nuestras ciudades, en nuestros barrios y familias, etc., y la exclusión social aumenta considerablemente día tras día, hasta el punto de que hoy podemos hablar de gente que no tiene lo necesario para algo tan esencial como «el pan de cada día».

Sin duda a las pobrezas conocidas se suman las de los inmigrantes que hasta ahora podían incluso enviar dinero a sus países de origen, pero que en estos momentos, con

muchas dificultades, intentan sobrevivir o llegar a final de mes.

Muchos jóvenes que se habían emancipado no pueden pagar el alquiler y ha aumentado el número de personas que viven en casas ocupadas, que duermen en los coches o en la calle.

El cierre masivo de empresas ha disparado el número de personas que se encuentran en el paro, y muchos ya han agotado este recurso y se ven forzados a pedir una ayuda a los servicios sociales u otras instancias, que cada vez son más insuficientes debido al aumento considerable de gente en situación de precariedad, marginación y/o exclusión social.

Los pisos son subastados sin haber sido pagados, y muchos deben entregar las llaves al banco, lo que comporta una desestructuración familiar importante: algunos deben volver a casa de los padres y pueden hacerlo, pero hay otros que no tienen apoyo familiar y se encuentran literalmente en la calle, incluso con familia a su cargo.

Miles y miles de personas buscan trabajo en un mercado laboral que se ha agotado. Y los que aspiraban legítimamente a poder escoger una plaza de funcionario para disfrutar de estabilidad ahora se ven abocados a la búsqueda del trabajo que pueda salir, el que sea, para poder sobrevivir.

Nos encontramos con personas empobrecidas, que son víctimas de una estructura social injusta.

Nuevas formas de pobreza son también el miedo al futuro y la incertidumbre del presente; la situación de debilidad y vulnerabilidad, que generan un gran malestar físico y psíquico y que traen consigo sentimientos de soledad y abandono: de frustración.

Estamos ante una situación nueva, que también está poniendo sobre la mesa una nueva forma de riqueza humana que hay en nuestra sociedad: la gente no se muestra indiferente ante el sufrimiento de tantas personas que viven cerca, y la solidaridad manifestada hacia países del Tercer Mundo hasta este momento se está poniendo de manifiesto en la respuesta que se da a los llamamientos a compartir con los que tienen menos y están muy cerca.

Sumando voluntades, multiplicaremos resultados, y seguro que si nos dejamos transformar por esta situación, aprenderemos a vivir lo más importante y esencial. La crisis nos ha de humanizar y nunca endurecer. Es una tarea de todos y es posible acometer el desafío de luchar a muerte por la vida, por la vida de todos, sin excepción.

10. La salida del armario

Una noche de insomnio

Era el mes de junio de 2009, todavía estábamos en el convento funcionando en la acogida de las personas y yo comenzaba a angustiarme, porque si bien las ayudas llegaban, porque la gente se movilizaba y porque cada semana organizábamos recogidas de alimentos, comenzábamos a tener que comprarlos, y esto iba en aumento, porque no se veía que las cosas mejoraran. Y como es lógico, nuestros recursos y los ahorros de la comunidad eran muy limitados y se iban acabando.

A sor Neus no solo recurro para que gane el Barça, lo hago siempre que algo me apremia. Alucinábamos cuando le pedíamos que rezara para que llegaran determinados productos, y sin saber cómo, acababan llegando. Un día le dije: «Neus, necesito cien litros de leche». Ella se quejó y me dijo: «Es mucho». Insistí diciéndole que si ella tenía confianza, que a «su Jefe o su Esposo» le resultaba igual de fácil conseguirnos un litro que cien o doscientos. Y como yo soy muy «mala» la amenacé, en presencia de otra bendita, sor Maria Dolors, que solo tiene diez años menos que ella: «Si no traen esa leche, pasarán dos cosas: primera, perderé la fe; segunda, te ordeñaré a ti para que me des la leche que necesitamos». Ni qué decir que su expresión muy sentida fue: «*Mare de Déu, quines coses dius!*». [\[16\]](#)

Esa tarde en la oración de vísperas sor Maria Dolors en voz alta decía: «Señor, que llegue lo que pide sor Lucía, si no perderá la fe». No sé cómo oraría sor Neus, pero durante ese fin de semana la leche llegó.

Las donaciones en especie iban en aumento, pero cada vez eran más insuficientes. Cada semana teníamos más gente, y a pesar de ello nadie se marchó nunca con las manos vacías, pero al final estábamos con el ay en el corazón por si no llegábamos a todos. No pretendía tentar a la Providencia, pero de hecho seguíamos adelante con confianza.

Habíamos realizado muchas recogidas de alimentos, hasta esa fecha había enviado más de quinientas cartas a empresas pidiendo ayudas. Sabíamos que éramos un recurso, pero queríamos avanzar buscando salidas y soluciones de fondo, estábamos practicando el «esencialismo» más elemental, pero no nos olvidábamos, mientras nos desbordaba la urgencia por conseguir alimentos, de que queríamos trabajar con las personas combatiendo de raíz el problema que les aquejaba: la falta de trabajo.

Una noche, concretamente la del 10 al 11 de junio de 2009, a las dos de la madrugada, cuando me resultaba imposible conciliar el sueño pensando en cómo conseguir ayudas,

me levanté decidida a buscar en el cajón de mi escritorio una cajita con tarjetas que a lo largo de los últimos años me habían ido dando diversas personas. Pero esa noche yo buscaba una tarjeta que era diferente en su forma, textura y tamaño. Buscaba la tarjeta que en el mes de febrero de 2007 Rosa Oriol me había entregado durante una comida en la Escuela Joviat de Manresa. Se celebraba la Jornada de la Paz en el marco de las fiestas de la luz, y ese año los organizadores eran los miembros del Rotary Club de Manresa. Yo había sido la pregonera de las fiestas y había coorganizado una mesa redonda en la que había participado mi común amigo con Rosa Oriol, Pepe Bono.

Valga un paréntesis para explicar mi amistad con Bono. El 8 de diciembre de 2001, día de la Inmaculada, Fernando Delgado, de la Cadena SER, me acababa de entrevistar en el programa *A vivir que son dos días*, para que le presentara el *Diccionario de nombres* que yo acababa de publicar con Martínez Roca. En la entrevista, después de hablar sobre el significado de unos cuantos nombres, me preguntaron cuál era el nombre que más me gustaba y dije que «Sofía», que significa «sabiduría». Después, Fernando entró en temas eclesiales, y la entrevista se alargó bastante. Acabada la conversación, y pasados unos minutos, me llaman por teléfono y me dicen del otro lado: «Hola, sor Lucía, soy José Bono, el presidente de Castilla-La Mancha». Yo pensaba que alguien me estaba tomando el pelo, y manifesté mi incredulidad. Ante mi persistente desconfianza y su insistencia en decir «ser quien era» le solté: «Si tú eres José Bono, yo soy Felipe González». A lo que él respondió: «Supongo que las monjas no mienten, y serás Felipe González, porque yo soy José Bono». Me convencí y quise que la tierra me tragara. Pero la cosa no acabó ahí. Dos días después recibí un paquete enviado por MRW que traía una carta y un libro titulado *José Bono se presenta*. Nos hicimos amigos, él siguió siendo Pepe Bono y yo dejé de ser «Felipe González» para ser sor Lucía, la amiga de Pepe Bono.

Volviendo al encuentro con los Tous, al acabar la comida, y antes de marchar, Pepe me dijo: «Si alguna vez necesitas alguna ayuda, Rosa y Salvador, que son buenas personas y mejores amigos, seguro que te echan un cable». Rosa asintió, y como no llevaba su tarjeta encima le pidió a Salvador que me diera una suya. Esa noche de insomnio me vino a la mente aquella conversación, y en pocos minutos estaba escribiendo a Rosa Oriol.

Esa carta y la respuesta que obtuve marcaron un antes y un después, significaron una gran posibilidad para trabajar más y mejor y para poder dar un paso más en nuestros anhelos de solidaridad y justicia.

La transcribo, porque para mí fue muy importante, y me consta que para Rosa también.

Estimada Rosa:

Me animo a escribirte porque creo que me puedes echar una mano. Hay veces en que uno se mete en jaleos que podría ahorrarse, pero cuando hay gente que se lo pasa mal, uno entiende que hay que «mojarse». Y aquí estoy.

Me explico. La situación de crisis está golpeando a mucha gente, también de nuestro entorno. Me animé a hacer una Plataforma Ciudadana de Solidaridad y nos reunimos unas treinta personas e instituciones de la ciudad, ya que hay un importante número de personas a las que el ayuntamiento no puede ayudar por sus normativas y que se quedan sin poder ni comer.

Nos encontramos con personas mayores, que cobran una paga mínima y que, pagando un alquiler, no tienen para nada más; otros que cobran una ayuda de 400€ de la administración, y con eso no llegan a alimentar a sus hijos, y con muchos inmigrantes o personas que son del país, pero que al no llevar un año empadronados en Manresa, no tienen derecho a ninguna ayuda.

Bien, desde hace casi tres meses que hacemos recogidas de alimentos en las escuelas, en los supermercados, pedimos por los medios de comunicación, etc., pero con todo no llegamos. Actualmente desde el convento estamos dando de comer cada día a 47 personas y dando alimentos a 153 familias. Hoy lo pasé mal, porque se me acabaron las provisiones. Confío en que con las campañas que están en marcha tendremos para la próxima semana, porque eso de que Dios aprieta pero no ahoga es relativamente cierto: creo que aprieta, ahoga, y cuando ya no podemos más, nos echa un cable.

¿Por qué te escribo? Para ver si nos podéis ayudar como mejor os parezca o consideréis. Imagino que tendréis muchos pedidos, pero viniendo este de Manresa, tal vez puede tener suerte y «entrar en consideración».

Nosotros damos a las familias un lote con: legumbres, arroz, pasta, leche, aceite, galletas, cuando hay niños damos Cola Cao y potitos, y además pañales, ya que estos son muy caros y tenemos muchas madres que están en situación límite.

Lo dejo a tu consideración, y tanto si es posible como si no lo es, agradezco tu atención y ayuda.

Una respuesta inmediata

Hacia dos días que había enviado la carta cuando me llamaron por teléfono. Era Rosa Tous, la hija mayor de Rosa Oriol, que quería venir a hablar. Su madre le había encomendado tomar contacto y venir con unas propuestas concretas, además de escuchar qué necesitábamos. Quedamos en que vendría el lunes, día en que entregábamos los alimentos, y como es lógico, se encontró con los locutorios y la entrada

del monasterio llenos de cajas y todo dispuesto para la entrega de los lotes en el improvisado «banco de alimentos» que habíamos montado.

Supe que Rosa era considerada como «la ONG de la familia Tous», ya que siempre manifestó una sensibilidad especial por las causas de las personas en situación de vulnerabilidad.

Sintonizamos inmediatamente y se interesó por todo lo que estábamos haciendo. Una vez que me expliqué y que procuré transmitirle cómo vivíamos esta nueva situación, Rosa me dijo que ella traía tres propuestas. Se ofrecía para contactar con algunas empresas para conseguir alimentos, lanzarían una campaña dentro de la empresa para recoger alimentos entre los trabajadores de Tous, y como familia harían un donativo, con lo que pagaríamos las compras para las semanas siguientes. Nos venía como agua de mayo.

No pasaron dos días y recibimos donativos en especies de dos supermercados, a los que Rosa había llamado, pero con uno de ellos, con Llobet, iniciamos, además, una colaboración muy estrecha, que a día de hoy continúa y que nos abrió la puerta para buscar idéntica fórmula de ayuda con otros supermercados. Este sería y es aún un punto de recogida fijo, muy bien indicado, por el que pasamos a recoger los alimentos cada quince días.

Y como es lógico, nos llegó también el fruto de la colecta de alimentos realizada en Tous, y la ayuda que nos había prometido, con la que tranquilicé mi ansiedad y pude pagar puntualmente algunas facturas de alimentos.

Al poco tiempo, Rosa me dijo que su cuñado, Lluís Corominas, el marido de Alba, quería colaborar con nosotros, y que vendría a una charla en la que, junto a Natxo Tarrés, yo presentaba un libro del jesuita Xavier Melloni. Estábamos en el mes de octubre de 2009.

Llegó el día de la presentación del libro, y yo contaba con que una vez acabada esta, nos veríamos para hablar con Lluís y ver cómo y en qué nos ayudaría en medio del gran crecimiento que experimentábamos en el reparto de alimentos. Pero nada más comenzar mi intervención, Lluís se levantó y se marchó. Al verlo, me distraje y me dije a mí misma: «Sí que le has aburrido rápido». Pero de eso nada. Al día siguiente Lluís se presentaba en el monasterio acompañado de su cuñada Rosa para explicarme que se había marchado porque su suegro venía con una mala noticia para él: acababan de robar en la joyería de sus padres en Navás. Un robo dramático, ya que los impresentables ladrones habían encañonado a la hermana y a los padres de Lluís, ambos de setenta y cinco años, en presencia de sus sobrinos de seis y ocho años. Después supe todo lo que eso significó para los niños y que les llevó a cerrar definitivamente la tienda. Estaban hartos de tanta inseguridad y robos.

A partir de aquel momento, y de la excelente sintonía con Lluís, tanto de parte mía como de Pilar, que ya piloteaba la Plataforma de los alimentos, Lluís pasó a ser una pieza clave en toda esta movida solidaria. No tenía un «no» para nada de lo que se le pedía. Su coche pasó a ser el coche de recogida, de carga y descarga, y su generosidad y disponibilidad hicieron que en muchos temas comenzáramos a ver la luz. Su implicación fue inmediata, y además de venir cada lunes a la entrega de alimentos, conmigo hacía de relaciones públicas y de «socio» con el cual nos dedicábamos a pedir, a hacer contactos para nuevas ayudas, y de «cómplice» para idear formas y maneras de obtener recursos.

No fue un milagro, pero ocurrió en el Miracle

No se veía salida a la situación que estábamos viviendo. Llevábamos ocho meses desde que nos habíamos constituido como Plataforma Ciudadana de Solidaridad de Manresa, y teníamos a nuestras espaldas más de sesenta recogidas de alimentos y campañas en escuelas, fábricas, empresas, asociaciones de vecinos, etc. La radio, la televisión y la prensa escrita de Manresa y comarca cada semana nos apoyaban y eran el altavoz de nuestras necesidades más urgentes.

Muchos, fundamentalmente los que tienen el culo enganchado al sofá y no hacen nada, o hacen muy poco por los otros, pero les encanta criticar, tal vez para mitigar el peso de sus conciencias que les recriminan la falta de compromiso y la mediocridad, criticaron mi presencia en los medios y que «publicitáramos» todo lo que hacíamos. Explicar todo y mostrar nuestro trabajo era, por una parte, una forma de transparencia, para que la gente supiera adónde iba lo que nos daba, y por otra formaba parte de la campaña de sensibilización ciudadana, tan importante tanto para revertir la situación que vivíamos como para generar nuevas complicidades. Algunos se atribuían el derecho, Evangelio en mano, de decirme que «lo que da tu mano derecha, no debe saberlo tu izquierda», pero no sé si esos se enteraron de que en esta época lo que no se explica ¡no existe!, y que dicha norma evangélica pretende evitar que determinadas obras sirvan para hacer subir el ego de los donantes: en nuestro caso, éramos y somos receptores o meros intermediarios de la generosidad de los otros. Tengo claro que nos dedicamos a distribuir lo que es de todos y que se nos confía para ponerlo al servicio de aquellos que tienen menos oportunidades o que tienen serias dificultades para acceder a lo que en justicia les corresponde, y que por coyunturas determinadas no les llega.

Algunos de esos mismos que nos acusan y descalifican vinieron cuando inauguramos el primer local de la Plataforma de los alimentos. Al acabar el acto, me hicieron un aparte para «hacerme una corrección fraterna» y decirme que veían que «nuestra plataforma de

alimentos» estaba vacía de contenido. No entendía qué querían decir, pues alimentos teníamos todo lo que podíamos almacenar, y eso de «contenido» no sabía a qué se refería. En su afán proselitista, me lo intentaron explicar: les llamaba profundamente la atención y les daba auténtica tristeza que en el local no hubiera ningún signo religioso. Yo no podía creer lo que oía, y antes de mandarlas adonde muchos mandan y pocos van, les dije: «¿Que no hay signo religioso? ¿Y el servicio y el compromiso y la atención a las personas qué son?». Luego, en plan cachondeo y comentándolo con algunos del equipo nos reímos mucho, mi hábito –que no deja de ser un signo– se les había vuelto invisible, y a falta de dinero para comprar sillas, en el local solo había unos bancos de la iglesia del coro alto del monasterio que pude robarme para que dieran mejor servicio. Pero no, ellos/as lo que echaban en falta era, en realidad, una cruz en las paredes, y tan ciegos estaban, que eran incapaces de ver a tantos crucificados por las injusticias que poblaban nuestro local, cada vez en mayor número y precariedad, y que son quienes prolongan en la historia y en el día a día la pasión del Dios a quien dicen seguir, pero a quien no saben ver vivo en medio nuestro. ¡Qué ceguera!

Con algunos del equipo no dejábamos de dar vueltas a la situación: ¿cómo generar oportunidades?, ¿cómo ayudarles a salir adelante?, ¿cómo atenderlos mejor? Por otra parte, las personas y empresas que nos ayudaban cada vez eran más y la gestión requería una mejor infraestructura. Todos teníamos claro que lo más importante era seguir trabajando desde la gratuidad, potenciando el voluntariado y cuidando de forma exquisita a las personas que venían en busca de ayuda.

Teníamos más de 250 familias, éramos unos cuarenta voluntarios y el local de 60m² se nos había quedado muy pequeño; no podíamos organizarnos dentro de él como queríamos. Eso nos obligaba a tener que repartir las donaciones en diversos espacios y a tener que estar, el día de los repartos, arriba y abajo. A través de la prensa hicimos un llamado a la solidaridad, necesitábamos un local para poder atender con dignidad a la gente. Una vez más la familia Tous nos ayudó. Recuerdo que el día que el diario publicó mi pedido yo estaba en Zaragoza esperando el tren para regresar a Manresa. Recibí una llamada de Lluís: «Dice Alba que la familia tiene un local en la carretera de Vic, que si quieres verlo y si ves que nos conviene para la Plataforma, podemos disponer de él de forma inmediata». Y como en mí y en ellos todo es *pensat i fet* [dicho y hecho], quedamos en que me recogerían a mi llegada a Manresa para ver el local.

Cuando lo vi, aluciné en colores. Tenía una muy buena ubicación, una entrada muy amplia, 250m², además de un espacio contiguo para utilizar de almacén y un garaje muy amplio en el que nos dejaban una furgoneta para los continuos viajes. A las veinticuatro horas estábamos los voluntarios limpiando el local, y con la ayuda de un pintor amigo

nos pusimos manos a la obra para ponerlo en condiciones y comenzar el traslado. Eso sí, querían discreción y no era necesario ningún trámite más que una cesión del espacio. Esa actitud generosa, en la más absoluta discreción, sin pedir nada a cambio, es la nota característica de la familia Tous. Y pensar que los envidiosos de turno se inventan que la Fundación se hizo para tener beneficios fiscales: simplemente querían ayudar, y eso lo digo yo y cualquiera de los voluntarios y colaboradores. Desde el principio nos abrieron su casa y solo les hacía feliz saber que estaban haciendo algo por la gente de Manresa. Y lo hacían desde el anonimato más absoluto.

En mayo de 2010 nos trasladábamos al nuevo local, y allí, el día de la inauguración, le dije a Alba Tous, delante de toda la gente, que ya era hora de que saliéramos del armario; que explicáramos que el local era de ellos, y que la familia Tous nos estaba dando una mano en este trabajo y en esta tarea. No le quedó más remedio, pero sin duda era para todos una satisfacción compartir el compromiso de una familia que, a pesar de haber podido marcharse de Manresa, había optado –habiendo internacionalizado el nombre de la ciudad por una marca de calidad, la marca Tous– por quedarse en su entorno, conservar sus amistades y seguir con una vida sencilla y muy cercana a la ciudad y a las personas, y crear trabajo, como lo siguen haciendo, en el lugar que los vio nacer y al que quieren de verdad. Manresa está en deuda con ellos, y sin embargo eran ellos los que se sentían deudores de la ciudad.

A partir de ahora: ¿qué hacer?, ¿hacia dónde ir? «Y si esto sigue creciendo –me decía a mí misma– tendremos que organizarnos y yo deberé priorizar entre todo lo que tengo entre manos.» Lo primero, mi estilo de vida contemplativa estaba absolutamente en función de la urgencia del momento que vivíamos; pero por otra parte, esto iba para largo y no valía eso de «ayudar hasta que quiera, o hasta que nos cansemos», o hacerlo de forma temporal. Se estaba configurando algo nuevo, y no sabía qué, pero no me quería cerrar a nada.

Estábamos ante un compromiso con las personas y ante una opción por el cambio. Algo no estaba funcionando en el sistema, y entre todos podíamos y debíamos hacer alguna cosa: implicarnos. Con Pilar nos quedábamos hasta altas horas de la madrugada clasificando las fichas de las personas y haciéndonos preguntas: ¿qué hacer?, ¿cómo trabajar?

Era muy fácil en aquellos momentos culpar a los bancos o a los políticos, como responsables únicos de la gravedad de la crisis, pero si éramos sinceros, todos, en alguna medida, teníamos alguna responsabilidad por acción o por omisión: a todos nos vino bien el nivel y el ritmo de vida; todos, quien más quien menos, se habían subido al carro de la sociedad del bienestar y habían gastado más de la cuenta hipotecando el presente y el futuro. Nos repetíamos por activa y por pasiva que para salir de donde estábamos

debíamos ser conscientes de que si «todos somos parte del problema, todos debemos ser parte de la solución», y que no valía aquello de lavarnos las manos y decir: «Este no es mi problema», porque si no somos corresponsables, todos tendremos un problema mayor, como de hecho está ocurriendo.

No queríamos improvisar en la respuesta, y con un grupo de trece voluntarios, a principios de junio de 2010, nos fuimos al Miracle de Solsona, un monasterio benedictino dependiente de Montserrat, a reflexionar, a trabajar y a diseñar una estrategia para seguir avanzando.

Entre nosotros estaba Xavier Gros, el marido de Isabel Carmona, una voluntaria que resultó ser una gran colaboradora. Ella hacía tiempo que quería hacer algo por las personas, y quería dedicar su tiempo para ayudar, pero no encontraba dónde ni en qué. Se presentó un día en el monasterio para ofrecerse. Desde el primer momento se implicó a fondo, con Pilar coordinaban las acciones y el día a día de la Plataforma de los alimentos. Esta vez además había implicado a Xavier, su marido, que tiene una asesoría y que nos podía ayudar. Con los años Isabel implicó a su familia, hermana, cuñado, amigos, y a un grupo de colaboradores que hoy hacen posible muchas cosas lindas, grandes e importantes y que sin duda han ampliado en número esta gran familia de voluntarios.

Aquel fin de semana hicimos un análisis de lo que nos estábamos encontrando, el rostro de las nuevas formas de pobreza, la situación de cada grupo, de las familias monoparentales, de las personas con problemas de adicciones, de las personas que estaban en la calle y un largo etcétera de situaciones que ya nos eran familiares. Luego nos preguntamos cómo trabajar. Xavier nos explicó el alcance de una fundación, y que eso nos daría mayores posibilidades a la hora de emprender proyectos a largo plazo para ayudar a las personas a salir de su situación. La idea era no ser solo un recurso, sino ir más allá. Pilar siempre insiste en que «un proyecto no se debe agotar en la intervención misma, sino que debe tender a erradicar o modificar las causas que lo provocan», y para eso necesitábamos una estructura sólida y reconocida.

Aquel fin de semana sacamos muchas cosas en claro. Decidimos que haríamos una fundación, porque nos ayudaría a poder avanzar. Necesitábamos sesenta mil euros para constituirla, y no tenerlos no nos paralizó: nos prometimos conseguirlos. Nos pusimos como objetivo cuidar a nuestros voluntarios, que es el gran capital con el que contamos incluso a día de hoy, que han llegado al número de doscientos, con muchas horas invertidas de forma continua. Hicimos un esbozo de lo que serían nuestras prioridades y objetivos, y por ser atrevidos, hasta escogimos a los que serían los patronos de la futura fundación.

Nos repetíamos: «No podemos salir de esta crisis para entrar en la misma dinámica

que nos trajo a esta. Se acabó el tiempo de vivir de subvenciones y de descargar las responsabilidades en la administración». Veíamos la necesidad de crear trabajo y nuevas formas de trabajar. Tal vez pecamos de «ingenuos» –dirán algunos–, pero creo que éramos más realistas que nunca, sobre todo cuando constatábamos que la mayoría de las personas que venían por alimento no tenían problemáticas sociales graves –de continuar esta situación las tendrían–, sino únicamente la falta de trabajo. Por otra parte, era evidente que el trabajo estaba y está mal repartido. No puede ser que tengamos un índice tan alto de parados y por otra parte gente que vive para trabajar, cuando lo lógico sería que todos pudieran trabajar para vivir.

Buscar la forma de generar empleo –nos decíamos–, pero no a cualquier precio ni cualquier empleo. Un trabajo humanizador que nos ayude a convivir y que permita tener una vida digna.

Por otra parte, el hecho de ser una fundación nos permitiría promover cooperativas o nuevas fórmulas no dependientes, porque entre todos nos cargamos el sistema. Una y otra vez la pregunta de Kennedy nos marcó la orientación: «No es hora de preguntar qué puede hacer mi país por mí, sino qué puedo hacer yo por mi país».

Salimos con las pilas cargadas, con una gran complicidad, y con una consigna: todos nuestros proyectos y acciones debían tener el sello del *caliu*, una palabra catalana que no tiene una traducción que nos convenza, pero que quiere expresar calidez entrañable, cercanía, «corazón».

Nace la Fundación Rosa Oriol

Preparé el acta de lo reflexionado en el Miracle y me fui a visitar a Rosa Oriol y a Salvador Tous. Les expliqué el proyecto. Ellos, como siempre, me escucharon con una atención exquisita y me prometieron ayudarnos. Después supe que esa tarde Rosa le dijo a Salvador: «Ya está, esta es la fundación que queríamos hacer». Y es que la familia Tous, desde hacía mucho tiempo, quería hacer algo por la gente, querían, en palabras de Salvador, devolver a la sociedad lo que les había dado a ellos, y querían crear oportunidades para las personas, pero no encontraban cómo ni qué. Mucha gente, de forma cotidiana, les pedía ayuda económica para diversos proyectos, pero ellos querían trabajar e implicarse en un proyecto con cara y ojos, y el nuestro les convencía.

Alba Tous me llamó para decirme que adelante, que ellos ponían el capital fundacional, y que no pidiéramos a nadie más dinero para la constitución de la fundación. Estaban de acuerdo y nos apoyaban porque se sentían identificados con nuestros planteos y forma de hacer. Así las cosas, pedimos a Rosa Tous, que desde hacía

un año estaba muy cerca de nosotros, y con quien había una complicidad y sintonía entrañable, que fuera la presidenta, y yo misma fui llamando a cada uno de los patronos que habíamos propuesto en aquel fin de semana. En diez días teníamos todo ligado y los convocamos a una reunión.

Les dimos la palabra a los patronos, y después de preguntar por las estrategias, retos, proyectos, etc., y ofrecernos colaboraciones y puntos de vista, lo primero que hicieron de forma unánime fue elegir a Rosa Tous presidenta y dejar constituido el Patronato. Helena Rakosnik fue elegida vicepresidenta, Lluís Corominas, secretario, y Xavier Gros, tesorero, y el resto del equipo vocales, todos importantes y todos implicados.

Acto seguido, nos tocaba buscar un nombre para la fundación, y después de escuchar algunas propuestas, los patronos se inclinaron por dar a la fundación el nombre de Rosa Oriol. Al fin y al cabo, ellos se implicaban y significaba una marca de calidad, un compromiso y también una carta de presentación. La historia de Tous, una empresa familiar que nació y creció con trabajo, poco a poco, con transparencia y que se transformó en un referente, nos inspiraba confianza y un camino a seguir. Pero nos tocaba preguntar a Rosa si estaba de acuerdo.

La llamamos y vino junto con Salvador. Aceptó, estaba sin saber qué decir, pero poco a poco se fue haciendo a la idea, y con su sencillez y espontaneidad fue comentándonos que después de haber creado el «osito» y la marca Tous, ella, que era Oriol de apellido, ahora podía morir tranquila porque algo quedaría con su nombre y no solo con el de Salvador. Todos reímos, compartimos, brindamos, y quedamos para firmar el acta de constitución, que fue el mismo día de San Ignacio de Loyola, tan significativo y relacionado con Manresa, el 31 de julio de 2010. Con la firma el día de la constitución de la Fundación, salíamos definitivamente del armario y quedaba clara nuestra línea de trabajo y nuestra vinculación.

¿Proyecto? Una realidad imparabile

Aquello de Albert Camus de que «la verdadera generosidad hacia el futuro consiste en entregarlo todo al presente» ha hecho que los proyectos tarden muy poco en hacerse realidad. De hecho, creo que hemos batido récords en eficacia, innovación, gestión y servicio desde nuestras plataformas.

Hace un año y medio nos imaginábamos una plataforma de alimentos, en la que no tuviéramos que dar a la gente lo que nosotros quisiéramos, sino lo que cada uno necesitaba, sabiendo que no todos tenemos las mismas necesidades. Gracias a Guillem, que con veintidós años puso por escrito y ordenó la reflexión de todo un equipo, el

proyecto es hoy una realidad.

Pilar hace las veces del soñador, del utópico o del «loco» del grupo. Por soñar el cambio y la alternativa, más de una vez nos tiramos encima de ella, aunque cada vez tiene más adeptos a sus proyectos «alternativos» que están resultando humanizadores, innovadores y que, además, ¡funcionan! Además de haber creado un «supermercado virtual» donde las personas «compran» con puntos, y de haber podido crear, con la ayuda de un programa informático, una bolsa de trabajo, ya estamos tímidamente, pero de forma constante, incorporando personas al mercado laboral. Optimizando el tiempo, gracias a una buena gestión y a una gran eficacia de los casi doscientos voluntarios, dedicamos tiempo de calidad para escuchar, para entablar relaciones y crear vínculos.

Mientras escribo estas páginas, está en marcha el taller de costura, un proyecto de convivencia en el que no habrá jerarquías ni barreras entre «usuarios» y «voluntarios»: allí todas tienen algo que enseñar y algo que aprender. Unas y otras lo pusieron a punto y hoy despega como una oportunidad de progreso. Y para los que dicen que los jóvenes van despistados, que vengan y vean cómo estos en la Fundación se comprometen y trabajan. Durante este verano se comenzó el proyecto de los huertos ecológicos, con el apoyo de la Fundación Alicia y de Lluís Puig, un *pagès* [campesino] amigo, en los terrenos cedidos por Valentí Pladellorens de forma gratuita. Y para satisfacción de todos, se está generando no solo un proyecto con posibilidades de trabajo, sino un proyecto sostenible y acorde a nuestra apuesta por el cambio. Ya estamos recogiendo frutos, y lo ecológico marca la diferencia.

En el verano de 2011, en una casa que nos donaron, con un gran campo, que quiere acoger una cooperativa agraria, los jóvenes se implicaron y, junto al equipo de los mayores, restauraron una casa, que es la casa de todos, un espacio de convivencia y de trabajo. Allí, cantando y trabajando, al ritmo de la música del verano y al calor de temperaturas inmorales, acompañadas de picotazos de mosquitos tigre, nació Línia Vuit, un grupo musical en el que ocho de nuestros voluntarios, con la guitarra, la batería y el fuego en el corazón, se lanzaron a la aventura de editar un disco y de financiar con sus beneficios lo que hoy es el taller de costura o el «Cosedor», un espacio que lleva el nombre con el que lo bautizaron Esther y Nora, dos amigas de Ghana, que allí quieren enseñar y aprender, trabajar y soñar: *Emma ye be tum*, que significa «¡Mujeres, juntas podemos!» en su lengua ywi.

No deja de ser significativo tener un grupo de voluntarios que, además de trabajar, cantan, contagian alegría, ofrecen conciertos y así, artísticamente, explican sus inquietudes a otros jóvenes, animan a los mayores y hacen soñar a los niños y a los adolescentes, que escuchándoles dicen que de mayores ellos también quieren ser voluntarios.

Escuchando y viendo, descubrimos que había muchas personas en la calle, sin el derecho esencial a tener un techo y un poco de dignidad para vivir como personas. Hoy, gracias al compromiso de la familia Tous, y a la voluntad férrea de Salvador, el albergue que acogerá a quince personas para ayudarlas a superarse y a reinsertarse en la sociedad está construyéndose. Lo que algunos consideraban una «quijotada» hoy es un edificio que crece.

Mientras tanto ya funcionan dos pisos que acogen a siete personas que estaban condenadas a vivir a la intemperie. Y todo gracias a la generosidad de personas que lo dan todo a cambio de nada, y a voluntarios que invierten horas, ilusión y trabajo para estar al lado de los que más sufren.

Y mientras soñamos y construimos, crecemos y trabajamos, hoy tengo una espina y una frustración. No entiendo que en Manresa haya personas que se vayan excluyendo ellas mismas porque no teniendo cómo pagar la luz y el agua –estas les fueron cortadas por imposibilidad de pago–, hoy se ven privadas de poder asearse, después de haber pasado un crudo invierno en el que las fuentes públicas permanecían cerradas por el peligro de helarse: ¿no habrá alguien que quiera ceder un espacio, de los miles de rincones vacíos, para que puedan disfrutar de algo tan esencial como es el agua? ¿No es este acaso un derecho de todos? La utopía, o el sueño, en la espera, toma forma de espacio humanizador, de centro de día, de espacio para compartir y para estrechar vínculos, un centro de baja exigencia y de hospitalidad. Estuvimos a punto de que nos donaran dos espacios, pero por causas ajenas a nosotros, esto se frustró.

Seguiré siendo pesada, insistiendo a tiempo y a destiempo, con la certeza de que esto ¡también se hará realidad!

Una gran familia

Muchos se preguntan dónde está el secreto o el éxito de nuestro trabajo, y sin duda la clave está en la calidad de nuestro equipo humano de voluntarios. Tengo que decir que estoy enamorada de ellos, de la ilusión, del compromiso, de la implicación y de las ganas de hacer las cosas bien.

Ellos me enseñan cada día un montón de cosas, han tenido que sufrir el estigma que les ponen muchos «profesionales de la caridad» o «del trabajo social», a los que a veces les cuesta reconocer la profesionalidad con la que trabajan por el mero hecho de que son voluntarios. La única diferencia entre unos y otros es que los voluntarios no cobran y los otros sí.

No es que den su tiempo libre, simplemente dan su tiempo, sus conocimientos y su

compromiso, y lo más bonito es que lo hacen con alegría, buen rollo, y con la gran capacidad de hacer fácil lo difícil: son facilitadores. Por eso, no me parece justo que sea yo la que reciba los aplausos y parabienes, porque el trabajo es conjunto. También es verdad que recibo los golpes de los que no saben de qué se trata pero se oponen a todo, ¡hasta me hacen pintadas en la fachada del monasterio para amedrentarme! No lo conseguirán, tengo demasiadas razones para acometer los retos y ninguna para tirar la toalla.

Sé que nuestro trabajo no pasa desapercibido: somos muchos y hacemos ruido. La mayoría de los que están de acuerdo nos lo han dicho, y nos han animado. Pero hay otros que no dan la cara, y parece que les molesta la alternativa que planteamos. Al fin y al cabo, llevamos poco tiempo. Otros nos señalan con un discurso que va de progre comunista, pero que en realidad va de resentimiento social y de mucha mediocridad. Alguno dijo a mis espaldas: «Sor Lucía se junta con los ricos». Que vengan y que vean con quiénes estoy en el banco de alimentos, y además, ser amiga de unos y otros, si son personas con las que sintonizamos en los anhelos y en las ganas de hacer cosas y hacerlas bien, poco importa cuánto dinero tienen en el banco. Estoy un poco harta de ese discurso, y como no lo superen, la fractura social irá en aumento.

Hay un refrán que dice que «las alabanzas son golosinas y las críticas son medicinas». Y Mamerto Menapace comenta esto diciendo que «uno puede morir envenenado por las medicinas, pero también puede morir diabético con las golosinas». Por lo tanto, de todo tengo y tenemos que aprender.

Hace poco, una persona de otra asociación, que descalificaba algunas de nuestras opciones, me reprochaba porque yo hablaba de los voluntarios en primera persona diciendo «mis voluntarios». Todavía no se han enterado: si no tenemos un sentido de pertenencia, si no vivimos las cosas como propias, no prosperarán. Y al hablar de esta manera no hago más que indicar que son una parte importantísima de mi vida y de este gran proyecto que entre todos estamos construyendo. Y es que soy una fan y una admiradora de ellos, de cada uno, porque sé que no solo se dan a sí mismos, sino que dan lo mejor de sí mismos a las personas. ¡Cuántas veces les oí decir que por dinero no harían lo que hacen! Yo, desde luego, tampoco.

Ellos aportan los valores intangibles de la ternura, la escucha, la delicadeza, la ilusión, la imaginación creativa al servicio de las causas y de las personas en el día a día. Aportan una entrega que se materializa en un servicio concreto.

A veces pensamos que se aprende en la escuela, donde se aprende mucho, pero viviendo el voluntariado, compartiendo la vida, se aprende muchísimo más todo aquello que es difícil de aprender en las aulas. Ellos son mis maestros, y pensar juntos dilata el horizonte de las posibilidades.

Pero hay algo más, no nos dedicamos solo a hacer, ni tan solo a acciones puntuales. Nuestro equipo lo tiene claro: ejercemos de forma consciente un activismo disidente de denuncia responsable de las desigualdades. Con nuestro trabajo queremos contribuir a que desaparezcan las circunstancias y coyunturas adversas que impiden a las personas ser y desarrollarse, y que vaya tomando fuerza la certeza de que otro mundo es posible.

Trabajamos juntos para no dejar de ser también una voz crítica y profética. Sabemos que estamos resolviendo un problema y cubriendo unas necesidades, pero nuestra indignación crítica nos hace sentirnos corresponsables en la situación que vivimos y trabajar para que esta pueda cambiar. Esta, entiendo yo, es la única indignación válida: implicarse y hacer que la fuerza de la indignación se convierta en compromiso responsable por el cambio. No basta ir a gritar a plaza Catalunya,^[17] hay que arremangarse y crear alternativas.

No queremos poner parches, eso nos haría ser cómplices de que las cosas no cambien; queremos cambiar las estructuras desde dentro, desestabilizar lo que nos atenaza, y dar el paso a una nueva sociedad.

Nosotros no hacemos asistencialismo, hacemos esencialismo: nos ocupamos de las necesidades esenciales de las personas.

La satisfacción por el trabajo bien hecho es sin duda una consecuencia de la praxis. Cuando uno realiza una acción que beneficia a los otros y puede constatar que su intervención ha mejorado la calidad de vida de un colectivo, eso genera una compensación. Cuando has recibido un gesto de gratitud, o una sonrisa, ¡eso no tiene precio!

Nuestro trabajo nos ha ayudado a superar prejuicios, a ponernos en la piel de los otros y a trabajar por la cohesión social. Formar parte de un equipo humano tan plural, pero tan sólido, ha sido un reto y una oportunidad que nos ha llevado juntos a asumir un estilo de vida que es, sin duda, una expresión sublime de nuestra libertad personal.

^{16.} ¡Madre de Dios, qué cosas dices!

^{17.} Todo mi apoyo al movimiento de los indignados responsables y a su reflexión. No a los infiltrados que han contaminado la legítima indignación y dinamitan una corriente de cambio que seguramente nos traerá buenas noticias.

11. Ligera de equipaje

Algo se rompe, algo está naciendo

Durante estos años he sido testigo de los cambios acelerados que vive nuestra sociedad, y los he contemplado desde una ventana privilegiada: el monasterio.

Desde mi balcón, con horizontes insospechados para mí hace unos años, hoy hago una lectura y una síntesis para liberarme de viejos lastres, y para avanzar, ligera de equipaje, por el universo de la libertad. Con las manos libres para acoger, y el corazón disponible para dar y recibir, entiendo la felicidad, a la que se nos convoca cuando se nos regala la vida, «más que como una meta a la que aspirar, como una forma de andar, como un espacio para compartir, como una oportunidad para construir». No me sirve de nada que me prometan la vida eterna en el más allá si esa vida que es eterna y que ya ha comenzado secuestra la felicidad, que es nuestro gran tesoro y que está amasada de libertad, una libertad que encuentra su máxima realización en el servicio y que es patrimonio de la humanidad y de cada una de las criaturas.

Dicho esto, a modo de síntesis, y también cerrando una etapa, para comenzar una nueva y definitiva, me atrevo a desafiar al futuro, apostando por un presente en el que, como decía el profeta Kalil Gibran: «La tierra es mi patria, y la humanidad, mi familia», y si lo es, no puedo desentenderme, bajo falsas excusas espirituales, del deber y la obligación de hacer mía la causa de la humanidad, que fue la causa de Jesús y que heredé en el paquete de la fe que me transmitieron y que procuro descubrir, renovar y vivir cada día.

Mamerto Menapace, monje contemplativo como yo, me da la clave en esta hora de definición personal y existencial: «El que muere no puede llevarse nada de lo que consiguió en esta vida, pero sí se lleva todo lo que fue capaz de dar».

La vida contemplativa en la Iglesia ha sido secularmente la que ha guardado la memoria y la cultura de Europa en los monasterios, en los que monjes y monjas a lo largo de los siglos han ejercido de notarios del paso del tiempo y amanuenses de historias y gestas que han contribuido a consolidar la identidad de todo un continente.

La vida intraclaustral estuvo regida a lo largo de los años por un lema que se grababa a fuego en los muros de los cenobios y que con el tiempo se ha convertido en un estigma que los ha alejado de la suerte y desgracia de sus contemporáneos. El conocido *fuga mundi* era la consigna para ponerse a salvo del mal personificado en la escandalosa trilogía signo del pecado del que había que huir: «mundo, demonio y carne», donde cada

uno es sinónimo del otro.

Tal vez eso, y una concepción muy intimista, además de absolutamente patriarcal, explica el que sobre todo los monasterios femeninos hayan sido poco permeables a los cambios de los tiempos, o que incluso hoy lleguen tarde en no pocos sitios al «hoy de la historia» y vivan de viejos conceptos y de principios herrumbrados, que con mucha dificultad pueden sintonizar con las jóvenes y no tan jóvenes generaciones.

Pertenezco institucionalmente al grupo dentro de la Iglesia al que denominan escandalosamente como «monjas de clausura», como si esta –la clausura– fuera el fin de nuestras vidas, cuando en realidad el fin es la contemplación como un estilo de vida y como una forma de estar en el mundo, viendo y contemplando el paso de Dios por la historia, procurando tener sus mismos sentimientos, y nunca como una forma de desentendernos de ella.

El término «clausura» denomina a las que viven en el claustro, y no me extraña que tal y como se fue deformando el sentido más profundo de este estilo de vida, hasta llegar a la huida del mundo, a la que hacíamos referencia, la palabra «claustrofobia» se haya acuñado como sinónimo de aquello que asfixia y ahoga. Dicho esto, entiendo que mi claustro es el mundo, porque es mucho más amplio que los límites que marca este en mi propio monasterio.

La Iglesia institucional, en el derecho canónico, mete a todas las contemplativas en el mismo saco de la clausura,^[18] sin hacer distinciones que son esenciales, y a todas nos echa el cerrojo de la tutela jurídica de los obispos, como si fuéramos menores de edad, dándoles, de forma más mitigada que hace unos pocos años, la potestad de presidir las elecciones de prioras y abadesas, e imponiendo que exista la custodia, confirmada por Roma, de visitadores religiosos o de asistentes –generalmente hombres– para las federaciones y asociaciones de monasterios femeninos.

Y lo cierto es que en este universo claustral, aunque nos empeñemos en negarlo, todavía hay mucho infantilismo, mucha ñoñería, muchas monjitas –que no monjas– que aún hoy se escandalizan y acusan a instancias superiores de otras visiones y formas de vivir la vida de sus mismas hermanas.

He de reconocer que los cambios han tardado en llegar más a los claustros, pero que cuando han impactado en corazones sinceros, estos se han abierto a la búsqueda del bien y la verdad y los han acogido como un signo de los tiempos nuevos.

Yo misma, urgida por los reclamos y la urgencia, por el clamor de tantas realidades lacerantes de nuestra sociedad, he dado un giro a mi vida, he sufrido la incomprensión, la censura y el estigma, la calumnia y la marginación por parte de hermanas en la fe –no de mi entorno más próximo, ni de mi comunidad–, pero con el tiempo he aprendido a perdonar y a no culpabilizar, en todo caso a sentir pena por la cortedad de miras y por

perderse la oportunidad de sintonizar con aquellos que se nos dieron como hermanos para transitar por este mundo y alcanzar juntos la cima de la felicidad de la que ya gozamos en la marcha cotidiana, en el ascenso del día a día de nuestra historia.

Ahora entiendo, después de haber estado años en lo hondo del surco, aquellas sabias palabras de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, es imposible que dé fruto, pero si muere, da fruto abundante».^[19]

¿No habrá llegado el día y la hora –nos decía la hermana Teresa Losada–^[20] en que empecemos a entender el encuentro como el monje trapense de Tibhirine Christian de Chergè, asesinado en Argelia en 1996? Él concebía el diálogo y la acogida del otro como una actitud interior, como una manera de ser, pues los «diques de nuestro corazón han cedido», y contaba que en su relación profunda con Mohammed, este le dijo un día: «Hace tiempo que no hemos cavado nuestros pozos», a lo que Christian responde: «¿Y qué se encuentra en el fondo de los pozos, agua cristiana o agua musulmana?». Mohammed responde: «Es lo mismo. Después de tanto tiempo que caminamos juntos lo que se encuentra ES EL AGUA DE DIOS».

Cuando los diques de nuestro corazón se rompen, somos capaces de excavar juntos, y juntos encontrar el agua de Dios, que deseo sacie nuestra sed y nos haga capaces, de una vez por todas, de dar fruto, de dar sombra, y de dejar que a nuestras ramas vengan todos y encuentren refugio y acogida.

Nuevos referentes, nuevos amigos

Decía José Luis Sampedro que hemos ganado en información pero hemos perdido en sabiduría, y es esa sabiduría la que cada vez va más buscada.

A medida que pasan los años, me voy dando cuenta de que ya no me interesa ni cautiva tanto escuchar brillantes planteos y estrategias perfectas, ni tan siquiera discursos exquisitos. Lo que realmente me seduce y convoca es escuchar a quienes hablando, tal vez poco, lo hacen desde esa sabiduría «de haber vivido lo vivido», de haber permanecido constantes en las duras y en las maduras aprendiendo en la escuela de la vida. Esos hombres y mujeres que con el paso de los años se han convertido en sabios y en referentes son los que me hacen pensar, profundizar y saborear todo aquello que la vida me ofrece como una oportunidad.

Salvador Tous es uno de estos sabios de los que aprendo en cada encuentro o breve mensaje a través del correo electrónico. Él, junto a Rosa, su mujer, dicen los medios, han construido, no sin sacrificios, un imperio que hoy traspasan a sus hijas y que sin duda es

sólido porque nadie se lo regaló, porque ha significado trabajo, honestidad, esfuerzo, compromiso. Me gusta más decir que han construido una gran familia que hoy, con la Fundación Rosa Oriol, se hace más grande, simplemente porque ellos nos han acogido y nos están dando la oportunidad de trabajar con las personas por un mundo un poquito mejor, más humano, más entrañable.

De Rosa y Salvador he aprendido que lo más importante en la vida no es lo que se puede comprar con el dinero, sino lo que vale la persona y el compromiso con la sociedad. He aprendido que la sencillez y el valor de las pequeñas cosas y del trabajo bien realizado es el pan nuestro de cada día, que hace crecer una empresa, una familia, el entorno, una fundación.

Lejos del glamour y de los focos de la prensa del corazón y de las revistas de moda, Rosa y Salvador viven cada día dando valor a lo pequeño, cultivando las relaciones personales, velando por las personas. Son amigos de sus amigos y saben estar cerca de ellos.

Tienen un momento que no por cotidiano deja de ser un ritual o me atrevería a decir un espacio «sagrado» de encuentro: el desayuno de padres e hijas de cada día. Allí se estrechan los lazos, seguramente se dialoga y salen a la luz las sintonías y las discrepancias. Lo cierto es que esos momentos cotidianos de familia hacen de ellos un referente marcado por la unidad y el cariño sincero que se evidencia cuando uno se acerca a ellos, y se beneficia de la bondad de sus relaciones.

Salvador es un hombre sabio, de palabra oportuna y de compromiso firme. Es un hombre recto, de una lealtad exquisita y de una transparencia en cada una de sus acciones que revelan la grandeza de su alma y de su vida. Pero sobre todo es un hombre bueno y de una gran sensibilidad. Sabe analizar y objetivar situaciones, y busca soluciones sin pérdidas de tiempo. Llevo tiempo diciendo que «cuando sea grande, quiero ser como él».

Rosa Oriol, una gran mujer. Con ella nos hablamos varias veces por semana, y nunca deja de responder a un correo electrónico o a una llamada. Tiene una sencillez fantástica y una espontaneidad que la hacen entrañable. Sigue cada uno de los proyectos de la Fundación y disfruta con las pequeñas historias y conquistas del quehacer cotidiano. De ella no he recibido más que bondad, y la verdad es que estoy orgullosa de estar en una fundación que lleva su nombre. Para mí, Rosa es tan entrañable que no puedo dejar de compartir con ella los frutos del trabajo de la Fundación, porque no falta su ánimo y su presencia amiga. Tiene la gran capacidad de ayudarnos a superar las dificultades y de animarnos hasta en los pequeños detalles de cada día.

No haría justicia si omitiera otros nombres de mis nuevos compañeros de camino, todos ellos hoy vinculados a los proyectos de la Fundación, y todos ellos unidos por una

misma pasión: ayudar a las personas y dejarnos enseñar por ellas y por la vida misma.

Y como seguramente la lista se haría interminable, porque Dios me bendice con buenos amigos con los que soñamos un futuro diferente, me limito a decir que en estos años me he dado cuenta de que soy muy rica: rica en relaciones, en amistades, en afectos, en amigos; rica en proyectos y en la posibilidad de realizarlos. Con ellos me he sentido fuerte ante las dificultades, y con ellos he podido dar alas a mi vocación de libertad: «“Acercaos al abismo”, les dijo. “Tenemos miedo”, respondieron. “Acercaos al abismo”, les dijo. Se acercaron. Él los empujó... y salieron volando», Gustave Apollinaire.

Un follonero que destapó la olla

Era principios del mes de noviembre de 2010. Estaba esperando a Pilar y a Guillem Perernau, que tras haber convivido un mes en un albergue de Madrid con personas sin hogar, regresaban a Manresa, donde estábamos proyectando la construcción de un hogar para personas sin techo, para aquellos que se ven abocados a vivir en la calle.

Estaba en la estación cuando recibí una llamada del programa *Salvados* de La Sexta. Me pedían si al día siguiente podía recibir a Jordi Évole para realizar una entrevista en vistas a la visita del Papa a Barcelona, donde consagraría la Sagrada Familia de Gaudí.

Sabía que algunos grupos ultras le habían hecho a Jordi una campaña feroz en su contra, pero no conocía detalles. Había visto algún programa, y la verdad es que me parecía una persona excepcional, con un gran sentido del humor y con un ojo clínico envidiable, que le hacía ir a la raíz de los problemas y temas que abordaba.

Acepté casi sin pensarlo, y estoy segura de no haberme equivocado, entre otras cosas porque conocí a una gran persona que es Jordi, y porque aquella entrevista tuvo mucho eco positivo, fundamental, pero no exclusivamente, entre los jóvenes. A la semana de la marcha del Papa de Barcelona, recibí una cantidad impresionante de correos electrónicos, llamadas y postales.

Habíamos abordado temas espinosos, esos que cuando se tocan los cristianos son expertos en tirar pelotas fuera. Fue una conversación profunda, seria, y a la vez divertida. Jordi tiene la virtud de provocar la agilidad mental y de no aceptar respuestas a medias, esas en las que el interlocutor pretende quedar bien con Dios y con el diablo. No. Jordi era claro y exigía, con todo el derecho del mundo, respuestas claras y transparentes.

Hablamos de la fe, del preservativo, de la figura del Papa, del aborto, del papel de la mujer en la Iglesia, etc., etc. Al hacer el montaje el equipo de Jordi fue exquisitamente respetuoso y fiel a lo hablado. No cortaron ni tergiversaron nada. Fueron muy profesionales, originales y divertidos, que también se trataba de eso, ¿no? Por ejemplo, cuando se me preguntó sobre el papel de la mujer, y yo decía que antes la mujer era

considerada como la que se dedicaba a fregar y nada más en la Iglesia, pusieron la imagen tristemente famosa de las monjas limpiando el altar en la Sagrada Familia. En realidad así se dejaba constancia también de que en la Iglesia a veces pareciera que las mujeres, más que estar invitadas al banquete al que nos invita Jesús a todos, son las que han de lavar los platos y poner la mesa, aunque allí, en la Sagrada Familia, ni la ponían, de eso se encargarían los diáconos, ellas ¡solo a fregar!

La cosa no acabó ahí. La primera semana de diciembre recibí una llamada de unas hermanas de un monasterio de la Argentina. Estaban preocupadas porque habían oído rumores en mi contra y querían saber qué había pasado y qué había escandalizado a tantas vírgenes prudentes y a tantos fariseos y sanedrines de allende los mares. Escuché con atención, tomé nota y les dije que les enviaría el enlace y que después hablaríamos.

Me dijeron que hubieran respondido de otra manera o hubieran evitado algún tema, pero que estaban de acuerdo con la globalidad de mis respuestas. Por ejemplo, cuando Jordi me preguntó si Jesús bendeciría a una pareja de lesbianas o gay, mi respuesta fue que Jesús siempre bendecía, y es que el Hijo de Dios nunca maldice a nadie; o cuando me preguntaron si Jesús votaría al PSOE o al PP respondí que seguramente a ninguno de los dos, pero lo que es cierto es que votaría. O mi respuesta sobre si Jesús escucharía la COPE o la SER: «Si yo tengo un programa en la SER, seguro que me escucharía a mí»; y también al preguntarme sobre si Jesús preferiría cenar conmigo o con Rouco, no tuve dudas en decir que conmigo se lo pasaría mejor, entre otras cosas porque no habría protocolos, grandes liturgias ni cosas raras: con un buen vino de por medio, tendríamos una buena velada.

Entonces supe que se había comenzado a criticar lo que yo estaba haciendo en Manresa con la Fundación, y que por activa y por pasiva, siempre a mis espaldas, comentaban: «Eso no es lo nuestro», lo propio de monjas contemplativas. Lo que me dolió realmente fue que algunas de las escandalizadas mandaron a Roma una queja pidiendo que se tomaran medidas conmigo. Envié un enlace del programa a Roma, al sitio al que me habían acusado, y para disgusto de las «acusadoras», recibí un mensaje de apoyo y de felicitación.

Creo que algunas personas aprovecharon el «revuelo» o el eco mediático del asunto para poner en off su desacuerdo. Tal vez mis actitudes incomodaban a algunos/as o tal vez invitaba a despertar y a sintonizar. Me hizo mucho daño. Perdí algunas viejas amistades. Hoy creo que he perdonado porque recordarlo ya no me hace daño. Las cosas no serán igual: serán mejor. Jordi, sin quererlo, destapó una olla, y todos quedamos reflejados, los de lejos y los de cerca, y con todas las cartas puestas boca arriba sé con qué y con quién cuento; y sé que la vida me apasiona, que nada ni nadie podrá alejarme de lo que para mí hoy es esencial: ser feliz y hacer felices a los demás.

[18](#). Pero se cuida mucho de meter en él a los monjes.

[19](#). Jn 12,20ss.

[20](#). Religiosa franciscana, Memorial Cassià Maria Just 2012, por su aportación al diálogo interreligioso.

A modo de epílogo

Expropiada para utilidad pública

Me habéis acompañado en el proceso de hacer memoria del camino recorrido en estos cuarenta y cinco años llenos de experiencias compartidas con tantas y tantos compañeros, que me ayudaron a auscultar en el corazón de la historia la voz inconfundible del Dios de la vida, que me convoca a la felicidad y se manifiesta en el servicio a los hermanos.

Han sido años de búsqueda sincera vividos con intensidad; etapas de grandes retos y profundas nostalgias; tiempo de gracia y oportunidad de salvación. Una historia tejida de relaciones, de encuentros y desencuentros, de luces y sombras, pero de una pasión imparable por buscar y hacer aquello que tengo inscrito en mi corazón: ser fuego, arder e iluminar.

El deseo de compartir y dar mi vida y mi tiempo, al estilo del Maestro de Nazaret, me puso en camino. Había mamado la fe y sabía que esta no defrauda, y tenía la convicción de que hay «Alguien» que misteriosa y entrañablemente guiaba mis pasos. Y con entusiasmo y con un amor incandescente, a mis dieciocho años, después de soñar horizontes infinitos, me puse en camino con el deseo de «conquistar» a todos para la felicidad. Unos decían que había que hacer cristianos a los que no lo eran, otros que teníamos que convertir a los que no creían, y, yendo contra la corriente, me conformaba con contagiar esa suerte de alegría que me animaba y que no podía explicar.

Mi fe se fue haciendo adulta, o mejor fue madurando. Ya no podía creer por los otros, ni los otros podían creer por mí. Comencé a vivir al aire «del Espíritu» y a escuchar a mi corazón, a dejar de lado todo aquello que me encorsetaba y a correr el riesgo de andar nuevas sendas. No fue fácil. Pero no podía no avanzar si era fiel escuchando a mi corazón y dejando que en él resonaran los reclamos de aquellos que desde las fronteras reclamaban sus derechos.

Me decían que la teología «es la fe de los que creen», y me fui a estudiarla. Y después de muchos años leyendo, estudiando y confrontando, me di cuenta de que todo eso no era Dios, o al menos no tenía nada que ver con el Dios que me seducía, y cada vez quería menos intermediarios. Hice mías las palabras de San Juan de la Cruz, que embriagado del Dios vivo y verdadero solo decía: «No me mandes mensajeros, que no saben decirme lo que quiero». Y me di cuenta de que Dios es el innombrable, el que no tiene nombre, porque tiene todos los nombres; que es el más y mejor, el diferente. Y con esta convicción

me lancé a la aventura de buscarlo en el servicio. Y sirviendo descubrí que Dios es amor, y que la única religión válida es la del amor que se hace servicio, entrega.

Entonces entendí el secreto del Evangelio y el misterio de aquello que decían que celebrábamos, pero que en realidad solo a partir de mi descubrimiento comencé a celebrar de forma vital. Hasta entonces para mí las celebraciones «oficiales» eran con frecuencia un ritual vacío, lleno de fórmulas contradictorias en las que a cada paso se hablaba de pecado, de culpa y de ofensas. La eucaristía instituida por Jesús seguro que no era eso. Y seguí buscando. Y la verdad, no tenía nada que ver con lo que realmente quiso significar Jesús aquella tarde de Jueves Santo, cuando dicen que la instituyó: una mesa de hermanos, capaces de servirse y ayudarse mutuamente, que no establecen jerarquías entre ellos, y que disfrutan partiendo y repartiendo el pan que es de todos.

Me di cuenta entonces de que Jesús, el de Nazaret, no vino a fundar ninguna religión, simplemente vino a instaurar un nuevo orden, el de la justicia y el del amor; aquel que proclama la Buena Noticia de parte de Dios para los más pobres y afligidos; que rompe los cepos y las prisiones que esclavizan a los humanos y que anuncia la libertad a todos los que se sienten oprimidos.

Descubrí el rostro humano y entrañable de Dios, y entendí que él se hizo pobre, y quise seguirlo en la pobreza, en la precariedad. Y fue cuando descubrí que era más rica que nunca, porque sin darme cuenta podía repartir lo que gratuitamente se me daba para compartir, porque al fin y al cabo, en la vida todo es un don, un regalo. Y supe lo que es amar sin retener, lo que es darse; y dándome, me di hasta el agotamiento. Descubrí el alcance real del voto de pobreza que un día había profesado y entré en sintonía con el espíritu que animaba a Domingo de Guzmán y a Francisco de Asís, que no querían que sus hermanos tuvieran posesiones, porque de tenerlas, necesitarían armas para defenderlas. Y viviendo a la intemperie, supe lo que es vivir desarmada, confiada, abandonada realmente en manos de quien cuida de cada uno de nosotros con un amor íntimo y verdadero.

Y entendí que mi voto de castidad no me cierra al amor, al contrario, mi corazón se dilata y mis brazos se abren para abrazar, acariciar, consolar, pero no se cierran para retener a nadie, porque mi familia es la humanidad, el infinito, y nada ni nadie me puede limitar. Dándome, supe lo que es amar hasta la locura y gusté que realmente es más feliz el que da que el que recibe.

Y finalmente, después de mucho caminar, intuí que la felicidad es una manera de ir por la vida, ligera de equipaje, sin nada que perder, porque todo ya lo había entregado. Hice mía la causa de la humanidad, y después de ensayar muchas maneras de dar mi tiempo, mis horas, mis proyectos y mis cosas, descubrí que el imperativo venía dado por las exigencias de mis hermanas y hermanos más vulnerables y necesitados, y dejé que

ellos sean los señores de mi vida. Decidí no darles cosas, sino hacer que mi existencia estuviera liberada para estar más disponible. Entonces, con los pies firmes en la tierra, dejé de hacer planes, de imaginar soluciones, y escuchando los reclamos de la historia, en los gemidos de muchos silenciados por mil razones, me lancé con muchos y nuevos amigos a acoger y a responder, con loca creatividad, al imperativo de crear nuevas oportunidades o, mejor, de ayudarles a descubrirlas en su camino.

Creía hasta hace unos años –porque así nos lo habían enseñado– que la obediencia era hacer la voluntad de Dios, y algunos se empeñaban en hacerla pasar por unas mediaciones humanas en las que era muy difícil hacer un acto de fe en el Dios de la vida. Descubrí entonces que nuestra profesión es ser hermanos y que nuestra vocación es la de vivir en auténtica fraternidad. Es buscar juntos, y poner nuestras vidas al servicio de los otros.

Hoy me llegan los rumores de la cima, me empuja la magia del camino, el retorno al propio corazón renueva mis fuerzas, y puedo cantar agradecida que Dios camina con su pueblo, porque juntos, trabajando codo a codo, compartiendo ilusiones y desvelos y disfrutando de la vida podemos, entre todos, dar a la oportunidad una esperanza.

Hoy sé, por fin, que mi libertad es vivir para los otros, que mi felicidad es estar «expropiada para utilidad pública», porque «a mí, como a Jesús, la vida nadie me la quita, la doy libremente» (Jn 10,18).

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.
Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Plataforma
Testimonio



Sor Lucía **SE CONFIESA**

Los miedos, las luchas y las esperanzas
de la monja más combativa

Sor Lucía se confiesa

Caram, Sor Lucía

9788416256792

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los miedos, las luchas y las esperanzas de la monja más combativa. "Me gané el mote, lo reconozco. Soy la monja cojonera. Tal vez hice méritos por tener a veces la boca caliente y denunciar. No soporto ver cómo hieren la dignidad y el respeto de las personas después de haberlas humillado con su codicia y su voracidad, exigiéndoles más y más sacrificios, más austeridad, más esfuerzo, mientras ellos se han convertido en una banda que dispendia de forma obscena e insultante. Me rebelo contra estos individuos que se aprovechan de sus cargos en el Gobierno y de su poder para vivir a costa de la gente a la que deberían servir y defender. No puedo callar ante tanta tropelía." En los últimos años, la vida de Sor Lucía Caram ha cambiado. Su lucha por los pobres, su denuncia social y su cada vez mayor exposición mediática le han valido no solo el mote de "monja cojonera", sino también algunos enemigos. En este nuevo libro, la autora confiesa cómo vive la presión de los medios y el poder, cómo renueva su fe desde el silencio y el apoyo de quienes comparten su vida y cómo piensa seguir trabajando para alcanzar un mundo un poco más justo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Testimonio

Mey Zamora

Lo que no se da se pierde

Retrato de la misionera Isa Solá



Lo que no se da se pierde

Zamora, Mey

9788417376857

280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Parte de los beneficios de este libro irán destinados a la Fundación Juntos Mejor de las religiosas de Jesús-María. El 2 de septiembre de 2016, la religiosa Isa Solá conducía por el centro de Puerto Príncipe cuando un hombre le disparó dos veces y acabó brutalmente con su vida. Solo tenía 51 años y muchos proyectos por hacer. Había llegado a Haití en 2008. Llevaba poco más de un año trabajando en este empobrecido país cuando un seísmo de siete grados en la escala de Richter se llevó la vida de 316.000 personas. Fue entonces cuando Isa, tras sobrevivir milagrosamente al terremoto, decidió compartir para siempre su vida con ese país. Enfermera y maestra, creó un taller de prótesis para atender a cientos de personas con miembros amputados tras la catástrofe. Convencida de que la educación dignifica a las personas, trabajó con los haitianos para que pudieran tener un futuro mejor, como ya había hecho en Guinea Ecuatorial, donde estuvo años dedicada a la enseñanza y a la promoción de la mujer. Barcelonesa de familia acomodada, sintió desde la adolescencia una firme vocación por ayudar a los más desfavorecidos. La autora, que compartió en su juventud experiencias con ella, ofrece en *Lo que no se da se pierde* un emocionante repaso por la biografía de Isa. A lo largo de estas páginas, su voz resuena con fuerza: "Espero irme haciendo, al menos, lo que

amaba hacer, entregando mi vida, amando a mi gente, sirviendo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor

regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA,
psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas
Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
Prólogo de Pilar Rahola	6
Introducción	9
1. De dónde vengo	15
2. Al convento siendo «una niña»	24
3. Me hice «monja de clausura»	41
4. España, un nuevo destino	51
5. Cataluña será mi patria	63
6. Nuevos retos, nuevos compromisos	77
7. Pasión y muerte de un pueblo empobrecido	95
8. Alto y claro: el Silencio y la Palabra se dan la mano	109
9. La crisis me cambió la vida	131
10. La salida del armario	142
11. Ligera de equipaje	156
A modo de epílogo	163
La opinión del lector	166